ANABEL GARCÍA

# ¡A la mierda el príncipe azul!

## Yo quiero un lobo que me coma mejor

esencia

# Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Referencias a las canciones
Biografía
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos**

**exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

# Sinopsis

¿Tú también creciste soñando con los cuentos de hadas y los finales felices de Chupicursilandia? ¡Pues yo tampoco!

Me llamo Ágata Cristi, pues el día en que nací mi padre se tomó un par de... aguas con misterio. Dicen que tengo un genio que si ardo no me apaga ni un parque de bomberos entero. Cuanto me ha sucedido en la vida ha conseguido que odie el amor y todo lo que lo rodea, por eso me convertí en escritora de thrillers sangrientos. Mi lema: «El amor te hace débil».

En la actualidad trabajo en una editorial en la que mi mayor rival es un fantasma; sí, sí, un fantasma de manera literal, pero no precisamente de los del más allá. Éste, por desgracia, está muy acá, aunque nadie sabe de quién se trata en realidad, sólo que se hace llamar Eygon Black y que le fascina dar vida a mujeres frágiles y desvalidas necesitadas de caballeros que las salven. Su lema: «El amor te hace más fuerte».

Lo peor es que dicho majadero se ha propuesto hacerme caer en sus infames redes tejidas con corazones, ¡pero lo lleva claro!, porque yo paso de príncipes que te prometen la luna; lo que yo quiero es un lobo que me haga ver las estrellas.

Si te gustan *Puticienta y el Cabrón del Príncipe*, no te puedes perder esta novela; pero si, por el contrario, eres más de la versión cuqui, déjalo, no la leas, que el tiempo no nos sobra a ninguno.

# ¡A la mierda el príncipe azul! Yo quiero un lobo que me coma mejor

Anabel García

Esencia/Planeta

# Prólogo

—¡Venga, Ágata, no seas así, hazlo por mí! —me suplicó mi hermana al otro lado del teléfono.

—Te conozco de sobra y sé que estás a punto de partirte de la risa —protesté. Me apostaba el cuello a que el tío era bizco y tartaja como mínimo.

Y, efectivamente, soltó la carcajada que llevaba reteniendo desde hacía un buen rato, era una cabrona con honores. Una vez que se hubo reído a gusto, continuó:

—Pero ¿qué hay de malo? Será sólo una cita a ciegas, no tienes nada que perder; si no te gusta, te inventas que te has puesto malísima de repente y te largas, ya está —trató de convencerme—, aunque te garantizo que te quedarás.

—Marta, sabes que no tengo tiempo para estas chorradas, estoy inmersa en la investigación de un asunto muy importante y no puedo permitirme pensar en otras cosas, ¡y menos aún en este tipo de cosas! El delito que tenemos entre manos requiere de toda mi atención, sería una irresponsabilidad por mi parte despistarme —insistí.

—¡No, de eso nada! Siempre pones la misma excusa, nunca tienes tiempo para nadie y pasan semanas sin que des señales de vida; si no te llamo yo, tú nunca lo haces, pero me da igual, hasta aquí hemos llegado. —«Cuando se pone seria es tan mona», pensé —. Nunca has tenido novio y a tu edad cada vez tienes menos posibilidades...

—¡Oye! —la interrumpí indignada—. ¿Y qué hay de malo en no tener novio? Si no lo tengo es porque no quiero, bonita. Yo soy muy feliz estando conmigo misma, hago lo que me da la gana cuando me da la gana y nadie me pide explicaciones. A ver si te entra en la cabeza de una vez, repite conmigo: ¡no quie-ro no-vio!

—Ágata, eso lo dices porque no has estado enamorada, pero te aseguro que es el estado más increíble del mundo y, una vez que lo pruebes, ya no querrás volver a estar sola nunca más —alegó con un tono musical.

No podía luchar contra su obsesión de celestina.

—Hablando de enamorarse, a ver si por fin me presentas al gran afortunado que te tiene canturreando a todas horas del día, debo darle el visto bueno, ése no se libra, pásame su DNI, que vaya indagando.

Me la imaginé poniendo los ojos en blanco, como cuando era una niña pequeña, y sonreí.

—¡Ya salió la detective a relucir! ¡Tierra llamando a mi hermana! No te lo presento porque estoy segura de que le harás miles de preguntas incómodas y no pararás hasta que descubras lo que hizo mal a los tres años.

—La infancia es determinante a la hora de manifestar tendencias psicópatas en la madurez —me defendí.

—¡Ágata! —me regañó.

Sonreí al imaginar su cara de irritación.

—Te propongo un trato: si yo acudo esta noche a la encerrona que me has preparado, tú me presentarás a tu novio el misterioso.

—¡Hecho! —festejó.

—Mándame por WhatsApp los datos del restaurante y por quién tengo que preguntar.

—¡Te va a encantar, ya lo verás, es perfecto para ti! —gorjeó feliz.

—Sí, seguro que sí, y ahora tengo que colgar, que he de terminar algunos informes. Te quiero.

—¡Ponte guapa y maquíllate! ¡Ni se te ocurra ir como una viuda negra! —me advirtió en un tono serio.

—Lo que tú digas. —Le colgué, poniendo los ojos en blanco y negando con la cabeza.

«No tiene remedio», pensé mientras volvía a la vida real.

Mi hermana nunca había dejado de soñar con un príncipe azul que corriese a salvarla montado en su corcel blanco. Siempre había sido una enamoradiza empedernida, desde que era niña, se

pasaba el día leyendo cuentos de princesas y, cuando fue algo mayor, pasó a leer novelas románticas de esas donde todo es precioso y siempre acaban casándose y teniendo hijos, pese a las infinitas dificultades con las que se topan los protagonistas.

Pero yo no era así, a mí nunca me habían gustado los príncipes, yo era más del Lobo Feroz. Ella era el rosa y yo el negro. Ella trataba de cambiarme para acercarme hacia la luz, y yo a ella la veía perfecta así, jamás había querido que viniese hacia mi oscuridad.

Miré el reloj en la pantalla del móvil, donde llevaba siempre una imagen de mi ídolo: Agatha Christie. Eran las dos de la tarde del día 1 de mayo y, según el mensaje que acababa de recibir de mi hermana, la cita sería a las nueve de la noche. Tenía tiempo de sobra.

Volví a sumergirme en los millones de papeles que se expandían como el universo sobre la mesa de mi despacho. Informes forenses, pruebas policiales y un largo etcétera. Mi cerebro era feliz cuando lo estimulaba con vestigios sospechosos a modo de piezas de puzle para encajar, por eso decidí hacerme detective privado.

Acepté afiliarme a la policía después de haber sostenido siempre que no lo haría jamás. Pero, sí, al final me bajé los pantalones. Y es que mi espíritu investigador ansiaba más y más casos, ya que de manera privada no me salían los suficientes, por eso tomé aquella decisión y así compaginaba ambas cosas.

No me di cuenta de que el tiempo pasaba volando hasta que volví a mirar el reloj y... ¡eran las ocho y media!

—¡No! ¡Joder! —grité histérica.

«¡No tengo tiempo de arreglarme! ¡Apenas me dará tiempo a llegar! Mi primera cita en años y voy a ir como Cruella de Vil en uno de sus peores días, joder —pensé mientras daba vueltas por la casa como un topo ciego sin ir hacia ninguna parte en concreto—. Tampoco pasa nada, tranquilízate, Ágata; al fin y al cabo, vas por obligación y en media hora te inventarás cualquier excusa para largarte», me recriminé por estar perdiendo los nervios como una quinceañera hormonada.

Me detuve en seco y cerré los ojos con fuerza. Respiré hondo. Cogí mi bolso y salí por la puerta tal cual estaba: pelo recogido en un moño desastroso sujeto por un lápiz sobre la coronilla, cero maquillaje, camiseta gigantesca de Cradle of Filth negra, *leggings* del mismo color y deportivas oscuras.

«¡Justo como habría querido Marta!», me sermoneé con sarcasmo.

El metro me dejó cerca de la plaza del Biombo, en el centro de Madrid, y caminé hasta llegar al número 5, donde se encontraba el local llamado Dans Le Noir. Como es obvio, en el trayecto investigué que se trataba de un restaurante donde se cenaba a ciegas, literalmente, pues todo estaba a oscuras y hasta los empleados eran invidentes.

Continué sosteniendo mi teoría sobre mi cita, es decir, que se trataría de un ser monstruoso cuando menos, y que mi hermana lo que pretendía en realidad era echarse unas risas a mi costa en venganza por mi pasotismo hacia las relaciones humanas.

Entré y casi me mato, ya que, de repente, todo a mi alrededor estaba a oscuras. Esperaba que sólo fuese la zona de las mesas, pero no, ya la entrada era la cueva del terror.

Enseguida acudieron dos o tres personas a ayudarme que me recibieron con mucha amabilidad, seguro que fue porque no veían las pintas satánicas que llevaba. En cuanto di mi nombre, me acompañaron a una sala aún más oscura donde no se distinguía absolutamente nada, haciendo un intercambio de roles con el camarero que me llevaba del brazo: por primera vez, era una persona invidente quien me guiaba a mí y no al revés, lo cual me resultó bastante acertado, pues siempre he creído que tras una discapacidad hay muchas capacidades y que en un sitio de prestigio, como era el caso de aquel restaurante, pretendieran demostrarlo era encomiable.

El camarero me invitó a sentarme en una silla y lo hice, palpando con la mano dónde debía plantar el trasero. El lugar era original, pero esa sensación de dependencia de los demás no me gustaba nada, me hacía sentir incómoda e indefensa, cosa muy poco habitual en mí.

—Señor, su acompañante acaba de llegar, la tiene justo enfrente —anunció el camarero, consiguiendo ponerme en guardia.

—Gracias, Sam, muy amable —respondió un hombre cerca de mí—. Ágata, ¿verdad? —Su voz era tremendamente sexy, ronca y varonil.

—Sí, sí, soy yo, ¿y usted es...?

¡Ni siquiera sabía su nombre! Marta me había dicho que le diese el mío y que del resto se encargaría el destino. ¡Bendita inocencia!

—Soy un viejo amigo de tu hermana: Perrault, Lupus Perrault, aunque mis amigos me llaman Bigby, y, por favor, tutéame.

¡¿Perrault?! ¡¿Bigby?! ¡Venga ya! ¿O sea que quería jugar sucio? ¡Vale!

«Ya veo que mi adorada hermanita te ha pasado información valiosa, tramposo», pensé motivada por el reto.

—Y tú a mí puedes llamarme Caperucita —decidí ponérselo facilito—, aunque te advierto que no soy de las que se dejan engañar fácilmente.

Él dejó escapar una risa.

—¡Vaya! Veo que entiendes de malvados, no era un nombre nada fácil de adivinar —me tanteó—. En un principio pensé en algo más obvio, en plan Freddy Krueger, pero quise ponerte a prueba y he de admitir que la has superado con creces.

—Los malos siempre han sido mi debilidad y, además, el Lobo Feroz marcó a toda una generación; de hecho, la sigue marcando: es el malo por excelencia de todos los cuentos, ¿cómo no conocer a semejante personaje si encima lo estudié de cabo a rabo en la carrera?

—¿En serio? ¿Se estudian cuentos en la universidad? —preguntó con interés.

—¿Sorprendido? Pues sí, estudiamos varios cuentos, y el del Lobo fue uno de ellos, aunque reconozco que la versión original del siglo XVII es mucho más divertida que la moderna, pues había asesinatos, canibalismo, pedofilia, zoofilia..., no estaba nada mal para ser una simple fábula —bromeé animada.

El hecho de que me viese ironizando con él y no me hubiese puesto mi armadura de educación extrema demostraba que me sentía cómoda, y eso me aterraba.

—Supongo que quitaron todo rastro de elementos eróticos y sangrientos para dotar a la historia de un final feliz. Porque ¿qué sería de un cuento infantil sin su acostumbrado final feliz, no? Los niños podrían sufrir pesadillas de por vida y tendríamos a todas las madres enarbolando banderas contra el pobre Lobo Feroz —conjeturó divertido.

Dejé escapar una leve sonrisa, que, gracias a Dios, nadie vio.

—No sólo eso. El cuento de Caperucita tiene una gran carga simbólica.

—¡Ilústrame! —me animó.

—El bosque es el peligro y tiene como principal riesgo la figura del lobo. Este animal simboliza el salvajismo, lo irracional, el mundo sexual y violento, algo que Caperucita ya sabe y debe afrontar. La historia representa el paso de la niñez a la adolescencia, pues la capa roja simboliza la menstruación.

—¿La menstruación? —se sorprendió.

—¡Oh, lo siento, no pretendía ser descortés! —me excusé mientras me reprendía mentalmente por ser demasiado excesiva con mis teorías sanguinarias.

—¡No! ¡Por favor! Continúa, estoy maravillado con la historia —me pidió.

Dudé por un momento si seguir o cambiar de tema a algo más trivial, que, por otro lado, sería lo más adecuado en una primera cita, ya que, al no ver su expresión, no sabía si me estaba vacilando; sin embargo, decidí continuar.

—Cuando Caperucita llega a la cabaña, la supuesta abuela, que no es otra que el Lobo disfrazado, le ofrece carne de la despensa, y la niña, solícita, se la come sin dudar. Después, él le pide que se acueste desnuda en la cama, pero justo cuando trata de mantener relaciones sexuales con ella, descubre que es el Lobo el que está a su lado, y él, entre carcajadas, le cuenta que ¡la carne que se ha comido era la de su abuela!

—Joder —murmuró.

—Y, más tarde, devora a Caperucita también.

—¡Vaya, qué romántico todo! —exclamó.

—La anciana es devorada por una joven, renovando así lo caduco por lo nuevo, a la vez que lo nuevo se presenta como incauto e ingenuo al cometer uno de los mayores sacrilegios de la humanidad: el canibalismo. También se rumorea que las relaciones íntimas llegaron a buen puerto. Como ves, uno de los cuentos más clásicos y queridos de nuestra infancia encierra, en realidad, un lado muy oscuro —añadí.

—Pues creo que la moraleja está más que clara: no confíes en extraños —aseguró.

—Por eso no quería venir —bromeé.

Se hizo el silencio.

—No te culpo, aunque este mundo está lleno de lobos y no todos son malos. He de confesarte que algunos sólo nos ponemos el disfraz para aparentar ferocidad —admitió.

—Otros, en cambio, se ponen el disfraz de cordero —agregué con suspicacia—, por eso es mejor evitarlos a ambos.

—Pero los dos sabemos que no podrías vivir sin atravesar el bosque, Caperucita.

Yo solté una carcajada ante su comentario, pues parecía que aquel hombre, para mi sorpresa, me conocía bastante bien.

—Los lobos siempre serán lobos, señor Perrault, da igual de lo que se disfracen: lo llevan en sus genes, no pueden luchar contra su naturaleza, por mucho que lo intenten.

—Entonces ¿no crees en las segundas oportunidades ni en las redenciones, Ágata?

—Ya te lo he dicho. Los lobos jamás podrán ser ovejas —asumí.

—¿Ni siquiera convivir con ellas?

—Haz la prueba.

Soltó otra risa.

—La verdad es que es cierto que no eres *la típica mujer* —enfatizó—, como ya me advirtió tu hermana.

—Sí, ya he visto que has venido con los deberes hechos.

El camarero anunció que estaba junto a nosotros y que iba a

servirnos bebida en nuestras copas, pero no dijo el qué. Un momento después, nos avisó de que se marchaba, y nunca supe si era cierto o no.

Toqueteé el mantel hasta llegar a la copa, que cogí para dar un sorbo. La olfateé y descubrí que era vino, pero no estaba segura de si blanco, tinto o rosado.

—Un exquisito Ribera del Duero, yo apostaría por la reserva del 98 —comentó.

—¡Vaya! ¿Entiendes de vinos? —exclamé.

—¡Qué va! ¡Te estaba vacilando!

Y entonces la que soltó otra fuerte risotada fui yo. Hacía años que un hombre no me hacía reír. Sorprendente, pero cierto. No estaba buscando una excusa para marcharme, al contrario, me encontraba a gusto y excitada por toda aquella puesta en escena.

El hecho de que hubiese nombrado a Freddy Krueger me dio una ligera idea sobre su edad, pues la gente demasiado joven no solía conocer a ese personaje, y mucho menos al autor del cuento original del Lobo Feroz, por lo tanto, menos de treinta y tantos no tenía.

Sentí que algo trataba de rozarme el brazo y di un convulso respingo, seguido de un fuerte puñetazo, impactando contra lo que fuese que tuviese cerca, que se retiró de inmediato. No grité por no liarla, pero me acababa de llevar un susto de muerte. Quienquiera que me hubiese tocado se largó echando leches. Dudo que fuese él, porque no comentó nada al respecto y, si lo fue, al día siguiente tendría un gran negral en el brazo.

—Bueno, ¿y de qué conoces a Marta? —pregunté intrigada, tratando de ignorar lo ocurrido, pero todavía con el puño en alto... ¡Vaya cuadro!, menos mal que no había luz.

—Marta es una vieja amiga de la familia.

«¿Vieja amiga de la familia? ¡Ni que tuviese cincuenta años!», pensé para mis adentros. De momento, dejaría aparcada ahí esa información para más tarde tirar del hilo y que me contase la versión extendida. Por ahora quería que se sintiese cómodo.

—¿Te pasa algo en la voz, o siempre hablas así? —quise saber.

—No. No hablo así. Es que estoy afónico. Ayer me vi obligado a hacer bastante esfuerzo con la garganta, ruego me disculpes por parecer Vito Corleone.

«Entonces ¡es profesor, como Marta! —conjeturé—. ¡Punto para mí!»

—No pasa nada, el Padrino siempre me ha resultado sexy y misterioso —solté riendo de nuevo—. Te llamaré Vito, o, mejor aún, Lobito, y así matamos dos pájaros de un tiro.

—¡Mmmm, sexy y misterioso, me gusta! —ronroneó.

—Como Marlon Brando en ese papel.

Él bufó.

—En eso sí que eres igual que el resto —señaló—, pero no vamos a comenzar un debate cinéfilo ahora, ya tendremos tiempo.

—¡Oh, qué caballeroso! Vas asomando la patita, Lobo Feroz —le solté.

—*Touché!* —admitió—. Tú misma has dicho que el lobo nunca convive entre las ovejas.

Una sonrisa tonta apareció en mi rostro.

El camarero regresó justo cuando iba a soltarle que yo de oveja tenía poco, aunque lo preferí así, porque los hombres solían asustarse ante mis dotes maquiavélicas.

No nos contó en qué consistían los platos, sino que los trajo a su elección y, antes de marcharse, nos avisó de que si necesitábamos algo tocásemos el timbre que había debajo de la mesa.

—Nunca había venido a un sitio como éste —comentó mi acompañante—, me parece muy interesante.

—Sí, es muy estimulante, se agudizan todos los sentidos gracias a la atmósfera de intriga que han creado. La oscuridad total mata los prejuicios y ensalza la imaginación —le dije.

—Toda la razón, Caperucita.

Cogí con los dedos algo pringoso para olisquearlo, pero no deduje qué era, después lo introduje en mi boca con recelo, tratando de averiguar su sabor. Estaba bueno, aunque sólo pude distinguir que era carne.

Mantuvimos el silencio un breve espacio de tiempo.

—¿Cómo me imaginas físicamente, Ágata?

—Pues la verdad es que no puedo quitarme a Vito Corleone de la mente —le confesé—, ¡y encima peludo como el Lobo!

Él soltó una carcajada.

—¡Lo sabía! —reveló riéndose—. Sabía que me estabas visualizando como él, joder, así pierdo muchos puntos, yo estoy mucho más bueno, te lo garantizo.

«¡Sin modestia, di que sí!»

—¡Y tú a mí me estarás imaginando como Caperucita! ¡No sé qué es peor! —se me ocurrió. Aunque me habría gustado obviar la parte en la que ambos nos describíamos físicamente, era inevitable, pues se trataba de todo un cliché en las citas a ciegas.

—¡No! —soltó—. Yo te imagino tal y como eres en realidad porque he visto miles de fotos tuyas... —en ese momento se me congeló la sangre—, y he de admitir que eres preciosa, aunque con una caperuza roja debes de estar de muerte. En cuanto te vi, no me pude resistir a pedirle a tu hermana tu número, pero me dijo que tenía una idea mucho mejor y fue cuando me propuso esta locura.

«¡La mato!»

De repente, se hizo el silencio. Un silencio embarazoso. Un silencio que no supe lo que significaba, pero que me hacía sentir incómoda con él y molesta con mi hermana. No tenían derecho. Él jugaba con ventaja y yo odio perder.

—Gracias por el cumplido, Lobo —apunté con amabilidad, dejando el anzuelo a la vista.

—No es un cumplido, es la realidad.

Y con esta frase, tan típica de seductores de pacotilla, picó mi anzuelo sin remedio, rematando la faena.

«Lobito, has tardado, pero la has cagado. Al final, tú tampoco eres diferente del resto», me convencí a mí misma, sintiéndome de nuevo segura al tomar las riendas de la situación, volviendo a toda prisa a mi zona de confort antienamoramientos.

El camarero nos trajo otro plato. Esta vez, al tocarlo, sentí que había algo espeso en su interior, como una especie de crema, y me embadurné toda la mano derecha con ella.

—¿Te gusta la cena? Mi plato está exquisito. ¿Será lo mismo

que el tuyo? —le pregunté amigablemente.

—Creo que sí, supongo que lo harán así para que los clientes traten de adivinarlo juntos.

—¡Ah, pues no estoy segura de qué es lo mío, mira, pruébalo a ver!

No le di tiempo a negarse porque me incliné sobre la mesa para estamparle toda la mano llena de crema en la cara. Acerté de lleno. Él soltó un «¡Pero ¿qué coño haces?!», y yo me apresuré a lloriquear:

—¡Oh, Dios mío! ¡Perdóname, por favor! ¡Qué inútil soy, no era mi intención, yo sólo quería...!

El truco de la damisela en apuros nunca fallaba.

—No, tranquila, tranquila, no pasa nada, sólo ha sido un accidente —me apaciguó en un tono algo más sosegado, aunque denotaba cabreo a pesar de que tratase de disimularlo.

Después de aquello, hubo otro silencio aún más perturbador que el primero. Se había roto la magia y ni el mejor mago sería capaz de devolvérnosla. Para muestra, un botón:

—¿Qué opinas sobre el sexo oral por debajo de la mesa? —le pregunté para incomodarlo.

—Que sólo tienes que pedirlo.

«Eres un guarro», pensé.

—¿Y qué te parecen los tríos? —A ver si en algún momento recobraba el juicio.

—Me gustan más las orgías, pero si quieres hacer un trío, que sea con dos mujeres, por favor.

«Lo dicho, un cerdo», me reafirmé.

—¿Roncas?

—Muchísimo, hay veces que rompo la barrera del sonido.

«Además de cerdo, idiota.»

—¿Tu mejor amigo?

—Cualquiera que me aguante cuando estoy borracho en el bar.

«Este tío no puede ser tan gilipollas —me dije—, seguro que me está vacilando.»

—¿Tu peor defecto?

—No tener el valor suficiente para meterme bajo esta mesa.

Crucé las piernas con fuerza, rezando para que nada me rozase por ahí abajo, porque, como lo hiciese, le iba a pegar una patada que ni Kung-fu en sus mejores tiempos.

Después de estas absurdas respuestas, charlamos sobre el calor que estaba haciendo en Madrid en aquellos días porque no había llovido en todo el invierno y, entonces, el camarero por fin trajo el postre.

—Bueno, brindemos porque ésta sea la primera de muchas citas más, ¿te parece? —propuso.

—¡Sí, sí, de muchísimas más! —le seguí el rollo—. ¡Fíjate si tenemos tiempo para citas hasta que nos casemos!

—¡Por nuestra boda entonces!

«¡¡¿¿Estará de coña??!!»

Sin dudarlo ni un solo momento, lancé el líquido de mi copa hacia delante con todas mis fuerzas, esperando que él estuviese justo en aquel lugar para recibirlo, cosa que ocurrió tal cual, o eso supongo, a juzgar por la retahíla de improperios que salieron por su boca.

—¡Esto ya sí que no ha sido sin querer! —me inculpó.

—¿Ah, no? ¿Y cómo lo sabes?

—Porque lo has lanzado con fuerza, nadie brinda así, ¡ni los putos vikingos! —rugió.

—Lo siento, pero ante tal acusación no me queda más remedio que abandonar esta cita. —Me incorporé como un resorte con la excusa perfecta para marcharme por fin a casa; aunque, por supuesto, quedando de víctima para que Marta no se enfadase conmigo por boicotear el encuentro con su hombre perfecto.

—Ya..., has estado intentando largarte desde que has entrado por esa maldita puerta —me acusó él.

—¡¡¿Yo?!! —Fingí de nuevo con una voz demasiado apenada; estoy segura de que si hubiese conseguido llorar me habrían dado el Goya—. ¡Te equivocas! ¡Estaba muy ilusionada por esta cita y ahora me veo obligada a marcharme humillada!

—Sí. ¡Ilusionada, por mis cojones! —bufó.

—¡Eres un energúmeno! ¡No quiero permanecer con una persona que no tiene educación ni un segundo más!

—¡Ah, no! De ninguna manera, todavía no puedes marcharte.

Detuve mi paso.

—¿Por qué?

—Porque no has probado el postre.

De pronto sentí cómo una pasta pringosa —supuse que era mus de chocolate por el olor— se estampaba contra mi cara, por lo que me puse a gritar como una histérica.

—¡Serás cabrón!

—¡Oh, disculpa, no era mi intención, por favor, sólo quería que probases el suculento chocolate que hacen en este lugar! —ironizó en un tono que denotaba una burla más que evidente.

Traté de limpiarme la cara con una servilleta y, palpando, palpando, me limpié con lo primero que encontré, que, por lo visto, era su chaqueta. Me di cuenta después, no fue a propósito, lo juro, pero él no me creyó.

¡Aquello ya no tenía remedio!

—¡Creo que nuestra cita ha llegado a su fin! —vociferé entre los gritos de ambos.

No entendía qué coño habría visto mi hermana en ese pedazo de imbécil para insistir en que era el hombre de mi vida.

—¡Por supuesto que ha llegado a su fin! ¡Estás chiflada!

«Muérdete la lengua, que al final os pegáis», me obligué a mí misma.

—¡Hasta nunca, gilipollas! —grité mientras salía.

—¡Eso espero, psicópata! —rugió él.

Y salí a toda prisa para no volver a verlo nunca jamás.

# Capítulo 1

Algunos despertadores que no han sonado han cambiado el destino de la humanidad.

AGATHA CHRISTIE

Las enormes puertas automáticas de la editorial Onyox se abren ante mí para dar la bienvenida al modesto sonido que producen mis deportivas al caminar, con paso firme, sobre el mármol de la planta baja del emblemático edificio, situado en plena calle Velázquez, en Madrid.

No puedo evitar esbozar una ligera sonrisa cada vez que atravieso estas puertas de cristal, pues siento cierta nostalgia al recordar el gran porrazo que se dio el estirado de mi editor, Jorge Zúñiga, el día que nos conocimos. Fue una de las innumerables veces en que se quedaban atascadas aquellas malditas puertas.

¡Todavía recuerdo cómo tembló el edificio, y no sólo en el sentido literal de la palabra!

Los chicos de recepción desaparecieron en plan suricato, como si se los hubiese tragado la tierra, para poder reírse a gusto

tras el mostrador sin que el tirano los descubriese. Fue justo entonces cuando su gélida mirada se posó sobre mí, fulminándome, porque estaba partiéndome el pecho de la risa abiertamente, sin ocultarme.

Hace más de cuatro años de aquello y, desde entonces, ambos tenemos una extraña relación de amor-odio. El amor es más por su parte, ya que ingresa millones de euros al año gracias a mis fructíferas novelas, y el odio, fingido, es más por la mía, cuando rechazo sus suculentas y refinadas propuestas pecaminosas.

—Algún día suplicarás de rodillas comerme el nabo, Ágata, y ese día te diré que no eres mi tipo —fue su despedida de anoche, cuando me negué a tener sexo con él mientras bajábamos en el ascensor.

—Para comerte el nabo, tendrías que tenerlo.

No me malinterpretéis, lo suyo no es acoso, para nada, yo lo provoco a propósito, me encanta mantener ese peligroso juego con él, pues es el único hombre lo suficientemente inteligente y maduro como para saber que no es más que eso, un juego entre adultos.

Nunca nos hemos acostado y creo que, a estas alturas del partido, nunca lo haremos, pues el jueguecito es lo que nos atrae al uno del otro: a él le encanta poder tirar los tejos abiertamente a una mujer sin necesidad de ponerse colorado y a mí me encantan las mil y una formas ingeniosas de rechazarlo. Si lo piensas bien, es una relación simbiótica, ambos salimos ganando.

Jorge Zúñiga. Editor jefe de Zurión, el sello más prestigioso de una de las editoriales más grandes del mundo: Onyox, S. A. Cuarenta años. Divorciado tres veces. Pelo rubio ceniza, semilargo y ondulado en plan surfero sexy, aunque siempre lo lleva enmarañado en una coleta desenfadada que se hace quién sabe cuándo a lo largo del día. Sonrisa blanquísima. Dientes perfectamente alineados. Labios carnosos y definidos. Hombros anchos. Pecho firme. Abdominales de infarto. Culito prieto...

Vale. ¿Que por qué sé cómo son su culito y sus abdominales? Porque su palmito ha sido portada de la revista *Men's Health* en varias ocasiones y porque le encanta pasearse en gayumbos por la

oficina, para delicia del personal femenino que trabaja en la quinta planta. No os sorprendáis tanto, serán excentricidades de ricos.

Recuerdo aquel día en el que vi una de esas suculentas revistas, en la que su cuerpo protagonizaba la portada.

—Me encanta la portada de la revista *Mentes de Gel,* nunca habrías encajado mejor en ninguna otra, ya sabes, se rumorea que tu cerebro no da para más —le pinché mientras dejaba caer dicha revista sobre su mesa una mañana. En cuanto la vi en el quiosco no pude retener las ganas que me entraron de comprarla para ir corriendo a provocarlo, y así lo hice—. ¿Me la firmas, por favor? —le pedí poniendo ojos de corderito abandonado.

Clavó sus increíbles ojos azules en los míos para estudiarme con detenimiento, es lo que tiene ser la gran estrella de una editorial, que ni el mismísimo diablo se atreve a soplarte, no vaya a ser que te vayas a la competencia.

—Me propusieron salir contigo en el especial de *Frígidas Cachondas*, pero no me pareció ético desvelar tu mayor secreto a la humanidad —me contestó, y solté un bufido.

—Señor Zúñiga, me gustaría saber de dónde proviene su apellido, creo que se trata de una mezcla ancestral entre *ZUrullo* y *moÑIGA*.

Retuve la risa como pude mientras él me echaba un mal de ojo, dudando que fuese verdad que lo llamase así en sus narices. Le acerqué la pluma violeta que siempre llevo en mi bolso para que me la dedicase, cosa que hizo con sumo cariño:

> *Para la mujer más insoportable de la Tierra, espero que te hagas muchos dedos admirando mi precioso palmito, ese que jamás podrás tener en la vida real.*
>
> *Tu Zuñifantasía Sexual*

—Siempre supe que eras idiota, pero ésta es la confirmación absoluta —le dije, despedazando en mil trocitos la portada delante de sus ojos mientras él se descojonaba de la risa.

—Te he pillado, *babe*, asume que te pongo tan cachonda que necesitas venir a provocarme a cada momento —se relamía, el muy

cretino.

—Sigue apuntando a la luna, capullo, con un poco de suerte te elevarás a dos centímetros de altura —solté cuando salía de su despacho.

Pero volviendo al presente...

Después de saludar a los chicos de recepción, subo en el ascensor hasta la quinta planta, que es donde se encuentra el despacho de mi adorado Jorge, el señor Zúñiga para el resto de los seres vivos del planeta. Su secretaria no me pide credencial alguna, ya sabe que tengo vía libre para entrar y salir cuando quiera.

En cuanto entro en el gran templo sagrado, lo vislumbro sentado tras su inmensa mesa de hierro negro, forjada por algún famoso diseñador italiano; va ataviado con un impoluto traje de chaqueta azul antracita, lo cual me hace pensar que, incluso estando en el mes de mayo y a cuarenta grados, es incapaz de vestir informal. Carraspeo. De manera automática, levanta la vista de la pantalla del ordenador para deslumbrarme con una de sus cautivadoras sonrisas en cuanto me ve.

—¡Vaya, qué sorpresa, pero si es mi polvo de esta noche! ¿No podías esperar y has venido a buscarlo antes? —me saluda, dando palmaditas sobre sus muslos para que me siente sobre ellos.

—Esta noche he quedado, tendrá que ser otro día, eso en el caso de que me ofrecieses algo más suculento que esa insignificante entrepierna que se cree que tienes. —Cierro la puerta tras de mí y tomo asiento en el butacón de cuero negro que se encuentra frente a él, al otro lado de la mesa, cruzando las piernas de una forma muy sensual—. ¿Interrumpo algo?

—Estaba viendo porno —se señala la bragueta hinchada—, has llegado justo en la mejor parte. Si quieres podemos practicar lo que estaba haciendo esa bella bucanera con el capitán del barco y así te demostraré lo insignificante que es mi entrepierna.

Miro de soslayo la pantalla del ordenador para comprobar que tiene un balance de cuentas abierto; me está vacilando, para no variar.

—Los bucaneros se dedicaban a cazar vacas y cerdos salvajes para *bucanear*, es decir, ahumar la carne y venderla a los navíos

que navegaban por las aguas del mar Caribe. Eran mucho más pillos que los mismísimos piratas y, al contrario que ellos, que sólo robaban en alta mar, éstos no desperdiciaban la ocasión de robar también en tierra firme. Por lo tanto, las bucaneras no existen, pues sólo eran hombres quienes se dedicaban a dichos menesteres —expongo.

Me mira con sus increíbles ojos azules y parpadea un par de veces. Yo me encojo de hombros.

—Es lo que tiene pasarse la vida documentándose sobre cosas —me excuso.

—Tienes el don de bajarme la libido a ras del suelo con tus sandeces de marisabidilla, y es una pena, con lo buena que estás.

—Siento decirle, *jefe* —enfatizo la palabra en un tono morboso—, que lo que resulta una auténtica pena es que, siendo usted tan joven, atractivo y exitoso, parezca tan necesitado y desesperado. Pierde por completo el poco interés que despierta.

—¡Oh! ¿Deberé entonces ser más misterioso para que por fin podamos follar sobre esta mesa?

Finalmente suelto una carcajada, pues no puede ser más idiota.

—¡Por Dios santo! Esa mesa debe de ser el mueble más usado de la editorial.

—Por eso la compré de hierro, las de madera no aguantaban bien mis brutales embestidas. —Me guiña un ojo, sonriendo victorioso.

—Vale. ¿Lo dejamos en empate técnico? —le sugiero.

—¿Qué empate ni qué hostias? ¡Te has reído, he ganado por goleada! —festeja.

Pongo los ojos en blanco.

—Está bien, tú ganas, hoy no estoy demasiado chisposa, he venido a hablarte de un asuntillo que me preocupa —le digo.

—Si quieres saber mi tamaño sólo tienes que preguntármelo, no hace falta que te preocupes por eso.

—¡Venga, va! Déjalo. Ya te he dicho que el punto es tuyo, ponte en modo jefe serio y responsable, que tenemos que hablar —le indico.

—Pues para eso tendrás que subirte un poco el escote del vestido, porque mi imaginación de hombre de las cavernas no deja de dar vueltas a lo que te metería por ese generoso canalillo, y mira que odio esas pintas góticas que llevas siempre, pero es que vislumbro lo que tienes debajo y...

—Jorge. —Lo miro muy seria, levantando el dedo índice a modo de advertencia, y él eleva ambas manos en señal de rendición.

—Jaque mate. Soy todo oídos, venga, dispara —asume, mirándome fijamente a los ojos.

—Sabes que mañana es el quinto aniversario, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Y sabes que, como cada año, estaré fuera de la ciudad, ¿verdad?

—Claro.

—Entonces ¿se puede saber por qué coño organizas una firma mañana?

Se queda blanco, mirándome con cara de pánico.

—Seis de mayo —balbucea—. ¡No me jodas! —Se revuelve el pelo desesperado.

—Exacto. Fecha intocable, lo pone en mi contrato —le recuerdo en un tono seco.

—El director de El Corte Inglés me pidió esa fecha como un favor personal, Ágata, no pude negarme. Te juro que no lo hice a propósito. No me acordé —trata de explicarme.

—Te creo porque sé que tienes tantas cosas en la cabeza que es normal que te hayas olvidado de las mías, por eso he venido personalmente hasta aquí en vez de llamarte, para pedirte, o más bien exigirte, que deshagas el entuerto como sea. No pienso ir.

—Pero no puedes faltar, Ágata, ¡es mañana!

—De ninguna manera. —Niego lentamente con la cabeza.

Se levanta hecho un basilisco para deambular por el despacho, maldiciendo en hebreo su metedura de pata y pasando varias veces, por cierto, delante del *roll up* gigante impreso con la cubierta de mi nueva novela y mi foto, esa con la que asegura masturbarse cada día. Desde luego, la escena no tiene desperdicio.

—¡Joder! ¿Y no has podido darte cuenta antes? Ya está todo preparado, lo han publicado en prensa, han repartido los *flyers* y hemos puesto *banners* por todo Madrid…

—No es mi problema —lo interrumpo.

Él se detiene en seco para mirarme como a un perro verde, estupefacto.

—¿Eso es lo que pretendes que les digamos a los miles de lectores que hoy están emocionados con ir mañana a que firmes sus libros, que no es tu problema? ¡Eres una egoísta! —me echa en cara.

Me levanto de mi butacón y pego un fuerte golpe sobre su mesa, haciéndome mucho daño, aunque disimulo como puedo.

«Me cago en la p… mesa», maldigo para mis adentros mientras observo mi mano enrojecida plantada sobre el oscuro metal.

Avanzo hasta él, amenazándolo con el dedo índice y los ojos envueltos en llamas.

—¡¿Egoísta?! ¿Quién es el egoísta aquí? ¡Mañana hace cinco años que mi hermana se tiró por un puto balcón! ¡Sólo te pido un único día al año para mí! ¡Uno! El resto me has tenido a tu entera disposición siempre, ¿tan difícil era respetar ese maldito único día? —exclamo indignada contra su cara.

—Ágata —me interrumpe, pues sabe que una vez que se me ha encendido la mecha es imposible apagarla y el estallido es inminente.

—¡Ni Ágata, ni leches! Mañana no cuentes conmigo, ve tú a firmar los libros, que eres quien los cobra, yo mañana no estoy para nadie. Punto.

Avanzo hacia la puerta de salida dispuesta a marcharme, no sé si para siempre, porque ganas no me faltan, y conteniendo el enorme deseo que siento de asestarle un fuerte bofetón en esa mandíbula cuadrada perfecta que tiene.

—¡No me obligues a hacer algo de lo que después me arrepienta! —me amenaza.

—¡Haz lo que te dé la real gana, como siempre!

Salgo de su despacho como alma que lleva el diablo, pegando

un fuerte portazo.

Mientras bajo en el ascensor, tengo ganas de romper cosas, de descuartizar cadáveres, y no hay nada mejor que mi actual estado de ánimo para correr hacia mi refugio particular a escribirlo.

No hay mal que por bien no venga, ¡me van a salir unos capítulos de la leche!

# Capítulo 2

No es la gente que habla constantemente de acabar con su vida la que llega al suicidio. Quienes proceden así hallan normalmente en eso una válvula de escape y no pasan de ahí.

AGATHA CHRISTIE

Cada año vengo a este lugar del mundo a meditar y a recordarla, pues el resto del año no me lo permito: todavía sigo enfadada con ella y nunca lograré perdonarla.

El alcázar de Segovia me inspira paz y tranquilidad; además,

fue el último sitio donde estuvimos juntas. Recuerdo que le gustó tanto que hasta se planteaba venir aquí a vivir algún día.

Ella era la fan número uno de la serie «Águila Roja» y, como aquí rodaron varias escenas, me convenció para que la trajese. Aquel día parecía una chiquilla, entusiasmada con cada rincón del castillo. Le fascinó que un guardia nos contase que, incluso, sirvió de inspiración en algunas de las películas de Walt Disney más icónicas, como *Cenicienta*, o para el castillo de la Reina Malvada en *Blancanieves*.

—Cuando muera, quiero que esparzáis aquí mis cenizas, tata —me comentó entre las carcajadas de ambas.

Yo, sin embargo, le decía que mis cenizas las debería tener en su casa para poder atormentarla por las noches, ya que ella siempre había sido una miedica. Siempre gocé con mis tétricos pensamientos, supongo que por eso soy la reina del *thriller* hoy en día.

Habíamos quedado para que le contase con todo lujo de detalles lo desastrosa que resultó ser una cita que me había preparado. Recuerdo sus carcajadas como si fuese ayer cuando le relataba cómo restregué la crema sobre la cara de mi acompañante. Se partía de la risa porque decía que aquel hombre era guapísimo y que todas suspiraban por él, suponiendo que habría sido una gran cura de humildad para su inmenso ego, aunque se negó a enseñarme su foto.

Pero aquellas risas se apagaron para siempre y nunca más volví a oírlas. Miento. Cuando nadie me ve, escucho los audios que me mandaba al WhatsApp con sus bromas y, sólo hoy, me permito llorar.

A los dos días de aquella excursión, yo cumplía su voluntad en contra de la de mis padres, que querían tener una lápida en el cementerio donde poder ir a llorar a su hija y llevarle flores. Y ésta es la razón por la que, a día de hoy, tampoco me hablo con ellos.

En un par de días perdí a mi hermana y a mis padres para siempre.

Me siento culpable de su muerte. Imagino que como todos los seres humanos que pierden a un familiar tan cercano; siempre

suponemos que podríamos haber hecho algo para evitar la tragedia, pero lo cierto es que he descubierto, gracias a mi psicólogo, que nunca podría haberlo evitado, pues, de no haber sido aquel 6 de mayo, habría sido otro día cualquiera.

Pero esto lo comprendes con el paso del tiempo y, aun así, me cuesta mucho no pensar en que, si hubiese contestado a sus más de veinte llamadas de teléfono aquel día, en vez de estar inmersa en mis innumerables investigaciones, quizá lo podría haber evitado.

Llevo cinco años tirando de hilos, moviendo piezas, hablando con amigos suyos, leyendo mensajes, tomando muestras..., en definitiva, recabando millones de pruebas que nunca son determinantes para nada en concreto. Mis averiguaciones como detective frustrada por no hallar pruebas que inculpen a alguien por la repentina muerte de mi hermana dan como resultado varias hipótesis, lentas y tediosas, aunque bastante esclarecedoras para mí, pero todas insuficientes para la policía. Por eso, precisamente, dejé mi puesto de trabajo.

Todas mis sospechas apuntan en una sola dirección: Eygon Black. Y no descansaré hasta pillarle porque estoy segura de que ella no se suicidó y, cuando consiga el último vídeo que grabó aquel día a aquella hora, lo demostraré. La putada es que ese vídeo está guardado en su OneDrive personal y esta empresa no me facilita su clave para poder verlo porque la policía, al confirmar el suicidio, no lo consideró necesario para la investigación, sino una mera invasión de la intimidad de mi hermana.

Por todo esto, hoy me doy una sobredosis de Marta, de sus recuerdos, de nuestras vivencias desde la infancia, de nuestras canciones, de sus fotos, de su perfume y de todo lo que tenga que ver con ella, para soportar otro año más sin su olor, sin sus besos, sin sus risas, sin sus ingeniosas ocurrencias, sin sus ideas románticas, sin sus cuidados de madre..., sin ella.

Cuando llego a casa, derrotada y cansada, tanto física como psicológicamente, me dejo caer sobre la cama y me duermo plácidamente. Mañana comenzará un nuevo día. Mañana volveré a ser Miss Violet, el pseudónimo de una mujer nueva que ha comenzado de cero, una mujer que se ha inventado a sí misma

para tratar de desenmascarar a un asesino. Mañana no me quedarán más opciones que subir hacia la superficie porque ahora estoy en lo más profundo y oscuro de mi existencia. Mañana volveré a una vida vacía en la que no me permito que ni ella ni su recuerdo existan.

Y, así, finjo ser feliz un año más sin mi hermana pequeña.

# Capítulo 3

> Nada aclara más un caso que afirmar que lo cometió otra persona.
>
> AGATHA CHRISTIE

Como cada día, suena el despertador a las siete de la mañana, y como cada día lo apago de un manotazo y lo maldigo durante otros diez minutos que remoloneo en la cama. Odio madrugar, pero una vez que algo me despierta, me resulta completamente imposible volver a conciliar el sueño, así que no me queda más remedio que levantarme, y suelo hacerlo de muy mala gana. Tengo el síndrome que se conoce como un mal despertar.

Me preparo un café bien cargado y me siento a la mesa de la cocina para desayunar mientras enciendo el móvil, porque ayer lo dejé en casa apagado para que nadie pudiese molestarme en mi día de tristeza y autocompasión.

En cuanto el aparato vuelve a la vida, comienza a pitar y a vibrar de manera convulsiva en mi mano, tanto es así que casi se le agota la batería. Compruebo que todos los mensajes y llamadas perdidas pertenecen al mismo número, el de mi adorado jefe, el señor Zúñiga. Supongo que debe de estar muy cabreado por no haberme presentado ayer a la firma, y además estoy segura de que

jamás habría creído posible que lo dejase en la estacada, pero se lo advertí, y era muy en serio: hay cosas más importantes que el trabajo; si no lo comprende, peor para él.

Leo algunos de sus mensajes por encima. Los primeros no son demasiado amigables, pero según se acerca la hora de la firma van subiendo el tono. Leo su último mensaje, que es de una hora después de la firma:

> Rescindimos tu contrato, para que lo entiendas mejor: estás despedida.

Me levanto como un resorte para lanzar el móvil contra la mesa.

—¡¿Despedida?! ¡Ja! Pero ¿quién se habrá creído que es este mentecato? —le grito al aparato destartalado sobre la mesa—. ¡Tú sin mí no eres nadie!

Trato de tranquilizarme como buenamente puedo, pero no lo consigo y las taquicardias comienzan a provocarme un fuerte dolor en el pecho.

«Creo que una de las mejores maneras de calmarme será yendo a mi clase de pilates —me aconsejo a mí misma—. Después de hacer mis ejercicios, seguro que veré las cosas desde otra perspectiva y así Jorge también habrá tenido tiempo de recapacitar.»

—No hay que actuar en caliente —me recuerdo en voz alta mientras cojo mi bolsa de deporte y me visto a toda prisa para tratar de no pensar en nada.

Llego al gimnasio ataviada con mis *leggings* a media pierna de color negro y mi camiseta de tirantes del mismo color. Me he hecho una cola de caballo alta para que mi larga melena violeta no interrumpa mis ejercicios.

Cuando entro a la sala de pilates, mis compañeros me saludan con la misma efusividad de cada mañana, es decir, ninguna. La media de edad de esta clase, que es la primera de la mañana, es de unos cincuenta y ocho años; teniendo en cuenta que yo, a mis treinta y dos, bajo considerablemente dicha media, la siguiente mujer más joven después de mí debe de rondar los sesenta.

La clase de las mamás jóvenes y sexys es la siguiente, pero ese horario me venía peor porque me partía toda la mañana para escribir, y tampoco es que yo encajase demasiado bien entre las mamis, que suelen mirarme con cierta inquina por no haber tenido monstruitos que me amarguen la existencia y seguir conservando impoluta mi figura y mi equilibrio mental. Porque es evidente que conservo ambas cosas (risa irónica).

Éste es el único sitio donde nadie me reconoce, donde soy una simple mortal más a la que Joaquín, nuestro monitor, agota hasta la extenuación más absoluta sin miramientos ni remilgos: mi odiada clase de pilates.

Recuerdo el primer día que vine, me estuve riendo durante un buen rato cuando apareció de la nada un hombre entrado en años y en carnes, con su pelo completamente blanco, rizado cual querubín venido a menos, y su barrigón peludo a lo Santa Claus. Di por supuesto que sería uno de los abuelitos que asisten a la clase, pero no, ¡era el monitor! No me fui de allí de milagro, pues bien cierto es que tendemos a prejuzgar a la gente por su apariencia, y es evidente que yo lo hice. Sólo de imaginar el tipo de pilates que daría esa albóndiga con patas, me partía de la risa y me quedé sólo por eso, para reírme.

Pero cuando la pelota de carne se tumbó sobre el suelo para poner su pierna derecha alrededor de su nuca, fue él quien sonrió victorioso. Me faltó aplaudirle, me dejó estupefacta y, desde entonces, soy su fan número uno. Yo no sé si mis demás compañeros seguirán su ritmo, pero a mí desde luego me mata cada día. ¡No entiendo de dónde narices saca este hombre tanta energía! Cuando yo estoy con la lengua fuera, él se pone a hacer sentadillas como si nada, y cuando creo que ya no puedo más, nos manda una postura imposible que él realiza sin el menor esfuerzo, gritándonos indignado:

—¡Vamos, que parecéis el escuadrón turronero! Ni mi abuela Romualda se mueve tan mal, por Dios santísimo.

Y así me mantengo en forma, más que nada, por dignidad.

Llego a casa después del entrenamiento militar de Joaquín y me doy una buena duchita relajante.

Ahora sí que estoy como nueva. Ahora sí que puedo hablar de negocios, con la mente despejada y clara como el agua cristalina. Ahora sí... ¡Ups! Suena mi móvil. Lo cojo pensando que es un auténtico milagro que no se haya estropeado con el golpe que le he dado antes, y respondo:

—¿Sí?

—¿Señorita Castro? —pregunta una dulce voz de mujer.

—Sí, soy yo.

—Permita que me presente, soy Lola Ramos, editora jefe del sello Novelantic, en Onyox, supongo que habrá oído hablar de nosotros.

—Ah, sí, sí —le miento, pues Onyox es tan grande que no conozco la mitad de sus sellos... ni de lejos.

—Acabamos de celebrar una reunión de urgencia con el director general y hemos acordado que lo mejor para todos será que firme con un nuevo sello editorial, el mío. Para nosotros sería un auténtico honor poder contar con su talento en nuestro catálogo. Creo que no hará falta que le diga que será usted la autora de cabecera del sello; pero esos temas me gustaría tratarlos mejor en persona con usted...

Sé que continúa hablando, pero sólo oigo blablablá. Mi mente ha desconectado.

—Pues...

¿Que qué opino? ¡¡¡Que el cabrón de Zúñiga ha sido capaz de despedirme de verdad y que pienso arrancarle las pelotas de cuajo en cuanto lo tenga delante!!! Voy a buscar al mejor abogado del mundo y lo voy a desplumar por mentecato.

¡A la mierda la editorial, hay mil editoriales más!

¡A la mierda la paz mental!

—¿Señorita Castro?

—Sí, sí, me interesa escuchar su oferta —reacciono, saliendo de mi particular armagedón interior contra el ser más rastrero del mundo.

—¿Le viene bien que nos veamos dentro de una hora en

Onyox o es demasiado precipitado?

«Estoy duchada y con el pelo limpio. Me falta vestirme y maquillarme. Mi piso está en la calle Fuencarral, si no hay mucho tráfico puedo tardar unos veinte minutos en llegar. Sí que me da tiempo», cavilo.

—Muy bien, a las doce en punto estaré allí —afirmo.

No pierdo nada por escuchar su insignificante oferta antes de mandarlos a la mierda.

—¡Perfecto, gracias! —exclama entusiasmada.

Me monto en la Vespa Piaggio rosa de Carlitos, mi compañero de piso, que para circular por Madrid en hora punta es lo mejor. Me he puesto unos vaqueros negros y una camiseta de manga corta del mismo color.

Llego a Onyox y miro el impresionante inmueble de diez plantas que se erige delante de mí, un edificio moderno de fachada acristalada que impresionaría a cualquiera. Entro para preguntar a los chicos de recepción dónde está Novelantic, pues no sabía ni que existía, y ellos me indican que debo subir a la séptima planta.

En el ascensor, busco en mi móvil información sobre dicho sello y sobre Lola Ramos, más que nada para no quedar de panoli si me pregunta algo al respecto. Cuando las puertas se abren, salgo y avanzo hasta la recepción de esta planta, una chica rubia muy arreglada me recibe sonriente.

—Buenos días, soy...

—¡Miss Violet! —exclama excitada, interrumpiéndome, por lo que le sonrío.

—Vaya, veo que me conoces.

—¿Cómo no voy a conocerla? ¡Si es usted mi ídolo, amo cada una de sus novelas! Acabo de leerme la nueva y ya estoy deseando que salga la siguiente. —Parece un cachorrillo feliz, con ese acento andaluz que me chifla.

—Bueno, dame al menos unos meses para eso, no hace ni una semana que ha salido —le pido con una gran sonrisa.

—Ay, sí, lo siento, pero es que no sé qué hacer con mi vida hasta que salen sus novelas, ninguna otra autora me atrapa como usted. Me paso el día pensando en los casos que debe resolver Miss

Violet y cuando se termina la novela la releo al menos tres veces más para comprobar, estupefacta, que todo encajaba a la perfección y que, una vez más, no he sabido descubrir quién era el asesino... ¡Es usted la maestra de la pluma y el misterio!

—¡Gracias! Vas a conseguir que me salgan los colores... —Le hago una señal con la mano para que me indique su nombre.

—¡Zahra! Me llamo Zahra.

—Encantada de conocerte, Zahra, ¿de dónde eres, que me encanta tu acento?

—De Córdoba, bueno, de un pueblecito de al lado, Pedro Abad.

—Córdoba es una de las ciudades más bonitas de España, no me canso de pasear por sus calles cada vez que tengo ocasión, así que tendré que ir también a Pedro Abad.

—¡Allí la acogerán con los brazos abiertos! —suelta con su gracia.

—Por favor, no me llames de usted, que me haces sentir una señora seria y responsable, y puedo garantizarte que no soy ninguna de las dos cosas.

Ella sonríe.

—¡Dígame, señorita Castro! —La reprendo con la mirada y se corrige al instante—. ¡Lo siento! Ágata, por favor, te suplico que me des una pista de lo que trata la sexta novela, por favor, por favor, sólo una —me implora con las manos juntas a modo de plegaria.

—Bueno, sólo puedo decirte que transcurrirá en París —susurro.

Ella da saltitos a la vez que aplaude, embargada de entusiasmo.

—¡Me encanta París! Además, no podía ser de ninguna otra manera, ya que Miss Violet procede de allí, debe volver a sus orígenes para cerrar el círculo.

—¡Elemental, querida Watson! —admito guiñándole un ojo, orgullosa por saber que domina el tema del que habla.

—¡Por Dios, no tardes mucho en escribirla, podría morir de ansiedad! —me ruega con una mano sobre su pecho, haciendo acopio de todo su desparpajo.

Ambas nos reímos.

—¿Ha dicho Castro? —Una voz varonil áspera a mi espalda consigue que Zahra se quede sin aliento y que yo me vuelva, intrigada, para comprobar de quién se trata.

¡Maldita la hora!

El impacto que sufro cuando lo miro a los ojos es brutal. Trato por todos los medios de que no se dé cuenta, pero creo que ya es demasiado tarde para eso y que, además, él debe de saber de sobra el efecto que causa en las mujeres.

Se trata de un hombre —por no llamarlo dios en la Tierra— muy alto, con el pelo revuelto de color castaño claro y corpulento, pero corpulento a nivel pro. No es que esté petado del gimnasio, es que su madre lo parió así, gigantesco. Lleva unos vaqueros gastados y una camiseta de manga corta de color azul marino, con la que se percibe un pecho hercúleo y unos hombros torneados, de esos que deben de dar abrazos que te hagan sentir reconfortada...

«¡¿Reconfortada entre sus brazos?! Pero ¿de qué coño estás hablando, descarriada mental?», me reprendo al instante.

Desvío la mirada rápidamente para que no se crea el rey del mundo, pero él avanza hasta mí, por lo que me veo obligada a mirarle de nuevo y a volver a sentir ese estremecimiento de gilipollez absoluta que, por lo visto, se apodera de mí cuando está cerca.

Me contempla como si hubiera visto un fantasma, no sabría describir demasiado bien si su expresión es de terror o de admiración.

—Usted debe de ser la señorita Castro, ¿me equivoco? —Su voz ronca es todavía más atractiva que él, si es que acaso esto fuese posible.

Sus ojos son del azul más vivo que jamás haya visto antes, aunque tiene el ceño fruncido y parece bastante cabreado conmigo.

—Sí, soy yo —balbuceo atontada, imaginándonos a ambos follando salvajemente contra una palmera en una isla desierta al

atardecer.

«En serio, nena, deja las drogas», me reprocho al ser consciente de mis inverosímiles pensamientos lujuriosos contra las palmeras.

—Pues le deseo toda la suerte del mundo. Espero que se sienta orgullosa de haber arruinado mi carrera profesional y por hacer las cosas de una manera tan ruin, a las espaldas, como la gran cobarde que es —ruge.

Luego echa a andar, dando largas zancadas, hasta desaparecer de mi vista. Me ha dejado como una lela total.

«¡¿Cobarde?!»

—¡Será gilipollas! —me quejo una vez que consigo reaccionar.

—No se preocupe, señorita Castro, imagino que el señor Reyes la habrá confundido con otra persona. —La mujer que aparece ante mí se corresponde a la perfección con la dulce voz que antes me ha hablado por teléfono, pues su físico es justo como lo imaginaba, perfecto.

Se trata de una mujer de unos cuarenta años, pelo castaño con mechas rubias, recogido en un moño alto, ojos de color miel y algo delgada, seguramente debido a algún disgusto o al continuo estrés que debe de llevar. Viste un traje granate compuesto por chaqueta y falda de tubo, con camisa blanca y una corbata plateada como los zapatos.

—¿Lola? —pregunto.

—La misma. —Avanza hasta mí y nos damos dos besos—. Siento que haya tenido que presenciar los malos modales de este señor, hay gente que no se toma demasiado bien las derrotas. —Me indica con la mano que me dirija hacia un despacho que supongo será el suyo, y lo hago.

Una vez dentro, cierra la puerta y compruebo que la estancia es mucho más modesta que la de Jorge Zúñiga, pero ésta tiene más encanto, pues está decorada de una manera bastante femenina y llena de libros, entre ellos, los míos.

—Tome asiento, por favor, señorita Castro —me invita la editora mientras ella se sienta frente a mí en un sillón de cuero

blanco que hay tras la gran mesa de madera que preside el despacho.

—Gracias —señalo al sentarme.

—Como le decía, siento que haya llegado en el momento menos oportuno y que haya tenido que encontrarse en medio de tan deplorable escenita —se excusa.

—Lola, por favor, no me trates de usted, no soy una anciana —le pido.

Ella asiente y sonríe.

—Nunca es de recibo despedir a nadie —me informa—, no me gustaría que tuvieses esa mala impresión de nosotros, no solemos realizar esta práctica de manera habitual a no ser que alguien actúe de mala fe, y es evidente que el caballero lo ha hecho, por eso no me ha quedado más remedio que prescindir de sus servicios.

«Pues para no ser habitual, han despedido a dos personas en menos de dos días», me digo.

—No te preocupes, lo único que me ha resultado extraño es que me culpara a mí de arruinar su carrera y, además, de hacerlo a sus espaldas, pues no le conozco de nada —le comento.

«Porque, de conocerlo, ¡me acordaría!», añado en mi mente.

Ella abre mucho los ojos.

—¿Eso te ha dicho? La gente cada vez está peor de la cabeza, en serio, no le hagas ni caso, es un simple maquetador. —Me sonríe para quitarle hierro al asunto.

No sé si insistir o dejarlo estar, al fin y al cabo, es cierto que locos hay en todas partes, pero ese hombre parecía estar muy cuerdo. También es verdad que el hecho de que estuviese tan sumamente bueno podría haber influido en mi opinión, así que no la tendremos demasiado en cuenta.

—Como ya habrás observado —continúa diciendo—, nuestro sello no es tan ostentoso como Zurión, pero contamos con unos recursos económicos que nada tienen que envidiarle, ya que yo, a diferencia del señor Zúñiga, apuesto solamente por caballos ganadores, no contrato a diestro y siniestro a todo lo que se me

pone a tiro para ver si con alguno suena la flauta por un milagro de Dios. Yo lo arriesgo todo por mis autores y promociono hasta la saciedad a cada uno de ellos, no sólo a los cuatro de siempre, que encima ni siquiera lo necesitan. Y, gracias a esto, nuestros ingresos no son para nada desdeñables.

—Me parece una buena mentalidad.

—De esta manera tengo a todos mis autores contentos, a los noveles y a los veteranos. Novelantic apuesta por la calidad, no por la cantidad. Y en lo que a ti respecta, querida, me gustaría que continuases con la saga de Miss Violet.

—Pero tengo firmada la totalidad de la saga con Zurión, no creo que el cambio vaya a ser posible —le explico.

—Nada de eso. El señor Moreno así lo ha estipulado: cambio de sello, pero dentro de la misma línea editorial, es decir, continuamos con lo que estabas haciendo; si algo funciona, ¿por qué cambiarlo? El departamento legal se pondrá manos a la obra para estudiar las cláusulas de la rescisión de tu contrato con Zurión y veremos qué podemos hacer. No queremos que te plantees la opción de irte a otra editorial, por eso tengo total libertad para ofrecerte ciertas ventajas si te quedas.

—De acuerdo —asiento dubitativa.

He de admitir que ha pasado demasiado poco tiempo para plantearme nada siquiera, pero el hecho de tener que ver a Jorge cuando venga por aquí no es que estimule demasiado mis ganas de continuar en Onyox; creo que lo mejor para todos será un cambio de aires, pero por escuchar lo que me quiera decir no pierdo nada.

—Imagino que querrás saber las condiciones económicas que te voy a proponer, Ágata, ya que poco no deberías cobrar, siendo la estrella indiscutible de nuestra editorial. No sé qué es lo que habrá pasado entre Jorge y tú, pero supongo que debe de haber sido algo realmente gordo, ese cabrón nunca deja escapar a ningún autor así por las buenas, y menos aún habiéndolo descubierto él mismo y funcionando en el mercado, como es tu caso.

—La verdad es que ha sido un problema personal, nada que ver con el terreno laboral —admito.

—¿Se quiso meter bajo tus faldas? —pregunta demasiado

intrigada para mi gusto.

—¡No! Ese tema lo tengo más que dominado —sonrío.

—Me alegra saberlo, porque siempre ha sido un maldito truhan.

Nos reímos las dos por su comentario. Conociéndolo, seguro que a ella también le habrá tirado los trastos.

Estoy más que segura de que deben de haberle contado todos los pormenores de mi despido, aunque lo disimula muy bien. Así que decido añadir:

—La verdad es que nunca habría pensado que fuese capaz de hacerme algo así, nos llevábamos muy bien. Si he de serte sincera, todavía no doy crédito a estar aquí, planteándome formar parte de otro sello —le confieso—. Siempre creí que me jubilaría con él, ya conocía a todo el equipo y congeniábamos a la perfección.

—Pues así es la vida, Ágata; negocios inesperados, caras nuevas, promesas rotas, traiciones, ilusiones y vuelta a empezar; no obstante, espero que este cambio sea para mucho mejor. Te prometo que juntas vamos a llegar a lo más alto, el director me ha dado vía libre para dar un giro, precisamente, a ciertos detalles que he creído convenientes. ¿Quieres escuchar al fin mi propuesta? —pregunta realmente feliz.

—Sí, por supuesto.

Mi cara debe de ser todo un poema porque estoy deseando marcharme para siempre, pero debo mantener el tipo y que no se note.

—Te propongo un adelanto de diez mil euros a la entrega del primer manuscrito y un cincuenta por ciento sobre las ventas. Viajes de promoción pagados por completo, no sólo el desplazamiento, sino también las dietas. Publicidad en televisión, radio y prensa escrita. Los demás detalles ya los leerás en el contrato, de momento esto es lo que considero más importante. —Su rostro expresa la firmeza más absoluta y el mío no puedo ni imaginarlo, pues después de oír la palabra «cincuenta» lo demás se ha convertido en una inmensa nebulosa.

«¡¿Un cincuenta por ciento?! ¡¿Ha dicho un maldito cincuenta por ciento?!»

Jorge me daba un treinta y eso ya era excesivo, teniendo en cuenta que mis compañeros de profesión no cobran ni un diez. Pero no quiero que se note demasiado mi sorpresa.

—¿Cuántas novelas debo entregar al año? —pregunto.

—Al menos dos, de cien mil palabras cada una como mínimo.

Es lo que venía escribiendo hasta ahora, vale.

«No sé dónde puede estar la trampa, todo esto pinta demasiado bonito —desconfío—. ¿Dónde está la letra pequeña?»

—Pues no veo nada malo, Lola. Obviamente, tendré que leer bien el contrato, pero de momento, podría ser viable.

—Está bien, Ágata, te quiero en mi equipo, y lo sabes. Si en el tiempo que transcurra desde que leas el contrato hasta que rescindamos el de Zurión te contactase alguna otra editorial, te ruego que me lo hagas saber para poder mejorar la oferta, ¿de acuerdo? —me pide muy seria.

«¡¡¡¿¿Mejorar la oferta??!!! Nadie en su sano juicio podría mejorar un maldito cincuenta por ciento», me digo para mis adentros, tratando de mantener la calma mientras me levanto para marcharme.

—Descuida. Lo haré —respondo.

—Gracias. —Camina a mi lado para acompañarme hasta la puerta de su despacho—. ¿No tienes ninguna pregunta? ¿Alguna duda?

—Pues, ahora que lo dices, ¿podría preguntarte por qué un sello especializado en novela romántica querría publicar a una autora de novela de suspense? No me malinterpretes, pero la editorial cuenta con otros sellos más compatibles con mi género que la romántica —indago antes de despedirnos.

—Que estemos especializados en romántica no implica que tengamos prohibido publicar otro tipo de géneros; aun así, es preferible eso a que te vayas a otra editorial, ¿no crees?, permitir algo así sería una irresponsabilidad por nuestra parte. Además, el señor Moreno considera que ambas formaremos un buen equipo. Después de Zurión, Novelantic es el sello que más ingresos aporta a Onyox, no puedes ir a uno más pequeño y con menos recursos.

Yo sonrío por su sinceridad.

—Sólo me queda pedirte una cosa, Lola —añado.

—Lo que sea.

—Ningún 6 de mayo estaré para nadie, bajo ningún concepto —le exijo—, y eso lo quiero por contrato.

—Así será —asiente.

Nos despedimos dándonos otros dos besos de una manera bastante informal, dadas las circunstancias, para después atravesar la sala de espera y la recepción, donde me despido de Zahra, y dirigirme hasta el vestíbulo. En cuanto las puertas del ascensor se cierran me pongo a bailar algo parecido a la conga como una loca.

¡¡¡Un cincuenta por ciento!!!

# Capítulo 4

Los mejores crímenes para mis novelas se me han ocurrido fregando platos. Fregar los platos convierte a cualquiera en un maníaco homicida de categoría.

AGATHA CHRISTIE

Me encuentro en el aeropuerto Adolfo Suárez, sentada en estas incómodas butacas de plástico, haciendo tiempo hasta que abran la puerta de embarque. Resulta que Novelantic ha firmado la cesión de derechos con una productora francesa para grabar la saga y esto se hará a caballo entre París y Madrid, por lo tanto, allá que voy para echar una ojeada al borrador del guion.

Carlitos se ha negado a dejarme viajar sola, así que le tengo

aquí al lado escribiendo a su novio vía WhatsApp para que no se enfade demasiado con él por estar fuera de casa durante una semana.

—Hugo no entiende por qué tengo que ejercer de niñera de una escritora famosa —cuchichea para que no le oiga la gente a nuestro alrededor.

Me mira con sus ojos verdosos chispeantes y su rostro rosado lleno de pecas, tan típicas en las personas pelirrojas.

—Si te soy sincera, yo tampoco lo entiendo, te he dicho que voy a estar todo el día de promoción con Lola y, en mi poco tiempo libre, escribiendo. No hay lugar para ti, pero te has empeñado en venir porque eres un pesado y, para colmo de males, le vendes la moto a tu novio de que soy yo la que te necesita —protesto mientras doy *likes* a los comentarios que escriben mis fans en la foto que acabo de subir a mi grupo de Facebook, en la que aparezco esperando el avión con mi maleta.

—Algún día me lo agradecerás —se queja.

Suelto una carcajada.

—¡¿Yo a ti?! ¡Me tendrás que agradecer tú a mí que te saque de casa, de esa vida lastimosa que te empeñas en llevar! Ahora, gracias a mí, vas a codearte con famosos.

Él me dedica una mirada asesina, que bien podría ser la de cualquiera de los criminales de mis novelas.

—No sé por qué sigo siendo tu amigo —se queja, volviendo a escribir en su móvil.

—Carlitos, reconoce que te aburres como una ostra en Madrid. Desde que Hugo se fue a Valencia, no eres el mismo. No tienes trabajo y el paro se te está terminando, ¿por qué no te vas con él y buscas algún curro por allí para estar juntos?

—¿Y tú qué harás sin mí? —pregunta agobiado—. Soy lo único que tienes.

Nos miramos los dos a los ojos y, acto seguido, le cojo por la pechera de su polo rojo.

—Como sea cierto lo que estás insinuando, juro que dejaré de ser tu amiga para siempre. ¡Dime ahora mismo que estás de broma! —lo amenazo.

—Estoy de broma —confiesa no muy seguro, arrebatándome su polo de mi puño.

—¡Oh, esto ya es lo que me faltaba! —me quejo, mirándolo con recelo.

—¿Qué? ¿No dices que tenemos que ser sinceros el uno con el otro? Pues lo he sido, si no te gusta, te compras un gusto. No pienso marcharme de Madrid hasta que te vea bien.

—Carlos —sólo le llamo así cuando me enfado con él, como por ejemplo cuando monta orgías en el salón de nuestra casa sin avisarme para que cuando llegue me encuentre la sorpresa—, no quiero ni pensar siquiera que me estés diciendo en serio que no te has ido a vivir con tu novio por estar conmigo.

—Pues sí, así es, mi querida Miss Violet.

—¡¿Y me lo dices ahora?! ¡¿Un año después?! ¡Hugo debe de odiarme! —exclamo indignada—. En cuanto vuelvas, te largas de casa y no hay opción a réplica.

Él niega con la cabeza.

—Sabes que hay algo de verdad en eso, pero no es del todo cierto, Ágata. Por un lado, me gusta vivir contigo, soy tu fan número uno, no podría soportar un solo día sin nuestros debates sobre tus novelas; no podría respirar sin mis elucubraciones sobre quién es el asesino, me faltaría algo básico en mi vida. Te quiero, no como algo carnal ni sexual, pero te quiero como a una hermana o una novia, una novia con la que no se folla, claro —me explica.

Los dos nos reímos por sus tonterías.

—¿Y por el otro lado? —quiero saber.

—Por el otro lado está Hugo..., bueno, que sí folla, y muy bien.

—¡Eres tonto! —Le doy un puñetazo en el hombro y se parte de la risa. Nunca sé cuándo me está tomando el pelo y cuándo no, por eso nos llevamos tan bien, ambos tenemos el mismo humor sarcástico.

—Vamos a disfrutar de nuestro romántico viaje a París y déjate de ralladuras mentales, ¿quieres? —sugiere.

—Sí, pero en cuanto volvamos te largas. Es lo que hay.

—Recuérdame que no vuelva nunca a decirte la verdad —se

queja—. Justo ahora que vas a ser más famosa todavía, me quieres apartar de tu lado, ¡no te lo crees ni tú! Es mi oportunidad de oro para cazar algún famoso millonario.

Niego con la cabeza, no tiene remedio.

Una vez que ya estamos en nuestros asientos, mi amigo entra en coma, pues tiene fobia a los aviones y se ha dopado para no enterarse del vuelo. Si el embarque se hubiese retrasado un segundo más, se habría quedado dormido en pleno aeropuerto y yo no podría haberlo arrastrado hasta el avión. Así que doy gracias porque se haya tomado las pastillas justo a tiempo.

Mientras volamos, tratando de no oír los fuertes ronquidos de Carlitos, pienso que ya ha pasado una semana desde que hablé por primera vez con Lola, y en cómo ha cambiado mi vida desde entonces. En este tiempo he firmado el contrato con Novelantic y la rescisión con Zurión. Sorprendentemente, Jorge me lo puso en bandeja para hacerlo todo sin poner pegas, tanto es así que hasta Lola se quedó alucinada por la cantidad de facilidades que me brindó.

—Pretende ponértelo demasiado bonito para que te vayas sin armar escándalos, así que perfecto —me comentó.

Yo, por el contrario, conozco muy bien a Jorge y me resulta muy extraño, por no decir imposible, que se tome este tema con tanta calma y buen humor. Estoy aguardando la cruenta venganza, que sé que llegará tarde o temprano, eso, o resulta que, de pronto, le ha poseído el espíritu del osito *Mimosín*, cosa bastante improbable, pues él es más bien de Darth Vader.

En un primer momento, la rescisión del contrato conllevaba la promoción de la nueva novela, *Miss Violet 5*, por parte de Zurión, pero con una sola llamada telefónica de Lola al señor Moreno, el director general, consiguió que se la cedieran a Novelantic también, cosa que confirmó mis teorías sobre el genio que se gasta mi adorable editora: chiquitita pero matona.

Lola está emocionadísima con este viaje, y yo más. Según sus planes, llegará a la ciudad del amor pasado mañana. En un principio, viajábamos hoy juntas, pero cuando le conté que Carlitos se apuntaba, me dijo que entonces prefería coger el vuelo dentro

de un par de días para dejar atados algunos cabos sueltos en Madrid.

El amable taxista parisino que nos traslada desde el aeropuerto chapurrea español por deferencia a nosotros mientras atravesamos París. Detiene el coche en la plaza de las Pirámides, justo frente a las impresionantes puertas del hotel Regina Louvre.

—¡Por el amor de Dios! —exclama Carlitos boquiabierto al bajar del vehículo—. Tu editora no ha reparado en gastos, ¡vaya hotelazo!

—Soy una escritora de prestigio, capullo, no merezco menos —le reprendo, pasando de largo hacia el interior del impresionante edificio.

—¡Y yo tu fiel esclavo hasta el fin de los tiempos! —declara todavía algo aletargado por el profundo sueñecito que se ha echado en el avión.

En cuanto entramos en la marmórea recepción, los impolutos empleados del hotel se desviven en elogios hacia mí, como si me hubiesen reconocido nada más visualizar mi pelo violeta. Hablan castellano a la perfección, y el botones nos anuncia que va a acompañarnos hasta nuestra habitación.

—Que no se note que somos dos paletos de barrio —susurro al oído de mi amigo mientras subimos en el ascensor, igual de dorado que el resto del edificio.

—Perdona, bonita, pero de barrio serás tú, yo nací en el centro de la capital —me reprocha airado mi amigo naranjito, y yo me río porque siempre cae en mis provocaciones—. Además, sólo hay que comparar tus pintas de macarra con mi distinguido estilo vistiendo.

El botones interrumpe mis ganas de responder a las mofas de Carlitos:

—Aquí es, mademoiselle Castro, la júnior suite Torre Eiffel —nos informa con amabilidad, a la vez que abre de una manera demasiado ceremoniosa la puerta de la suite para dejar junto a la entrada nuestras maletas, que ha traído en un elegante carro dorado.

Le doy diez euros de propina, sonríe agradecido y anuncia con ese inconfundible acento meloso y una gran sonrisa:

—Bienvenidos, señores, espero que disfruten de su estancia en París.

—¿Le has dado diez euros por subir con nosotros en un ascensor y pasear dos pequeñas maletas en un carrito?

Yo me encojo de hombros.

—¿Y cuánto querías que le diese? En este lugar no creo que las propinas bajen de cincuenta euros —alego en mi defensa, admirando la exquisita decoración francesa de la que hace gala la majestuosa estancia en la que nos encontramos.

El pobre está en las últimas reservas de dinero. Del coste de la habitación se hace cargo la editorial, pues les daba igual pagar la suite para una persona que para dos; el vuelo de ida y vuelta se lo he regalado yo; pero él debe costearse su comida y sus caprichos, que, conociéndolo, no serán pocos ni baratos. Ha nacido para ser rico, ya lo dice él siempre. Es peor que un niño pequeño.

—¡Pues que le den propinas los ricos! Yo no pienso dar ni un céntimo a nadie y mucho menos por llevar las minúsculas maletas en un carro, vamos, que ni siquiera ha cargado con ellas.

—Pues tu maleta de minúscula no tiene nada, ¿acaso te has traído los trajes de flamenca? —lo provoco.

—¡Calla, harpía malvada! Lo que yo no entiendo es cómo, viniendo a la capital de la moda, has traído esa minimaleta donde no te caben ni dos tangas.

Yo me parto de la risa.

—Pues eso mismo me he traído, dos tangas y poco más.

—Capaz serías, no tienes remedio, nena, eres más hortera que un chihuahua. —Niega con la cabeza, indignado. Nunca he sabido por qué tiene tanta manía a esos perritos tan monos.

—No es hortera, es tendencia, no tienes ni idea —me quejo.

—¡¿Tendencia, esas ropas enormes y negras?! —replica aterrado.

De pronto, miro por la inmensa ventana que tiene mi amigo tras su espalda, pasando olímpicamente de él, para descubrir ¡la

torre Eiffel!

Corro hacia allí y asomo todo el cuerpo, respirando profundamente el olor a flores que inunda el ambiente. También puedo ver desde aquí el Louvre, el palacio de los Inválidos y el precioso jardín de las Tullerías.

—¡Esto es el paraíso! —exclamo impresionada por las increíbles vistas.

—¡Y que lo digas, tenemos jacuzzi en el baño! —chilla Carlitos desde el interior, por donde revolotea como un loco, abriendo puertas y cajones de todos los refinados muebles que hay en la suite.

Mientras tanto, yo admiro absorta las embriagadoras calles parisinas.

Debido a mi trabajo, tardo meses en documentarme sobre cada detalle de cada cosa, especialmente sobre el lugar donde se sitúan los hechos. Me gusta investigar sobre todo porque soy muy curiosa, y como la inmensa mayoría de la trama transcurre en París, aunque nunca haya estado en esta hermosa ciudad, la siento como propia, pues cada rincón de ella encierra un pequeño secreto y un guiño a Miss Violet, y por esta misma razón me siento tan feliz en este preciso instante.

Pasamos el resto de la tarde en la habitación, colocando la ropa y cotilleando un poco sobre nuestras tonterías habituales. Por cierto, Carlitos llama a Hugo y certifico que ahora me odia más todavía, aunque, al menos, ya sé el motivo.

# Capítulo 5

El detective no debe saber nunca más que el lector.

AGATHA CHRISTIE

Son las diez y ya ha anochecido. Hemos cenado tanto que le propongo a Carlitos dar un paseo para bajar la exquisita comida, de lo contrario corro el riesgo de morir por atiborramiento y eso no es algo demasiado glamuroso.

—Yo no suelo cenar tanto, ya lo sabes, pero es que estaba todo delicioso —se excusa mientras caminamos juntos, yo cogida de su brazo, frente al esplendoroso Louvre iluminado.

—Delicioso es poco. No me dejes comer así durante el resto de los días ¡porque entonces vuelvo con cinco kilos de más! —le pido.

—¡Sí, hombre! Bastante tengo yo con controlarme a mí mismo, como para encima tener que estar pendiente de ti también, ¡qué estrés! Me niego.

—¡Pues entonces no sé para qué has venido! —me quejo, soltando su brazo.

De pronto, se detiene en seco para mirar algo como si fuese el anuncio de la tercera guerra mundial.

—¡Ágata!

—¡¿Qué?!

—¡Mira!

Mis ojos siguen automáticamente la dirección que señala su dedo y descubro un cartel enorme que reza: GRAN PRESENTACIÓN DEL ESCRITOR REVELACIÓN DE ZURIÓN EDICIONES: EYGON BLACK.

—¡La madre que lo parió! —exclamo.

—Pone que es a las diez en el hotel Regina.

Nos miramos uno al otro desconcertados.

—¡Es ahora! —gritamos al unísono.

Salgo disparada en la dirección opuesta a la que traíamos para volver al hotel, pero Carlitos se queda helado en el sitio.

—¡Corre! —le exijo.

Entramos los dos en el hotel, jadeantes y con la lengua fuera por la carrera. Pregunto al recepcionista de manera abrupta por la presentación que está teniendo lugar ahora mismo y me indica la dirección amablemente, aunque algo asustado por mi ímpetu.

Al llegar frente a las inmensas puertas blancas decoradas con flores que nos separan del hombre que destrozó mi vida, tomo aire para mentalizarme de que por fin será posible poner rostro a tantos años de investigaciones e hipótesis fallidas.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —me pregunta un todavía sofocado Carlitos junto a mí.

—Más que segura —afirmo con rotundidad mientras abro una de las dos puertas cerradas con sumo cuidado para no interrumpir.

La gran sala de ceremonias donde se está celebrando la presentación está a oscuras, tan sólo se ve al fondo una especie de anfiteatro de color rojo que deben de haber montado exclusivamente para la ocasión.

Hay multitud de sillas dispuestas por toda la estancia mirando hacia el escenario, todas ocupadas por mujeres que suspiran con adoración por el hombre que habla desde lo alto.

Me resisto a mirar todavía, pues estoy tratando de pasar desapercibida para no ser descubierta y poder sentarme, pero...

—Vaya, vaya, vaya —gracias a los potentes altavoces resuena por el inmenso salón una voz de sobra conocida—, mirad a quién tenemos como invitada de honor en una noche tan especial: ¡nada

más y nada menos que a la mismísima Miss Violet!

Todo el mundo se vuelve hacia mí en cuanto Jorge Zúñiga me señala con su dedo acusador, y yo, aparte de cagarme en su p. madre mentalmente (con «p» de «pobre»), saludo a la multitud con un tímido gesto de mi mano y una gran sonrisa falsa, rezando para desaparecer del mundo por arte de magia.

—Eygon, te presento a la mujer que rompió mi corazón —anuncia con una voz teatralmente compungida el muy cabrón—, tengo entendido que no os conocéis personalmente.

Todos mis sentidos se ponen en alerta. Ahora sí que miro directamente hacia el escenario, con el corazón palpitando tan fuerte que creo que se me va a salir del pecho, y... me llevo una gran sorpresa al comprobar que junto a mi exeditor no hay nadie.

Vacío.

¿Dónde coño está el gran Eygon Black?

—Es un placer conocerla, Miss Violet —señala una voz en *off*, un tanto distorsionada, que consigue darme un susto de muerte. Me vuelvo para comprobar que sale de alguna parte de la sala—, y es también un honor que haya venido hasta París sólo para verme, aunque lamento informarla de que eso no será posible. No obstante, le dejaré al señor Zúñiga un ejemplar firmado especialmente para usted de mi nueva novela: *Un corazón para Oz*.

Se oye en el ambiente un rumor femenino que denota un claro odio mortal hacia mi persona, pues seguramente un 90 por ciento de las señoras aquí presentes sueñe con acostarse con este engendro del amor y el otro 10 por ciento lo consiga.

—Gracias, señor Black, es muy amable —claudico—, pero, como bien sabrá usted, no es que sus libros sean santo de mi devoción; mejor firme a estas señoras los suyos, no vaya a ser que alguna se quede sin él.

Paso de montar más jaleo y de tener aún más protagonismo, por eso decido tomar asiento en la única silla libre que está situada casi al final de la sala y muy lejos de donde se ha sentado Carlitos.

Después ya trataré de pillar in fraganti al escritor misterioso en algún renuncio, a ver si por fin descubro quién es en realidad.

El resto de la presentación transcurre sin mayor incidencia. Él

respondiendo a las preguntas para nada románticas que le hace Jorge y las mujeres a mi alrededor suspirando de amor por él.

—Perdona —cuchicheo a la chica que está sentada a mi derecha, demasiado entregada a la causa para mi gusto—, ¿es cierto que nadie ha visto jamás al señor Black?

—¡Nadie! —exclama ella con entusiasmo, embriagada del misterio que lo envuelve.

Me resulta realmente difícil entender por qué una mujer es capaz de seguir a un hombre hasta los confines del infierno sólo por el hecho de imaginarse que físicamente es perfecto.

—¿Y cómo sabes que el hombre que está hablando no es un viejo horroroso y desequilibrado, o incluso una mujer? —le pregunto.

—Esas cosas se intuyen —me reprocha con suma indignación —. ¿O es que acaso crees que con esa voz podría tratarse de un hombre tan horrible como el que describes, o incluso de una mujer?

A esta pobre insensata ni siquiera se le ha pasado por la cabeza que tras esa voz, la cual, por cierto, está distorsionada por el equipo de sonido para que suene más grave, puede haber una persona de cualquier tipo, incluso un simple modelo al que paguen para leer un guion y que el tal Black esté tumbado en el sofá de su casa tirándose un pedo.

—No, no; es obvio que debe de estar buenísimo —comento para que se quede tranquila y me perdone la vida.

—Además, su físico es lo que menos importa, a mí lo que me tiene enamorada son sus novelas, alguien que posee un interior tan bello como para escribir semejantes historias de amor no puede ser un monstruo en ningún sentido —añade.

Vale, a esto sí que no podría objetar nada, ahí me ha pillado la muchacha a la que hasta ahora creía cortita de mente.

Lo cierto es que el capullo de Jorge se lo ha montado bastante bien, pues el misterio que rodea el ambiente está cargado de morbo y sensualidad. Las tenues luces que iluminan la estancia, los tintes rojos en algunos adornos colocados estratégicamente, las velas, el incienso, la sugerente música ambiental...

—... y no olvidéis nunca que el amor es lo que nos hace fuertes —concluye la voz celestial.

«Vaya, romanticismo barato», pienso.

De pronto, los fuertes aplausos a mi alrededor me sacan de mis cavilaciones y las luces se encienden.

—Señoras, sobre aquella mesa, al final de la sala, la librería Lulú tiene sus ejemplares firmados; muchas gracias por haber venido y espero que haya sido una grata experiencia —les explica Jorge a unas enfebrecidas fans que corren a hacer una larga fila frente a dicha mesa.

«Yo me quiebro la cabeza con dedicatorias personalizadas para cada lector en mis presentaciones y él seguramente tenga un sello con su firma que alguien estampará sin pena ni gloria en la primera página de cada novela. ¡Qué injusto es el mundo!», reniego para mis adentros.

Hago una señal a Carlitos para que venga conmigo a la parte trasera de la sala, a ver si lo descubrimos o al menos encontramos alguna pista que nos indique su paradero.

—Esto sí que es una buena campaña de marketing —comenta él cuando llega a mi altura—, hasta a mí me han entrado ganas de leer su novela.

—¿Qué?

—¡Disculpa, Ágata, el señor Black me ha encargado que te dé esto personalmente! —nos interrumpe la voz de Jorge tan cerca de mí que consigue sobresaltarme.

Me vuelvo para encararlo. Lo tengo justo delante de mí, contemplándome con sus ojos ávidos de venganza y su lengua mordaz a punto de salir a paseo, cosa que espero que no haga si no quiere que me convierta en el anticristo y la liemos parda aquí mismo. Me acerca la novela para que la coja.

—Ya he dicho que no lo quiero, gracias —escupo.

Cuando me giro para marcharme, me sujeta con fuerza por la muñeca y tira de mí para que vuelva a estar de frente a él. Me planta el ejemplar contra mi pecho, por lo que me veo obligada a sujetarlo con las manos.

—Me han encargado dártelo, ahora puedes hacer con él lo

que te plazca —gruñe molesto antes de marcharse y desaparecer de la sala.

—¡¿Se puede saber quién era ese pedazo de semental?! —exclama Carlitos atónito.

—Mi exeditor.

—¿Ex?

—Ya te lo conté, ahora estoy con Lola, él es Jorge —le explico.

—¿Jorge? ¿El editor de Zurión? ¡Joder, nena, por las indicaciones que me dabas siempre me había imaginado a un vejestorio deforme!

—¿Es que había alguna razón para explicarte que estaba como un queso? —pregunto.

—¡Claro que la hay! ¡Mis consejos habrían sido diferentes!

Nos miramos los dos y nos partimos de la risa.

—Eres un traidor rastrero —le acuso.

Cuando recobramos la compostura, nos dirigimos hacia la salida.

—¡Oye! ¿No piensas leer la dedicatoria del gran Eygon Black? —me recuerda.

—¿Qué dedicatoria? ¿No ves que estampan su firma con un sello? Son cutres hasta para eso.

—A ver. —Insiste tanto que le doy el libro.

Abre la primera página y se queda boquiabierto. Lo miro sorprendida, pero enseguida caigo en que me está tomando el pelo y niego con la cabeza, incrédula para continuar mi camino.

—Déjate de chorradas —le regaño, pero él me detiene.

—No son chorradas, mira. —Me pasa el libro y compruebo que, efectivamente, hay algo escrito con bolígrafo en la primera página.

*Nunca subestimes al enemigo. Cuando bajes la guardia, será cuando ataque.*

*Eygon Black*

—¿Qué diablos significa esto? —balbuceo confusa.

—¿Crees que sabrá que sospechas de él? —susurra Carlitos para que nadie lo oiga.

—Eso es imposible, sólo lo sabemos dos personas en el mundo.

—Tres. —Aprieta los dientes y me mira arrepentido.

—¡Carlos! ¡Lo prometiste! —despotrico—. ¿A quién se lo has contado?

—A Hugo, pero porque él no se lo iba a contar a nadie, Ágata, se lo dije como algo gracioso a lo que no di demasiada importancia, estoy seguro de que ni siquiera se acuerda —se excusa.

Un fuego abrasador asciende por mi estómago ante la indignación que me corroe, me siento decepcionada y traicionada por el bocazas de mi amigo, no sé por qué confío en él cuando sé de sobra que no es capaz de mantenerse calladito nunca.

—¿Algo gracioso? —inquiero con los ojos anegados en lágrimas, presa de mi dolor.

—¡Joder, Ágata, no quería decir que fuera gracioso, quería decir que...!

—Déjalo —le interrumpo.

Tiro el libro al suelo para pisotearlo con saña y después marcharme a toda prisa, sorteando a la gente que se agolpa para comprar la maldita novela del maldito Eygon Black.

Cuando subo en el ascensor para ir a mi habitación, pienso que probablemente esas palabras las haya escrito Jorge a modo de advertencia para que ni sueñe que va a mantenerse quietecito sin hacer nada en mi contra.

«Él ya ha encontrado una nueva estrella a la que hacer brillar, no creo que me eche de menos», me convenzo para no emparanoiarme con el tema.

He llegado a la planta donde está mi suite, pero justo cuando me dispongo a entrar en ella, oigo un ruido extraño en el interior de la habitación contigua, algo parecido a un desconsolado llanto de mujer.

Mi incontrolable complejo de investigadora me obliga a pegar

la oreja a la puerta para comprobar de qué se trata, aunque la puerta no es tan dura como la suponía, además está algo caliente y... ¡¿húmeda?!

Retiro corriendo la cara de lo que hasta ahora suponía que era la puerta, para descubrir, horrorizada, que se trata de un torso desnudo... ¡de un hombre sudoroso!

—¡Oh, joder, qué asco! —exclamo a la vez que limpio convulsivamente mi rostro con ambas manos para secar como puedo los repugnantes efluvios de este tío.

El susodicho me observa incrédulo mientras miles de arcadas se apoderan de mí.

—¿Podría explicarme por qué llama a mi puerta para plantar su cara en mi pecho, señorita? ¿Se trata de algún extraño fetiche? —pregunta en un grave tono de voz tras unos segundos que se me antojan eternos.

—¡¿Fetiche?! ¡¿Acaso embadurnarse la cara con su asqueroso sudor podría poner caliente a alguien?!

—A mí no, se supone que a usted sí, que es la que ha llamado a mi puerta para lanzarse contra mi asqueroso sudor como una loca; por un instante pensé que se trataba de alguna chica de compañía cuyos servicios me habría regalado alguno de mis colegas —me explica.

—¡Estará de broma!

—No.

Entonces, levanto la vista, ya que hasta ahora sólo me había dedicado a limpiar mi cara como una posesa, y descubro que el tiparraco contra el que me he restregado tiene los ojos azules más bonitos del mundo y que me mira como si fuera una chiflada que se acaba de escapar de algún manicomio en plena noche.

—¡Usted! —chillo apuntándole con un dedo acusador.

Por alguna extraña razón, siempre he atraído a dos tipos de hombre: uno, los psicópatas perturbados y, dos, los que todavía no saben que lo son. Éste parece de la segunda categoría.

Él se cruza de brazos y apoya su costado contra el marco de la puerta para poder observarme mejor.

«¡Dios mío de mi vida y de mi corazón, no se puede estar así

de bueno!», profiere mi yo pecaminoso.

—Creí que no me reconocería nunca —comenta, tratando de retener una sonrisa de autosuficiencia—, ¡vaya detective de tres al cuarto está usted hecha!

¿Cómo no iba a reconocerle? Si hace poco estábamos fornicando como conejos sobre una palmera al atardecer... Y no es algo que suela ocurrirme muy a menudo, pues últimamente mi virginidad está volviendo a brotar.

«Ágata, céntrate, deja de hacer el canelo entre las palmeras», me obligo a mí misma.

—¡Claro que le he reconocido! No todo el mundo me acusa de ser una cobarde ni de sus despidos —le recuerdo.

—¿Así que llama a mi puerta para rebozarse en mi sudor y, no contenta con eso, se regocija de mi despido?

—¡Yo no he llamado a su puerta! —suelto airada.

—¿Ah, no? Pues yo juraría que sí.

—Oí a una mujer llorando y pegué la oreja para comprobar si debía pedir ayuda al personal del hotel, pero, entonces ¡aparecieron usted y su odioso sudor! —Hago aspavientos con la mano señalando su increíble torso desnudo como si fuese lo más horroroso del planeta.

—Es la historia más absurda que he oído jamás —se queja—. Si no ha llamado a la puerta, ¿cómo cojones se supone que yo sabía que usted estaba justamente ahí para correr a rebozarme contra su rostro?

—¡Estaba al acecho!

Me mira con cara de lémur y, de pronto, suelta una sonora carcajada que no sé por qué me resulta familiar.

—A ver que me aclare, según su versión, ¿yo estaba esperando a que llegase y se acercase a mi puerta para abrir corriendo y estampar mi pecho contra su rostro? —conjetura risueño.

Yo asiento, aunque tratando de retener la risa por lo absurdo de mi teoría, que cierto es que, dicha en voz alta, suena cada vez más surrealista, pero claro, ya es demasiado tarde para rectificar, así que continúo en mis trece aunque me cueste la vida. Es la regla

básica número uno del teorema sobre la terquedad.

—Piense lo que quiera, está en todo su derecho, al igual que yo —anuncio altanera—. Y ahora, si me disculpa, tengo que ir a mi habitación para restregar mi cara con desinfectante, y a usted le recomendaría ir a ducharse. Buenas noches.

Él eleva una de sus espesas cejas para observarme con más detenimiento. Se aparta de la puerta para invitarme al interior de la estancia con su mano derecha de una manera ceremoniosa.

—Me ha dejado usted bastante claro que necesito una ducha —ronronea.

—Sí, urgentemente además —añado.

—¿Se la daría conmigo? ¿Le gustaría frotarme la espalda?

Abro los ojos hasta que casi se salen de sus cuencas.

—¡Eso no va a pasar ni en sus sueños! ¡Degenerado! —rujo colérica.

Me marcho dando zancadas hasta mi habitación, renegando de lo idiotas que pueden llegar a ser los hombres cuando tienen a una mujer delante, y este espécimen en particular más aún. Mientras trato de abrir mi puerta, oigo sus carcajadas a mi espalda.

«¡Será gilipollas!»

# Capítulo 6

> No hay nada más agotador en el mundo que la persona que siempre tiene la razón.
>
> AGATHA CHRISTIE

Carlitos y yo hicimos las paces anoche en cuanto llegó, me pidió mil perdones que acepté de buena gana. Creo que es una de las pocas personas con las que me resulta imposible enfadarme, y con la única que no tengo secretos. Además, ya había aplacado mi ira el personaje extraño de la habitación de al lado, por lo que me encontraba más suave que la seda, aunque pasé de contarle el episodio del torso musculoso y sudoroso.

—¿Sabes que anoche hice algunas averiguaciones? —comenta mientras desayunamos en la terraza de la suite un enorme croissant recién horneado con mermelada de fresa, acompañado de un exquisito *café au lait*.

—¿Ah, sí? ¿Y qué averiguaste exactamente? —me burlo.

—Pues, por ejemplo, que Eygon Black está aquí de verdad, ¡físicamente! —Su rostro se asemeja bastante al de un niño la noche de Reyes.

Yo sonrío ante su maravillosa ingenuidad.

—¡No me digas! —Finjo emoción—. ¿Y cómo lo sabes?

—Porque me escondí tras las cortinas de la sala donde se hizo la presentación anoche y oí al señor Zúñiga, alias *Folleditor*, informar al director del hotel de que ni él ni el señor Black estarían hoy en la ciudad, ya que iban a asistir a no sé qué evento en Giverny.

«¡Ostras, pues va a ser verdad!»

Casi me atraganto al imaginarme la cutre escenita de las cortinas y por eso sufro un ataque de tos que mi amigo intenta aplacar dándome unas convenientes palmadas en la espalda, aprovechando la ocasión para vengarse de mi mofa hacia sus artes detectivescas. Una vez que se me ha pasado la tos, nos miramos fijamente.

—Es la ciudad donde Monet pintó *Les nymphéas* —me informa.

Pongo los ojos en blanco ante su comentario. Hay veces que estoy segura de que piensa que soy tonta. ¿Quién coño no sabe qué es Giverny?

«Déjalo, Ágata, céntrate en lo que nos interesa», me ordeno.

—Si se aloja aquí, debe de estar en una suite, y eso nos facilita mucho el trabajo —conjeturo.

—Podría ser, aunque también puede ser posible que, si la editorial pretende preservar su identidad, hayan pensado lo mismo que tú y lo hayan alojado en alguna otra habitación, una más normalita.

Pienso.

Medito.

—Conozco a Jorge de sobra, y la palabra «normalita» no entra en su vocabulario. De hecho, apostaría todo lo que tengo a que se alojará en la más grande que exista en toda Francia.

Carlitos se abanica con la mano.

—¡Dios bendito, pues ahora me gusta más todavía tu Folleditor!

—No pierdes nada por intentarlo, sé que es *todista*, le da a todo, y además creo recordar que le encantan los pelirrojos. —Me

encojo de hombros, pues me gustará ver cómo el estirado del señor Zúñiga es acosado por un gay con un montón de pluma.

Llaman a la puerta.

Mi guardia pretoriana corre hacia ese lugar para comprobar de quién se trata, creo que el hecho de haberse leído todas mis novelas una media de diez veces cada una influye bastante en el complejo que tenemos ambos de criminalistas expertos. No obstante, es raro que recibamos alguna visita del exterior sin que nos avisen antes de recepción; por lo tanto, supongo que debe de tratarse de algún cliente alojado en el hotel, lo que viene siendo la visita de algún vecino pesado, vaya.

—¡Hola! —exclama una alegre voz femenina cuando mi amigo abre la puerta, aunque en cuanto se miran uno al otro, su alegría se torna en sospecha—. Disculpa, pero no te conozco, a ver si me he confundido de habitación, estoy buscando a Miss Violet —señala con su inconfundible acento cordobés.

—¿Y se puede saber quién la busca? —Mi amigo está en modo guardaespaldas total.

—Carlitos, es Zahra, déjala entrar —le indico desde la terraza, donde me encuentro terminando de desayunar, todavía en pijama.

—¡Ágata! —gorjea excitada en cuanto me ve.

Se acerca hasta la terraza y nos damos dos besos. Viste de una manera muy elegante, en tonos pastel, con una falda cincuentera y un jersey con el que muestra el ombligo, aunque con ese cuerpo se lo puede permitir, claro.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? —le planteo intrigada.

—Bueno, quedamos en que Lola te llamaría antes de mi llegada para informarte, pero ya veo que no lo ha hecho —se queja mientras toma asiento a mi lado—. Pues es que le ha surgido un problemilla y me ha mandado a mí.

No quiero que esta pobre chica se sienta ofendida, pero...

—¡¿A ti?!

—Soy editora también, aunque me contrataron como recepcionista. Lola siempre ha confiado en mí, y cuando suceden este tipo de contratiempos, le cubro las espaldas. No te preocupes, Ágata, que sabré estar a la altura, ya me ha explicado todo lo que

tengo que hacer ¡y es pan comido! —Me guiña un ojo y rezo para que así sea.

—¡Hola, yo soy Carlos! Perdona mi recibimiento, pero es que hay mucho fan loco —se presenta mi amigo, vestido hoy con un alocado estilo *grunge*, y se dan la mano mientras él toma asiento entre las dos.

—¿Eres su novio? —pregunta la rubia abiertamente.

—¡No! —negamos los dos al unísono, por lo que ella sonríe.

—Somos amigos, ha venido para fastidiarme un poco —le cuento.

—¿Ah, sí?, ¿conque para fastidiarte? Pues, de no haber venido, no habrías ido anoche a la presentación, ni hoy sabrías dónde está el Black ese...

—¡Cállate! —le interrumpo cual nazi energúmena—. ¡Si es que mira que eres bocazas! —le reprendo.

Él se tapa la boca con ambas manos, arrepentido.

—¿Black? ¿Te refieres a Eygon Black? ¿El escritor? ¿Está aquí? —exclama Zahra.

—Sí a todo —admito, como cuando el ordenador te pregunta si quieres hacer algo que se va a repetir varias veces y así ahorramos tiempo.

—Creo haber oído que ha fichado por Zurión —comenta la cordobesa, aunque, no sé por qué, me da la impresión de que sabe más de lo que pretende aparentar.

—Sí, así es, han tardado poco en sustituirme —le digo para desviar su atención hacia los celos laborales y que la conversación no se vaya por otros derroteros.

—Pues ellos se lo pierden —asegura ella—, Eygon es muy buen escritor, pero no se puede comparar contigo.

—Lo que importa son las ventas, Zahra, y él vende libros como churros por el simple hecho de estar bueno —asumo.

—¡Si nadie lo ha visto! ¿Cómo saben que está bueno? ¡Las mujeres estamos chaladas! —se queja.

—Porque en las fotos que publica de cuello para abajo no está nada mal —alego con guasa.

—A lo mejor no es ni el de las fotos. Nena, soy muy cotilla, y créeme cuando te digo que nadie en la editorial sabe quién es físicamente, creo que sólo el director general sabe su identidad, y hasta lo dudo —contraataca ella.

—Para firmar los contratos tendrá que haber dado su DNI, no puedes esconderte tras un pseudónimo para ciertas cosas, eso sería ilegal —añade Carlitos.

—Alguna trampa debe de haber —conjeturo pensativa.

—Él es un producto de marketing y, precisamente, su leyenda se retroalimenta de su misteriosa apariencia física. El día que se descubra quién es, se acabará su éxito —afirma Zahra demasiado segura de lo que dice.

—O a lo mejor incluso aumenta —especulo, pensando en el cuerpazo de mi empotrador palmeril.

—Si está a la altura de las expectativas, es bastante probable —bromea.

—Pues me resulta muy triste pensar que no se le dé valor a lo que escribe, sino al morbo que despierta el hecho de saber si será tan atractivo como se imagina la gente, todo eso son chorradas —arguyo.

—El trabajo del escritor es crear sueños, Ágata, y en cierta manera, así también se crean sueños —expone.

—¡Y pesadillas! —exclama Carlitos mirando la pantalla de su móvil con la boca abierta, tratando de no reírse.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Mira el muro del señor Black en Facebook.

Lo hago corriendo y casi se me cae el móvil de las manos al ver el post que ha colgado esta mañana ese maldito desgraciado.

Sus palabras exactas, después, por supuesto, de agradecer a todas las personas que estuvieran ayer en su presentación y que adquiriesen su novela, son las siguientes: «... No cupe en mí de gozo al descubrir que la escritora revelación del momento, Miss Violet, había acudido también a verme. Me sentí henchido de orgullo, por lo que no dudé en mostrarle mi infinita gratitud obsequiándole con una novela dedicada de mi puño y letra

especialmente para ella. No obstante, juzgad vosotros mismos, con las siguientes imágenes, cuál ha de ser el estado de mi corazón en estos precisos momentos».

—¡Será cabrón! —grito furiosa.

—¡¿Pisoteaste la novela?! ¡Qué *heavy* lo tuyo! —se parte de la risa Zahra, mirando las fotos mientras flipa en colores.

—Lo peor son los más de dos mil comentarios de sus lectoras, Ágata, no te dejan en un buen lugar, y todas esas personas conocen gente a la que comentar lo malísima que has sido con el pobre Eygon —me regaña con una fingida voz desolada Carlitos.

—¡Además, también lo ha puesto en Twitter e Instagram! —agrega Zahra.

—Pero ¡bueno, ¿tú de qué vas?! —exclama un Carlitos muy indignado con la cordobesa—. ¡¿Eres la editora en funciones o alguien a quien le da igual que a su escritora la estén poniendo más verde que a Escocia en las redes?! Esto no es nada profesional —se queja.

La chica se pone supercolorada ante tal acusación.

—Tienes razón —se levanta de su silla a toda prisa—, haré un par de llamadas. Disculpadme, por favor.

Se marcha de la habitación con el móvil a la oreja y la cara desencajada.

—¿No crees que te has pasado un poco? —le reprocho a mi amigo.

—Si no la pones tú en su sitio, lo hago yo, para eso he venido.

Niego con la cabeza.

—Voy a arreglarme, hemos quedado con la productora dentro de una hora y debemos ir hasta el centro —le cuento.

—Pues yo me voy de *shopping*, paso de tragarme esos rollos comerciales. A la hora de comer te llamo para quedar. Suerte con la cordobesa.

Me da un beso en la frente y se dirige hacia la salida con esos aires glamurosos que me recuerdan a Boris.

—No gastes mucho, que luego tus depresiones me las trago yo.

Pone los ojos en blanco y pasa de mí.

—*Au revoir, ma chérie!*

El silencio en una suite tan grande resulta extraño, pero me reconforta. Toda mi vida he adorado estar sola, la soledad por elección es maravillosa. Desde bien pequeña me escondía en cualquier rincón solitario a escribir mis cuentos, y podían pasar horas y horas hasta que volvía al mundo real. Me fascinaba esa capacidad que tenía mi mente para adentrarme en otras vidas y sentirlas tan realistas, tan vívidas. Aunque mi madre me regañaba continuamente por estar más en *Los mundos de Yupi* que en éste.

Me desnudo para darme una ducha y lavar mi cabello. Paseo como Dios me trajo al mundo por la habitación para ir hacia la maleta a buscar la ropa que me pondré después.

Un silbido cercano consigue que me quede petrificada en el sitio y se me erice el vello de todo el cuerpo. *¿Paparazzi?*

—¡Nunca imaginé que debajo de esos harapos oscuros hubiese semejante cuerpazo! —ensalza una voz desde el balcón.

Mi mirada se dirige de manera automática hacia esa dirección para descubrir, horrorizada, que la cabeza del tío sudoroso de anoche está asomada por la barandilla, devorándome con unos ojos hambrientos.

—¡Estás muerto, desgraciado! —grito a la vez que me lanzo de cabeza contra la inmensa cama que tengo frente a mí para taparme a toda prisa con lo que sea.

Repto por el suelo, envuelta en el edredón de seda del siglo XVII que cubría la cama, hasta llegar a la mesilla de noche sobre la que descansa mi bolso, del que saco un pequeño botecito negro que me regaló uno de los guardias de seguridad de la editorial. Sigo reptando hasta la terraza, donde él se está descojonando de la risa.

De pronto, me levanto de un salto y le echo el espray de pimienta en toda la cara con todas mis ganas mientras él grita aterrado para terminar cayendo al suelo, restregándose los ojos con las manos de manera convulsiva.

—¡Estás loca! —aúlla dolorido, retorciéndose por el suelo.

—Si no quieres ir al infierno, no tientes al diablo —le amenazo cual Satán embravecido.

Entro en mi habitación de nuevo y ahora sí me dispongo a darme mi anhelada ducha.

# Capítulo 7

> Después de todo, sigo teniendo la plena certeza de que el simple hecho de estar viva es algo grandioso.
>
> AGATHA CHRISTIE

Zahra y yo hemos estado toda la mañana leyendo contratos, sinopsis, escaletas, e intercambiando impresiones con los guionistas de la serie. Por lo visto, pretenden que la agente Miss Violet sea una mujer explosiva, una seductora nata, y que vista en plan gogó discotequera gótica pero en versión porno, mientras que el que resuelva los casos sea su ayudante, que por supuesto será un macizorro que la empotre por todas partes.

A mí no me ha hecho ninguna gracia, pues creo que se menosprecia la inteligencia de ella, centrándose casi por completo en el sexo; en otras palabras, que la resolución de los crímenes es meramente ornamental, y por eso estoy tan indignada. Sin embargo, Luis Moreno, el director general de Onyox, está entusiasmado con la idea, o más bien con el vertiginoso beneficio

que la emisión de la serie aportará a la editorial.

—Pero ¿tú has leído bien los diálogos? ¡Son absurdos! ¡Es que no puedo creerlo! —sigo soltando improperios después de una hora —. ¡En lo único que se parece a la novela es en que la protagonista tiene el pelo violeta, nada más!

Zahra me escucha sin demasiado entusiasmo mientras devora un sándwich de queso *brie*. A mí se me han quitado las ganas de comer. Después de conseguir que la editorial retirase el post de Eygon en las redes sociales, creo que ha cumplido su cometido con creces y no quiere meterse en más marrones de los estrictamente necesarios.

—¡Y me hacen creer que me invitan a París para dar el visto bueno al guion! ¡Serán capullos..., si la serie se estrena dentro de unos meses! ¿Cuándo pensaban decírmelo? ¡Yo alucino! —continúo ladrando. No hay quien me pare.

Zahra por fin se digna decirme algo.

—Ágata, sé que se van a cargar la historia, pero ya les hemos cedido los derechos, no podemos hacer nada. Te va a sonar fatal, pero bastante considerados han sido al escuchar tu opinión y todas tus críticas sin mandarnos a la mierda. —Zahra ejerce de abogada del diablo y, justo cuando me dispongo a soltar toda mi ira sobre ella, me detengo.

Ahora lo comprendo todo.

—Por eso no ha venido Lola —especulo mirando al infinito.

Ella se queda blanca.

—¿Qué? —balbucea.

—Por eso no ha venido, sabía de sobra que iba a cabrearme y te ha enviado a ti a comerte el marrón. —La atravieso con mi mirada.

—No, Ágata, de verdad que no, le ha surgido un asunto al que no ha podido faltar —se excusa nerviosa.

—No mientas, Zahra, recuerda que ella es la que cobra los millones, no tú. Por eso el señor Moreno le dio vía libre para ofrecerme lo que me ofreció, porque ya habían firmado los derechos audiovisuales con la cadena y no podían permitir que me fuese, ¡qué tonta soy, joder!

Ella no dice nada.

—No te preocupes, esto no va contigo —la exculpo—. Pero en cuanto llegue a Madrid vamos a tener unas cuantas palabras Lola y yo. Va de mosquita muerta con su voz dulce y luego las mata callando.

—Ágata, por favor, creerá que he sido yo la que te lo ha contado, no le digas nada —me suplica—, me despedirán.

—Eso no va a pasar, te lo prometo —le aseguro, pues soy lo bastante inteligente como para disfrazar la verdad y que Lola piense que me estoy dando cuenta en el preciso momento en que tengamos la conversación.

—Confío en ti.

—Te doy mi palabra.

El resto de la tarde transcurre con normalidad, las dos actuamos como si nuestras discrepancias no hubiesen tenido lugar y cambiamos impresiones abiertamente sobre lo que pensamos de la serie. Zahra, al igual que yo, opina que para los que no hayan leído la novela será maravillosa, pero que para mis lectores será decepcionante.

—Al fin y al cabo, es lo que pasa con todas las adaptaciones de un libro a la gran pantalla, siempre es peor —termino diciendo.

A las ocho es mi presentación en el hotel y llegamos a las siete para concretar detalles con los comerciales franceses que están al cargo.

Cuando entro en la sala donde anoche celebraba su presentación el señor Black, observo que han decorado todo en tonos violetas, con carteles de la novela por doquier y la mesa de la librería como la del día anterior, pero esta vez con mis libros sobre ella y una silla a uno de los lados para que después pueda firmar los ejemplares.

Los comerciales franceses obtienen una buena nota por el esfuerzo. Me siento aliviada al saber que la editorial apuesta por mí, porque todo esto cuesta su dinero y no lo hacen con cualquiera.

Avanzo para subir al escenario, pero me detengo al darme cuenta de que ya hay una persona sentada en la primera fila.

—Vaya, qué madrugador —le comento al individuo.

—No quería quedarme sin sitio —contesta sin mirarme.

¡Reconozco al instante esa voz!

¡No puede ser!

Pero ¿qué le habré hecho yo a este idiota para que se haya convertido en mi peor pesadilla de la noche a la mañana?

Avanzo sin titubear, pero despacio, con cautela.

—¿No habrá venido a fastidiarme la presentación? Porque, de ser así, llamaré al servicio de seguridad para que le expulsen de manera inmediata de la sala —gruño molesta.

«Está claro que, si ha venido a eso, ahora mismo te lo confesará para arruinar su plan», me reprocho a mí misma. Vaya mente brillante.

—He venido a ver su exposición, Miss Violet, soy un enfebrecido lector suyo, puede estar tranquila, me portaré como un gatito manso —afirma.

Cuando lo tengo de frente descubro que lleva un parche negro cubriendo su ojo derecho, resaltando de forma vertiginosa el azul del izquierdo. Aun así, sigue siendo igual de irresistible o incluso más que antes, ya que ese aire de malo del cuento le sienta de lujo, sólo le falta la espada y el garfio.

«¡Ay, lo que haría yo con ese garfio! —fantaseo al mismo tiempo que me increpo—: ¡No se puede ser más tonta, hija mía!»

Lleva unos vaqueros oscuros y un jersey de hilo color violeta que le sienta de infarto, aunque a mí me resulte repulsivo, o al menos eso debo aparentar. Aún no entiendo muy bien el motivo, pero mi instinto me dice que me aleje de él y, cuanto más, mejor. Hago como que no he visto el parche y sigo mi camino hasta llegar a lo alto del escenario, donde tomo asiento tras la mesita baja de cristal que han dispuesto para tener expuestas mis novelas durante la presentación.

Tomo una de ellas entre las manos y la ojeo para pasar el rato.

—Le sienta bastante bien ese disfraz de pirata —comento tan pancha mientras voy pasando las páginas del libro como quien no

quiere la cosa.

—Gracias, a usted también le queda muy bien el de fulana.

Cierro el libro de golpe y lo levanto para lanzárselo a la cabeza, aunque me contengo justo en el último momento. Le fulmino con la mirada. Me tengo que controlar para no arruinar el estado de paz mental en el que necesito estar ahora mismo.

«Piensa en nubes de algodón», me obligo volviendo a bajar el libro.

Es la primera vez que salgo de España de promoción, habrá prensa internacional pendiente de todo lo que diga y no pienso permitir que este imbécil consiga desestabilizarme. Además, admito que he sido yo la que lo ha provocado primero.

Pasa un rato y ambos permanecemos en absoluto silencio. Él, sin dejar de mirarme fijamente y yo, simulando que no le estoy prestando la menor atención.

Zahra no tarda en llegar con un montón de folletos en las manos donde sale mi foto junto a mis libros y, además, viene mi página web. Los coloca por la sala a toda prisa como una loca.

—Ágata, nena, Carlos te estaba buscando, llámalo o le dará un infarto —me informa con apuro; no sé si habrán hecho las paces.

«Perfecto, por fin tengo una buena excusa para salir de aquí», celebro.

Atravieso la sala bajo una atenta mirada azul mientras busco a Carlitos entre mis contactos del móvil, fingiendo que paso de su escrutinio y que no me pone de los nervios.

Al salir de la sala me choco de frente contra mi amigo, que me da dos besos mientras me cuenta entusiasmado todo lo que ha comprado hoy, lo cual le disculpa por no haber venido antes.

—Te perdono porque has llegado a tiempo —le concedo.

—Pero si ni siquiera querías que viniese a este viaje.

—Pero ya que estás aquí...

—¿Ves como no puedes vivir sin mí?

Entramos los dos agarrados del brazo y riéndonos porque Carlitos me cuenta que la dueña de una de las tiendas más pijas de la plaza Vendôme llevaba las uñas negras, las axilas sin depilar y el

cabello sin teñir, así que está indignadísimo.

Imagino que lo que haya adquirido lo habrá pagado con la tarjeta de Hugo, como siempre.

—Menos mal que me han invitado a un champán de muchos euros, si no, me hubiese ido sin comprar nada, ¿tú lo ves normal? ¡Qué guarra la tiparraca!

Observo que la sala ha ido llenándose y que dos ojos índigos vuelven a posarse en mí, bueno, más bien en la unión entre mi amigo y yo, al que echa un mal de ojo.

—¡Miss Violet! —me llama Zahra desde la parte trasera del escenario.

—Toma asiento por aquí, voy a ver qué quiere esa cordobesa loca —le susurro a Carlitos al oído.

—Estate tranquila, lo vas a hacer muy bien —me anima, y nos damos un pico en los labios.

Cuando llego tras las cortinillas violetas que cubren el escenario, Zahra se acerca.

—Ágata, ya está todo preparado, es la hora. Salgo yo primera, te presento y entras tú, ¿vale?

—Pareces nerviosa —señalo.

—Sí, es mi primera vez, pero te prometo que lo voy a hacer muy bien, soy lectora tuya y las preguntas van a ser muy originales, no las típicas de blablablá, ya verás.

—Ya lo sé, Zahra, yo estoy muy tranquila, piensa que estamos las dos solas y se trata de una charla entre amigas —la motivo, tratando de ocultar mi inseguridad.

Y así es. La presentación transcurre sin problemas, más bien todo lo contrario, con la participación del público y la entrega de la prensa. Estoy emocionada y orgullosa de cómo marcha todo. Hasta que, al final, tras una hora y pico de charla, alguien entre el público levanta la mano.

—¡Aquí! —exclama el del parche en el ojo—. Yo tengo una duda. —Zahra le cede la palabra y él pregunta—: Como de todos es conocida su maestría escribiendo, me gustaría saber algo más personal sobre usted, Miss Violet, algo como, por ejemplo, ¿qué acostumbra a hacer en sus ratos libres? Díganos alguna cosa

graciosa o alguna excentricidad suya, en plan rociar a gente indefensa con espray de pimienta... y cosas así.

Un murmullo en la sala logra desconcertarme.

Clavo mis ojos de asesina en serie en los suyos. «Te vas a cagar, energúmeno de pacotilla», le amenazo mentalmente.

—¿Conoce el mito de Tiresias, señor Reyes?

Él me mira sorprendido porque sepa su apellido y asiente, aun así, se lo cuento:

—El pobre Tiresias no quería mirar, o eso alegó él, claro, pero sus ojos insistían en posarse sobre el cuerpo virgen y desnudo de Atenea, contemplando con lascivia el baño de la diosa en la fuente Hipocrene, en el monte Helicón. Ella, de una castidad absoluta, sospechó que detrás de los árboles su desnudez tenía testigos. Se encolerizó, considerando aquella indiscreción como un atentado contra su pudor, y dejó sin luz para siempre los lujuriosos ojos que la observaban. Debemos asumir las consecuencias de nuestros actos.

—Muy bonito. Veo que, como a mí, a usted también le gusta la mitología griega, por eso sabrá que Atenea, arrepentida por su excesivo castigo, le concedió a Tiresias el poder de la adivinación —contraataca el falso pirata.

—¿Trata con eso de decirnos que es usted adivino? —me mofo.

—Así es —asiente con chulería.

Yo suelto un bufido seguido de una risotada. ¡Lo que hace la gente por llamar la atención!

—¿Y podría exponer ante el público, para que así haya testigos, alguna de sus visiones de futuro, *Nostradamus*? —propongo risueña.

—¡Por supuesto! Además, hay una en especial que no tardará mucho en cumplirse.

—¡Oh! Estoy deseando oírla —me hago la interesada.

—Antes de tres días —anuncia con una voz misteriosa— la tendré debajo de mi cuerpo, gimiendo como una zorra y suplicando que no pare de follarla.

Todos los presentes rompen en un estruendoso clamor.

Me levanto de mi sitio como alma que lleva el diablo, la ira comprime mis entrañas, no soy capaz de razonar y voy directa hacia él, que se está partiendo de la risa; quiero estrangularlo, pero Jorge me atrapa a mitad de camino para detenerme y evitar que cometa una locura. Los crímenes de mis novelas no son nada comparados con lo que pienso hacerle a este desgraciado.

—¡Cálmate, Ágata, estamos en público! —ruge en mi oído para que me detenga.

—¡Estoy muy calmada, sólo voy a retorcerle el cuello a ese cabrón! —grito, intentando zafarme de sus brazos.

Me lleva a la parte de atrás del escenario, prácticamente en volandas, y me apoya contra la pared mientras me revuelvo con todas mis fuerzas.

—Si no paras, vas a conseguir hacerte daño porque yo no pienso soltarte —me aconseja mi exeditor, enfundado en su elegante traje de chaqueta.

Entonces, miles de lágrimas comienzan a salir de mis ojos a borbotones. Son lágrimas de ira y rencor que no soy capaz de retener, me siento impotente.

—Alguien que está en tu posición no debe dejarse llevar por las provocaciones, sean del tipo que sean; te lo llevo diciendo desde que te conozco, eres demasiado impulsiva, no dejes que accedan a ti, usa ese maldito caparazón que siempre llevas puesto, joder, eres una mujer inteligente, ¡demuéstralo! —brama contra mi cara.

Las sinceras y certeras palabras de Jorge consiguen serenarme, pues tiene razón, y, de algún modo, esto significa firmar la paz con él, cosa que también me reconforta, pues el cariño no desaparece de un día para otro.

—¡Ágata! —La voz de Zahra nos saca a ambos de nuestro particular desafío.

—¿Quién es ésta? —pregunta Jorge.

—Es mi editora..., ¡suéltame! —Doy un último tirón y decide soltarme, aunque permanece alerta por si me escapo.

Los tres nos miramos.

—¿Y Lola? —quiere saber Jorge.

—Se ha quedado en tierra —le informo.

—Muy típico de ella, abandonar el barco cuando la cosa se tuerce. ¿Y quién es la rubia? ¿Su último juguetito? —inquiere.

—Perdona, proyecto de Rambo, pero yo no soy el juguetito de nadie —suelta Zahra, poniéndolo en su sitio.

Él la mira de arriba abajo y retiene una sonrisa, le conozco muy bien y me apuesto el cuello a que su bragueta ahora mismo estará a punto de estallar.

—¡¿Estás bien, nena?! —Carlitos aparece a mi lado, rojo como un tomate y con la ropa descolocada.

—Yo sí. ¿Qué te pasa a ti? —le pregunto al verle tan agobiado, pues parece que se ha peleado con alguien.

—No, tranquila, es sólo que ese orangután de seguridad no me dejaba venir y hemos forcejeado un poco. Los presentes en la sala están un tanto alterados, el tío que te ha faltado al respeto ha sido expulsado y tus fans se han quedado muy cabreados, se ha librado del linchamiento gracias a los empleados del hotel, porque, por lo visto, es un buen cliente, algún pez gordo, supongo. ¿Me puedes explicar por qué coño te ha hablado así? —Está muy nervioso y quiere decir demasiadas cosas en muy poco tiempo.

—No lo sé. Será algún zumbado que no está bien de la cabeza. Lo vi por primera vez en Onyox, cuando fui a conocer a Lola, y me acusó de ser la causante de su despido, por eso sabía que se apellidaba Reyes, pero nada más —le explico.

Zahra y Jorge se dedican una sospechosa mirada fugaz que no me pasa desapercibida.

—¿Y éste quién es? —vuelve a indagar Jorge, señalando a Carlitos—. En unos días que no estás conmigo te has rodeado de gente extraña.

—No es gente extraña: Carlitos es mi compañero de piso y amigo desde la infancia, si hubieses prestado atención a algo más que no fuese tu ombligo en todo el tiempo que hemos trabajado juntos, lo sabrías —le reprocho.

—¡Ah! Entonces tú debes de ser el mariquita gracioso que vive con ella —comenta al caer en la cuenta.

Carlitos le mira con desdén y después a mí.

—¿Estás segura de que ya no es tu jefe? —me pregunta mi amigo.

—Segurísima —contesto.

Entonces va y le asesta un fuerte puñetazo en toda la mejilla.

—Ésa de parte del mariquita gracioso, capullo —escupe mi amigo, y se larga.

Zahra y yo nos quedamos con la boca abierta, observando cómo Jorge cierra los ojos con fuerza para armarse de paciencia antes de volver a abrirlos. A Zahra se le escapa una risilla nerviosa y él termina de alucinar.

—Supongo que me lo he merecido —gruñe mientras se aleja, no sin antes añadir—: Ve a firmar los libros, la gente está esperando.

—Eso debo decirlo yo —protesta Zahra.

—Donde hay patrón, no manda marinero, rubita bonita —responde él sin ni siquiera mirarla antes de desaparecer.

Ella boquea como un pez ante su comentario.

—Se ha marchado antes de que pudiese soltarle otra leche como la de tu amigo.

—Es un capullo machista, no te preocupes —comento para animarla.

—Desde luego, todo lo que tiene de guapo lo tiene de idiota.

—¡Que le den! —exclamo.

—¿Estás bien? ¿Quieres que suspendamos la firma? —me pregunta.

—¡De ninguna manera! Hace falta mucho más que esto para interrumpir mi vida.

—De acuerdo —asiente—, iré a informar a los medios de que en breve se procederá a la firma.

—Creo que los medios ya tienen un titular mucho más suculento que mi firma —me lamento.

—Pues aprovechémoslo para sacarle partido —me sugiere guiñándome un ojo—, no hay mal que por bien no venga.

«Al final la rubia no va a ser tan tonta como parecía», pienso.

# Capítulo 8

Las conversaciones siempre son peligrosas si se quiere esconder alguna cosa.

AGATHA CHRISTIE

Todo ha ido de maravilla.

La gente que estaba aguardando para que firmase sus ejemplares se ha volcado conmigo y me ha dado mucho más cariño del que esperaba.

Los lectores de *thrillers* no suelen ser tan cariñosos como los de romántica, por eso me ha sorprendido gratamente que todos me hayan dedicado su apoyo incondicional. Es una experiencia nueva para mí, y la verdad es que me siento feliz.

Una vez que los lectores, los libreros y el personal del hotel recogen el chiringuito para marcharse, nos despedimos de ellos. La gran sala, que momentos antes rezumaba bullicio, ahora permanece vacía y en silencio, sólo quedamos Zahra, Carlitos y yo.

—Tengo tanta hambre que me comería un pato entero, con plumas y todo —se queja mi amigo.

—¡Y yo! —admite Zahra.

—Yo también —porque encima no he comido a mediodía—,

pero son las once de la noche y el restaurante ya habrá cerrado la cocina.

—Os invito a cenar —dice una cuarta voz a nuestra espalda.

Los tres nos volvemos y descubrimos que se trata de Jorge Zúñiga, que está apoyado sobre una de las dos enormes puertas de entrada, con las manos metidas en su impoluto pantalón de pinzas.

—¡Venga, pues que pague Zurión la cena, por todos los años que he tenido que soportar al estirado del jefe! —respondo.

—En realidad, tendrías que pagarla tú, para que te perdone por haberme dejado tirado como una colilla después de convertirte en lo que eres hoy en día —regruñe—. O, mejor aún, que invite el nuevo juguetito de Lola, para celebrar el éxito de la presentación.

Zahra lo mira con inquina, pero pasa olímpicamente de su comentario, contoneando su trasero de una forma exagerada al pasar por delante del Folleditor para que se fije en esa parte de su cuerpo, cosa que el cromañón hace sin remilgos.

—La baba, abuelete... —Hago como que le limpio la barbilla y él pone los ojos en blanco mientras niega con la cabeza.

—No me ponen las andaluzas —susurra en mi oído.

—¡No te lo crees ni tú!

Carlitos pasa también de largo, sin prestarle atención.

Nos lleva en un cochazo deportivo, que no sé cuál es porque no entiendo de coches, hasta un restaurante a orillas del río Sena, frente a la catedral de Notre Dame. El sitio se llama Comme Chai Toi y tiene muy buena pinta.

—Bienvenidos al típico bistró parisino —nos informa mientras sujeta la puerta para que entremos—, tiene unas vistas inmejorables.

—Si no se hubiese incendiado la catedral, las vistas serían aún mejores —ladra Carlitos al entrar.

—Me va a odiar para siempre, ¿a que sí? —se lamenta Jorge.

—Es bastante probable, sí —le aseguro.

En cuanto entramos, una de las camareras sale a recibirnos con una sonrisa de oreja a oreja que sólo le dedica a Jorge; resulta más que obvio que se conocen. El sitio está decorado con pósteres

de conciertos sesenteros en las paredes y cómics en las mesas, cosa que me chifla, pues yo soy superfriki de todo eso. Ella nos acompaña hasta una esquina acristalada donde tenemos la catedral de frente.

—Aun quemada, sigue siendo espectacular —comento mientras me siento de cara al monumento—, es algo que te hace contener la respiración.

—A saber qué estropicio hacen ahora —espeta Zahra—, seguro que algún arquitecto lumbreras con ganas de ser recordado idea alguna basura arquitectónica que los políticos acepten. Eso debería ser votado por el pueblo y no por los gobiernos corruptos. Con todos los millones que se han donado para restaurarla...

Jorge la escucha con atención, ignorando a todas luces a la camarera, que no deja de ponerle ojitos.

Pedimos la cena y, mientras comemos, o, mejor dicho, mientras devoramos los exquisitos platos que nos han servido, nadie habla. Una vez que tenemos el estómago lleno, y un par de vinitos encima, ya es otra historia.

—Ágata, si te enseño una cosa, prométeme que no vas a enfadarte —me pide Carlitos, aguantando la risa como puede.

—¿Y qué más puede pasarme hoy? —me quejo.

—Todavía te queda, mira.

Me pasa su móvil y me quedo blanca.

«El puto Eygon Black de los huevos...» Sí, digo tacos porque estoy muy cabreada, ha publicado de nuevo en su muro de Facebook.

Leo en voz alta su texto:

—«Una vez más, mi adorada Miss Violet está en boca de todos, y no porque ella haya hecho algo, precisamente, sino porque un loco que andaba suelto el día de su presentación ha dado a entender que la escritora en sus ratos libres rocía a la gente con gas pimienta y, por si esto fuera poco, ha afirmado que en tres días conseguirá tenerla bajo su cuerpo. No doy crédito a que ciertas personas estén tan desesperadas por obtener algo de fama que puedan llegar a hacer algo así. Desde aquí, envío todo mi apoyo y cariño a mi querida compañera de letras. Firmado: Eygon Black».

—¡Pero bueno! ¿Es que este tío no tiene nada mejor que hacer que meterse conmigo? —vocifero—. Es que alucino con la gente, yo ni lo nombro y él no me deja en paz.

—No se está metiendo contigo, te está apoyando —le defiende Jorge, mirando el texto desde su móvil.

—¿Apoyando? ¡Ja! Ése no da puntada sin hilo, con la tontería ya ha soltado lo del gas pimienta y me ha dejado como una chica fácil. Sólo tienes que leer los comentarios de la gente debajo del post.

—Pues, básicamente, dicen que no sabes cómo llamar la atención porque estás celosa de que el señor Black te haya superado en ventas —contesta Jorge con retintín—. Donde estaba antes vendía, pero nada comparado con los números de ahora.

—¡¿Qué?! ¿Eso es cierto? ¿Ha vendido más que yo? —pregunto intrigada mirando a Zahra, que se encoge de hombros.

—Sí. Ésa es la cruda realidad, querida, soy el mejor y convierto en oro todo lo que toco, como el rey Midas —presume Jorge.

—Pues mucho cuidado con lo que tocas, entonces —le advierte Carlitos, señalando su bragueta.

—No parece que te tenga demasiada manía, Ágata, pues ha subido una foto tuya preciosa —comenta Zahra, mirando dicha imagen con una sonrisa.

Eso es verdad, ha puesto una foto mía muy bonita, que, por cierto, no sé de dónde diablos habrá sacado, aunque eso ahora no viene al caso, y mucho menos lo exime de su culpa.

—Ágata tiene la sensación de que todo el mundo la odia o conspira contra ella, ya la irás conociendo, rubita —comenta Jorge.

Ella clava sus ojos en los del editor.

—Creo que todavía no te has percatado de que te estoy ignorando, espero que lo asumas al oírlo de mis labios y me dejes en paz de una vez. Me da igual que vayas por ahí meando más alto que los demás, en serio, simplemente hazte a la idea de que no existo —decreta la cordobesa, que enfadada no parece tan graciosa.

—¿Qué os parece si nos vamos a tomar una copa para destensar el ambiente? —propone Carlitos.

—¡Me apunto! —canturreo.

—¡Y yo!

—Yo iré dentro de un rato, tengo un asunto que resolver —expone Jorge, mirando a la camarera de reojo—, te llamaré cuando termine —me dice.

«Así es como piensa pagar la cena el muy canalla», pienso para mí.

Nos despedimos de él y nos vamos Zahra, Carlitos y yo hacia el Quartier Latin, que significa «barrio latino», pero no porque la gente que haya allí sea de origen latino, sino porque en la Edad Media se encontraba ahí la universidad y en todo el barrio sólo se hablaba en latín.

Una vez allí, Carlitos pregunta con su inglés *chapurrero* por una discoteca, pues es casi la una de la madrugada y no parece que vayamos a encontrar demasiados bares abiertos. Nos mandan a un sitio que se llama OC2 y allá que vamos sin dudarlo.

El sitio es..., no sé cómo describirlo. Se trata de la planta baja de un local muy oscuro, lleno de luces de neón rojizas que iluminan la pista de baile; a la derecha, las paredes son de piedra antigua, con arcos como si fuese una iglesia, y a la izquierda, donde se encuentra la barra, todo el mobiliario es blanco y moderno. Alrededor de la pista hay varios espacios con mesitas bajas y sofás rojos de terciopelo. Es una mezcla entre lo moderno y lo antiguo muy extraña, algo entre un puticlub y una cafetería. La gente baila en la pista como si fuese el último día que estarán en el mundo.

—Yo quiero lo mismo que se ha tomado ésa —le dice Carlitos al camarero, señalando a una que baila *puerking* en medio de la pista.

—Te daré algo mejor —gorjea el camarero en un español perfecto, mordiéndose el labio inferior.

Carlitos, que no se corta un pelo, le sigue el rollo. Luego vendrá lloriqueando porque tiene remordimientos de conciencia

para que le diga que no pasa nada y limpie su conciencia. ¡Hombres!

Zahra y yo nos tomamos un ron con cola cada una y nos vamos hacia la pista mientras zanahorio y dominicano siguen tonteando en la barra.

—¿Entonces sí que es gay? —pregunta señalando a mi amigo con un dedo.

—¿No te habías dado cuenta? No es que se esfuerce demasiado en ocultarlo —declaro.

—Tiene mucha pluma, pero también podría ser un hetero amanerado. Lo he dado por supuesto cuando Rambo le ha llamado «mariquita».

—Es gay de nacimiento, lo tiene muy claro, y además está casado, aunque a él le guste llamar a Hugo «novio» y no «marido».

Ella abre mucho los ojos y da un gran trago a su copa para tratar de evitar hablar, pero habla.

—No entiendo por qué la gente con pareja tontea con otros —protesta.

—Ahora se lleva mucho eso del poliamor.

—El problema de eso es que suele hacerlo solamente uno de los dos, sin que el otro dé su consentimiento, o que ni siquiera se entere, y eso no es justo. Si te quieres tirar a media ciudad y parte de la otra, me parece de lujo, pero no te comprometas con nadie. Creo que siempre hay que tener las cartas sobre la mesa, no me gustan los juegos sucios. Odio las mentiras.

—Zahra, no es por meterme en tu vida, pero resulta demasiado obvio que te han engañado —le comento.

—Sí. Fue mi primer amor, mi prometido y mi todo. No tenía ojos para nadie más, él era mi mundo y yo el suyo..., hasta que mi mundo se vino abajo —me cuenta con ojos melancólicos.

—¿Y qué pasó? Quiero decir, ¿con quién te puso los cuernos?

—Con una de esas zorras que disfrutan acostándose con los hombres ajenos. —Al ver mi cara de asombro, añade—: ¿No lo sabías? Pues ya lo sabes. Para ellas, el hecho de que estén comprometidos es un plus, y con mi novio se ganó todos los puntos.

—Cuenta, cuenta —la animo.

—Se llamaba Jessica y entró a trabajar en su empresa un verano. La asignaron a su departamento. Él me hablaba de todas sus compañeras menos de ella, jamás pronunciaba su nombre, y eso que se pasaban el día juntos, por eso comencé a mosquearme. Poco a poco, empezó a hacer horas extras que nunca le pagaron y a llegar más tarde a casa. Nunca tenía ganas de hacerme el amor, decía que estaba muy cansado del trabajo, pero se pasaba horas enteras con el móvil.

—En cuanto un hombre deja de querer tocarte...

—Yo le preguntaba si pasaba algo, pero me decía que estaba loca y que me dejase de chorradas de celos infundados, que yo era la única mujer para él y que jamás podría fijarse en otra. ¡Qué idiota fui por creerlo!

—Es que no lo entenderé nunca, si te han pillado, no insistas en seguir con la mentira, ¿qué necesidad hay de hacer más daño a la otra persona?

—Eso mismo pienso yo, pero creo que todos son así, por eso no quiero saber nada de ninguno, ¡ni loca!

—Yo estoy igual, aunque a mí no me hayan engañado, me di cuenta sin necesidad de ello. Bueno, cuéntame el final de la historia, porque espero que, al menos, le cortases los huevos —la animo, y sonríe.

—Un día lo seguí hasta la oficina y los pillé besándose. No se escondían, estaban tan tranquilos en medio del pasillo, delante de todo el mundo, el muy cabrón —recuerda indignada—. Todos sus compañeros me conocían desde siempre y ninguno me contó nada, otra panda de traidores. Todavía hoy siento cómo se me despedazó el corazón al verlos. Duele mucho.

—¿Y qué hiciste?

—No me vio nadie. Volví a casa, llorando como nunca, me costaba hasta respirar del sofoco. No quería creer lo que acababa de ver, pero no me quedaba más remedio. Cuando él llegó, volví a preguntarle si le pasaba algo conmigo y volvió a negarlo todo, encima, cabreado e indignado ante tan absurda acusación. Se hizo su cena, se puso a jugar con el móvil tirado en el sofá, aunque

ahora sé que no jugaba a nada, sino que estaba hablando con la otra. Ni me miró ni me habló. Nada. Así que cogí mi ropa y la metí en una maleta. Cuando me marchaba le dije que tendría noticias de mi abogado, pues la hipoteca y el coche lo teníamos a medias.

—Debió de alucinar.

—Tendrías que haberlo visto, Ágata. Te juro que, si no hubiese presenciado yo misma aquel beso, hasta lo habría creído. Lloró, suplicó y juró que no había nadie más. ¡De Oscar!

—Los hay que mienten muy bien.

—En fin. No le di más explicaciones, no tenía ganas de discutir porque tenía el alma rota, me marché dejando que me llamase paranoica y mil cosas más.

—¿Y nunca le dijiste la verdad?

—No la merecía. Creo que incluso pensó que era yo la que me acostaba con otro, pero ya no me importó más. Yo soy de las que dan muchas oportunidades, pero cuando me canso, no hay vuelta atrás —admite.

—Me parece una buena filosofía de vida. Yo, en cambio, soy más de venganzas —sonrío con malicia—, le habría arrancado los huevos.

Justo en ese momento aparece Carlitos entre la multitud, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué hacéis, chicas? Tenéis cara de acelgas agrias, ¿no era esto una fiesta para celebrar no sé qué? —exclama levantando los brazos al ritmo de la música.

—Nada, nos estábamos poniendo al día sobre conjuras y traiciones varias —le explico.

—¿Y se puede saber por qué, pudiendo hablar sobre mil cosas, os ponéis a hacerlo sobre traiciones en medio de una fiesta? —Parece sorprendido, pero conoce mi faceta oscura y ya poco se sorprende.

—Porque Zahra cree que has engañado a Hugo con ese camarero.

Carlitos la mira asombrado y ella quiere que se la trague la tierra por contárselo.

—¡Ágata! ¡No! Yo... —trata de excusarse.

—Yo nunca engañaría a mi marido —establece mi amigo en un tono muy serio; el hecho de que lo llame «marido» indica su grado de enfado—. Puedo hacer el tonto, pero no paso de ahí. Jamás haría algo que no me gustaría que me hiciesen a mí.

—Lo siento. —Zahra no sabe dónde meterse.

Carlitos y yo nos miramos y ambos soltamos una carcajada por su ignorancia, si la pobre supiera las fiestecitas que se monta mi amigo en casa... Zahra me cae muy bien, por eso quiero que se sienta parte integrante del grupo, y eso sólo se consigue gastando bromas.

—Nunca sabrás la verdad —musita mi amigo a modo de secreto, guiñando un ojo a la rubia, que no sabe qué creer.

—Por cierto, Ágata ha dicho antes que tú sabes algo acerca de ese tal Reyes. ¿Quién es? ¿Es peligroso? —pregunta el pelirrojo.

—¿Quién? ¿Álvaro?

—¿Se llama Álvaro? —Me sorprende el nombre porque... me gusta. ¡El nombre, que conste!

Ella asiente.

—No creo que sea peligroso en absoluto. Trabajaba antes para Novelantic y ahora he oído que está con tu editor, el chulo playa ese.

—¡¿Con Jorge?! —inquiero.

—¡Ay, Dios, dime que ya lo sabías! —se santigua ella—. Si es que no sé por qué bebo, soy una metepatas profesional.

—¿Y a qué se dedica exactamente ese desgraciado? —pregunto mientras planeo una venganza digna para Folleditor.

Ella me mira como una gacela al león antes de morir. En mi mente se hace el efecto *zoom* dramático, ese que se te acerca en varias fases rápidas hasta los ojos mientras suena una música de drama total.

—No tengo ni idea —se lamenta la pobre chica.

Lola comentó que era maquetador, pero algo no me cuadra. Un simple maquetador no se aloja en semejante suite ni se lo llevan a los viajes de promoción. Entonces ¿por qué mienten?

—Si trabaja para Jorge, seguro que él está al corriente de todo, pero por algún extraño motivo no ha querido decírtelo.

Incluso debe de saber quién es Eygon Black, que es lo que realmente debería preocuparte y no ese tal Álvaro, por muy bueno que esté —defiende mi amigo.

—¿Y si el escritor fuese Álvaro? —conjeturo.

—Es imposible, porque no podría haber ido a Giverny y estar en la presentación al mismo tiempo —argumenta Carlitos.

—Jorge estaba en la presentación y supuestamente debería haber ido con Black a Giverny —le rebato—, por lo tanto, no fue ninguno de los dos. Con el ojo así no podrían acudir a la cita.

—¡Elemental, querido Watson! —afirma Carlitos pensativo.

—¿Por qué tienes tanto interés en saber quién es el señor Black? —nos interrumpe Zahra intrigada.

—¡¿Tú lo sabes?! —exclamamos mi amigo y yo al unísono.

—Qué va, nadie sabe quién es —admite ella—. Pero ¿por qué quieres saberlo? ¿Por lo que te escribe en Facebook?

—Es una larga historia —trato de cambiar de tema.

—No, Ágata, cuéntaselo. ¿No te das cuenta? Ella puede ayudarnos —asegura Carlitos.

—¡No puede ayudarnos! Si nadie en la editorial sabe nada, ella no va a saberlo, ni siquiera tiene contactos —me quejo.

—¿De qué estáis hablando? —quiere saber ella, metiéndose en medio de nosotros dos.

—La hermana de Ágata se suicidó hace cinco años y creemos que el escritor tuvo que ver con su muerte —suelta el traidor del pelirrojo.

—Vaya, lo siento, Ágata —se lamenta ella mientras miro a mi amigo con cara de asesina—. Pero eso es muy fuerte, habrás ido a la policía, ¿no?

—Te he dicho que no contases nada, ¡¿eres idiota?! —reprendo a Carlos enojada.

—Tú has insinuado que me iba a tirar al camarero, estamos en paz —se excusa el muy ruin.

—¿Vas a comparar un polvo con una muerte? —le discuto.

—¿Y qué es lo que tienen que ver Eygon y tu hermana? —se interpone de nuevo Zahra entre nosotros.

—Ella era muy fan de sus novelas, estaba enamorada de él —

le cuenta Carlos.

—Más bien obsesionada —claudico.

Luego suspiro abatida. Espero que al menos le cuente la versión *light* y no la *gore*, pues no me gustaría que Zahra pensase que veo asesinatos por todas partes.

—Le seguía allá adonde iba. Ella se imaginaba que era él en realidad quien hablaba en las presentaciones. Se escribían mensajes privados por medio de las redes sociales y tenían cierto contacto, por eso sospechamos que ella se suicidó al no poder conocerlo en persona o algo similar —expone mi amigo.

Zahra me observa apenada.

—Él le prometió cosas que nunca cumplió, un amor de novela. Marta debió de cansarse de esperar, siempre fue demasiado impaciente —añado para no dejarla como una desequilibrada enamoradiza.

No dejó ninguna nota de despedida, ¡nada!, y eso es lo que a mí me mata; sé que jamás se habría ido sin decirme adiós.

—¿Y por qué quieres saber quién es él? ¿Qué adelantas? —pregunta ella—. Nadie va a devolverte a tu hermana, sólo conseguirás que se abra la herida de nuevo.

Sin darme cuenta, un par de lágrimas corren por mis mejillas.

¡A la mierda la fiesta!

—Ya sé que no va a devolvérmela, pero quizá pueda evitar que ese malnacido vaya haciendo lo mismo con otras pobres chicas. Ni siquiera creo que él supiera que se suicidó, pues nunca dijo ni una sola palabra al respecto, en ninguna parte. Ella debía de ser otra más entre los miles de millones a las que escribe cada día prometiéndoles amor eterno. Ese amor del que tanto habla en sus novelas, pero que no es capaz de entregar a nadie, pues ni siquiera tiene cojones para dar la cara —rujo colérica.

Ambos miran tras de mí con cara de rana pasmada, resulta obvio que alguien acaba de llegar y está a mi espalda.

—¿Hablabais de mí?

Me vuelvo y veo a un Jorge sonriente y despeinado.

—Tienes cara de recién follado —le saludo, cambiando de registro por completo.

—Las francesas son muy pasionales. ¿Estás celosa?

Yo suelto un bufido.

—Ya te gustaría a ti —sonrío.

Aunque, de pronto —efectos del alcohol—, recuerdo que estoy enfadada con él por haberme ocultado que conoce a ese tal Álvaro, además de haberme despedido, por supuesto.

—¡Por cierto! —espeto enojada (normal que piense que soy bipolar)—, me he enterado de algo que vas a tener que explicarme…

—¡No! —nos interrumpe Zahra, tirando de mi brazo hacia atrás para susurrarme al oído—: No desveles la jugada, Ágata, vamos a sacarle información valiosa a Rambo sin que se dé cuenta.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Descuida, «estrategia» es mi segundo nombre —presume.

—Te advierto que Zúñiga es un hueso duro de roer —le indico.

—Nada que no puedan solucionar estas dos —se agarra los pechos con ambas manos, los menea y sonríe—, déjamelo a mí y dentro de un par de días tendrás todos los datos de Black sobre la mesa.

—¿Y eso no es prostitución? —planteo con guasa.

—Yo lo llamaría, más bien, tráfico de influencias. Además, si he de serte sincera, no me va a resultar nada molesto pasar un buen rato con un ejemplar así.

Yo me río y niego con la cabeza. ¡Jolines con la mosquita muerta!, está sacando el aguijón a relucir.

—¿Y por qué vas a hacer tal cosa por mí? Casi no nos conocemos —le digo.

—Tú me has encubierto con Lola, podrías haber conseguido que me despidiesen, pero no lo has hecho; estoy en deuda contigo.

—¿Qué os pasa a vosotras dos? —pregunta Jorge, intrigado por nuestros cuchicheos y risitas.

—Nada, que quería saber cómo nos has encontrado si no me has llamado al móvil —me excuso.

Él se encoge de hombros y sonríe seductor.

—Tengo controlada a la rubia.

—A mí no me controla ni mi padre, guapo.
¡Lo tiene en el bote!

# Capítulo 9

En la vida de todos hay capítulos ocultos que se espera nunca puedan ser conocidos.

AGATHA CHRISTIE

En cuanto llegamos al hotel, cerca de las cinco de la madrugada, Carlitos sale corriendo para evacuar, pues tiene un retortijón tan fuerte que no aguanta ni a llegar hasta la suite.

—¡Putos franceses, me han dado garrafón! —lloriquea mientras corre hacia los baños de la planta baja.

—No hagas mucho ruido, a ver si vas a despertar a los clientes del hotel —bromea Jorge. Parece que, entre copa y copa, ambos han firmado la paz.

Nosotros tres nos partimos de la risa mientras subimos a nuestras habitaciones en el ascensor. Cuando se abre la puerta, salgo y ellos dos se quedan dentro.

—No hagáis demasiado ruido tampoco —me despido de ellos, medio mareada.

—Eso será imposible, siempre las hago gritar —salta Jorge.

—No flipes, Romeo, que yo hoy duermo solita —le contradice Zahra, coqueta.

—Yo no apostaría por ello —afirma él, dando al botón para que se cierren las puertas y devorándola con cara de oso voraz.

¡Vaya dos!

Avanzo hasta mi habitación con un paso para nada firme. Meto la tarjeta en la ranura, pero descubro que la puerta está ya abierta. Normalmente, lo más lógico sería dar media vuelta y llamar a alguien para que me acompañase hasta el interior; pero eso sería lo más lógico, y, tratándose de mí, la lógica no es que esté entre mis mayores cualidades.

La luz se enciende de manera automática en cuanto introduzco la tarjeta en la ranura de la pared. Al poner el pie en el interior de la suite descubro que toda mi ropa está tirada por el suelo. No me da tiempo a reaccionar porque todo ocurre demasiado deprisa y mi nivel de alcohol en sangre tampoco ayuda mucho.

Una sombra gigantesca se abalanza sobre mí. Yo comienzo a gritar con todas mis fuerzas, pero pronto me tapan la boca con lo que parece ser un trapo y me cubren la cabeza con algo oscuro a la vez que me cogen por la espalda para colocarme sobre el hombro de alguien.

Forcejeo, pataleo y hago todo lo que puedo, aunque mi agresor es tan grande que mis golpes ni siquiera le producen cosquillas, ya que ni se inmuta.

—¡Ya la tengo! Date prisa con eso o el maricón vendrá y nos descubrirá —ordena el que me tiene cogida.

—He asegurado la puerta, no podrá entrar —asevera una segunda voz cercana.

—¡¿Eres idiota?! Si nadie puede entrar, tampoco podemos salir —le recrimina el primero.

Como veo que están discutiendo, decido que es mi oportunidad de oro, y la única posible para atacar, por lo que me saco el paño de la boca con la mano que tengo libre y muerdo el hombro de mi agresor con todas mis fuerzas. Al mismo tiempo que noto el sabor de la sangre en mi boca, oigo sus alaridos y me doy

un fuerte golpe contra el suelo al caer desde lo alto.

Retiro entonces lo que fuese que me envolvía la cabeza y descubro a un hombre ensangrentado tirado en el suelo retorciéndose de dolor como un chiquillo, que es el que momentos antes me tenía atrapada, y a otro menos corpulento, pero musculoso, que lleva un pasamontañas y me observa nervioso a su lado.

Decido echar a correr y, en cuanto lo hago, tropiezo y me estampo de bruces contra el suelo. Miro rápidamente hacia atrás, tratando de levantarme a toda prisa, pero mis piernas se hacen un jaleo y vuelvo a besar el suelo de nuevo, esta vez con más ganas que antes; si no me he partido los dientes, poco me falta.

El hombre corpulento se aproxima, aunque sin demasiada prisa, parece que incluso esté haciendo tiempo para que yo pueda huir. Justo cuando está a punto de alcanzarme, arrastro una silla cogiéndola con fuerza por una de sus patas de madera y atravieso el mueble en su camino para ponerle la zancadilla, por lo que cae muy cerca de mí, momento que aprovecho para huir a toda prisa hacia la puerta, que permanece cerrada.

«¡Mierda, la tarjeta!», pienso. En las suites francesas se necesita introducir la tarjeta también desde dentro de la habitación para poder salir. Me dispongo a buscarla de manera precipitada en un bolso que descubro que no tengo; supongo que lo habré perdido en el forcejeo. Por puro instinto, palpo mis bolsillos de forma convulsiva y no la hallo en ninguno de ellos, entonces recuerdo... ¡Por Dios, si está puesta en la ranura de la pared!

La saco a toda prisa y las luces se apagan. La introduzco con suma urgencia en la puerta, pero no se abre. ¡Mierda, mierda!, me temo que está del revés, así que la saco otra vez, le doy la vuelta, pero las manos me tiemblan como flanes y ¡¡¡se me cae al suelo!!!

—¡Joder! —grito desesperada ante mi inutilidad.

No encuentro la puta tarjeta por el suelo, pues todo está a oscuras. Me agacho para buscarla como si fuese un gato escarbando en su cajón de arena, la diferencia es que yo lo hago a cámara rápida, y temblando de miedo por si el mastodonte me atrapa.

Por fin la encuentro y me apresuro a meterla en la ranura de la puerta, pero tampoco se abre, por lo que supongo que vuelve a estar del revés o que es cierto que ese malnacido la ha asegurado para que nadie pueda entrar ni salir.

«¡Jesús, María y José, no se puede ser más torpe!», rezongo entre dientes, presa del pánico.

No pienso rendirme. Le doy la vuelta de nuevo entre mis manos convulsas, y ahora sí entra, se enciende la lucecita verde del dispositivo pero no se abre la mierda de la puerta... ¡¡¡No puede ser!!! Debe de tener truco, si empujas mucho no se abre y si bajas la manija demasiado tampoco: habrá que hacer una combinación específica como en el *Simon*, pero no hay tiempo, pues oigo los pasos del malo acercándose a mí.

—¡Mierdaaaaaa! —grito aporreando la puerta con todas mis fuerzas mientras me aprisiona con sus brazos.

Que yo en el fondo sé que el destino me está haciendo un favor, a mí y a toda la humanidad, porque he descubierto que soy tan zopenca que sólo era cuestión de tiempo que muriese de alguna forma, y eso es tiempo que nos vamos ahorrando de sufrir todos.

El gigante estampa mi cara contra la pared para atarme, amordazarme y después tirarme al suelo. Una vez lo ha conseguido, se deja caer en el sofá y respira con fuerza, admirando su proeza, incrédulo.

—Hay veces que no ganamos lo que nos pagan —se queja.

—Pues esta mordedura les va a costar una buena pasta —maldice el otro, que por fin se ha puesto en pie para sacar la tarjeta de la puerta y meterla en la ranura de la pared, con lo que vuelven a encenderse las luces.

—¿Y ahora qué hacemos?

Nunca antes me habían secuestrado. Nunca me habían robado ni nada por el estilo, así que tampoco es que yo tenga demasiada experiencia para poder comparar, pero en mis novelas estas cosas ocurren millones de veces, y jamás con tantos fallos como los que han cometido estos dos mentecatos, que más bien parece que estén realizando prácticas delictivas. Menos mal que han dado con alguien de categoría torpe, que, si no, los amordazo yo a ellos.

—Supongo que deberíamos llamar al jefe, dijo que la matásemos si no encontrábamos el *pendrive*, y no hemos hallado nada. A no ser que ella misma decida entregárnoslo.

—¿Vas a darnos lo que buscamos, puta? —me suelta el que me ha aprisionado, aunque no demasiado convencido.

No puedo moverme, pues me encuentro tirada en el suelo, y mucho menos hablar con este trapo en la boca, así que, aunque quisiera decírselo, no podría, pero asiento con la cabeza para que crean que quiero colaborar.

«¿Qué diablos estarán buscando?», me planteo.

De pronto, un fuerte golpe consigue que los dos atacantes se lancen contra el suelo, cubriendo sus cabezas con ambas manos, aterrados.

Mis ojos descubren, atónitos, que se trata, nada más y nada menos, que del mismísimo señor Reyes. Ha aparecido derribando la puerta, ataviado únicamente con una toalla blanca del hotel que rodea su cadera, y sólo falta que un foco lo ilumine mientras suena música góspel a nuestro alrededor. Los está apuntando con una especie de cuchara de madera y los agresores parecen temblar de miedo ante el ridículo utensilio; vamos, que si hubiese entrado un tanque de guerra, no tendrían tanto miedo.

Todo esto me resulta demasiado pintoresco, aunque en el fondo me alegro de que haya aparecido a modo de ángel vengador.

—¿Se encuentra bien, señorita Castro? —pregunta afligido mi héroe—. ¡Si le habéis hecho daño, os mataré! —los amenaza lleno de ira.

—¡Nos ha hecho más daño ella a nosotros! —se queja uno de ellos.

Álvaro se agacha para librarme de mis ataduras y sacar el trapo, que resulta ser un tanga, de mi boca. En ese momento, los secuestradores, asesinos en serie, ladrones de pacotilla o lo que quiera que sean esos dos malnacidos, aprovechan para salir corriendo de la habitación como alma que lleva el diablo.

—¡Deténgalos! ¡No pueden irse! —le ordeno a mi rescatador, tratando de correr tras ellos, pero él me retiene, sujetándome con fuerza por la muñeca.

La cercanía me permite descubrir que huele a champú, a menta fresca y a perfume. Parece que acaba de salir de la ducha, cosa bastante extraña, teniendo en cuenta las horas que son y que debería tener cara de zombi mañanero.

—Lo importante es que usted esté bien —establece con voz varonil, mirándome a los ojos fijamente, cosa que he de admitir que me intimida un pelín.

—Estoy bien, pero esos desgraciados no lo estarán demasiado tiempo, ya que tengo restos biológicos de uno de ellos. Acudiré de inmediato a la comisaría de policía para que los detengan —le comunico.

Mi salvador se queda blanco ante tal comentario.

—¿No te habrán...? —insinúa aterrado, insinuando que me han violado.

—¡No, por Dios, no! Es que he mordido a uno —le explico señalando mis dientes.

Ahora parece más aterrado todavía.

—¡Joder! —Cubre su rostro con ambas manos.

—Muchas gracias por salvarme, señor Reyes, pero ahora, si me disculpa, debo marcharme a la policía cuanto antes.

Justo cuando voy a salir por la puerta aparece Carlitos, mirando con cara de pánico la puerta medio rota por la patada y a nosotros dos.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta—. ¿Te ha hecho algo este desgraciado?

Se acerca hasta mí para mirar, asustado, mis muñecas enrojecidas y mi boca llena de sangre, aunque él no sepa que es ajena.

—No, tranquilo, el señor Reyes es quien ha evitado que me hiciesen algo peor —le explico a mi amigo.

—¿Quiénes? ¿Qué ha pasado?

—Cuando he llegado había dos tipos en nuestra habitación que, por lo visto, querían un *pendrive*, pero el señor Reyes ha aparecido en el momento oportuno para espantarlos.

Mi héroe escucha orgulloso el relato de su proeza. Si tuviese una capa, ondearía al viento mientras levantase el puño en alto y

sonase una grandiosa música de triunfo.

—¿Un tío con una toalla y desarmado ha espantado a dos delincuentes profesionales? —se sorprende Carlitos.

Yo me encojo de hombros, pues a mí también me resulta el colmo de lo grotesco, pero es lo que ha ocurrido en realidad. Asiento.

—No ha sido todo mérito mío, ella los tenía ya acojonados —bromea Álvaro mientras me pasa mi bolso, tirado en el suelo.

—Vamos a la policía —le digo a mi amigo.

—Los agentes vendrán aquí —nos interrumpe el héroe—, a la escena del crimen, creo que es algo que usted debería saber, Miss Violet. Llamaré a los empleados del hotel para que avisen a la policía cuanto antes.

—Gracias.

Pasa un buen rato. Carlitos y yo hemos recogido toda la ropa que habían esparcido los delincuentes por el suelo y ahora me alegro de que fuese poca. Llaman a mi puerta. Mi amigo va a abrir y aparecen dos agentes de policía que se presentan hablando en un perfecto español, pero con un extraño acento francés.

Me hacen unas cuantas preguntas que anotan en una libreta. Toman muestras con un bastoncillo de los restos biológicos que tengo en los dientes. Miran y miden algunos muebles y luego se marchan, no sin antes informarme de que me mantendrán informada sobre los avances en la investigación.

—Descanse, *mademoiselle*. Le prometo que daremos con ellos y pagarán caro lo que han hecho —se despide uno de ellos.

Carlitos y yo dudamos también de que los policías lo sean en realidad, pero estamos demasiado cansados como para pensar. Se acuesta conmigo porque todavía estoy nerviosa, pero nos quedamos fritos enseguida.

# Capítulo 10

Cuando a uno no le gusta algo, lo inteligente es que se esfuerce por averiguar el porqué.

AGATHA CHRISTIE

—¿Y dices que estaban buscando un *pendrive*? —pregunta Zahra en el desayuno, completamente alucinada.

—Sí, pero yo no tengo ninguno, mis novelas las guardo en la nube, nunca he usado ningún otro dispositivo —le explico.

—¡Madre mía, yo estaría cagada de miedo, Ágata, y tú aquí tan tranquila! —suspira ella.

—Si te soy sincera, no tuve miedo, no sé muy bien el motivo.

—Pues yo sí que lo sé, ¡porque estás *chalá*! —exclama, girando un dedo en su frente para indicar que me falta un tornillo.

—Estaba nerviosa, pero no tuve esa sensación de peligro de cuando estás a punto de morir. Es que eran demasiado patosos y parecía que no querían hacerme daño, no me creí la escena demasiado.

—Buenos días, señoritas, ¿puedo sentarme con ustedes? —La aterciopelada voz de Álvaro nos interrumpe a Zahra y a mí.

Miro hacia arriba y me deslumbra su belleza. Va repeinado hacia atrás de manera pulcra, como acostumbra, con un pantalón de lino gris claro y una camiseta de color azul cielo que le sientan de muerte. Sus ojos azules no pueden ocultar el orgullo del que hace gala. Se ve a la legua que es un fanfarrón y, además, que está orgulloso de serlo.

—Lo siento, pero esta mesa es sólo para dos —me lamento, fingiendo aflicción.

—¡Sí, por supuesto, siéntate, yo ya me marchaba! —Zahra recoge su bandeja a toda prisa para levantarse de su sitio.

—¡Pero si acabamos de llegar! —rebato a mi nueva amiga, tratando de ocultar las ganas de matarla que acaban de entrarme.

—No, no, es que acabo de decidir que prefiero desayunar en la terraza, no te preocupes —canturrea mientras se marcha.

Álvaro sonríe de una manera que derretiría a la mayoría de las mujeres mientras señala la silla que hasta hace dos segundos ocupaba la editora traicionera.

—¿Puedo?

—Si le digo que esta mesa es sólo para uno, ¿se marcharía? —tanteo.

Niega con la cabeza, pasando de mí, y toma asiento. Coloca su minúscula taza de café expreso frente a él y me observa sin perder esa sonrisa insoportable que ya comienza a ser habitual.

—¿Así es como agradece usted a una persona que le haya salvado la vida? —me cuestiona.

—Usted no me salvó la vida. Mi vida no corrió peligro en ningún momento, lo tenía todo dominado y bajo control —apunto.

—¿Ah, no? Pues no parecía que estuviese dominando usted demasiado la situación cuando la vi amordazada en el suelo, aunque quizá estuviese en esa posición para despistar a los asesinos.

Lo miro a los ojos y trata de no sonreír.

—Esos dos no eran asesinos, ni siquiera eran ladrones.

Él abre los ojos demasiado, sorprendido.

—¿Y qué se supone que eran? —quiere saber.

—No lo sé, quizá alguien tratase de asustarme, pero no lo consiguió, se notaba a la legua que esos dos no tenían ni idea de lo que hacían —continúo.

Él suelta una carcajada y me contempla intrigado.

—¿Y usted sí lo sabía?

—No me ataron las manos, no me detuvieron cuando huía, el grandullón ni siquiera me pegó cuando le mordí... resulta obvio que no querían hacerme daño. Incluso les costó llamarme «puta», se nota cuando alguien no está muy familiarizado con ciertas palabras —sigo con mi exposición.

—Es usted fascinante, señorita Castro —admite mi acompañante—, ahora entiendo que sea la mejor escritora de *thrillers* del mundo. La siguiente vez que la oiga gritar, recuérdeme que no acuda en su auxilio, no me gustaría estropearle la diversión.

Lo miro con los ojos entrecerrados, estudiando su expresión, que denota sarcasmo a raudales.

—¿Sabe una cosa? Lamento informarle de que no soy la típica damisela en apuros que necesita que un príncipe la salve, aunque usted se empeñe en lo contrario.

Él se ríe abiertamente.

—Doy fe, podría denominarla de mil maneras, aunque nunca «damisela» y mucho menos «en apuros» —comenta.

—Usted tampoco es ningún príncipe, pues un caballero jamás le diría a una mujer en público lo que usted me dijo a mí.

—Una mujer inteligente como usted sabe de sobra que los príncipes están sobrevalorados —se mofa.

—Todavía no lo he perdonado, y dudo mucho que lo vaya a hacer nunca.

—¿Ni siquiera tratando de salvar su vida, a riesgo de morir por vos, me perdona el haber dicho una estupidez en un momento de flaqueza? —inquiere exagerando su pena.

—¿Flaqueza?

—¡Casi me deja ciego, por el amor de Dios! —Señala su ojo, yo compruebo que sigue un poco rojo todavía.

—No se le da nada bien actuar, señor Reyes, el papel de

damnificado no le pega en absoluto. Gracias a Dios que no se gana la vida con ello.

Él vuelve a reír, deslumbrándome con esos dientes tan blancos y sus sexys hoyuelos. «Mira que es guapo, el condenado», me digo.

—¿Sabe? Hacía tiempo que no me reía con una mujer —espeta.

—¿Me está llamando «payasa»?

—Nada más lejos de mis intenciones, lo que digo es que me resulta graciosa, y eso es algo que nadie suele conseguir, soy un tipo serio.

—No sé si tomarlo como un cumplido o como un insulto. En todo caso, para serle sincera, no me importa lo más mínimo, señor Reyes. Le agradezco que, según usted, me salvase la vida anoche, aunque espero no tener que volver a verle nunca más. Y ahora, si me disculpa, tengo cosas mejores que hacer que divertirle.

Me levanto con la clara intención de marcharme, pero me coge de la muñeca para retenerme, pegando un ligero tirón, con lo que me obliga a acercar mi rostro hasta el suyo. Sus maravillosos ojos azules refulgen enfurecidos.

—No sabía cómo llamar su atención y me comporté como un maldito capullo malcriado. Le ruego que disculpe mi grosería y que me dé una última oportunidad —susurra.

Yo pego un fuerte tirón para recuperar mi brazo, pero no me alejo de su rostro lo más mínimo para intimidarlo, como trata de hacer él conmigo.

—Las oportunidades se ganan, no se regalan, capullo —susurro, casi rozando sus labios a propósito.

Me separo de él lentamente. Me observa embelesado.

—Pues ganármela será mi único objetivo en la vida —sentencia.

Yo me vuelvo y me marcho por donde había venido, un tanto temblorosa, pues, si he de ser sincera, este hombre ha conseguido ponerme nerviosa, cosa que nunca antes me había pasado, porque siempre he sido yo la que decide cuándo, cómo, dónde y por qué.

Jorge y el señor Reyes regresan a Madrid esta misma mañana, lo sé por mi infiltrada oficial en Zurión: Zahra. El resto de los días transcurren sin más incidencias hasta que nosotros volvemos también a la capital.

# Capítulo 11

Una
persona
inteligente
guarda
sus
pensamientos
para sí
mismo.

AGATHA CHRISTIE

Suena el timbre y miro el reloj del ordenador. Son las doce en punto de un día cualquiera del caluroso mes de junio. Juraría que hoy es miércoles, aunque tampoco estoy demasiado segura, pues llevo un par de días encerrada en casa escribiendo y he perdido la noción del tiempo.

Carlitos se ha marchado a pasar la semana con Hugo y por eso aprovecho el silencio y la paz que su bendita ausencia me conceden para meterme en mi mundo sin interrupciones.

Me levanto del sofá, dejo el portátil sobre la mesa y me dirijo hacia la puerta descalza, con el pelo recogido en un moño desaliñado y el camisón negro de la muñequita de Miss Violet que diseñaron los de marketing el año pasado y que resultó ser todo un éxito.

—¿Quién es? —pregunto echando un vistazo por la mirilla.

Normalmente hubiese abierto la puerta sin preguntar, pero desde el incidente de París, ya no he vuelto a fiarme de nadie.

—Traigo un paquete certificado para la señora Ágata Castro

—me informa una voz masculina al otro lado de la puerta.

Paso por alto que me ha llamado «señora».

—¿Quién lo envía?

—Un tal señor Black.

«¡¿Qué?!»

Abro al instante. Me tiembla todo el cuerpo con sólo oír su nombre.

El chico que tengo ante mí, ataviado con el uniforme de alguna de las infinitas empresas de mensajería que existen, me mira de arriba abajo con cara rara para, después, pasarme una maquinita donde firmo con el dedo en la pantalla. Desaparece de mi vista durante unos segundos y aparece de nuevo con una caja enorme que deja a mis pies.

—Tenga cuidado de no taparlo, es delicado y necesita respirar —me advierte.

—¿Respirar?

—Este envío es del servicio especial de animales, así que supongo que será algo que respire. —Se encoge de hombros—. Adiós, señora Castro.

—¡Señorita! —le corrijo.

Se aleja sin prestarme la menor atención.

—¡Pero yo no quiero nada que respire! —me lamento.

Nunca he querido tener mascotas porque no me gusta cuidar de nadie, ya bastante tengo conmigo misma, que incluso hay días que se me olvida comer. Si no fuera por Carlitos, la policía ya habría encontrado mi famélico cadáver hace tiempo.

Miro la sospechosa caja, es tan alta que casi me llega al pecho. Me siento tentada de dejarla en el rellano y desaparecer.

«¿Por qué este tío sabe dónde vivo si yo ni siquiera sé cómo es su rostro? —me planteo. Y lo que es más importante aún—: ¡¿Por qué cojones me envía un animal?!»

Meto la caja con sumo cuidado en el interior de mi piso, no pesa demasiado, aunque no pienso abrirla; conociéndolo, es capaz de haberme mandado un cocodrilo o algo similar, o lo que sería aún peor, ¡un oso amoroso!

Descubro enseguida que hay una nota pegada en uno de los laterales y la cojo para leerla:

> *Espero que algún día podamos compartir esta increíble mascota.*
>
> *Eygon Black*

—¡¡¿¿Compartir mascota??!! —bramo a la caja en medio del salón. Ahora sí que me ha entrado el pánico. Lo de «compartir» no me quedó demasiado claro cuando iba a infantil.

Pasa otro buen rato y continúo mirando la dichosa cajita, como si, al hacerlo, consiguiese ver a través del cartón lo que hay en su interior. No se oye nada, ni se mueve. Puede que lo que hubiese dentro haya muerto por el calor. La vívida imagen de una rata muerta acude a mi cabeza y arrugo la nariz con asco.

«Joder, ¿por qué seré tan *gore*?», me recrimino.

Llevo demasiado tiempo encerrada en mi mundo oscuro.

Finalmente decido abrirla, me mata la curiosidad.

Retiro un trocito de cartón para caer en la cuenta de que debajo hay algo de metal, parece hierro. Continúo arrancando los restos de la caja hasta que descubro que se trata de una jaula. Cuando he terminado de quitar todo el cartón que la envolvía, mis ojos no pueden creer lo que ven: ¡es un maldito guacamayo rojo y gigantesco!

El pobre animal está inmóvil en la enorme jaula y tiene la cabecita tapada con una pequeña capucha de cuero. Debe de estar muerto de miedo, por lo que me apresuro a abrir la puertecita para quitarle la capucha con cuidado. En cuanto me ve, trata de subirse a mi brazo, pero yo lo retiro corriendo, cerrando la puerta a toda pastilla, lo que provoca que ambos nos asustemos.

Nos miramos presas del pánico, con nuestras respiraciones convulsas.

—Tranquilo —susurro pasado un rato, moviéndome con sigilo para no asustarlo de nuevo, aunque más bien lo que intento es serenarme yo.

Vuelvo a meter mi brazo en la jaula y él sube con cautela, parece que trata de no arañarme con sus garras. Lo saco de ella para poder acariciarlo, es una criatura fascinante.

—*Miss Violet, I love you!* —chapurrea.

Mi corazón pega un vuelco, pero enseguida me obligo a pensar que he alucinado, que el pajarraco no ha dicho lo que acabo de imaginar.

—¿Qué has dicho, bonito? —pregunto incrédula, como si me entendiese.

—*I love you, Miss Violet, I love you* —repite alto y claro.

Dejo caer el brazo a un lado de mi costado, impresionada, y entonces el animal se ve obligado a levantar el vuelo, posándose en lo primero que pilla, que no es otra cosa que el sofá.

Lo contemplo anonadada.

—¡La hostia! Con lo fácil que es regalar flores —musito.

Yo no sé nada sobre loros, no sé cómo se cuidan ni lo que comen, y tampoco lo quiero saber, joder; además, no tengo tiempo para nada ni para nadie, y mucho menos para un animal. Mi apartamento es pequeño y no creo que sea el lugar idóneo para un ave de semejante tamaño, sería un crimen tenerlo aquí encerrado, pues debería volar libre por la selva amazónica. Debo solucionar esto.

En un primer momento se me ocurre llamar a la empresa que me ha traído el paquete para que se lo devuelvan a Black, pero la amable señorita con la que he hablado al principio y discutido al final me ha informado de que eso es imposible, a no ser que el remitente lo solicite.

—O sea, que me estás diciendo que si me envían un puto loro gigante, ¿me lo tengo que comer con patatas?... ¡Pues permíteme decirte que vuestra política de empresa es una mierda!... No puede ser legal que traigan a mi casa lo que a alguien le dé la real gana y yo me tenga que aguantar... ¡Pues dame la dirección del remitente!...

Como ella no se iba a bajar de la burra ni yo tampoco, le he colgado, no sin antes amenazarla con mandarle un buen zurullo de vaca a su casa, a ver si tiene huevos de devolverlo.

Mi siguiente objetivo es Jorge, él debe de saber la dirección de su escritor de cabecera y no me trago que tenga que mantenerlo en el anonimato, como le cuenta a Zahra cada día que trata de sonsacarle. Le conozco de sobra y sé que nunca aceptaría entrar en ese jueguecito porque es un controlador nato. ¡A éste le destapo yo, aunque sea lo último que haga en mi vida!

—Jorge Zúñiga al habla —contesta al móvil.

—Me da igual el cuento que me vayas a contar porque no me lo pienso tragar, necesito la dirección de Eygon Black, ¡y la necesito ya!

—Ágata, mi amor, ¡qué alegría oír tus cálidas palabras! Yo también he estado pensando mucho en ti, aunque, si te digo la verdad, desde que estuvimos en París, cierta rubia no me deja ni respirar, me tiene exhausto, ¡vaya fiera!

Pongo los ojos en blanco.

—Que te dejes de gilipolleces, esto va en serio —insisto enojada.

—A ver, querida, sabes de sobra que el único que maneja esa información es el jefe supremo, así que, si lo deseas, puedes llamarlo y preguntar, aunque te sugiero que no le hables en el mismo tono que a mí.

—¡Eres un mentiroso! Sé que lo sabes. Jamás aceptarías trabajar con alguien a quien no puedas manipular a tu antojo.

—He cambiado, nena. Ahora me ponen cachondo los enigmas. Y a ti también debería gustarte ese morbo que despierta, todas las mujeres están enloquecidas con el misterio que lo envuelve, ¡nunca hemos vendido tantos libros!

—Enloquecida voy a estar si no me das algún dato sobre él, y no te conviene en absoluto mi locura, sé demasiadas cosas sobre ti —lo amenazo.

—¡Cómo me pones de cachondo cuando te enfadas! Pero no puedo ayudarte, en serio, preciosa, aunque Lola seguro que estará encantada de hacerlo. Te dejo, que entro en una reunión.

Y cuelga.

«¿Lola? ¿Y por qué iba a conocer Lola a este señor?»

Llamo a Lola.

—Dime, Ágata —responde enseguida, como si tuviese prisa.

—¿Puedes hablar? —pregunto.

—Estamos entrando en una reunión ahora mismo, pero si es algo rápido, dispara.

—¿Tú sabes quién es Eygon Black? —Así, sin vaselina ni nada, he disparado directa y sin piedad.

Guarda silencio.

—No sé quién te habrá dado esa información, pero nadie sabe quién se esconde en realidad bajo el pseudónimo del señor Black. —Su dulce voz ahora no parece tan serena como de costumbre.

—Un buen pajarraco es el que me lo ha dicho. Necesito saberlo, Lola, es urgente —le explico.

—No puedo ayudarte, de verdad, Ágata. Todos los editores firmamos un contrato de confidencialidad absoluta, o sea que, aunque lo supiera, que ya te digo que no es el caso, tampoco podría decírtelo.

—Ya.

Cuelgo el teléfono.

Sí, he colgado a mi editora, pero es que el cabreo me corroe y prefiero eso a soltar algún improperio del que después me arrepienta.

Sólo se me ocurre una última cosa... ¡Facebook!

Entro en la aplicación y más específicamente en el muro del escritor. Le doy a «Enviar mensaje privado» y he de reconocer que me pongo bastante nerviosa. Muy nerviosa. Por Dios, si parezco una adolescente.

«Céntrate, Ágata, no debe saber que te influye de esta manera», me ordeno a mí misma.

«Querido señor Black», comienzo a escribir.

—¿Querido? —pronuncio en voz alta, arrugando la nariz.

Borro todo.

Esto promete ser bastante largo y tedioso, así que decido prepararme un café con hielo en la cocina y vuelvo. No hay nada mejor para relajarse que un buen chute de cafeína. Sí, señor.

¡Vamos al lío!

«¡O mandas a alguien a recoger el puto loro, o lo desplumo!» Demasiado violento.

Lo intento de nuevo.

«¿En serio?, ¿un loro que dice *I LOVE YOU, MISS VIOLET*? ¿Ésa es toda la imaginación que tienes? Espero que tus novelas sean mejores, al menos podrías haberle enseñado a decir algo menos cursi y con más estilo. ¡Recoge al puto loro ya!» Demasiado rencor sin venir a cuento.

Veamos.

«Señor Black, le agradecería infinitamente que mandase a recoger su precioso regalo, pues, de no ser así, abriré el balcón y el ave volará, o será atropellada por un camión en la Gran Vía y no quisiera ser la causante de tal estropicio natural.» Demasiado grotesco.

Joder.

Tras varias tentativas y millones de intentos fallidos, la cosa queda así:

> Señor Black, agradezco infinitamente la generosidad que supone el hecho de regalarme un animal exótico; he de reconocer que su belleza no tiene parangón, pero lamento informarle de que no dispongo del tiempo necesario para su disfrute, ni mucho menos para su cuidado, por lo que me veo obligada a rechazar su magnánimo obsequio. Ruego mande a recoger el paquete a la mayor brevedad posible, pues debo salir a un largo viaje. Espero que no se sienta ofendido y que pueda compartir semejante dádiva con alguna otra persona, alguien más familiarizado con la fauna amazónica. Atentamente,
>
> Miss Violet

¡Ahora sí! Reteniendo las ganas de llamarlo cabronazo, como una campeona.

Mis manos tiemblan como un flan, pero pulso «Enviar» y cierro la aplicación corriendo.

El resto del día lo paso tratando de escribir, pero la realidad es que no consigo pasar del primer párrafo, ya que mi mente está en otra parte y mi cerebro intenta no ceder a las ganas que tienen

mis manos de abrir el maldito Facebook para comprobar si me ha respondido.

Cuando llega la noche, me preparo una ensalada y vuelvo a sentarme tras el ordenador. Mientras mastico las crujientes y frescas hojas de lechuga, como si mi cuerpo adquiriese vida propia, cojo el móvil y entro por fin en Facebook.

Tengo más de doscientos mensajes sin contestar de personas que me preguntan o me comentan cosas sobre la novela a las que otro día contestaré, pero lo que llama mi atención es que la imagen de una pequeña burbuja de chat parpadea a la derecha de la pantalla.

—Mensaje privado —leo en voz alta.

¡Pero ¿por qué me pongo tan nerviosa?!

Abro corriendo el mensaje y... ¡¡¡es de él!!!

> Querida Miss Violet, lamento informarle de que no le he mandado nada a su casa; en primer lugar, porque desconozco dónde vive, y en segundo, porque no considero que nuestra inexistente relación requiera de regalos. Espero no haberla importunado y deseo encarecidamente que encuentre a la persona que le ha mandado semejante dádiva. Hasta entonces le recomiendo que, al menos, ponga agua al pobre animal, que no tiene culpa de los variopintos entresijos de las personas que regalan animales en vez de flores. Le envío un afectuoso saludo.
>
> Eygon Black

Un resquemor sube por mi estómago a modo de furia desmedida.

Si no ha sido él, ¿quién diablos ha sido?

La imagen de un indeseable con un parche en el ojo acude a mi mente sin saber muy bien el motivo. Pero ¿por qué iba él a hacerse pasar por el escritor?

«¡Pues muy fácil, porque es él!»

Pero él no me inspira la desconfianza que debería. Mi instinto siempre ha sido más fiable que un polígrafo, siempre he acertado con cada sospechoso, pero él me transmite verdad.

Además, he de confesar que, en todo este tiempo que he estado indagando, dudo seriamente que el señor Black tuviese algo que ver con el suicidio de Marta, y mucho menos que sea un

asesino. Creo que tontearon sin más; aunque tampoco bajo la guardia, porque me niego a aceptar que se suicidase, y ésa es la única realidad.

—*Miss Violet, I love you* —chapurrea el pajarraco, sacándome de mis cavilaciones.

—¡*I love you* por mis cojones! —le grito.

—¡Por mis cojones! —repite con el mismo énfasis que le he puesto yo, por lo que me sale una sonrisa.

Me apresuro a la cocina para ponerle un vaso con agua.

«¿Beberá en vaso?», me gustaría saber.

Vuelvo al salón y descubro que en su jaula tiene una especie de biberón entre los barrotes, por lo que dejo el vaso sobre la mesa y le muestro con el dedo su bebedero.

—Aquí, bonito, bebe de aquí —canturreo, pero nada, él pasa de mí.

Trato de llamarlo para que se meta en la jaula porque me quiero ir a acostar, pero el guacamayo no me hace el menor caso, sólo se atusa las plumas de la cola con el pico sin ni siquiera mirarme.

Así que me doy por vencida y me marcho a mi habitación, que haga lo que quiera. Yo, por hoy, ya he cumplido con el mundo.

Me duermo.

* * *

Unos gritos desgarradores consiguen despertarme en plena noche.

«¡Ay, Dios mío!», sollozo mientras me caigo de la cama por la rapidez con la que he tratado de levantarme, dándome un buen golpe en toda la cara con la esquina de la mesilla.

¡Vaya despertar!

Los gritos van en aumento. Los alaridos van seguidos de varios golpes y el sonido de cosas al romperse.

«¡Pero ¿qué leches ocurre?!», me pregunto en mi pesaroso camino hacia el salón, que es de donde parece que procede la matanza.

Sí, es obvio que cuando alguien oye ruido, en vez de correr

hacia el lado contrario o hacia la salida, corre hacia la procedencia del ruido, esto es muy propio de películas y libros, y también muy propio de una kamikaze como yo. Y dando gracias porque no hay escaleras en mi casa, que, si no, ¡las subiría!

Camino con sigilo a lo largo del pasillo hasta que llego al final. Pego la espalda a la pared para asomar un ojo por la puerta del salón y comprobar así qué es lo que pasa.

La escena es cuando menos dantesca: hay plumas rojas volando por todas partes, como si acabase de celebrarse una guerra de almohadas en un puticlub. Un cuerpo masculino se encuentra tendido sobre el suelo, cubriéndose la cabeza con ambas manos y gritando como si un *Tyrannosaurus rex* tratase de devorarlo.

El loro está posado sobre él, pero no le está haciendo nada, pues creo que el pobre está más asustado todavía que el exagerado de mi amigo.

—¡¡¡Ayudaaaa!!! —brama aterrado, intentando zafarse del pobre pájaro moviendo el trasero como si bailase la lambada.

—¡Por mis cojones! —exclama el animal en cuanto me ve, volando con desesperación hasta posarse en mi hombro.

—Ya pasó, tranquilo —trato de calmarlo, acariciando su cabecita, cosa que él parece agradecer.

—¡¿Qué coño es eso?! —gimotea Carlitos desde el suelo, todavía tembloroso—. ¡Me marcho unos días de casa y aprovechas para traer un monstruo!

—¡Oh, venga ya! Mira qué mono es —le discuto.

—¡Qué mono! —repite el guacamayo imitando mi tono, lo que provoca que me ría.

Carlitos se incorpora, observándonos a ambos sin dar crédito.

—Tú odias los animales, ¿qué hace aquí esa cosa? —balbucea desde el otro extremo del salón sin acercarse.

—No odio los animales, es sólo que nunca me han interesado —le explico.

—¿Y qué ha cambiado? ¿De pronto te ha dado por comprar un loro? ¿No había gusanos de seda en la tienda?

—No lo he comprado, me lo han regalado. —Su cara de besugo indica que no entiende nada, por eso continúo explicando

—: En el remite ponía Eygon Black, pero le escribí y me dijo que él no había sido, así que no tengo ni idea de quién me ha mandado semejante regalito.

—¿Y la empresa que lo trajo no puede ayudarte?

—¡Calla, ni la menciones! —le pido enojada—. ¿Y tú qué haces a estas horas de la noche volviendo a casa?

—He vuelto a reñir con Hugo —suelta.

—¡Oh, cariño! —Me apresuro a abrazarlo y, en cuanto el loro se da cuenta de que me acerco hacia mi amigo, se mete en su jaula despavorido.

Carlitos esquiva mi abrazo y se lanza contra la jaula para cerrarla a toda prisa.

—¡Así ya no podrás escaparte, bestia maligna!

—¡*I love you* por mis cojones! —grita el ave.

Mi amigo y yo nos miramos y nos reímos.

—¿No había otra frase para enseñarle?

Me encojo de hombros.

—Le haría gracia ésa.

—Ya. Todavía no sé por qué hay un loro en casa —se queja.

—Vámonos a dormir, mañana es la gran fiesta estival de la editorial y necesito estar descansada para aguantar a todos esos pelotas. Cuando esté despierta te lo contaré todo.

—¿Puedo dormir contigo? —me suplica con cara de gatito desvalido.

—Pero no te acostumbres, no me gusta compartir cama.

—Sólo por hoy, lo prometo.

—Ya me conozco yo eso.

Nos vamos los dos a la cama y enseguida me quedo frita, aunque él se pasa toda la noche dando vueltas y mensajeándose con Hugo. Lo sé, soy una pésima amiga, pero es que tengo un sueño muy profundo y sé de sobra que ya me lo contará todo mañana con pelos y señales.

# Capítulo 12

El factor naturaleza no hay que descuidarlo nunca. Los débiles a menudo dan muestras de una fortaleza inesperada, y los fuertes, a veces, sucumben.

AGATHA CHRISTIE

—Entonces ¿has adelantado mucho la novela en estos días que te he dejado tranquila? —me pregunta mientras desayunamos en la barra de la cocina.

—Sí, lo cierto es que sí, hasta que llegó el pajarraco —le contesto, mojando mi tostada de pan integral en el tazón gigantesco de café—. Sabes que la escenita del ataque del loro va a caer sí o sí en una novela, ¿verdad?

—Y tú sabes que te odio, ¿verdad? —Me dedica una mirada

recriminatoria—. Así que ha sido Eygon Black quien te ha regalado esa bestia.

—Todo lo que sé es que me lo enviaron ayer y en el remite sólo ponía Eygon Black. La tiparraca de la mensajería dijo que era política de empresa no desvelar la identidad de sus clientes si ellos así lo exigían. Entonces, le escribí un mensaje a él por Facebook para pedirle que recogiera su regalito, pero me dijo que no sabía de qué le estaba hablando. Así que tengo dos teorías: una, que no haya sido él, pero que alguien haya firmado como si lo fuese, y dos, que haya sido él y se haya hecho el tonto.

Le explico todo de manera precipitada.

—Conociéndote, no quiero saber lo que le dijiste.

—Pues no, listo, porque en ese preciso instante, tu imagen se me apareció como si fueras la Virgen María para hacerme recapacitar antes de mandar el primer mensaje, que era un poco rudo, y al final lo hice de una forma muy correcta y educada. ¡Puedes estar orgulloso de tu pupila!

Carlitos me observa perplejo.

—Has escrito un mensaje al tipo que engatusó a tu hermana de esa misma manera, ¿sabes que podría hacer lo mismo contigo?

—¡Oh, venga ya! Marta era profesional en edificar castillos en el aire, siempre soñaba con encontrar a su príncipe azul; yo tengo los pies en el suelo y sé que todos los príncipes son unos cabrones.

—Juraste que nunca tendrías el más mínimo contacto con ese señor —me recuerda.

—¡No es ningún contacto! Quiero que recoja al pajarraco, nada más.

Me estudia con su mirada de madre preocupada.

—Quiero ver esa nota —me pide muy serio.

—Cógela, está al lado del microondas. —Le señalo con el dedo su localización y se dirige hacia allí para cogerla y leerla—. Pareces tú el detective, estás muy rarito hoy.

—¿Compartir mascota? —se sorprende mientras la lee.

Yo me encojo de hombros.

—Es una broma pesada y de mal gusto, muy propia de este

señor, pero se le va a terminar muy pronto el chollo, y ahora la que se va a reír soy yo, ¡porque ya sé quién es! —exclamo orgullosa.

Carlitos me observa atónito.

—¡¿Y quién es?!

—¡El del parche en el ojo!

—Pero ¿y por qué va a ser él? ¿No lo habías descartado?

—Es que todo encaja. Estaba en París en una suite. No fue a Giverny porque tenía el ojo mal. Trabaja para Jorge y antes lo hacía para Lola, por eso me dijo que me había cargado su trabajo. Me ha mandado un maldito loro por fastidiarme... No lo sé al cien por cien, pero todo encaja y sabes que mi instinto de detective nunca falla.

—En las novelas no, pero en la realidad... —me provoca.

Carlitos nunca supo que dejé la policía para convertirme en escritora porque quería estar más cerca del sospechoso. Siempre le conté que ser escritora era mi sueño frustrado y que debía hacerlo realidad antes de morir. Él se lo tragó sin dudar, claro, pues está acostumbrado a que nunca le mienta.

—¿Por qué no ha de ser él? ¿Qué pinta un maquetador en una suite del mejor hotel de París? No es muy lógico, está bastante claro —insisto.

—Pues eso es precisamente lo que me hace dudar, que resulta demasiado obvio.

—Una de las técnicas de despiste más utilizadas de los *thrillers* es que el asesino sea el mayordomo, porque, como resulta tan obvio, nadie duda de él —le explico.

—¿Y cuál es el plan? —pregunta mi amigo intrigado.

—Joderle la vida.

Él se tapa la cara con ambas manos.

—No sé si quiero ser testigo de esto.

—Zahra y tú vais a ayudarme, lo tengo todo preparado —declaro.

—Pues no creo que puedas contar conmigo demasiado tiempo, cariño, porque Hugo quiere que me vaya a vivir con él y

no acepta un no por respuesta.

Nos miramos durante un largo instante, ni siquiera nos hace falta hablar a ninguno de los dos, además, un nudo en la garganta me lo impide.

Después de un instante de silencio, nos abrazamos con fuerza y lloramos juntos.

—Si te vas, te echaré muchísimo de menos, sabes que eres como un hermano para mí, pero no quiero ser egoísta, lo único que deseo es tu felicidad, Carlitos, y sé que está junto a Hugo —sollozo sobre su hombro.

—Le he pedido tiempo y me ha dicho que si el mes que viene no estoy allí se divorcia —me explica, separándose de mí con dificultad.

—Lo entiendo, es normal.

Sabía de sobra que este momento tenía que llegar tarde o temprano, pero es igual que cuando un hijo se va de casa, sabes que va a pasar, pero cuando ocurre de verdad, duele. Toma mi rostro entre sus manos y me mira a los ojos fijamente.

—Sé que vas a estar bien, Ágata, pero no quiero que te metas en líos. Si vas a estar maquinando venganzas y confabulaciones, no me iré tranquilo y estaré demasiado preocupado por ti. No me hagas esto, por favor. Ya es bastante duro tener que despedirme de ti.

—Lo intentaré. —Pongo la mano en alto a modo de juramento indio.

—¿Por qué será que no te creo?

—¡Venga, déjate de rollos! Si tenemos menos de un mes para estar juntos, vamos a hacer que sea épico. ¡Tú eliges primero! —le propongo.

—¿Épico? —Piensa—. ¡Ya lo tengo! Vamos a comprarte un vestido despampanante para esta noche —anuncia.

—¡No! ¡Me niego!

* * *

A las nueve en punto de la noche el taxi entra en la finca Aldovea,

en Torrejón de Ardoz, dejándonos a Carlitos y a mí en la misma puerta del impresionante palacio del siglo XVIII.

Hace bastante calor, por lo que han dispuesto unas exquisitas mesas redondas en uno de los inmensos jardines que hay frente al palacio. Dichas mesas resplandecen adornadas con pequeñas velas sobre ellas; además, hay miles de lucecillas led colocadas en las copas de los árboles que dotan al ambiente de un aura mágica.

En cuanto pongo un pie sobre el suelo adoquinado me entran los nervios, pero enseguida el brazo de mi amigo acude en mi ayuda para prestarme su incondicional apoyo, como es habitual. Lo miro orgullosa. Va tan guapo con su esmoquin azul marino que, si no le gustasen los hombres, estoy segura de que sería mi media naranja.

Me da la impresión de que voy disfrazada de gallina Caponata, por Dios, ni siquiera sé andar con tacones, parezco un poni borracho. Numerosos empleados de la finca, perfectamente engalanados como las doncellas y mayordomos de la época, se encuentran a ambos lados del camino. Parece que me observan reteniendo la risa a duras penas.

—Pienso vengarme de ti —musito entre dientes a Carlitos según avanzamos.

—Cállate, no has estado tan guapa en toda tu vida, es mi regalo de despedida.

—¡Pero si lo he pagado yo!

—Sí, pero lo he elegido yo. Tú nunca has tenido un gusto tan exquisito, bueno, en realidad, no tienes ningún gusto, seguro que habrías venido con alguna horterada de esas tuyas, de negro y en plan novia de la muerte.

Su regalo de despedida no ha sido sólo el vestido, no, me ha obligado a una sesión completa de chapa y pintura, es decir, peluquería, manicura, pedicura, masajes, depilación integral, y cuando digo «integral» ¡es integral!, parezco una Barbie, sólo tengo pelos en la cabeza.

—El vestido era realmente espectacular, pero puesto sobre mi cuerpo no lo es tanto, parezco un morcillo —me quejo.

—Ya quisieras tú parecerte a un morcillo.

—¡Oye! —Le doy en el brazo, riendo.

—¡Ágata! —exclama Zahra en cuanto me ve, y se apresura a venir hacia mí con los brazos abiertos. Corre con los tacones de aguja como si hubiese nacido con ellos implantados en los pies—. ¡Dios mío, mírate, estás preciosa!

Ella sí que está hermosa. Lleva un vestido rosa *nude* largo, con palabra de honor y una abertura a la altura del muslo derecho muy sexy.

—Tú sí que estás guapa —le contesto.

—Es un trapito —bromea coqueta, toqueteando su pelo recogido—. Pero lo tuyo no es ningún trapito. —Se sorprende al mirar con más detenimiento mi vestido.

—Me queda tan ajustado que ni siquiera he podido ponerme bragas —susurro en su oído, y ella se parte de la risa.

—Las bragas están sobrevaloradas. —Me guiña un ojo—. Nunca hubiese imaginado que debajo de toda esa ropa ancha que llevas siempre tuvieses semejante cuerpazo.

—¿Ves? —insiste Carlitos.

—Toda esta parafernalia es demasiado incómoda —me lamento—, tampoco llevo sujetador, este escote no deja nada a la imaginación, los gais sois muy exagerados, no sé por qué te he hecho caso —protesto, tratando de tapar mi enorme escote en «V» con la mano mientras mi amigo pone los ojos en blanco hastiado.

—Pero ¡no te tapes, mujer, con el escotazo que tienes! —Me retira la mano mi amiga—. Ya quisiera yo esas domingas para mí.

—¡Ágata! —me llama Lola a lo lejos, haciendo un gesto con la mano para que me acerque.

—Ahora vengo —les indico a mis amigos—. Pedidme un par de copas o tres, por favor, que debo saludar a los *Illuminati*.

Según informó la dependienta de la tienda a Carlitos, mi despampanante vestido largo es *haute couture* (no preguntéis qué es), incluye mostacillas, cristales y lentejuelas bordadas a mano en una exclusiva gasa de seda color dorado metalizado con transparencias y flecos verticales de rodillas hasta abajo, una obra maestra del gran diseñador Alexander McQueen, al que no conozco de nada, pero que, por lo visto, es muy famoso en el mundo de la

moda.

Acaricio la cinturilla de brillantes que llevo debajo del pecho y rezo para que mañana pueda cambiarlo alegando que me surgió alguna desgracia y no pude asistir al evento. Esto, por supuesto, sin que se entere mi amigo, ya que me mataría por tal sacrilegio. Y es que el maldito vestido me ha costado la friolera de diez mil euros para no volver a ponérmelo nunca más, y esto no es demasiado lógico, al menos en mi mundo. No obstante, si lo cambiase, cualquier otra mujer podría lucirlo de nuevo. En realidad, si lo piensas bien, se trata de una obra de caridad.

Me dirijo hacia el lugar donde se encuentra mi editora, que está charlando amigablemente con un numeroso grupo de gente. Lleva un traje negro de chaqueta y falda de tubo hasta la rodilla, cosa que no pega en absoluto con el *dress code* exigido para esta noche, pero como ella hace lo que le da la real gana siempre, nadie se atreve a soplarle.

Nos damos dos besos y no comenta absolutamente nada sobre mi indumentaria, por lo que deduzco que se muere de envidia, así es que estoy maravillosa. Sí, las mujeres somos así, unas víboras perversas.

Me presenta a algunas de las personas que la acompañan: escritores, editores, presentadores de radio y televisión, blogueros, *influencers*... No recuerdo el nombre de nadie.

—Y, por supuesto, te presento al director de orquesta: Luis Moreno, que tenía muchas ganas de conocerte en persona —me indica.

Un señor alto y trajeado, de unos cincuenta años muy bien llevados, con el pelo corto, mitad moreno, mitad canoso, y ojos de un color avellana muy vivos, se acerca hasta mí para tomar mi mano y besarla con delicadeza.

—Es un placer conocerla, Miss Violet —me dice.

—Encantada de saludarle, señor Moreno —le contesto.

—Es usted mucho más bella de lo que dicen, me fascina su melena violeta, resalta de manera soberbia el azul de sus ojos.

—¡Oh, gracias, señor Moreno, es usted muy amable!

—Luis, querido —le llama una mujer, la cual imagino que

será su esposa por cómo le agarra—, nos esperan, vamos.

—Discúlpeme, Miss Violet, más tarde tendremos ocasión de charlar de nuevo —se excusa, bajando la cabeza de una manera muy cortés a modo de despedida.

Ella le coge de la mano para tirar de él y se lo lleva.

—Todo un caballero, ¿no crees? —musita Lola junto a mí.

—Sí, parece muy majo, a pesar de ser un hombre tan importante.

—Te voy a dar un consejo: ten cuidado, porque tengo la sensación de que se ha encaprichado de ti.

Su expresión no me gusta para nada, y su comentario menos aún. A no ser que maneje información valiosa, soltar tal idiotez sólo por lo que acaba de suceder me parece, cuando menos, absurdo.

—Te agradezco el consejo, Lola, pero puedes metértelo por el cu... —Es lo que le tendría que haber dicho a la falsa muñequita dulce, pero, lejos de eso, lo que sale de mis labios es—: Te agradezco el consejo, Lola, pero no creo que el señor Moreno insinuase tal cosa, ni mucho menos que yo la aceptase.

Me siento inmersa en una de esas películas de los años cincuenta en las que el director de cine se aprovechaba de las actrices candidatas para decidir a quién asignar el papel protagonista.

—Eso espero, Ágata, debemos centrarnos en las novelas, todo lo que se salga de ahí implica perder tiempo y dinero. Ambas somos profesionales y no hace falta ni comentar todo esto.

«Sí, pero lo acabas de hacer», pienso, a la vez que ella añade:

—Por cierto, también me gustaría presentarte al que será, a partir de mañana, nuevo editor de Zurión, parece que Jorge pretende ampliar la plantilla.

Le da un toquecito en el hombro a un hombre muy alto que está de espaldas a nosotras.

—Dante, disculpa, querido, me gustaría presentarte a Miss Violet.

En el momento en el que ese hombre se vuelve y sus ojos verdes se encuentran con los míos, se detiene el mundo o, al

menos, mi mundo.

Es el hombre más guapo que he visto en toda mi vida.

Puede que no sea el típico guapo petado de gimnasio, es más bien una belleza con personalidad. Tiene el pelo moreno, un poco revuelto, pues las ondas que se adivinan en él consiguen escapar con rebeldía de lo que se supone peinado. Sus grandes ojos, del color verde más intenso que he visto nunca, tienen una forma gatuna hipnotizante, y se encuentran acompañados de unas pestañas larguísimas y unas cejas bien pobladas. Algunas pecas adornan su bonita nariz, dotándole de un aire travieso que me deja fuera de juego, y, por si todo esto fuese poco, una tímida barba asoma a su potente mandíbula, como a mí me gusta.

Creo que cuando sonríe y sus dientes blancos aparecen en escena, termina de rematarme. Aunque lo que realmente acaba conmigo es esa sonrisa toda hoyuelos. No sé por qué, pero siempre me he sentido terriblemente atraída por los hoyuelos, además... ¿he hablado ya sobre sus labios? Son carnosos, están bien definidos, tienen un color rosado y parecen demasiado jugosos, yo diría suculentos, tan suculentos que debo retener a duras penas mis ganas de morderlos.

Un momento.

«Si estoy pensando en sus jugosos labios es porque los estoy mirando —me digo—, y si los estoy mirando...»

¡Mierda!

—¿Señorita Castro? ¿Se encuentra bien? —pregunta la sonriente voz varonil del caballero que tengo delante.

Mueve sus manos delante de mí para tratar de sacarme del mundo absurdo en el que, de repente, me he visto inmersa.

Parpadeo un par de veces, tratando de inventar cualquier excusa que no sea similar a «soy mema», pero no se me ocurre ninguna, por lo que decido hacer algo que me deja en peor lugar aún.

—¡Oh! Discúlpeme, debo ir a echar agua a los caballos.

# Capítulo 13

Regla básica de cualquier detective: no enamorarse.

AGATHA CHRISTIE

—¡¡¡¿¿¿Echar agua a los caballos???!!! —repite Carlitos alucinado, sin poder cerrar la boca.

Zahra no puede ni respirar por las carcajadas que salen de su garganta, mientras yo me bebo la cuarta copa de vino que le he arrebatado de la bandeja a uno de los camareros que van pasando por mi lado.

—Siempre he creído que eso sólo pasaba en esas novelas *romanticabsurdas* que lees —me refiero a mi amigo—, pero... ¡no sé qué coño me ha ocurrido cuando me ha mirado! —trato de explicarles.

—¡Me encanta! —canturrea la rubia.

Nos encontramos los tres sentados a una de las mesas más cercanas al escenario. En un principio, Lola me indicó que me quería colocar con ella en su mesa, pero no me apetecía cenar con Jorge, el señor Moreno y su séquito, por eso le pedí a mi editora que me pusiera con Zahra y los comerciales, que tienen mucha más labia y con ellos nunca te aburres.

—¿No estás contento, Carlitos? —Zahra le da a mi amigo en

el brazo—. Parece que el corazón de Ágata no es un músculo muerto.

—No es que no me alegre, es que la conozco de sobra y me cuesta creerlo, supongo que nos está vacilando. —Bebe de su copa sin dejar de mirarme.

—Cuando lo tengas delante, me dices si te vacilo o no —alego.

Pronto, el señor Moreno, propietario de la editorial, aparece sobre el escenario para agradecer nuestra presencia esta noche y hablar sobre los proyectos de este nuevo año.

—Todos los años lo mismo, podría prepararse mejor el guion —susurra una voz masculina en mi oído que consigue sobresaltarme.

Miro hacia arriba y descubro que se trata de un arrebatador Álvaro Reyes, alias el gilipollas más grande del universo. Va engalanado con un exquisito traje gris y camisa azul cielo, y me sonríe de manera radiante mientras se apresura a coger una silla vacía de la mesa de enfrente para ponerla en el hueco que hay a mi derecha, sin que nadie repare en que ha llegado tarde.

—No tiene sitio aquí —le digo, dando saltitos con mi silla hacia la derecha para que no se pueda colocar ahí.

Entonces, ni corto ni perezoso, se sitúa a mi izquierda, en el hueco que acabo de crear entre Carlitos y yo.

—Cada uno tenemos nuestro sitio adjudicado, no puede sentarse donde le dé la gana, busque su nombre en la lista y váyase a su mesa —le ordeno molesta.

—Mi nombre está siempre al lado del suyo —argumenta mientras levanta la mano para llamar a un camarero, al que pide que ponga un servicio para él a esta mesa.

—Es usted un maleducado —lo reprendo.

—Hay cosas que no tienen remedio, pero otras que sí, y me alegra saber que su patético gusto vistiendo es una de ellas. He de admitir que está usted espectacular.

No sé si me halaga o me molesta que me piropee, pues me está devorando con esos ojos azules y me hace sentir desnuda.

Odio sentirme vulnerable porque no lo soy.

Unos fuertes aplausos consiguen interrumpir la burrada que me disponía a soltarle. Miro en la otra dirección para descubrir que Lola y Jorge están subiendo juntos al escenario, aunque se nota cierta tensión entre ellos.

Los observo con atención mientras leen su discurso. Jorge parece nervioso y ella dolida.

—¿Sabes si ha habido algo entre esos dos? —le pregunto a Zahra, señalando hacia el escenario.

—¡¿No lo sabes?!

—¿El qué? —inquiero intrigada.

—¡Eran marido y mujer, Ágata, no te enteras de nada! —Se troncha de la risa mientras yo me quedo patidifusa.

—¡¿Que eran qué?! —No doy crédito.

—Según Jorge, acaban de firmar los papeles del divorcio —añade ella.

—Era obvio, había mucha tensión entre ellos —comenta Álvaro con una medio sonrisa.

—¿A que sí? —agrega ella a modo de cotilleo.

—¡Usted no se meta en nuestras conversaciones! —le recrimino.

—Ha sido usted la que me ha cedido el sitio en medio de sus amigos, por lo tanto, me ha hecho partícipe de las charlas del grupo —se excusa.

Niego con la cabeza.

—Jorge nunca me comentó nada —le explico a Zahra un tanto confundida, pues creí que el editor traidor y yo teníamos la suficiente confianza como para que me contase esas cosas.

—Lola tampoco habla de ello de manera abierta, pero era algo que todos sabíamos. De todas formas, es normal que no lo supieras, tú tampoco estás todos los días en la editorial —trata de echarme un cable mi amiga.

Entonces ¿será por eso por lo que Lola parece tenerme tanta inquina? ¿O serán imaginaciones mías? Debo alegar en mi favor que cualquiera que conozca a Jorge sabrá que flirtea hasta con las macetas, yo no tengo la culpa de nada.

Carlitos me agarra la mano con fuerza, pasando el brazo por delante de Reyes, que lo mira con ojos asesinos.

—... por lo tanto, nos gustaría dar un caluroso aplauso a Miss Violet, que es la auténtica precursora del éxito de Zurión antes y de Novelantic ahora —indica la suave voz de mi editora, que me señala con una mano.

Yo sonrío de una manera muy falsa ante tantos aplausos, rezando para que el momento pase cuanto antes, pero un potente foco de luz blanca me deslumbra de repente.

—¡Ágata, ven aquí, dedica unas palabras a este público tan entregado, no seas tímida, mujer! —me anima el capullo de Jorge, que sabe de sobra que odio las multitudes y los halagos.

Doy por sentado que se trata de él por su voz, porque ahora mismo no veo ni un carajo, me he quedado completamente ciega gracias al gran cañón de luz con el que me están enfocando.

—Todos los presentes se sentirán timados cuando descubran que la gran Miss Violet no es más que una mujer llena de inseguridades —me pincha Álvaro, alias *el Odioso* a partir de ahora.

Me levanto como un resorte y me dirijo hacia el escenario con paso firme para demostrarle que se equivoca, evitando hacerle un corte de mangas al idiota que tenía sentado a mi lado.

En cuanto me encuentro con Jorge y Lola en lo alto del escenario de madera, se echan hacia atrás para dejarme a mí el protagonismo absoluto, momento en el que mi cerebro se dedica a renegar de mí para quedarse en blanco en venganza por haberme hecho la valiente y subir hasta aquí para dar en las narices a una persona que supuestamente me trae sin cuidado.

—Buenas noches a todos. Como bien sabéis, soy Ágata Castro, aunque todos me conoceréis como Miss Violet. —Sonrío nerviosa, tratando de no mirar hacia ningún punto en concreto, pero... mis ojos, por su cuenta y riesgo, buscan una mirada entre la multitud, una mirada que finalmente terminan encontrando y que me devuelve su atención con la misma rotundidad.

Siento un fuerte estremecimiento cuando mis ojos y los suyos se encuentran, como si todo a mi alrededor hubiese desaparecido

de repente y el tiempo se hubiese detenido para siempre. En mi mente sólo resuena una sola palabra a modo de plegaria: «Dante».

Jorge viene al rescate para evitar el gran desastre que se avecina, situándose a mi lado y cogiéndome por la cintura con una gran sonrisa.

«¡Vamos, di algo, pedazo de *mónguer*!», me recrimino a mí misma, pero mi boca se niega a abrirse.

—Bueno, como parece que a la señorita Castro se le ha comido la lengua el gato, cosa que os aseguro que es bastante rara en ella —el público se ríe por la broma—, pero que supongo será debido a los nervios de este gran momento, procederemos a la entrega del premio a la novela más vendida del año, ¿te parece, Miss Violet?

—¡Sí, claro! —gorjeo nerviosa.

Debo de estar más roja que un carabinero, qué bochorno, aunque, más que vergüenza, lo que más siento es que el ser odioso se haya salido con la suya. Lo miro de soslayo y, lejos de encontrarme con una gran sonrisa de satisfacción, lo que me encuentro es un gesto de preocupación que consigue descolocarme.

Me dispongo a bajar del escenario para que otorguen el premio a quien sea, pero Lola me intercepta con disimulo, llevándome junto a ella.

—Quédate, Ágata, querida —musita entre dientes sin dejar de sonreír.

No entiendo nada, pero la sigo hasta la parte trasera del escenario mientras Jorge habla:

—Es para mí un auténtico honor entregar este premio, en primer lugar porque es un premio a una apuesta personal y, en segundo lugar, porque me llena de satisfacción como editor ver crecer a un escritor, incluso aunque ya no trabajemos juntos. Y no dilato más mi discurso, que al final terminaré llorando. —El público vuelve a reír, pero varias personas comienzan a correr arriba y abajo, llamando mi atención—. El premio a la novela más vendida del año es para...

Justo en ese momento, el señor Moreno aparece para interrumpirle, diciendo algo en su oído.

El editor y el dueño de la editorial me observan algo confusos.

¡¿Qué coño pasa?!

—¡Hay un empate! —exclama Jorge con una gran sonrisa.

—¡No puede ser! —se queja Lola.

—¡Empate técnico! Se han vendido exactamente los mismos libros de dos autores —anuncia con emoción.

—Y a juzgar por esa sonrisa de rata rastrera, ya sé quién es el otro autor —musita Lola entre dientes, rabiosa—. Después del discursito hipócrita que ha soltado, se ha salido con la suya.

—¿Qué pasa, Lola? No entiendo nada —susurro.

—¡... la gran Miss Violet y el gran Eygon Black! ¡Enhorabuena! —oigo de repente, y un montón de aplausos rompen el silencio que se guardaba en el recinto.

Miles de escalofríos recorren mi cuerpo, las piernas comienzan a temblarme y no soy consciente de lo que sucede.

—Venga, ve —me anima Lola, aplaudiéndome también.

—¿Qué? ¿Yo? —Pongo mi mano sobre el pecho para tratar de serenarme.

Jorge se acerca hasta mí, radiante, para darme dos besos y coger mi mano.

—Soy como el rey Midas, todo lo que toco lo convierto en oro —le dice a Lola. Esto debe de ser algo que se cree hasta él, porque no deja de repetirlo.

—Lo único que has convertido en oro es mi cuenta bancaria —gruñe ella.

—Y tu corazón, que es como una piedra.

—El que ríe el último ríe mejor —contesta ella.

Nos acercamos los dos hasta el lugar donde se encuentra el pie de metal que sostiene el micrófono y, allí, el señor Moreno me da dos besos y me felicita.

—Todo un honor concederle este premio, Miss Violet.

—Gracias —suspiro incrédula entre tanto aplauso.

Cuando todo se queda en silencio, supongo que debo hablar y espero hacerlo mejor que antes.

—Hola, ya sabéis quién soy, la que antes no ha dicho nada. —Todos ríen—. En primer lugar, quiero pedir que estéis tranquilos, ya que no tenía ni idea de que iba a obtener este premio y por eso no he preparado ningún discurso eterno de agradecimiento. —Vuelven a reír—. Sólo me gustaría dar las gracias a todos mis lectores, sobre todo y por encima de todo, porque ellos son los que hacen posible que mis paranoias se conviertan en una realidad, apoyándome en cada aventura, y en esta categoría merece una mención especial mi casi hermano, Carlitos, al que torturo hasta la extenuación más absoluta con cada libro que escribo y que jamás me ha fallado. Te quiero, cariño. —Nos miramos los dos y él llora como una Magdalena, cosa que no quiero hacer yo y por eso me obligo a continuar—: También quiero agradecer al señor Moreno el haberme acogido en esta gran casa editorial de la que me siento orgullosa de formar parte. Al que fue mi descubridor, Jorge Zúñiga, gracias por confiar en mi pluma y apostar por mí desde el primer momento. Y, por último, agradecer a Lola y a Zahra, mis nuevas compañeras de viaje, no dejarme marchar y luchar conmigo en esta nueva etapa. Gracias a todos, de corazón, no puedo creer que un *thriller* haya sido la novela más vendida del año, pues siempre se llevan este premio la narrativa o la histórica, así que me siento muy orgullosa de que mi género por fin sea valorado como se merece. Gracias, muchas gracias.

Todos vuelven a aplaudir y Jorge toma la palabra, el tío se mueve como pez en el agua, parece que lleva haciendo esto toda la vida.

—Como todos sabéis, el señor Black es muy celoso de su intimidad y no suele asistir a estos eventos, pero me ha pedido que dé la enhorabuena en su nombre a su querida Miss Violet —«¡Oh, siempre tan elegante, no como yo, que no le he dedicado ni una sola palabra!», me recrimino—, y desea dar las gracias a todos los que le han dado esta preciosa oportunidad, pues, como bien ha dicho la señorita Castro, la romántica tampoco es que sea uno de los géneros mejor valorados a la hora de conceder premios, por lo tanto, estamos doblemente orgullosos. ¡Gracias a todos!

El público, incluida yo, vuelve a aplaudir.

«Estos dos forman un tándem perfecto —pienso para mis adentros—, no me extraña que Lola lo odie, todo lo hace bien.»

El señor Moreno toma ahora la palabra.

—Hola de nuevo. La editorial estipula en sus bases que este premio se concede a un único autor, pues no es divisible ni transferible, por lo que se va a proceder a un desempate.

Un murmullo se oye entre todos los asistentes y la palabra «tongo» reverbera en el ambiente.

—El desempate va a consistir en una yincana literaria entre los dos autores, así, el que más puntos obtenga ganará definitivamente el premio. ¡Novela romántica contra novela policiaca, me encanta! —exclama el director como si fuese un niño pequeño.

Toda la gente se pone a aplaudir como loca y a mí me entra el pánico, me siento como si estuviese en medio de los juegos del hambre o incluso algo peor.

—¿Una yincana literaria? ¡¡¿¿Y qué cojones es una yincana literaria??!! —pregunto nerviosa.

—¡La guerra, nena, es la guerra! —sonríe Jorge con la felicidad extrema reflejada en sus ojos, frotándose las manos.

—Tranquila, Ágata, vamos a ganar aunque sea lo último que hagamos —añade Lola, mirando fijamente a los ojos de su exmarido.

—Estoy deseando verlo —agrega él antes de marcharse.

Todavía no conozco demasiado bien a Lola, pero, a juzgar por su expresión, me atrevería a apostar que en este preciso instante podría cometer un asesinato a sangre fría, sin premeditación ni leches.

Cuando llego a mi mesa, me siento todavía conmocionada y, aunque mis amigos Carlitos y Zahra me felicitan, me hallo en otra dimensión.

Los demás premios se entregan sin el menor incidente a los otros autores de la casa, y es cuando caigo en la cuenta de que el insoportable de Álvaro ha desaparecido y no se ha quedado a la cena. Mucho mejor.

Una vez terminada la misma, nos aproximamos a la zona de la barra libre, igual de pija que el resto de las zonas de la finca. Sí, ya sé que antes he dicho que era elegante y de buen gusto, pero ahora he bebido la suficiente cantidad de vino como para poder confesar que todo es demasiado pijo, demasiado recargado y demasiado estridente para mi gusto.

—Bueno, bueno, ¿qué se siente siendo la autora más famosa del mundo? —pregunta Zahra risueña, levantando su copa para brindar conmigo.

—No soy la más famosa, ni quiero serlo —contesto, dando un trago sin brindar con ella—, no me van ese tipo de reconocimientos.

—Pero tus libros son los más vendidos, Ágata, no puedes luchar contra eso —insiste, chocando su copa con la mía.

—Y lo peor de todo es que no es falsa modestia, es que lo dice de verdad —añade Carlitos, brindando con ella.

—A mí me gusta escribir, todo lo que conlleva el mundo de la fama os lo dejo a vosotros, ojalá pudiese contratar una doble con peluca violeta que hiciese todo eso por mí.

—¿Como hace el cobarde de Eygon Black? —insinúa una rotunda voz varonil a mi espalda.

Me giro de golpe y, en cuanto esas dos esmeraldas fulgurantes impactan contra mis ojos, mi corazón comienza a palpitar a lo bestia, como si quisiera salirse de mi pecho para hacer un rally a sus anchas.

—Ho-la —balbuceo como si fuese lerda.

—¿Ya ha echado de beber a los caballos? —pregunta muy serio.

—Yo..., esto... —tartamudeo.

—¿No vas a presentarnos a tu amigo, Ágata? —sale a echarme un cable Carlitos, que todavía no da crédito a que un hombre sea capaz de causarme tal efecto.

Me obligo a retirar la mirada de la suya, aunque me cueste, pues es como una especie de embrujo lo que se apodera de mí cuando me mira de esa manera, y esa sensación no me hace sentir nada cómoda. ¡Qué horror, debo de parecer tonta!

—Pues, creo recordar que se llamaba... ¿David?... ¿No? —Le señalo con la mano, equivocándome a propósito para que no se crea que me tiene rendida a sus pies, «ya que resulta obvio que no es así», me digo con ironía.

Él sonríe, pero de una manera muy leve, reteniendo la sonrisa, y esto le hace a mis ojos más enigmático todavía. Adoro los hombres que no se ríen, tipo Batman, soy así de rara.

—Dante —me corrige él, estrechando la mano de mi amigo.

—Dante, ¿tienes novia o mujer? ¿Quieres casarte conmigo? —suelta Zahra con todo el morro del mundo antes de plantarle dos señores besos.

Él ahora sí sonríe de una forma más amplia.

—No tengo ninguna de las dos, y siento decirle que el matrimonio no es una idea que me seduzca. —No deja de mirarme mientras pronuncia sus palabras.

—¡Oh, sexo sin compromiso, entonces eres mi media naranja! —exclama Zahra, tuteándolo directamente.

—De eso nada, porque a lo mejor prefiere un medio naranjo —los interrumpe Carlitos con aire sugerente.

Pero ¡¿qué pasa aquí?!

¿De repente se han vuelto todos locos?

Algo, tipo dolor de entrañas, se apodera de mi estómago. Me estoy poniendo mala ante tanto cortejo descarado y necesito beber más, por lo que me termino mi copa de golpe y pido otra al sonriente barman que está tras la barra.

Zahra, Dante y Carlitos continúan hablando entre risas mientras yo paso de ellos. Siempre he pensado que soy la oveja negra de todo tipo de situaciones, nunca encajo en ninguna parte.

—Ágata —me llama Carlitos—, Dante dice que él también asistirá a la yincana, ¿no tienes intriga de saber más cosas sobre ese asunto?

Mi amigo me conoce mejor que mi madre, por eso sabe que si me pone una miguita de pan yo no pararé hasta encontrar la barra entera. Lo que pasa es que yo también sé que él sabe esto, por eso lo provoco a propósito.

—Pues no, la verdad es que no me importa en absoluto —

contesto altanera.

Nunca me había sentido tan desubicada como con la presencia de este maldito hombre y, ahora mismo, mi única meta en la vida es que él no se dé cuenta. Mi personalidad no es de expresar sorpresas ni emociones, siempre trato de ser lo más templada posible, pues las emociones te hacen mostrar tus debilidades.

—Una lástima —comenta Dante, que seguramente en su pueblo sea conocido como *el Rompebragas*—, me encantaría comentar con usted los pormenores de ese viaje, ya que compartiremos estancia durante la semana del evento.

«¡¿Qué semana?! ¡¿Dónde?! ¡¿Cuándo?! ¡¿Por qué?!», quiere saber mi yo detective.

—Si a usted le hace ilusión comentar algo conmigo sobre ese viaje, hágalo, ya que esto es un país libre, pero no le garantizo que vaya a escucharle —espeto desganada.

—¡Ágata! —me reprende mi amigo, atónito, haciéndome un gesto con los ojos muy abiertos, a la vez que me aparta del Rompebragas de manera brusca.

—¿Qué? —me quejo mientras soy arrastrada hacia el otro extremo de la barra.

—Vas a morir soltera —cuchichea para que nadie nos oiga.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—¡Déjate de rollos! Has dicho que este hombre te atraía, y ahora que él muestra interés por ti, te comportas como una idiota para que se aleje, no hay quien te entienda.

Cualquiera que nos estuviese mirando vería a dos personas haciendo aspavientos exagerados con brazos y manos.

—Es muy fácil de entender, no quiero complicarme la vida porque es perfecta tal y como está, no hay necesidad, lo tengo todo y no quiero más.

—Perdona, pero no me lo trago.

—No sé por qué todos pensáis que el ser humano necesita vivir en pareja para ser feliz, en serio. La felicidad dura un año a lo sumo, luego vienen las broncas y te pasas el resto de tu existencia

soportando cosas que nunca antes habrías aguantado —le explico.

—Ya he oído tus disertaciones sobre la vida en pareja mil veces, me aburres. —Pone los ojos en blanco.

—Pues entonces ¿por qué insistes?

—Porque has sido tú la que ha dicho que has sentido mariposas con él. —Lo señala con la mirada y ambos miramos la escena lejana: Zahra lo contempla con ojos golositos mientras otras cuatro mujeres, a cuál más guapa, tontean con él de manera descarada.

—No eran mariposas, sería algún retortijón —suelto.

—Me has decepcionado, Ágata, nunca pensé que fueras tan cobarde —me recrimina.

Que Carlitos me diga algo así para mí es lo mismo que clavarme un puñal en el corazón, pues él siempre me ha admirado, aunque aconsejándome con sabiduría y sinceridad, pero siempre ha aplaudido cada cosa que he hecho, nunca antes me había criticado de una forma semejante.

—¿Cómo dices?

—Piensas que cualquiera de esas mujeres es mejor que tú y por eso te retiras con el rabo entre las piernas antes de que empiece siquiera la batalla —me explica.

—Eso es que lo que no quiero, tener el rabo entre las piernas, precisamente.

—¡No me vengas con chorradas! Zahra estaba tratando de sacarle información valiosa sobre Eygon, te has puesto celosa y te has largado, darías lo que fuera por ese rabo, y no te atrevas a negarlo —me amenaza.

—Odio que me conozcas tanto —me quejo.

Él por fin afloja un poco.

—Ágata, tú vales mucho más que ninguna otra mujer, ya no en esta finca, en el mundo entero, pero no tendría que decírtelo yo, deberías saberlo tú, aunque por alguna extraña razón no te entra en esa cabezota que tienes. Ese hombre parece saberlo también, así que no le obligues a convencerse de lo contrario. ¿Qué hay de malo en darle una oportunidad?

Ambos nos miramos a los ojos.

—Cuando amas, te hacen daño —le confieso.

—A Marta no le gustaría saber que su muerte ha servido para que te encierres en ti misma y no vuelvas a sentir nada por nadie. Yo tampoco quiero dejarte sola por miedo a que hagas eso precisamente. Ya es hora de hacer borrón y cuenta nueva, Ágata, este luto está durando demasiado.

Trato de llevarle la contraria, pero posa su dedo índice sobre mis labios, calmando a la fiera que estaba a punto de salir.

—Supongo que tienes razón, como siempre.

Me coge del brazo para enlazarlo con el suyo y dirigirnos así hacia el gallo del corral, que me mira con ojos amenazadores mientras las gallinas cacarean a su alrededor.

En cuanto llego a su altura pasa olímpicamente de ellas, dándoles la espalda para prestarme toda la atención a mí.

—¿Ya ha recapacitado? —me pregunta al oído a la vez que las bellas princesas que revolotean por aquí me echan una multitud de males de ojo.

—Digamos que mi querido amigo se ha enamorado de usted y quiere que averigüe si es gay —miento.

—¿Le parezco gay, Miss Violet? —pregunta.

—Lo que me parece es que juega con ventaja, usted lo sabe todo sobre mí, mientras yo no sé nada sobre usted, podría ser un asesino en serie haciéndose pasar por un inocente príncipe encantador.

Su rostro ahora denota sorpresa.

—¿Le parezco un inocente príncipe encantador, entonces?

—Lo de inocente podemos obviarlo —le sugiero.

—Vaya, era lo que más me gustaba —protesta.

Se me escapa una ligera sonrisa.

—¿Es gay o no?

—Si le respondo a esa pregunta, ¿se marchará?

—Para siempre —contesto.

—Entonces, jamás lo sabrá. —Me guiña un ojo y yo dejo escapar esa sonrisa de tonta que estaba intentando retener.

¡No, ha ganado!

—He de admitir que no se le da nada mal seducir a las mujeres, se nota que domina la técnica. —De nuevo sale a relucir la Ágata punzante.

—He de admitir que hay ciertas mujeres fácilmente seducibles; en cambio, otras representan todo un reto para mí.

—Supongo que, después de concluir con dicho reto, se aburrirá e irá a por otro; es lo malo que tienen los desafíos —señalo.

—La verdad es que nunca he encontrado ningún reto que, una vez resuelto, me hiciera desear más. Pero ésta no es una conversación adecuada para tratar con una dama —se excusa.

«¡Dama por mis cojones!» He de morderme la lengua para no decir esa frase que tanto le gusta a mi loro.

—No se preocupe, no es culpa suya, los hombres son así. Dios los hizo depredadores: en cuanto consiguen una presa, pierden el interés y van a por otra. Es obvio que, al fin y al cabo, el ser humano no ha evolucionado tanto. —Me encojo de hombros.

—Entonces, por esa regla de tres que usted está aplicando, yo debería afirmar que todas las hembras son presas que se dejan cazar con facilidad con el único objetivo de que las mantenga el macho.

Clavo mis ojos en los suyos, enojada, y ahí está de nuevo ese enigmático sentimiento que encadena mi voluntad. Un fuerte escalofrío recorre toda mi piel y de nuevo me obligo a apartar la mirada de la suya.

—No la culpo —añade, dando un último trago de su copa de una manera demasiado sexy—. Cuando nos hacen daño, tendemos a construir barreras a nuestro alrededor, las piedras que forman ese muro son las falsas creencias que se han ido forjando a fuego en nuestra mente y, para colmo, que nosotros mismos hemos ido creyendo. Pero permítame decirle una última cosa. —Se acerca para susurrarme al oído y hacer así que todo mi mundo tiemble—: Las murallas no sólo nos aíslan de lo negativo.

Deja su copa sobre la barra y se marcha con paso firme y elegante, sin mirar atrás.

¡Oh, Dios mío! Me ha dejado temblando como una

quinceañera. Cuando me ha susurrado al oído esas últimas palabras, todo mi cuerpo se ha encendido, sobre todo la zona genital, esa zona que hacía años que nadie lograba encender, ni siquiera yo misma.

—Se le cae la baba, Miss Violet —susurra otra voz masculina en mi oído, consiguiendo que dé un salto.

Lo miro y veo que se trata de mi odiado Álvaro Reyes.

—Vaya, y yo que creía que se habría atragantado con una espina y habría tenido que ir a urgencias, donde pasaría el resto de su vida... Mi gozo en un pozo —ladro.

En realidad tampoco sé por qué le tengo tanta manía, bueno, quitando el hecho de que me llamase «zorra» delante de un montón de gente porque iba a rogarle para que me follase... Sí, ya recuerdo el motivo.

—No ha sido una espina, ha sido tu indiferencia.

—Perdone, ¿me está tuteando? No creo habérselo permitido.

Me fulmina con sus ojos azules penetrantes.

—No tienes que permitirme nada, preciosa, asumo las consecuencias de mis actos. —Por su tono, caigo en la cuenta de que él, al igual que yo, también lleva dos copas de más, por lo que, si ya de por sí resulta insoportable, pues ahora ya ni te cuento.

—Está usted borracho, no tenemos nada más que hablar.

Me dispongo a marcharme lo más lejos posible de este mentecato.

—Te equivocas.

Siento que me agarra con fuerza por la muñeca para dar un tirón seco de mí, por lo que termino empotrándome contra su pecho, momento que aprovecha para envolverme entre sus potentes brazos y mirarme fijamente a los ojos.

Al estar tan cerca, su olor a perfume masculino del caro invade mis fosas nasales. Me siento atraída por cómo me mira. Me mira con ganas de cosas que no deberían ser dichas en voz alta nunca.

—Si no quieres ir al infierno, no tientes al diablo, me dijo una vez Satán —susurra contra mis labios.

—Sí, así es —admito.

—¿Y no crees que eso merece ser debatido?

—Pues no, creo que le quedó bastante claro el ejemplo práctico. Por cierto, ¿qué tal su ojo? Veo que está ya bien.

—Sé que te gusto, no te atrevas a negarlo —musita, demasiado cerca de mis labios.

—¡No me gusta en absoluto! Los hombres tan egocéntricos como usted piensan que todas las mujeres caeremos rendidas a sus pies por el mero hecho de ser atractivos, tener un buen cuerpo o una buena cuenta bancaria. Pero se equivoca, porque no todas somos así. —No forcejeo porque sería inútil y porque tampoco me siento del todo mal entre sus brazos.

—¿Insinúas que eres la excepción que confirma la regla, Ágata?

Mi nombre entre sus labios suena distinto. Suena... bien.

—Lo que usted está afirmando sobre las mujeres ¡es cuando menos machista! ¡Es denigrante y es hasta denunciable!

—¡Oh, venga ya, estaba de broma! Sólo trataba de provocarte, me encanta cuando sacas las garras y tu carácter de leona enfurecida.

—No soy ninguna leona, soy una mujer normal.

—Los dos sabemos que eso no es cierto.

Sin darme opción a réplica, toma mi nuca entre una de sus gigantescas manos y me besa. Ese beso me pilla totalmente desprevenida, por lo que mi primer impulso es de apartarme con todas mis fuerzas de él. Para conseguirlo, le muerdo y es él quien se aleja.

—¡Vaya con la fiera! —protesta sin dejarme escapar.

—¡Suéltame! —Aunque grite y forcejee, hay algo en mi interior que quiere sentir de nuevo ese contacto de sus suaves labios carnosos, pero me niego a admitírmelo a mí misma.

—No hay nada de malo en besar a un hombre, Ágata.

—En besar a un hombre no, pero en besarle a usted, sí.

—Mírame —ordena.

Lo hago. Sus ojos no son los de alguien que quiere hacerme daño. Su mirada es clara y transparente, incluso parece estar enamorado..., pero esto ya sí que es producto del alcohol y de mi

necesidad de sexo.

—¿Ves algo que no te guste en mis ojos, Ágata?

Niego con la cabeza.

—¿Crees que quiero hacerte daño?

—No. No me das miedo —le confirmo.

—Me atraes y me gusta mucho tu forma de ser. No soy tonto y he visto cómo me miras, ¿por qué no te dejas llevar por una maldita vez en tu vida?

No sé si es porque hacía tanto tiempo que nadie me besaba o porque realmente besa de escándalo, pero al final me dejo llevar por sus caricias. Creo que la chispa que ha encendido Dante la ha terminado de convertir en fuego Álvaro, pues ahora mismo soy un cuerpo incandescente en combustión.

Pongo las manos sobre su pecho y nos miramos fijamente hasta que en sus labios se adivina una tímida sonrisa. Muerdo mi labio en una especie de yo qué sé qué..., y nos entra la risa a ambos porque yo no sé ser sexy, ni mucho menos provocar a un hombre con trucos de seducción. Todo lo caliente que estaba se evapora por culpa de mi torpeza.

—Eres muy rara —susurra.

—Pensaba que en estas situaciones lo que se solía decir era que te volvían loco mis labios o algo por el estilo —le reprendo.

—¿Tus labios? ¡Me vuelves loco tú entera! Es mirarte y sentir cómo se hincha mi polla a niveles insólitos.

Una fuerte convulsión aprisiona mi sexo, lo que siento es un deseo salvaje hacia este hombre, tensión sexual a lo bestia, y ahora mismo no podría negarlo por más que lo intentase.

No puedo evitar admirar esa manera de expresar sus... ¿sentimientos? Aunque dudo que el hecho de confesar que se le hincha la polla al verme sea demasiado sentimental, ¿no? Sea cual sea el motivo que le lleve a decir eso, lo importante es que es capaz de expresarlo en voz alta y de tomar la iniciativa, porque, si de mí dependiese la reproducción humana, la raza se extinguiría.

—¿Te atreves a hacer realidad tus más oscuros deseos, Miss Violet? —sugiere con una voz ronca.

Mi respuesta natural habría sido que se fuese al campo a

coger margaritas para metérselas por donde amargan los pepinos, pero después de la conversación con Carlitos, las copas de más que llevo, el tonteo con Dante y el tórrido beso que acabo de darme con este energúmeno, estoy a mil y lo que me apetece realmente ahora mismo es tener sexo sin compromiso con un desconocido. Nunca lo he hecho antes y todo el mundo lo practica hoy en día, por lo que supongo que no será tan malo.

—Sólo tengo una duda —confieso con recelo antes de darme por vencida.

—Tú dirás. —Abre los brazos en señal de entrega absoluta.

—¿Eres Eygon Black? —disparo a matar.

Él suelta una sonora carcajada.

—¡Qué más quisiera yo que ser ese maldito cabrón, joder!

«¿Te vale?», me pregunto a mí misma.

«¡Parece convincente!», me contesto.

Me abalanzo sobre sus labios con gran voracidad y el nuevo contacto con ellos provoca en mí un fuerte estremecimiento, parece que mi cuerpo estaba pidiendo a gritos recuperar el contacto con el suyo y que, de pronto, se siente reconfortado al sentirlo.

Él, que no puede evitar emitir un gruñido de sorpresa, responde enseguida a mi beso con las mismas ganas, asiendo con una mano mi trasero para apretarlo con fuerza contra su erección y, con la otra, sosteniendo mi nuca para que no escape.

—Como no vayamos a algún sitio, soy capaz de follarte aquí mismo, mujer —ruge contra mis labios con sus ojos azules brillando de lujuria.

Me coge de la mano y tira de mí hacia el interior del palacio. Seguramente todos los invitados se hayan percatado de nuestro calentón, pero ahora mismo me da igual, no soy capaz de pensar con claridad, necesito echar un buen polvo, o ni siquiera uno bueno. Lo peor es que no he sido consciente de lo necesitada que estoy hasta hace dos segundos, cuando mi reputación me ha importado menos que un orgasmo.

Subimos la escalera de piedra, él a toda prisa y yo a

trompicones, pues debemos tener en cuenta que yo no sé andar con tacones, por eso se detiene en seco y me coge en brazos para llevarme, momento que aprovecho para quitarme los zapatos y lanzarlos por los aires mientras me parto de la risa.

Él abre varias puertas que encontramos en nuestro camino, pero en todas ellas se encuentra con alguien, si no son trabajadores, son invitados que nos observan, atónitos unos y risueños otros.

—Bájame, que ya puedo andar —le pido, y me obedece, pero me coge de la mano para que lo siga, cosa que hago no demasiado convencida.

«Sí, es lo que están imaginando, buscamos un sitio para follar, señores», pienso cuando avanzamos.

—Joder, con la de metros que tiene esto y no hay ni un solo hueco libre —protesta enojado.

Al final, decide subir la gran escalinata de mármol para ir a la primera planta y es cuando caigo en la cuenta de la impresionante majestuosidad del lugar, que está lleno de lámparas de araña de cristal en sus techos infinitos de mármol, tapices bordados a mano con hilo de seda en el suelo, borlones de oro, cortinas de ensueño, muebles antiguos..., todo un espectáculo.

Recorremos el gran pasillo y Álvaro selecciona una puerta al azar. El sonido de ésta al abrirse me saca de mi ensoñación palaciega para volver a la realidad. Entramos en una pequeña estancia a oscuras, tan sólo iluminada con la tenue luz de la luna que entra por una pequeña ventana.

—¿Te vale? —pregunta.

—¡¿Aquí?! ¿Por quién me tomas? Yo merezco al menos una gran cama con dosel —exclamo indignada.

Me observa con la mirada cargada de preocupación.

—Perdona, no debería haberte ofrecido tal cosa —se disculpa abochornado—. Podemos encontrar otro sitio —añade volviendo a cerrar la puerta, pero antes de que la cierre del todo, me pongo de puntillas para rodear su cuello con mis brazos y tirar de él hacia dentro.

—Estaba bromeando, tonto —replico con una sonrisa, y él me

responde con un beso desesperado de agradecimiento.

—Eres el diablo disfrazado de mujer —murmura contra mis labios mientras entramos y cerramos la puerta a nuestra espalda sin poder despegar nuestros labios.

Cada vez me voy acostumbrando más a su increíble forma de besar y es como si anhelara su contacto al separarnos, como si no quisiera parar nunca, es una sensación muy extraña.

—No sé si esto está bien. —Me detengo para apartarme un poco de él.

«¡¿Justo ahora?! ¡Piensa en eso después!», me reprocha mi clítoris.

—Piensas demasiado, Ágata. No pienses. Sólo déjate llevar. Somos dos adultos libres, ¿qué problema hay? Ambos sabemos que me deseas y, ¡por todos los dioses!, sabes que yo te deseo a ti.

—Es demasiado pronto —insisto.

No quiero quedar como una pringada, pero es que no lo conozco de nada y me acaba de entrar el pánico.

—¿Demasiado pronto? Si hemos tardado una eternidad en llegar hasta aquí, normalmente caen rendidas a mis pies nada más verme. —Sonríe con picardía para provocarme, cosa que me relaja, aunque no sea demasiado lógico.

—¡Eres idiota!

—Me encanta que me insultes.

Se acerca con sigilo para situarse a mi espalda sin rozarme. Me retira el pelo hacia un lado con un solo dedo y me da un suave beso en la curvatura que forman mi cuello y mi hombro, consiguiendo que mi cuerpo se tense y que un fuerte escalofrío recorra mi piel.

—Iremos despacio y, si quieres que pare, lo haré —susurra, y yo asiento.

A ese primer beso le siguen un par de ellos más, delicados y pausados, pero el cuarto ya es algo más intenso, y esa intensidad va directa hasta mi sexo, sin clemencia. Suelto un jadeo involuntario y ladeo la cabeza para darle mejor acceso a mi cuello, entonces lo devora sin piedad, consiguiendo que mi cuerpo tiemble de placer, y así es como logra desterrar las pocas dudas que me

quedaban: decidido, quiero guerra.

Me vuelvo para situarme frente a él, que me contempla como si fuera una diosa. Puedo ver su pecho subir y bajar mientras respira con dificultad, tan excitado como yo, pero reteniendo sus ganas para no espantarme. Se humedece los labios. La excitación arde en sus ojos. Seguramente esté pensando cómo seré en la cama, pues yo estoy pensando lo mismo de él, aunque aquí no haya ninguna cama. Cada persona es un insospechado amante, nunca sabes lo que te espera.

—¡A la mierda! —exclama con aspereza mientras rodea mi cintura para atraerme hacia sí y besarme casi con violencia.

Nuestras lenguas se acarician con ardor. Desabotono su camisa tan rápido como puedo, con algún que otro problemilla debido a la nula habilidad de mis dedos por la oscuridad y el medio pedo que llevo. Una vez que tiene la camisa abierta, observo su increíble torso cincelado en mármol y pienso que nunca podría acostumbrarme a tanta perfección, pues seguramente le exija a su pareja lo mismo.

Él trata de bajar la cremallera de mi vestido, pero se encuentra atascada y no es capaz, por lo que suelta un bufido desesperado. Yo paso del vestido, prefiero ocuparme de su pantalón y que él lo haga de mi ropa, parece menos borracho y siempre es más fácil un vestido que un pantalón.

Su ropa cae al suelo y me quedo boquiabierta al descubrir su gran miembro apuntando a matar. Hacía tanto tiempo que no veía una polla que casi se me había olvidado cómo eran. No me resisto a tocarla y a masajearla lentamente arriba y abajo, por lo que él suelta un bufido. La aprisiono en mi mano, está dura como una piedra y casi no logro cerrar los dedos debido a su gran envergadura. Es inmensa, por Dios, si da hasta miedo, esto podría ser considerado un arma de destrucción masiva en algunos países, un *Pollatum enormus* de toda la vida.

Él levanta el bajo de mi vestido con premura y después me coge ambas piernas para colocarme en su cadera, empotrándome con fuerza contra la pared que tengo a mi espalda. Me baja el escote del vestido y sus dientes se clavan en mis pezones para

después lamerlos con ansia; me arqueo con un fuerte gemido de gusto. Él responde bajando la mano derecha hacia mi sexo, parece saber exactamente dónde se encuentra ese punto mágico que masajea trazando expertos círculos para terminar de volverme loca.

Introduce un dedo con delicadeza en mi interior y jadea al sentir mi humedad. Sus ojos refulgen en la penumbra con lujuria.

—Algún día —susurra— te voy a follar tan fuerte que no sabrás si quieres que pare o que siga.

Saca su dedo y me siento vacía, lo necesito dentro cuanto antes, y acerco mi cadera hacia él para que vuelva a introducirlo.

—No pares —le pido, y ahora lo que introduce son dos dedos muy lentamente, haciéndome resoplar.

Pero vuelve a sacarlos. Le echo un mal de ojo.

—Pídemelo, Ágata —jadea excitado hasta el límite.

—Fóllame de una maldita vez, ¡por Dios!

Entonces, me penetra con sus dedos con fuerza, hasta el fondo. Me muevo contra él, follándome su mano sin censura. Quiero más, quiero su gran miembro dentro de mí, pero esto me gusta mucho también, se nota que no es la primera vez que lo hace y me está volviendo loca.

Mantiene los dedos dentro de mí, empujando con fuerza, y luego acerca su boca a la mía para lamerme como si estuviese practicando sexo oral con mis labios y mi lengua, cosa que termina con mi cordura, no aguanto más y estallo en un fuerte orgasmo que me hace gritar como nunca antes lo había hecho. En serio, juro que nunca he sido ruidosa en el sexo y mucho menos he gritado, pero esto es otro nivel.

—Parece que a alguien le han gustado mis atenciones —ronronea por encima de mis gemidos.

—No será a mí —gimoteo entre sollozos, sofocada por el orgasmo que todavía me invade.

—¿Ah, no?

De pronto, cuando las fuertes contracciones de mi sexo ni siquiera han comenzado a debilitarse, sucede algo inaudito. Sin

sacar los dos dedos de mi interior, desliza un tercer dedo dentro de mi ano, pillándome por sorpresa, ya que nunca antes había entrado nadie ahí. Comienza con un ritmo moderado para que me acostumbre, pero pronto pido más y no duda en seguir con el ritmo castigador de hace un momento, por eso no me da tiempo a protestar por la invasión, pues resulta que me gusta demasiado esta sensación de plenitud.

Me está penetrando doblemente con los dedos, hasta el fondo, sin censura, mientras devora mis pechos, excitándome más y más hasta límites inimaginables. Yo me retuerzo de placer entre sus brazos como un animal salvaje. Me estremezco. Me arqueo. Grito. Hasta que llego de nuevo al clímax, uno todavía más fuerte que el anterior, dejándome exhausta e incrédula por lo que acaba de suceder. Dos en uno. No es posible.

Mi cuerpo queda laxo entre sus brazos, pero él continúa increíblemente excitado, por eso no me parece de recibo disfrutar yo sola de la fiesta, así que enseguida recobro el aliento y trato de atrapar su sexo para hacer algo con él, pero su mano agarra la mía para impedírmelo.

Levanto la mirada y veo que sus ojos azules se han oscurecido.

—¿Qué sucede?

—No puedo correrme así —dice.

—Oh, ¿entonces?

—Me debes un asalto —afirma mientras me deja en el suelo —, aunque, si lo quieres ahora, por mí no hay inconveniente.

—Pues...

A ver, seamos francos, después de dos pedazos de orgasmos semejantes y seguidos, dudo mucho que vaya a ser capaz de tener un tercero, pero bueno, acabo de descubrir que con un buen amante nunca se sabe, así que tampoco lo descartaría, y la verdad es que me muero de ganas de sentirlo dentro de mí.

—Está bien así, no tienes que excusarte, Ágata, no pasa nada. —Me da un dulce beso en los labios y, pasado el momento de calentón, no me apetece demasiado volver a entrar en faena—. Yo también he disfrutado viéndote..., mucho.

Al recolocarme el vestido, siento mi ropa empapada y me anoto en la mente: «No volver a salir sin bragas».

Él se viste a toda prisa.

—Debemos salir cuanto antes de aquí: con lo que has gritado, seguro que alguien habrá llamado a la policía pensando que se estaba cometiendo un asesinato —apunta mientras se coloca la corbata.

—¡No seas exagerado!

—¿Exagerado? ¡Ni en las pelis porno gritan así!

—Eres tonto. —Niego con la cabeza y sonrío.

Salimos a hurtadillas del cuarto, partiéndonos de la risa porque Álvaro imita mis gemidos de manera exagerada y, efectivamente, nos cruzamos al bajar la escalera con un par de agentes de policía que suben a toda prisa acompañados por uno de los cocineros, que les explica preocupado lo que ha oído, aunque la mirada que nos echan los agentes denota que acaban de descubrir lo ocurrido.

Volvemos a la fiesta para mezclarnos entre la gente, como si así lograse camuflarme y que nadie se dé cuenta de lo ocurrido.

—¿Bailas conmigo, Satán? —me pregunta con una expresión de felicidad extrema en su rostro, cogiéndome por la cintura para atraerme hacia sí y darme un beso; pero, justo en ese preciso instante, aparto la cara a toda prisa para que no me roce, por lo que me mira perplejo.

Sí, lo sé, cualquier mujer en su sano juicio se lanzaría a sus brazos y le pediría matrimonio, pero yo no estoy en mi sano juicio y ahora mismo tengo sentimientos encontrados: por un lado, estoy saciada sexualmente, pero nada más que eso, no tengo ganas de abrir la ventana de par en par para cantar con los pajarillos del bosque, y, por el otro, me siento culpable por haberme dejado llevar, mi razón se ha doblegado ante un calentón y me odio por ello.

—Satán no baila. Olvida lo que ha ocurrido ahí arriba, ¿de acuerdo? —le indico alejándome de él, que me observa con un halo de ira en sus ojos.

Me alegro de que no me pida explicaciones ni intente hacer

nada por retenerme porque, de haber sido así, todo habría sido mucho más incómodo para ambos.

Busco a Carlitos entre la gente y lo descubro charlando con Dante. Por algún extraño motivo siento lo mismo que si hubiese engañado a mi novio y ahora tuviese que ir a rendir cuentas.

—Hola —los saludo a los dos.

Las miradas que ambos me dedican son completamente distintas, la de uno es de sorpresa y la del otro de reproche.

—¿Nos vamos? —le pido a mi amigo.

—¿Ahora? —pregunta indignado.

No quiere irse y soy la bruja que va a cortarle el rollo, sí.

—Sí. Ahora —aseguro.

Como me conoce de sobra, no insiste, sabe que se trata de una urgencia de primer nivel. Se despide muy amigablemente de Dante, que no me dirige ni una sola palabra, y nos marchamos.

—Ha dicho Zahra que iba al baño y volvía, ¿ni siquiera esperamos para despedirnos de ella? —insiste de camino a la salida.

—Creo que al no vernos supondrá que nos hemos ido. De todas formas, si te quedas más tranquilo, mándale un wasap —establezco mientras salimos de la finca para coger uno de los taxis que hay junto a la puerta.

—Colócate esos pelos de recién follada que llevas, anda —sugiere mi amigo, reteniendo la sonrisa.

El viaje de vuelta a casa es silencioso, ni él pregunta ni yo le cuento nada, y se lo agradezco. En momentos como éste es cuando se necesita a un buen amigo, para que te apoye respetando tus silencios.

Él sabe que cuando estoy mal no quiero hablar con nadie, me gusta alejarme y meditar conmigo misma. Y, cuando mis heridas están curadas, vuelvo a salir de mi cueva.

No sé si me siento peor por lo que he hecho o por marcharme, pues la sola idea de que Zahra o cualquier otra mujer se quede a solas con Dante me revuelve el estómago. Pero no podía quedarme, no he sido capaz de sostenerle la mirada después de haber estado con Álvaro, y no entiendo el motivo.

¡Me siento fatal y quiero desaparecer del mundo!

# Capítulo 14

> Una de las cosas más afortunadas que te pueden suceder en la vida es tener una infancia feliz.
>
> AGATHA CHRISTIE

Hay momentos en la vida de una persona en los que sientes que todas y cada una de tus circunstancias te han llevado hasta una situación en concreto y, ahora mismo, yo pienso justamente así, como si toda mi existencia se redujese a estar aquí y ahora. Cada vivencia ha conllevado otra, y así sucesivamente, hasta llegar a este preciso instante, en que me encuentro en plena conexión con Dios.

Estoy nada más y nada menos que en el hotel Viceroy, en pleno corazón de las montañas de Ubud, en Bali. El hotel lo forman espaciosas y lujosas villas individuales de madera con el techo de paja a cuatro aguas, cada una con su piscina privada y todas ellas enclavadas en la serenidad del valle Lembah, en lo más alto de la inmensa montaña, por lo que da la impresión de ser casitas colgantes como las de Cuenca, pero mucho más lujosas, claro.

Todo el personal del hotel ha sido advertido para que me traten como a una diosa en la Tierra, o al menos eso he sentido yo con el ceremonioso recibimiento que me han brindado a la llegada. Aunque desconozco si tratan así a todo el mundo.

Mi suite debe de medir unos doscientos metros cuadrados, tengo una televisión con una pantalla plana de al menos sesenta pulgadas, un baño de mármol equipado con un jacuzzi enorme en el centro. La cama balinesa mide dos metros de ancho y otros tantos de largo; además, todo está decorado en bambú y tonos blancos, con lo que se respira una paz absoluta.

Aunque lo mejor, sin duda, es la piscina privada de borde infinito del jardín, junto a la que hay otra casita de madera con una cama exterior llamada *bal*. Desde la piscina hay una impresionante panorámica a la inmensa selva tropical que se encuentra justo enfrente y unas inmejorables vistas al espiritual río Petanu, que está abajo, del que cuentan que emanan las almas una vez purificadas. Y, por todo esto, aseguro estar más cerca de Dios que nunca.

La jaula de mi querido guacamayo está en medio del jardín, son las ocho de la tarde y ya no hace calor. El veterinario me ha recomendado que lo tenga en el exterior antes de soltarlo para que se aclimate. Los trabajadores del hotel han dejado de mirarme como a una diosa en la Tierra cuando han visto al pajarraco, pues aquí viene gente que se dedica al tráfico ilegal de aves exóticas y por eso hay muchas en peligro de extinción, aunque yo no me he sentido molesta por eso, ya que ni se imaginan que lo que pretendo es justamente lo contario: soltarlo para que viva en libertad.

No tardo en poner en la tele a toda pastilla una de mis canciones favoritas: *Nemesis* de Cradle of Filth.

—¡Gracias, YouTube! —exclamo al cielo.

Ahora sí que todo es perfecto.

Ni siquiera he colocado la ropa en los armarios. Voy corriendo a buscar en la maleta mi biquini negro, el único que he traído, a pesar de las insoportables charlas de Carlitos sobre moda, para meterme en la piscina cuanto antes porque no puedo aguantar las ganas de introducirme en esa agua cristalina.

Compruebo con el dedo gordo del pie que está templada, así que no dudo en tirarme de cabeza, y cuando emerjo a la superficie me siento sumamente insignificante ante la inmensidad del frondoso paisaje que se expande ante mis ojos. Me acomodo sobre el borde de la piscina para poder admirar semejante espectáculo natural. No logro cerrar la boca, es algo prodigioso.

—¡Me encanta la música ambiental que has elegido para un momento tan espiritual! —grita una voz masculina por encima de los atronadores alaridos del vocalista gótico en pleno estribillo.

Me vuelvo de golpe porque me he asustado al oír a alguien tan cerca, pues se supone que nadie puede entrar en mi habitación. Se supone.

Álvaro, ataviado con un corto bañador azul marino con los remates en amarillo y sin camiseta, marcando sus perfectísimos abdominales, me observa con la ironía reflejada en su rostro. Se lo pasa en grande haciéndome rabiar, y yo se lo pongo demasiado fácil porque soy de mecha corta, pero es que no puedo evitarlo.

Tenía cierto miedo sobre cómo iba a tomarme el reencuentro con él después de lo que sucedió entre nosotros en la gala de los premios. Lo había imaginado miles de veces y en todas ellas le mandaba a tomar viento, pero nunca vislumbré esta situación, y mira que tengo imaginación para dar y tomar, pero, por lo visto, la realidad siempre supera la ficción.

—¿Se puede saber qué coño haces en mi habitación? ¡Lárgate de aquí! —exclamo indignada.

—He venido a que me devuelvas lo que me debes —alega mientras se mete en el agua bajando plácidamente por los escalones.

—¡Yo no te debo nada! ¡He dicho que te largues! ¿Estás sordo? —chillo histérica.

No doy crédito a que se esté metiendo en MI piscina sin mi consentimiento, pero él pasa de mí olímpicamente, introduciéndose por completo en el agua. Se zambulle como una nutria, igual de feliz, ante mi atónita mirada. Cuando emerge, mueve la cabeza con energía para secar su pelo, que gotea y, acto seguido, lo repeina hacia atrás de manera enérgica con ambas

manos, mirándome con esos ojos cristalinos, encharcados de agua, que consiguen dejarme fuera de juego.

—Me debes dos orgasmos, Satán —dice con tono de asesino acechante a la vez que avanza hacia mí con determinación, mientras miles de gotas resbalan por su escultural cuerpo pecaminoso. Mis ojos me traicionan para mirarlo con deseo.

—Los regalos no se devuelven.

—Los préstamos sí, y además con intereses.

Yo suelto una involuntaria risilla nerviosa, cosa que no he hecho nunca y que me resulta patética. «¡Dios, contrólame!»

—En serio, no se puede ser más imbécil —me quejo, negando con la cabeza.

—No lo tengas tan claro.

Pasa de largo de mí para asomarse al borde de la piscina y, para mi sorpresa, me siento decepcionada. No sé, esperaba que me aprisionara entre sus brazos para besarme con pasión o que me dijese alguna idiotez de las suyas... pero nunca que pasara de mí.

«Ágata, eres tonta, déjate de chorradas, eres tú la que le ha pedido que se aleje», me reprendo enojada conmigo misma.

—¡Qué puta pasada! —murmura con la mirada perdida en el infinito.

—¿Siempre te comportas como si fueses el dueño del mundo?

—No, es que en mi habitación no hay piscina privada, sólo en la tuya y en la de Dante, y creo que a él le iba a hacer todavía menos ilusión que a ti mi presencia.

—Así que sólo Dante y yo tenemos habitaciones iguales, ¿eh? —repito.

—Ya sé lo que estás pensando, Miss Violet, no hace falta ser ningún genio para llegar a esa conclusión.

—Sorpréndeme —le pido.

—Crees que es Eygon Black y por eso pierdes el culo por él, como hacen todas las mujeres, está más claro que el agua.

Obvio la parte de perder el culo porque no me interesa en absoluto.

—A no ser que lo que pretendan en realidad sea que todos

creamos justamente eso —conjeturo.

Él suelta una carcajada.

—Eres más inteligente de lo que suponía.

—Lamento no poder decir lo mismo.

No pienso añadir nada más, al adversario nunca se le muestran las cartas. Si por algo he hecho este viaje es para descubrir la identidad del señor Black, lo demás me trae sin cuidado.

—¿Sabes que ese biquini te sienta de lujo? —Me devora con unos ojos lujuriosos—. Ahora mismo podría...

La música se detiene de golpe.

—¡Hola!

La voz *happy flower* de Zahra hace que nos volvamos los dos hacia su procedencia.

—¿Es que os dan pases vips a mi piscina o qué? —me quejo.

Ella se encoge de hombros.

—Les dije a los de recepción que era tu hermana. Esas personas tan bajitas y morenas son tan simpáticas que no dudaron en abrirme la puerta —me explica mientras se mete en el agua, luciendo tipazo con su increíble triquini turquesa.

Esa inocente alusión a mi hermana consigue dar un vuelco a mi corazón, pero enseguida me tranquilizo, pues estoy segura de que Zahra no habrá caído en el detalle. No tengo ni idea de quiénes van a venir a esta parte del mundo para realizar la famosa yincana porque era secreto de Estado, pero estando la cordobesa aquí, me siento mucho más tranquila.

Viene nadando hasta el borde donde nos encontramos Álvaro y yo.

—Espero no haber interrumpido nada —se excusa sin sonar demasiado convincente.

—Pues sí, has interrumpido el mejor polvo de la vida de tu amiga —salta el idiota de Álvaro—. Ahora te perseguirá el mal karma.

—¡Oh, lo siento! —masculla la rubia.

—¡Zahra, no seas tonta! —la regaño—. ¿En serio crees que me acostaría con un tío como él?

Ella lo mira y no sabe qué contestar, claro, porque está demasiado bueno.

—¿No? —farfulla entre dientes, y yo pongo los ojos en blanco.

—¡¿Y por qué no?! —se queja él.

—Hombre, supongo que el hecho de ridiculizarla y dejarla como a una cualquiera delante de un montón de personas para que después se hicieran eco de tu grosería los medios de comunicación tendrá bastante que ver —lo ataca con inteligencia, y me siento orgullosa.

—Vale, tocado y hundido —asume, pues seguramente no recordaba que ella estaba conmigo aquel día en París.

Los tres nos apoyamos con los brazos sobre el borde de la piscina.

—¡Madre mía, esto es el paraíso! —suspira mi amiga embelesada, admirando el paisaje.

—¡Tu culo sí que es el paraíso!

La voz de Jorge a nuestra espalda consigue que Álvaro y Zahra se miren con extrañeza y después se partan de la risa. Yo me vuelvo y lo descubro con un bañador verde y una toalla al cuello, dispuesto a meterse en la piscina también. ¡En MI piscina!

—¡¿En serio, George?! —prorrumpo, imitando el tono del anuncio de Nespresso—. Pero si tú deberías tener una piscina mucho más grande que la mía, eres la estrella de la editorial.

—Eso mismo acabo de decirle al capullo de Luis, pero sólo había dos suites con piscina: la tuya y la de... —Se detiene.

—Él no es Eygon —añado.

—¿Por qué no, listilla? —quiere saber.

—Porque sería demasiado obvio. Nadie obliga a firmar miles de contratos de confidencialidad a todo el mundo, gastándose una auténtica pasta gansa en preservar una identidad, para que ahora todo salga a la luz así, sin más —le explico, convenciéndome a mí misma.

—Si tú lo dices... —Se encoge de hombros.

Se lanza de cabeza a la piscina y va buceando hasta Zahra, a

la que coge en brazos y besa mientras sale del agua. Ella se parte de la risa.

—Podría lanzarte al vacío si quisiera —afirma con ella al borde de la piscina. Zahra grita y se agarra con fuerza a su cuello entre risitas nerviosas que no me resultan tan patéticas viniendo de ella.

—En cuanto te descuides, lo hará —la inconfundible voz de Lola hace que todos nos volvamos y que Jorge suelte de golpe a Zahra, que se hunde en el agua y, en cuanto sale, le pega un fuerte golpe en su marmóreo estómago, ese que protagoniza tantas portadas.

—¡Serás capullo! ¿A qué ha venido eso? —le recrimina entre toses.

Sólo tiene que seguir el camino de nuestras miradas para descubrir a Lola junto a la piscina. Ella no lleva biquini ni nada por el estilo, lleva unos pantalones de lino blancos y una camiseta de tirantes color camel. Zahra se queda petrificada al verla, pues seguramente no le habrá comentado nada a su jefa sobre su rollito con su exmarido.

—Siento interrumpir esta fiestecita tan... *variopinta* —indica mirando a Álvaro—, pero mañana comienzan las pruebas y he venido a informaros de cómo estarán formados los equipos y el horario —cuenta haciendo gala de su rigidez habitual.

—¿No quieres bañarte? —le pregunto para destensar el ambiente—. Por lo visto, en la recepción invitan a todo el mundo que llega al hotel a bañarse en mi piscina.

—No, gracias, Ágata, no me gusta el agua, aunque las vistas sean inmejorables. —Echa una ojeada y se detiene en la jaula—. Estos balineses cada día se superan más con la decoración.

No voy a explicarle nada, no merece la pena porque es una larga historia.

—¿Cómo serán los grupos, Lola? ¿Por fin lo habéis decidido? —pregunta Zahra, tratando en vano de aligerar la tensión de la que se ha cargado el ambiente.

—Los equipos serán de chicos contra chicas, aunque dudo que mi participación en las pruebas vaya a ser posible, pues no debería

ni siquiera hablar con la mujer que se está tirando a mi todavía marido. Mañana a las nueve en punto hay que estar en la puerta de entrada al hotel. Buenas noches —se despide la editora, sin más, antes de marcharse a toda prisa.

Nosotros nos miramos unos a otros.

—¿Chicos contra chicas? —repite Álvaro, tratando de cambiar de tema.

—¿Eso no está ya pasado de moda? —plantea Jorge, obviando el asunto.

—Pues yo lo prefiero así —admito. No voy a ser yo la que meta el dedo en la llaga.

—Claro, porque estando con las chicas no tendrás que fingir que eres la más dura del mundo delante de nosotros —se queja Jorge.

—No, porque así ganaré las pruebas. Nosotras somos mucho más inteligentes que vosotros —suelto, y ellos dos hacen un gesto como si les doliera el corazón por mis palabras.

—Pero yo quería que me tocase con mi rubita —salta Jorge, que se acerca para abrazar a Zahra, sin darse cuenta de que el rostro de ella está cada vez más rojo, pero de un rojo preocupante.

Cuando lo tiene cerca, ella le arrea un sopapo en plena cara con todas sus fuerzas que nos deja a los demás boquiabiertos. Y es que ninguno habíamos reparado en la expresión de ira que tenía la rubia hasta que ha explotado.

—¡¿Cómo que todavía eres su marido?! —ruge colérica.

—Pero sólo a efectos burocráticos, nena —le implora arrepentido—, es que los abogados están tardando demasiado con el papeleo, pero la realidad es que soy un hombre libre.

—¿La realidad? ¡La realidad es que eres un pedazo de cabrón mentiroso! ¡Ni se te ocurra volver a dirigirme la palabra! —Zahra escupe fuego mientras sale de la piscina y él la sigue suplicando su perdón.

Los dos desaparecen de nuestra vista, supongo que se habrán marchado de mi habitación, o eso espero porque, conociéndolos, son capaces de haberse servido una copa en mi bar mientras discuten.

—Por fin solos —ronronea Álvaro, mirándome con ojos golosos—. ¿Dónde nos habíamos quedado, Satán?

—En la parte en la que te piras y desapareces para siempre de mi vista.

—¡Oh, venga ya! No me lo pongas tan difícil, Ágata, cada vez que nos veamos no vamos a estar jugando al ratón y al gato, me resulta muy aburrido, ¿por qué no nos ahorramos todas esas chorradas de adolescentes y nos dedicamos a complacer a nuestros cuerpos en este entorno sin parangón? Follar en esta piscina debe de ser la hostia.

Sus impúdicas palabras consiguen despertar algo en mí, algo que se retuerce entre mis muslos clamando por atención. Se acerca poco a poco y por un momento dudo si dejarme llevar, pues cierto es que Álvaro es un amante de sobresaliente, pero no quiero complicarme la vida, y si mis cinco sentidos gritan que huya de él cada vez que lo tengo cerca, por algo será, ¿no?

—He dicho que te vayas —le ordeno muy seria, y esta vez sí que lo acepta.

Baja la cabeza a modo de reverencia y se marcha sin añadir ni una sola palabra más. Su espalda musculosa saliendo del agua es todo un espectáculo, y por un segundo ahogo mis ganas de pedirle que vuelva y me empotre contra uno de los muros de la piscina, pero se marcha y yo no le pido nada.

Una vez sola, contemplo las maravillosas vistas que me ofrece el atardecer balinés, gloriosamente tumbada en una mullida hamaca que cuelga de dos troncos de palmera, donde me quedo profundamente dormida.

# Capítulo 15

Lo advierto ahora. Juntos, fuimos muy felices. Sí: muy felices. ¡Ojala me hubiera dado cuenta yo de eso entonces!

AGATHA CHRISTIE

A las siete y media de la mañana me despierto entre las sábanas blancas de una inmensa cama que huele a limpio. El sol entra de manera tímida por los enormes ventanales que conforman la pared frontal al completo de la suite.

Mientras me estiro con pereza, caigo en la cuenta de que no recuerdo haber venido anoche hasta aquí, ni mucho menos haberme puesto ningún camisón encima del biquini.

Salgo de un gran salto y a toda prisa de la cama para comprobar, atónita, que lo que llevo puesto no es ningún camisón, sino que se trata de una camiseta blanca de hombre que me cubre

escasamente el culo, un culo que está al aire libre, sin la braguita de ningún biquini.

Entonces...

«¡¡¿¿Quién me ha desnudado y me ha metido en la cama??!!», me pregunto horrorizada.

Pienso: «Si hubiese tomado alguna bebida antes de quedarme dormida, ahora mismo estaría más cagada de miedo de lo que estoy, pues las drogas en Indonesia están a la orden del día, pero no comí ni bebí nada, así que eso me confiere un ápice de calma».

—Buenos días, bella durmiente. Te sienta muy bien mi camiseta. —Una voz ronca a mi espalda consigue que suelte un grito por el susto y al mismo tiempo que me vuelva de golpe para descubrir quién es: ¡Dante!

—¡¿Qué diablos haces tú aquí?! —grito asustada.

«No es posible que haya pasado la noche con un dios ¡y que no me acuerde! —me digo—. Una noche con este hombre debe de ser para recordar hasta doce vidas después de ésta.»

Sus ojos gatunos de color esmeralda refulgen al encontrarse con los míos. Su pelo rebelde hoy no está agarrotado por la gomina, sino que ondea a ambos lados de su rostro perfecto, en libertad. Va ataviado con unos pantalones cortos de algodón de color azul marino, unas deportivas blancas de *trekking* y una camiseta también de color azul marino con el logo de la editorial en amarillo.

La verdad es que este *look* le confiere un aire mucho más juvenil que el de la otra noche, dejando al descubierto unas piernas torneadas y unos brazos vigorosos, aunque he de confesar que este hombre me vuelve loca lleve lo que lleve.

—¡Por fin! No veía la hora de tutearnos —sonríe para destensar el ambiente, colocando sus manos alrededor de su cadera.

Yo tiro del bajo de la camiseta al máximo posible para que no se me vea nada, aunque, seguramente, ya me lo haya visto todo.

—¡¿Se puede saber por qué todos podéis entrar en mi habitación sin permiso?! ¡¡¿Y por qué me has desnudado?!! —grito colérica.

—Tranquila, no es lo que piensas —intenta calmarme con una voz sosegada, aunque se nota que en realidad le da apuro—. Mi piscina da a tu jardín. —Se asoma por la puerta de cristal y señala hacia arriba. Yo lo imito para descubrir, asombrada, que hay otra villa como la mía en la parte superior de la montaña, formando una especie de escalera de parcelas en la ladera de ésta—. Anoche, al asomarme para contemplar el paisaje estrellado, vi que estabas durmiendo en una mala postura, te llamé varias veces, pero, al parecer, tienes un sueño demasiado profundo, por eso acudí a la recepción y les pedí que me abriesen tu habitación para poder despertarte.

—¿Y se puede saber qué te importa a ti cómo duerma yo? —No doy crédito a una historia tan absurda.

—Si te hubiese dejado en la hamaca, habrías tenido contracturas por todo el cuerpo —responde como si yo tuviese que comprender semejante explicación.

Ambos nos miramos fijamente, creo que la tensión sexual que hay entre nosotros se podría cortar con un cuchillo, o, mejor aún, con una motosierra, pues es tan fuerte que un cuchillo sería insuficiente.

—Perdona, pero sigo sin entender por qué tendrían que importarte mis contracturas —insisto en un tono muy seco.

—Porque las pruebas que realizaremos estos días requieren de un esfuerzo físico extremo y, si estás en mala forma, no será un juego ecuánime —contesta.

Sólo de pensar que él esté en una forma física idónea me pone a mil, pues no voy a enumerar la cantidad de esfuerzo extremo que se me ocurre practicar con él.

—¿Tú sabes en qué consisten las pruebas? —inquiero. Si juega con ventaja, me quejaré a la organización.

—No, pero tampoco hay que ser demasiado perspicaz para suponer que una yincana en Bali no debe de ser un juego de niños.

—Ya, y tampoco hay que ser demasiado inteligente para suponer que tú eres Eygon Black —suelto de repente para pillarlo en un renuncio.

Él me observa reflexivo durante un instante, clavando sus ojos

en mí. Supongo que se estará debatiendo entre confesar su identidad o no. Pero justo en el momento en que se dispone a hablar, mi mirada traidora no puede evitar desviar su atención hacia esos gruesos labios que tengo delante y él se percata al instante de este hecho. «¡Mierda!» Entonces sonríe de medio lado, y ahí están sus malditos hoyuelos.

—Tú ya has decidido que soy él. Si te dijese que no lo soy, ¿me creerías?

—No.

—Añade, entonces, que soy el señor Black a tu lista de prejuicios contra mí.

Se da media vuelta para marcharse, pero no se lo permito, porque me planto delante de él para interceptar su evasiva. Se detiene en seco y me mira fijamente, consiguiendo que casi me tiemblen las piernas. Es tan alto que me veo obligada a mirar hacia arriba para encararlo. Me observa como un dragón a una insignificante hormiga; una hormiga que siente cada célula de su cuerpo suplicar que la besen.

—Todavía no me has dicho qué haces aquí —le recuerdo, tratando de salir de este microcosmos romántico que he construido yo misma.

—Y tú todavía no me has agradecido que te haya devuelto la oportunidad de ganar la yincana.

—Te informo de que nunca en mi vida he tenido contracturas, así que no me has salvado de nada y, además, me trae sin cuidado esa maldita yincana.

—¿Ah, sí? Entonces ¿por qué no te retiras?

—Tengo mis motivos. —«Que no pienso decirte a ti», pienso.

—Está bien, pues yo tengo mis motivos para estar aquí en este momento.

Está muy bueno, sí, y me pone muy cachonda, también; pero mi sexto sentido, el gótico bárbaro, es más fuerte que todo esto, por eso lo amenazo con furia:

—¡Dime qué coño haces en mi habitación ahora y por qué me desnudaste anoche o llamaré a la policía!

Sí, ya sé que tengo una manera muy extraña de comportarme con los hombres que me gustan, pero es que ellos no me lo ponen nada fácil. Podría ser un asesino en serie, o lo que sería peor aún, podría ser Eygon Black, y mientras dude lo más mínimo de ello, no bajaré la guardia.

—Estaba contemplando cómo duermes —suelta tan pancho ante mi cara de «estoy flipando unicornios confeti»—. Anoche, al meterte en la cama, me recordaste a alguien a quien quería mucho, y esta mañana me he despertado con una fuerte necesidad de tu cercanía, como si fueses una especie de droga. Me transmites paz y serenidad. Una paz que ahora más que nunca preciso. Verte dormir es lo más bello que he tenido el placer de vislumbrar en toda mi vida.

«¡¡¡¿¿¿Yo, paz y serenidad???!!!»

Creo que me he quedado boqueando como un pez.

Que alguien afirme que mis pelos de loca y mi cara de asno babeante sobre la almohada son lo más bello que ha visto nunca es... ¡¡¡No me lo trago!!!

—¡Seguro que me metiste mano! ¡Te aprovechaste de una mujer inconsciente, eres un maldito degenerado! —Sin dudarlo, le asesto un fuerte guantazo en toda la cara, cosa que le pilla por completo desprevenido.

Él se cubre con una mano el lugar donde le he soltado la bofetada, todavía incrédulo. Me mira con sus ojos inyectados en cólera.

—Fue tu amiga Zahra quien te desnudó —me informa—. Lamento saber que me tienes en tan baja estima sin merecerlo —ruge a la vez que se vuelve para largarse indignado.

¡¿Fue Zahra?!

—¡Vaya! He interrumpido una discusión de enamorados, ¡qué inoportuno soy! —Álvaro aparece a mi derecha, junto a la puerta de entrada, cargado con una bandeja llena de comida y con su espectacular torso al descubierto, pues lleva puesto tan sólo un bañador.

El olor a café recién hecho despierta mi estómago y la visualización de dos hombres semejantes despierta otra cosa que

está un poco más abajo.

—¡¡¿¿Otro más en mi habitación??!! ¡¡¿¿Es que acaso reparten pases??!! —exclamo echando un mal de ojo al nuevo visitante para disimular la fuerte atracción que siento por él.

Pienso tener una charlita ahora mismo con el director del hotel porque esto es intolerable.

—Venía a darte los buenos días, pero ya veo que se me han adelantado.

Sus ojos oscilan entre Dante y yo, pero, de pronto, se detienen en mis piernas desnudas con gesto inquisitivo. Siento su caricia visual e incluso me ruborizo.

—Puedes darle todo lo que quieras, yo ya me marchaba —sentencia Dante con una voz cargada de reproches yendo hacia la salida.

—Si ya se lo has dado tú, yo también me piro; no soy segundo plato de nadie —se queja el otro, soltando de mala gana la bandeja sobre la mesa que tiene a su lado y dedicándome una profunda mirada recriminatoria.

—¡Pues eso, largaos de aquí! ¡Los dos! —bramo fuera de mí.

Ellos obedecen y Álvaro, que es el último en salir, da un fuerte portazo en cuanto se marcha.

Después del altercado, estoy de los nervios. Me dirijo hacia la gran bañera de mármol blanca para tratar de serenarme, pues en este estado lo último que me apetece es ponerme a hacer pruebas por la selva. Ahora mismo los estrangularía a ambos con mis propias manos.

—¡Falsos corderos de Dios! —blasfemo sin filtro.

Tras media hora sumergida en las benditas burbujas del jacuzzi, escuchando a todo volumen a VON, uno de mis grupos preferidos, parece que una Ágata nueva emerge cual Afrodita de las aguas, donde se ha quedado mi mala leche.

Me pongo el uniforme que nos ha cedido la organización de la yincana, que no es otra cosa que un pantalón muy corto de color fucsia de algodón y la camiseta azul marino con el logo de la editorial en el famoso amarillo corporativo. Las deportivas azules son mías y, aunque no sean tan *cool* como las de Dante, pueden

pasar. Remato mi *look* yincanero con una cola de caballo alta para que no me moleste el pelo.

Antes de bajar, me como casi todo lo que ha dejado Álvaro en la bandeja, pues anoche no cené y estaba famélica; además, todo está exquisito. Es *vox populi* que los balineses cocinan de lujo, no obstante, en este hotel se encuentra el galardonado restaurante CasCades, que sirve especialidades francesas con influencias asiáticas, y así estaba el desayuno, ¡para morirte de gusto!

Bajo un rato antes de las nueve a la recepción porque quiero reunirme con el director para dejarle bien claro que mi habitación no es el coño de la Bernarda y que por eso no puede entrar cualquiera que así lo desee sin pedirme permiso a mí antes, cosa bastante lógica en cualquier hotel español, pero que, por lo visto, aquí no resulta tan obvia.

Los recepcionistas me informan de que el director se encuentra de viaje, entonces, les traslado a ellos mi descontento. Creo que les ha quedado bastante claro el tema, sobre todo las palabras «coño de *Belnalda*», que repiten hasta la saciedad, mirándose entre sí con intriga. Esta gentecilla es muy rara.

Aprovecho para pedirles también que me ayuden con la liberación del loro, a lo que uno de ellos pone el grito en el cielo porque insiste en que un ave doméstica no podría sobrevivir en la selva..., «y va a tener razón». Pero no me lo pienso llevar de vuelta, eso lo tengo más claro que el agua.

—Pues ¡os lo regalo! —digo alegremente.

—¡¿Regalo?! —repiten ellos recelosos.

—¡Sí! Os regalo al bicho y la jaula y todo, un obsequio para el hotel.

Ellos comienzan a gesticular juntando ambas manos y bajando la cabeza a modo de gratitud infinita, por lo que no estoy segura de que me hayan entendido bien, pero bueno.

—Podéis ir a por él cuando queráis —los informo señalando en la dirección de la habitación, y dos de ellos salen echando leches hacia allí, no vaya a ser que me arrepienta.

«Verás cuando empiece a gritar palabrotas a los clientes como no se alegran tanto», pienso. Al menos tengo un problema menos y

creo que ellos lo cuidarán mejor que yo, pues, al fin y al cabo, eso no será demasiado difícil.

Al rato aparecen dos parejas de chicos y chicas jóvenes que se apresuran a saludarme. Se trata de los organizadores de la yincana.

Enseguida, Zahra y Jorge bajan juntos del ascensor.

—Buenos días —saludan ambos a todos.

Me acerco a la rubia para decirle algo, pero me hace una mueca rara.

—No preguntes —susurra mientras nos damos dos besos.

—Me da igual lo que te traigas entre manos con Jorge, lo que quiero saber es si tú me desnudaste anoche —le expongo con disimulo, y ella sonríe aliviada.

—Si alguna vez dudas con quién casarte, hazlo con Dante —suspira enamorada—. Nena, te tocaba como si fueses a romperte, con veneración absoluta. ¡Y cómo te miraba, chica, se le caía la baba! Además, sabes que cuenta con el beneplácito de Carlitos. ¿Qué más puedes pedirle a un hombre?

—¡Zahra! —la reprendo para que se centre en lo que me importa.

—Sí, sí, te desnudé yo, estabas zombi y me pidió ayuda, no pude negársela. —Me guiña un ojo.

La pregunta de «¿por qué estabais juntos?» revolotea sobre mi cabeza, pero no pienso decirla en voz alta. Las cosas que no dices no existen.

—¡¿Y era estrictamente necesario dejarme en bolas?! —inquiero.

—No encontraba otra cosa que ponerte, todos los cajones estaban vacíos —se encoge de hombros—, el biquini estaba húmedo y te ibas a resfriar, por eso se quitó la camiseta, te la puse y te dejé así; pero, tranquila, que él no vio absolutamente nada, y no porque yo se lo impidiera, sino que él solito salió de la habitación para no mirar. Es todo un caballero, Ágata —suspira embobada.

Está alabándolo tanto que dudo si le pagará comisión.

La verdad es que me quedo mucho más tranquila al saber que

fue ella y no él quien me vio el níspero, pero con un sentimiento enorme de culpabilidad por haberlo acusado en vano. Me va a odiar. No comprendo por qué trato siempre de alejar a todo el mundo de mí y, encima, si me gustan, me esfuerzo más aún.

Mi tranquilidad dura hasta que aparece el susodicho en escena. Acto seguido, sale Álvaro por el mismo sitio. Ya estamos todos. He de añadir que con el uniforme están para mojar pan, por Dios bendito. No sabría decir quién es más atractivo de los dos. Vaya par de portentos de la naturaleza, joder.

Todos se saludan entre sí, menos a mí, a la que ninguno dirige la palabra, ni siquiera una mirada, y no sé si esto me alegra o me disgusta. Las chicas de la organización sueltan risitas nerviosas, pues están alucinando con los dos sementales que tienen delante, los cuales, aunque no lo pretendan, posan en plan modelo de Calvin Klein de manera innata.

¡Qué mal repartido está el mundo!

La última en llegar es Lola y, a juzgar por su expresión, está muy enfadada y ha dormido poco o nada. Sólo nos saluda a Dante y a mí. Se ha puesto el uniforme que llevamos todos y descubro un cuerpazo que normalmente se empeña en esconder. Los ojos de Jorge no pueden evitar echarle un fugaz repaso que les pasa desapercibido a todos menos a mí, que me doy cuenta de todo.

Entramos en una sala donde tomamos asiento frente a los organizadores, que nos cuentan lo prestigiosa que es su empresa, las estrictas normas de esta yincana en particular y, además, nos indican que ellos estarán en todo momento pendientes de nosotros y observándonos, aunque no los veamos.

Nos piden que les entreguemos los móviles, el dinero, las joyas y todos los demás enseres personales que llevemos encima para guardarlos en una cajita que tiene el nombre de cada uno de nosotros; es decir, que nos quedamos en bragas y en este momento es cuando a mí me entra el pánico.

Resumiendo, nos explican que cada día realizaremos un par de pruebas y que deberemos estar de vuelta en el hotel a las diez de la noche como muy tarde, de lo contrario, uno de los miembros del grupo que se haya retrasado, el que ellos elijan, estará

descalificado de manera automática.

«¿¿¿En serio??? ¡¡¡¿A las diez de la noche?!!! ¡¡¿¿¿Trece horas fuera??!!» Yo pensaba que haríamos cinco minutos de alguna chorrada en el porche del hotel, en plan juego del pañuelo o tiros a canasta, pero no. Se trata de encontrar unas pistas que nos guiarán hasta el lugar de la siguiente prueba, y en esa segunda prueba es donde encontraremos un papiro con una palabra escrita. Al final de la semana deberemos componer un título para nuestra siguiente novela con todas las palabras halladas.

—¿Tenéis alguna duda? —pregunta uno de los organizadores.

—Yo. —Levanta la mano Álvaro.

Todos le miramos temerosos, pues la última vez que hizo eso mismo me dejó en ridículo delante de un montón de gente.

—Adelante —le anima un chico.

—¿Por qué le sienta tan bien el uniforme a Miss Violet? ¿No será alguna técnica de distracción para que perdamos? Esas piernas no son normales, yo no podré concentrarme si las tengo cerca. —Todo esto lo dice sin mirarme, como si estuviese hablando sobre el tiempo que hará en Bali.

Todos se ríen, menos Dante, que permanece demasiado serio.

—Yo tengo otra pregunta —levanto la mano, pero no les doy opción a que me den paso, hablo directamente—: ¿desde qué altura dice usted que se cayó al nacer, señor Reyes? Porque tuvo que ser considerable para quedarse así de tonto.

Todos vuelven a reír.

Una de las chicas nos pasa a cada uno un aparato negro colgado de un cordón de cuero y nos indica que debemos colocarlo alrededor del cuello a modo de colgante. Todos obedecemos.

—Esto es un chip de localización. Pase lo que pase, está prohibido quitárselo, pues ante una pérdida podremos encontraros —nos explica.

—¿Una pérdida? ¿No se supone que nos vais a tener vigilados en todo momento? —replica Zahra un tanto acojonada, pero no por el miedo a perderse, sino por el miedo a que Lola la mate tras alguna palmera y el asesinato quede impune.

—Así es. Tenemos cada ruta monitorizada, pero toda precaución es poca tratándose de una aventura libre por la selva —vuelve a explicar el primer chico.

—No habrá tigres, ¿verdad? —pregunta ella.

—Algún que otro oso polar se ha visto recientemente —le suelta Álvaro.

No sé por qué, pero a mí esto cada vez me suena peor.

—¿Habéis solucionado ya el tema de los equipos? —quiere saber Lola con un tono de voz tajante.

Los organizadores se miran unos a otros, parecen nerviosos.

—Lo hemos intentado, pero el señor Moreno ha insistido en que Miss Violet debe ir con ellos dos —balbucea una de las organizadoras, apretando los dientes para aguantar el chaparrón—. Lo siento, pero no quedan más opciones.

«¡¡¡¿¿¿Quién, yo???!!!

»¿¿¿Con qué dos???

»No, no, no, de ninguna...»

—¡De ninguna manera! —exclama Lola enfurecida, leyéndome el pensamiento, mientras se levanta de su silla—. Entonces yo me retiro del juego.

—¡Oh! ¡Vaya sorpresa! Se retira del juego en cuanto se le lleva la contraria —comenta un Jorge con voz de niño haciendo burla a una niña.

Ella clava los ojos en él. No es por nada, pero ahora mismo no me gustaría estar en su pellejo.

—¡No pienso ir sujetando la vela a dos adúlteros! ¡Por encima de mi cadáver! —ruge ella.

—Lola, por favor, yo no... —trata de calmarla Zahra.

—¡Tú, nada! —la interrumpe voraz—. ¡Eres una zorra traidora que me ha clavado un puñal por la espalda, después de todo lo que he hecho por ti! ¡En cuanto volvamos ya puedes recoger tus cosas y largarte!

—¡No te consiento que la llames zorra! —se levanta Jorge también.

—¡Él me dijo que ya estabais divorciados! —grita ahora la cordobesa, señalando a Jorge.

—¡¡¿¿Cómo??!! —Lola está fuera de sí.

—¡Y querías perdértelo! —susurra Álvaro en mi oído con una medio sonrisa.

Yo me levanto y salgo de la sala para que me dé el aire, no me gustan las peleas y entre estos tres se va a liar parda. Me pregunto qué interés podrá tener el señor Moreno en que Lola sufra un ataque de ansiedad o en que yo me largue a mi casa, porque lo que está claro es que con estos dos no pienso ir ni a la vuelta de la esquina.

Una vez que me encuentro en el hall del hotel, descubro que alguien me sigue de cerca. Se trata de Dante.

Caminamos juntos hasta la calle sin mediar palabra, atravesando el vestíbulo por debajo del altísimo tejado escalonado de paja (*alang-alang*), que me deja impresionada porque posee en su interior un extraordinario artesonado de al menos quinientos metros cuadrados.

Llegamos al exterior y me apoyo con los codos sobre una cerca de bambú para contemplar la selva, pero él permanece a mi espalda. Lo miro de reojo para descubrir que me está mirando el culo, sin disimulo.

—Mi amiga asegura que eres todo un caballero, pero yo no lo creo —espeto.

Se sitúa a mi lado para apoyarse también en la valla.

—No es nada nuevo que dudes de mí, aunque me gustaría saber por qué me has colgado el cartel de hijo de puta sin conocerme de nada.

—Vaya, ¿ahora me hablas? —Se encoge de hombros y continúo—: Si te sirve de consuelo, no es nada personal, le cuelgo el mismo cartel a todo el mundo.

—Pues es algo que nunca me había pasado, suelo caer bastante bien a la gente.

—Creo que tu madre debería haberte explicado mejor la parte en la que no le gustabas a todo el mundo.

—La tuya te lo explicó demasiado bien, por lo visto —alega.

—Si piensas mal de todos, nadie te decepcionará.

—Ya te dije lo que pensaba sobre las murallas.

—Yo prefiero que mi reino esté bien fortificado, tú preocúpate por el tuyo —le contesto.

Sus ojos verdes se pasean por mi rostro, como si me estuviese estudiando; hasta tengo la sensación de que puede leer mi mente, es muy extraño.

—Hay algo que no cuadra en todo esto —elucubra para sí en voz alta, mirando de nuevo al frente, como si pretendiese disipar el tiempo que permanecemos mirándonos.

—¿Tú también piensas lo mismo?

—Se supone que debemos luchar uno contra el otro… —Se detiene en seco y me mira estremecido.

Clavo mis ojos desafiantes en los suyos.

«¡¡¡Pillado!!!»

—¿Y luego te atreves a negar que eres Eygon? —le reprocho, empujándolo para alejarlo de mí, aunque él ni se inmuta—. ¡Dime la verdad, necesito saberla!

Se gira un poco para tenerme de frente y poder así mirarme a los ojos.

—Ya te lo he dicho, no soy Eygon Black —afirma de manera rotunda.

Una parte de mí ansía creerlo, no sé por qué, pero cuando estoy a su lado todo me parece mejor, incluso mi mundo oscuro se tiñe de colores y creo que podría confiar en él ciegamente sin ni siquiera dudarlo, cosa que no he hecho nunca con nadie, ni siquiera con Carlitos; bueno, con Marta sí que lo hice, y así terminó todo.

Sus ojos me transmiten hogar, me infunden cobijo y no entiendo el motivo por el que me sucede esto, ya que no lo conozco de nada. Esa parte de mí quiere aferrarse a la opción fácil, pero la otra, la más fuerte, se niega a ser una ilusa engañada y las pruebas contra él resultan demasiado obvias.

—No te creo —concluyo.

—Ya lo sé, y me mata que sea así. No he hecho nada para que dudes continuamente de mí.

—Tampoco para que no lo haga —asevero.

—En eso estás equivocada, te demuestro una vez tras otra que no soy como me pintas, pero tú te niegas a verlo. Todavía estoy esperando a que te disculpes por la bofetada que me has dado antes, pues doy por supuesto que tu amiga te habrá contado ya la verdad.

—¡Ah, sí, eso! —Me rasco la cabeza nerviosa.

—Sí, eso. Ni siquiera mi madre me había pegado antes. —Me mira con rabia.

Tiene el don de hacerme sentir tan culpable que hasta me entran ganas de consolarlo en medio de la tormenta, aunque esté enojada, y eso no suele pasarme porque yo, cuando me enfado, me enfado para dos o tres horas y con todo el universo, ¿para qué vamos a andar con medias tintas?

—¿Y bien? —insiste.

—Lo siento —digo muy, pero que muy bajito, sintiéndome como una niñita a la que están regañando.

—Perdona, no te he oído bien, ¿decías algo?

—Me has oído perfectamente, no pienso repetirlo.

Entonces, suelta una carcajada que me deja patidifusa. Qué bonito es el mundo cuando él se ríe.

—Tendremos que trabajar con eso. De momento, me conformo, *Raven Queen.*

—¡¿Raven Queen?! —pregunto intrigada.

—¿Acaso no ves «Ever After High»?

—¡¿«Ever After High»?!, ¡¿en serio?! —alucino.

¿Qué clase de hombre adulto vería esos dibujos?

—Raven es la hija de la Reina Malvada y tiene el pelo violeta como tú, aunque yo creo que te va más ser la madre que la hija.

Como mi cara debe de ser un cuadro, se apresura a añadir:

—Mi hija es su fan número uno —me explica.

«¡¡¿¿Tiene una hija??!! ¡¡¡Y esa hija tendrá una madre!!! Hay que ver, cada día soy más inteligente», conjeturo, sintiendo un agujero negro en mi estómago que absorbe toda mi felicidad de golpe.

—¿Tienes una hija? —me sale del alma, y no porque me importe que sea padre, sino porque, de pronto, siento una

necesidad imperiosa de saber si está casado.

Él me mira fijamente con esos ojos que me penetran hasta lo más profundo de mi alma. Alguien que te mira de esa manera no puede tener pareja porque sus ojos me prometen cosas que alguien casado no debe prometer. Cuando lo miro, siento cómo se estremece cada parte de mi cuerpo. Me pregunto cómo serán los besos de unos labios tan gruesos, cómo serán las caricias de unas manos tan firmes y cómo será la...

—¿Ya estáis tratando de quedaros a solas de nuevo? Al final me voy a tener que poner celoso. —La voz de Álvaro a nuestra espalda hace que ambos nos volvamos para mirarlo.

—Podrías ponerte celoso si fuese algo tuyo, pero no creo que sea el caso —comenta un Dante malhumorado.

—Claro que es algo mío, si no, que te lo diga ella —protesta Álvaro en plan gallito.

Yo niego con la cabeza.

—Deje las drogas, señor Reyes —le aconsejo.

—Cuando caigas rendida a mis pies, no pienso hacerte ni caso, ya te lo voy advirtiendo para que no sufras en vano después —me amenaza muy serio.

Paso de él.

Se acerca para darme una llave y un mapa.

—¿Qué es esto? ¡Por Dios, ni que estuviésemos en la prehistoria! ¿Quién diablos usa mapas físicos hoy en día teniendo Google Maps? —me quejo.

—Pues la Miss Violet tecnológica se tendrá que conformar con esto —rezonga él.

—¿Y qué hago con esto? —le pregunto al ver que le lanza otra llave a Dante mientras se dirige muy decidido hacia el cobertizo que se encuentra a nuestra derecha.

Ambos le seguimos.

—La organización nos ha cedido un transporte supermono para movernos por la selva, pues, aunque en esta época del año no haya lluvias monzónicas, los caminos están embarrados y, además, así tardaremos menos en llegar a los sitios señalados en el mapa —

nos explica.

Me temo lo peor. Conociendo cómo se las gasta el señor Luis Moreno, me veo montada en una bici rosa con una cesta de flores en el manillar en plan E. T.

Abre el portón de metal que cierra el cobertizo y descubro seis preciosos *quads* de Yamaha, tres negros y tres rojos.

Reprimo mis ganas de saltar de alegría como una niña a la que acaban de regalar la muñeca de moda, pues siempre he querido montar en *quad* y nunca he tenido la oportunidad de hacerlo.

Álvaro monta en el primero que pilla, que es uno rojo.

Dante sube en uno negro y lo arranca con su llave.

Los dos se miran retándose, pues resulta obvio que hay un color para cada equipo y que no han coincidido. Después, me miran a mí como si fuese la jueza suprema, aunque yo me siento como una madre a punto de darles un sopapo a cada uno. ¿Y pretenden que pasemos así una semana entera? ¡Lo llevan claro!

—En serio, no pienso competir con vosotros en esta absurda yincana de locos —aseguro, levantando las manos en señal de rendición.

Dante apaga el motor y se levanta para acercarse hasta mí. Su proximidad vuelve a erizarme el vello. Esa fragancia a hombre salvaje consigue despertar a la pantera que está aletargada en mi interior aguardando a su presa, esa que nunca he sido consciente de que albergaba hasta que lo he tenido tan cerca que he deseado devorarlo.

—No vas a rendirte sin ni siquiera haberlo intentado, Ágata. No te lo perdonarías nunca..., ni yo tampoco.

¿Por qué me entristece tanto que este señor no me perdone algo?

Contengo mis ganas de darle otro bofetón por hablarme así, o, mejor dicho, por estar casado y por ponerme tan caliente que hasta siento cómo se endurecen mis pezones con su aliento, y me contengo porque él es de esas personas que no seducen a propósito, sino porque es su naturaleza, porque su aura atrae, porque todo en él es magia y encantamiento febril.

—No me estoy rindiendo, simplemente no voy a comenzar nada —le contradigo.

—Si abandonas, para mí será una rendición igual.

—¿Por qué? No tienes nada que ver conmigo, no me conoces —le reprocho.

—En eso te equivocas, Satán, somos un equipo —nos interrumpe Álvaro, sentado de manera chulesca en su *quad*—, aunque tres sean multitud —añade echando un mal de ojo a Dante.

La idea de que los equipos fuesen de mujeres contra hombres ya me hacía poca gracia, pero la de perderme en una selva indonesia con dos psicópatas enfrentados por echarme un polvo no es que me atraiga poco, es que me resulta cuando menos absurda, vamos, que mis cinco sentidos me gritan: «¡Cuerpo a tierra!».

—No pienso participar con vosotros; no os conozco de nada, y lo poco que he tenido el placer de comprobar es que estáis fatal de lo vuestro. No necesito ganar esto, ni siquiera debería haber venido, lo siento, pero me largo.

Entonces Álvaro, de un gran salto, se apresura a interponerse en mi camino. Levanto la vista lentamente para mirarlo a los ojos con altanería y de esta manera amenazarlo de muerte si no se retira de inmediato, pero sus dos aguamarinas me devuelven una mirada muy diferente de la mía; se trata de una súplica más que de una imposición.

—¡Eh! Preciosa, vamos a negociarlo, ¿quieres? —me propone con una voz seductora.

—¿Negociar? No tenéis nada que ofrecerme, ¡ninguno! —exclamo.

—Yo creo que sí —sonríe.

Me cruzo de brazos a la espera de que me proponga lo que, por lo visto, tanto me interesa, pues ni yo misma lo sé.

—Sorpréndeme —le reto incrédula.

—Uno de nosotros dos es Eygon Black. Si ganamos la yincana, te diremos quién.

Mi corazón da un vuelco y el pulso se me acelera de manera desorbitada.

—Tendrías que contar conmigo para hacer semejante trato, ¿no crees? —ruge un Dante preso de la ira a mi espalda.

—¿Prefieres que se largue? —le responde Álvaro con más rabia aún.

Los miro a ambos, que se retan con la mirada. Algo pasa aquí y no sé lo que es, pero pienso descubrirlo ¡como que me llamo Ágata!

—Trato hecho —sentencio—. Ganemos esta puta yincana.

# Capítulo 16

En lo concerniente a las grandes sumas, lo más recomendable es no confiar en nadie.

AGATHA CHRISTIE

No sé qué diablos habrá pasado ahí dentro durante nuestra ausencia, sólo sé que Lola, Zahra y Jorge han entrado a toda prisa en el cobertizo donde nos encontrábamos nosotros y, sin mediar palabra, se han subido a los tres *quads* rojos, se han colocado los cascos del mismo color rápidamente y han acelerado para desaparecer ante nuestros incrédulos ojos.

—¡Eh! —exclama indignado Álvaro mientras ellos pasan de nosotros como si fuesen drones en vez de humanos—. ¡Los rojos eran nuestros!

—¿No has comprobado antes que nuestras llaves arrancan los *quads* negros, troglodita? —le provoca Dante, arrancando de nuevo el vehículo en el que se había sentado hace un momento.

Se coloca el casco negro que tiene colgado de su manillar y acelera, pasando por delante de nosotros a toda velocidad mientras suelta un fuerte aullido.

Álvaro y yo nos miramos al ver cómo se aleja.

—¿Sabes adónde cojones tenemos que ir? —pregunta agitado.

—¡¡¿¿Yo??!!

—¡Pues sigamos a las matrimoniadas! —propone.

—¿Y si no tenemos que ir a los mismos sitios que ellos?

—¡Chicos, os estaba buscando y no os encontraba! —Aparece una de las organizadoras corriendo mientras nos entrega una carpeta llena de cosas—. Aquí tenéis las pistas necesarias para realizar las pruebas de hoy. Sólo tenéis que introducir en el GPS del *quad* el destino al que queráis ir y os guiará. El equipo rojo irá al norte y vosotros al sur.

Álvaro coge dicha carpeta mientras ella le dedica un batir de pestañas demasiado sugerente al que él no presta la menor atención, pues se apresura a guardar todo lo que nos ha dado la joven en un pequeño compartimento que tiene mi *quad* bajo el manillar. Después, se coloca el casco sin ni siquiera mirar a la pobre muchacha, que no sabe cómo llamar su atención.

Arranca, acelera y sale del cobertizo a toda velocidad.

—¡Vamos, Satán, tenemos que ganar! —grita emocionado al pasar por delante de mí.

La chica y yo nos miramos un breve instante.

—¡Suerte! —me dice, dándome el casco.

—Gracias, aunque no creo que consigamos llegar a ningún sitio —sonrío al abrocharlo.

—Me refería a los dos guaperas con los que vas: ya me gustaría a mí estar en tu lugar, bonita, los tienes a tus pies —sonríe maliciosa mientras se marcha.

Me quedo sin palabras. Una cosa es que sientan cierta atracción por mí, pues, de hecho, es mutuo, y otra muy distinta es tenerlos a mis pies. Eso son palabras mayores.

Reprimo las ganas de preguntarle qué le hace pensar tal cosa, pero no hay tiempo. Arranco. El motor ruge furioso. Siento la adrenalina correr por mis venas al tocar el acelerador. Giro el manillar derecho hacia mí y el *quad* sale disparado hacia delante a toda prisa, tanto es así que debo esforzarme por no caerme hacia

atrás por el violento impulso. Suelto un sonoro aullido por la emoción del momento y una risa tonta se apodera de mí en cuanto la brisa me acaricia el rostro.

El acelerador es muy sensible, no tiene nada que ver con el de la moto de Carlitos, con el que debes ejercer una fuerza descomunal para lograr moverlo; por eso experimento un poco para calibrarlo. El traqueteo que producen en el vehículo las piedras del camino masajea mi trasero de forma violenta. Desde luego, esto debe de ser perfecto como tratamiento anticelulítico.

Enseguida vislumbro a Álvaro, que está esperándome a un lado del camino. Acelero para adelantarlo, pero él acelera antes para no permitirlo.

—¡Serás capullo! —exclamo.

Sin darme cuenta, me hallo inmersa en una enloquecida carrera en plena jungla.

Cada vez que estoy a punto de alcanzarlo, sale disparado hacia delante o nos topamos con una curva en la que me veo obligada a aminorar la marcha y, por ello, él toma ventaja. El caso es que no hay manera de pasarlo, pero pienso ganarle, aunque me cueste la yincana, ¡éste no sabe quién soy yo!

De repente, cuando voy a toda velocidad, levanto la vista y advierto que él ha frenado en seco y que se encuentra justo delante de mí, pero ya es demasiado tarde, no me da tiempo a parar. Sólo tengo dos opciones y en dos segundos debo elegir una de ellas.

Opción A: pasar de largo y que sea lo que Dios quiera.

Opción B: frenar en seco y chocar contra él.

Pienso que si ha frenado tan de golpe es porque habrá algo ahí delante que le haya obligado a hacerlo, algo tipo Godzilla como mínimo, y no quiero ser yo la que lo descubra. Elijo la opción B y freno con todas mis fuerzas, pero el vehículo no se detiene y termino empotrándome contra él.

Todo sucede demasiado rápido.

El fuerte impacto hace que Álvaro y su *quad* desaparezcan de mi vista, al igual que el camino de tierra por el que íbamos. Han salido volando hasta caer en un pantano que cubre por completo al

vehículo y al conductor, aunque este segundo no tarda en asomar la cabeza.

Por un momento me he quedado paralizada por el miedo, no he sabido reaccionar, sólo he sentido un pánico horrible que se apoderaba de mi cuerpo al pensar que le podría haber ocurrido algo.

—¡Ayúdame a salir, harpía del demonio! —se queja, arrastrándose a duras penas hacia la orilla y consiguiendo que mi ser por fin reaccione.

«¡Menos mal, no ha sufrido ningún trauma craneal! —suspiro aliviada mientras me apresuro a socorrerle—. Aunque más tonto de lo que está no se iba a quedar.»

Tiro de su brazo desde el borde para tratar de sacarlo sin mojarme demasiado, pero el muy cabrón tira aún con más fuerza en dirección contraria, consiguiendo que termine yo también metida en el agua.

Salgo gritando como una auténtica desquiciada.

El agua sólo me llega hasta las rodillas en esta parte en la que nos hallamos, lo que pasa es que el capullo de Reyes me ha hecho creer que le cubría entero para que le auxiliara. Es tal el asco que me da sentir el agua sucia cubriendo todas las partes de mi cuerpo que salto como una posesa tratando de sacudirme esta mierda de encima.

Me quito el casco a toda prisa y sacudo las manos con fuerza para poder limpiar mis ojos y lograr ver algo. Enseguida descubro al gran gusano rastrero partiéndose de la risa a mi espalda. Sus carcajadas resuenan por toda la selva, por lo que un fuego abrasador se apodera de mis entrañas para impulsarme hacia él con toda mi energía.

El fuerte impacto y el hecho de que él estuviera distraído consiguen que ambos caigamos de nuevo al agua.

—¡Eres un maldito hijo de puta! —grito cuando salgo de nuevo a la superficie, quedando de rodillas y tratando por todos los medios de secar mis ojos.

—¡¿Yo?! ¡Tú eres la que se ha empotrado contra mi *quad* para que me cayese aquí! —se defiende.

Lanza con fuerza su casco sobre la hierba de la orilla.

—¡¡Yo no sabía qué diablos sucedía!! ¡¡Frenaste de golpe, no tuve otra opción!!

—¡Claro que la tenías! ¡Conducir bien!

—¡Y además has aprovechado que te estaba ayudando para vengarte! ¡Eres un ser despreciable! ¡El peor hombre con el que me he cruzado jamás! ¡Eso es no tener principios! —rujo fuera de mí.

—Nunca creí que fuese posible verte fea, pero ¡me equivoqué! —Vuelve a reírse con todas sus fuerzas.

—¡Te odiooooo! —grito colérica mientras me abalanzo sobre él de nuevo para asestarle puñetazos en el abdomen que le hacen más cosquillas que otra cosa.

Él permanece sentado, agarrando con fuerza mis muñecas para echarlas hacia atrás y sujetar ambas a mi espalda con una sola de sus manos, mientras con la otra me atrae hacia sí para sentarme a horcajadas sobre su cadera y que de esta forma sienta en mi sexo lo duro que está. Su mirada azul es tan intensa que me estremece.

—Me pones tan cachondo cuando me odias, Satán.

—¡Entonces estarás cachondo a todas horas!

—Así es. —Sonríe con malicia—. Empiezan a ser demasiadas las veces al cabo del día que pienso en besarte.

—Pues no lo pienses tanto —le provoco envalentonada por la situación.

Sin preguntar ni pedir permiso, planta sus hambrientos labios sobre los míos y el sabor a menta fresca después del gusto del lodo se agradece. Al principio forcejeo para apartarme de él, pero como viene siendo habitual, sus expertos labios consiguen retenerme. Me gusta cómo me besa. Sabe besar demasiado bien. Peleamos y forcejeamos, él por besarme y yo por soltarme, cosa que al final sucede, y deja que me aleje.

Abro los ojos y lo descubro mirándome como si fuese la última mujer en el mundo.

Entonces, posa sus labios sobre los míos mucho más delicadamente y todo a nuestro alrededor se detiene. Sus labios son carnosos, suaves y cálidos. Su lengua se mueve de manera

magistral dentro de mi boca, sin prisas, pero sin languidez; mantiene el ritmo perfecto para llevarme al cielo. Al cabo de un rato, se aparta para contemplarme, pero lo atraigo hacia mí con fuerza, tirando de su pelo para besarnos con más intensidad. Este gesto parece encenderlo más aún.

Sus manos recorren con maestría mis pechos, resbaladizos por el líquido pringoso en el que nos encontramos rebozados, encendiéndome sin censura. Yo también quiero tocar, y meto mi mano por el pantalón corto para apresar con fuerza su gran erección, que palpita con fuerza entre mis dedos. Lo masturbo de una forma lenta y él bufa de placer contra mis labios.

Las ganas de sexo nos sobran a ambos, y es que nos atraemos de una manera salvaje e incomprensible, es tocarnos y saltar chispas. Nunca antes había estado con nadie que escuchase lo que quiere mi cuerpo como lo hace Álvaro. Parece que mi anatomía le susurra lo que necesita y él se limita a obedecer.

Introduce un par de dedos en su boca. Acto seguido, mete la mano entre mis piernas para penetrarme con esos dos dedos, sin preámbulos. Me retuerzo de placer, clavando las uñas en sus hombros.

Acaricia con la yema del pulgar mi clítoris mientras masajea mi interior con sus dos dedos. Dejo escapar un gemido y mis piernas comienzan a temblar cuando acelera el ritmo. ¡Dios!

—Hasta cubierta de mierda me vuelves loco, Satán —jadea en mi oído.

El paraje que nos rodea es inmejorable: la vegetación, frondosa y alta, es de un verde sin igual; hay miles de flores de distintas clases y tamaños por doquier, y el travieso cantar de las aves tropicales es lo único que resuena en el ambiente.

—Nunca más volverá a existir este momento, hagámoslo eterno —vuelve a jadear, esta vez contra mi boca.

Su lengua me aborda de una forma demandante, recorre mi boca casi con violencia, despertando y calentando cada parte de mi cuerpo. De pronto, me sujeta con fuerza por la cintura para levantarme con rudeza y tantear mi entrada con su erección. Me siento hambrienta de él, lo necesito dentro ya. No tengo palabras

para describir lo caliente que estoy, pero, aun así, me obligo a preguntar entre suspiros:

—¿Preservativo?

Él se detiene en seco y me mira con cara de terror.

—En el hotel, joder.

Me deja sobre sus muslos de mala gana y yo gimoteo frustrada.

Paso las manos sobre sus fuertes pectorales a modo de consuelo, pero esto parece que lo enciende aún más, porque alarga la mano y vuelve a acariciar mi clítoris, que aúlla feliz por no haberle dejado a medias. Yo hago lo mismo y acaricio su pesado miembro, mirándolo a los ojos. Él me devuelve una mirada envuelta en llamas.

—Despiertas algo en mí a lo que no sé dar nombre —susurra con una voz ronca por el deseo.

—Pues no se lo des, limítate a disfrutarlo.

Apoyo la frente en su pecho y aumento el ritmo de mi mano mientras él aumenta el de sus dedos. Los dos estamos jadeando. Siento que el orgasmo se aproxima y el suyo no debe de tardar tampoco, a juzgar por el grosor que tengo entre las manos.

—¡Eh! ¡¿Estáis bien?! —grita una voz lejana que hace que nos detengamos en el acto.

—Joder, qué oportuno —se queja.

Yo suelto una risa nerviosa por no llorar, pues se me ha bajado la libido de golpe.

Enseguida aparece Dante con la cara descompuesta mientras nosotros salimos del agua a duras penas. Nos mira incrédulo.

—Pero ¿qué narices ha pasado? —pregunta atónito.

—Que tu querida Miss Violet me ha embestido a traición para hacerme caer al pantano —Álvaro cuenta su particular versión de los hechos.

—¡¿Qué?! ¡Cuando he ido a ayudarte, me has tirado! ¿Qué hay más rastrero que eso?

—¡Da igual de quién haya sido la culpa! —nos interrumpe—. La conclusión es que hemos perdido un *quad,* muchos minutos, y que estáis hasta el cuello de mierda apestosa —afirma poniendo

cara de asco.

Miro mi cuerpo, completamente mojado, que además comienza a picar porque el líquido se está secando, y me entran ganas de matar al artífice de tal agravio.

—¡Eres la fuente de todos mis males! —protesto colérica.

—Y de todos tus placeres también —susurra en mi oído mientras pasa de largo hacia el camino.

—¡Ja! ¡Qué más quisieras!

«Esto no va a quedar así —pienso para mí—, la venganza será terrible».

Lo que más me fastidia es el hecho de que haga con mi cuerpo lo que le venga en gana, pues en cuanto me toca, me pierdo. Estoy segura de que Carlitos me diría que lo que tengo son demasiados años de sequía sexual. Pero no creo que sea sólo eso, porque percibo que conectamos de una manera extraña, aunque me cueste admitirlo.

Lo que no comprendo es por qué me siento tan avergonzada en cuanto volvemos a recobrar el aliento. Soy adulta, por el amor de Dios, si quiero tocar toco y si quiero que me toquen, me tocan; no hay lugar para la vergüenza. O eso intento obligarme a pensar mientras los sigo a ambos ladera arriba, donde se encuentra el sendero por el que veníamos antes de caer al lago.

Así como la cercanía de Álvaro me desestabiliza, pues carece de tacto y es como un huracán, la presencia de Dante me tranquiliza de una manera muy extraña, pues él es más maduro y me transmite seguridad, me siento a salvo cuando estoy a su lado. El problema es que no sé si quiero sentirme a salvo o en plena tempestad.

Llegamos al camino donde se encuentra mi *quad* y observo que tiene un buen golpe en la parte delantera.

—Tenemos dos *quads* y dos cascos para tres personas, ¿alguna sugerencia? —Dante nos mira a ambos con recelo.

—Yo voy en mi *quad* —me adelanto para montarme en él.

—¡Ni de coña! —protesta Álvaro—. Yo no pienso ir con ese tío.

—Pesamos demasiado para ir juntos —alega Dante.

—¡No te lo crees ni tú! —protesto.

Nos miramos los tres.

—¡Ah, no! Sólo porque sea mujer no pienso ir de paquete, ¡de ninguna manera! —respingo.

—Pues no haberte empotrado conmigo.

—¡Pues...!

—Chis, chis, chis —nos interrumpe Dante—, no vamos a volver a lo mismo de antes otra vez, que no tenemos diez años y estamos perdiendo un tiempo demasiado valioso. Ágata, lo creas o no, estos *quads* no aguantan el peso de dos tíos de nuestro tamaño y no podemos arriesgarnos a comprobarlo para quedarnos sin otro, porque entonces habremos perdido la prueba de hoy. Así que lo único que debes decidir es con quién vas. No nos queda otra solución por el momento. Cuando volvamos al hotel pediremos vehículos nuevos, pero, hasta entonces, el reloj corre.

—¡Os odio! —refunfuño.

Entonces, sin dudarlo un solo instante, doy un brinco y me monto en su *quad*, soportando la mirada de terrible decepción que Álvaro me lanza. Dante le sonríe orgulloso.

—Suerte, amigo, espero que no te asesine mientras conduces —le aconseja Álvaro a la vez que monta en mi antiguo *quad* para arrancarlo.

—Gracias por entrar en razón, Ágata —indica Dante con una voz aterciopelada—. Échate un poco hacia atrás, por favor, que no tengo hueco para montar.

No obstante, me muevo más adelante para dejarle el hueco suficiente y que se siente atrás. Me clava su mirada oscura. Por fin lo entiende.

—He accedido a ir contigo en el mismo vehículo, pero no a que me lleves como a una damisela desvalida en tu corcel blanco —protesto poniendo la mano delante de sus narices para que me entregue las llaves.

—No pienso permitir que conduzcas, sois vosotros los que habéis montado todo este numerito y al final no voy a ser yo quien pague los platos rotos. Si no quieres que te lleve, vete con tu

amiguito, que estoy seguro de que se muere de ganas.

En cierto modo tiene razón, pero es que yo tampoco tengo la culpa de lo ocurrido y no voy a ser quien se fastidie. Me niego.

—Podemos estar así todo el día. —Me cruzo de brazos.

—O podemos ser razonables y hacer las malditas pruebas de una puta vez.

—¡Oh! —Sonrío con orgullo, malévola—. ¿Ahora resulta que míster Remanso de Paz es capaz de alborotarse?

—No suelo alterarme nunca, disculpa. —Mira hacia un lado, tratando de ocultarme algo.

—¿Qué ocurre? —pregunto intrigada.

—Nada.

—¿Cómo que «nada»? Eso no es un «nada» convincente. ¿Qué ocurre? —insisto.

Me mira fijamente a los ojos y consigue sonrojarme. Dios mío, debo de parecer un mojón seco al sol, con toda esta capa pringosa por mi cuerpo, y él, sin embargo, me mira como si llevase puesto el vestido de gala más bello del mundo.

—Vi cómo os besabais —confiesa.

De pronto, me siento tan culpable como si estuviese engañando a mi novio y me acabase de pillar. No entiendo el motivo, pero sólo querría retroceder en el tiempo para que no nos hubiese visto.

—Dante, no fue nad...

—¿Le quieres? —me interrumpe abatido.

—¡¡¡¿¿¿Quéeee???!!! ¡¡¡NOOOO!!! —exclamo.

—¿Entonces?

—No sé qué me pasa cuando lo tengo cerca; hay veces que me atrae como si fuese algo hipnótico, no puedo evitarlo, pero otras lo mataría. No siento nada por él, sólo una fuerte atracción física.

—Está bien. Sólo quería saber si era simple atracción física o había algo más —me explica mientras monta detrás de mí y me da sus llaves.

No doy crédito a que acabe de hablar sobre mis sentimientos con un completo desconocido, pero tenía la necesidad de explicarle que no quiero nada con ese energúmeno, por eso ahora me siento

aliviada y muy feliz. Pero feliz de verdad, feliz en plan *happy flower* flotando entre nubes de algodón, como una niña pequeña dopada de azúcar, como un unicornio en un arcoíris enorme, feliz a un nivel *pro*.

—Ten, ponte mi casco, no quiero que te ocurra nada. Yo tengo la cabeza más dura. —Acerca el casco hacia mí.

—¡Ah, no! A cabeza dura a mí no me gana nadie, te lo aseguro —afirmo alejándolo de mí con una mano.

Él hace un gesto de negación y se lo coloca sin protestar. Así me gusta, que me obedezca. No hay necesidad de estar todo el santo día discutiendo, obedeces y punto.

Arranco. Dante se sujeta a mi cintura con sus dos grandes manos de una forma muy segura, sin titubeos, y este simple gesto me pone muy caliente, seguro que es debido al tórrido manoseo que nos hemos dado en el agua Álvaro y yo.

Trato de concentrarme en seguir el rastro de las ruedas de su *quad*, pues los caminos son muy estrechos y a cada rato hay desvíos a izquierda y derecha. Se supone que si él va primero, irá mirando el mapa. Se supone.

—Dante —le digo por encima del ruido del motor.

—Dime.

—¿Por qué querías saber si lo mío con Álvaro era algo serio? —No aguantaba más la intriga y aprovecho que en esta posición no tengo que mirarlo a los ojos para no morir de vergüenza al preguntarle.

—¿No te resulta obvio?

—No.

—¿Tú por qué crees que quería saberlo?

Me encojo de hombros haciéndome la sueca, quiero que me lo diga él.

—Me gustas, Ágata —confiesa.

Trato por todos los medios de que no se note que me ha afectado su confesión, pero acelero sin darme cuenta porque me he sumido de repente en un mundo repleto de estrellitas de colores estridentes y casi nos estampamos contra una palmera. Menos mal que él alarga el brazo en el último momento para plantar su mano

encima de la mía y frenar en seco.

«¡Jesús, María y José!»

Los nervios por visualizar lo que podría habernos sucedido me entran ahora que estamos a salvo, y encima yo sin casco. Apago el motor durante un instante para intentar recobrar el aliento.

—¡Uf! ¡Por los pelos! —balbuceo, dejando caer mi espalda laxa sobre su pecho para enseguida degustar el inconfundible olor que emana de él.

En un principio, no mueve ni un ápice de su cuerpo, pero no tarda en rodear mi vientre con las manos. Yo me tenso al sentir su tacto, aunque tampoco me muevo, continúo tumbada de espaldas sobre su pecho.

Poco a poco asciende para acariciar levemente uno de mis pechos, como si quisiera pedirme permiso. Me entran ganas de coger su tímida mano y plantarla de golpe sobre mi pecho, pero quiero que se tome su tiempo y descubrir cómo se desenvuelve en el terreno amoroso, o más bien en el sexual.

Como ve que no opongo resistencia, es más, que me acomodo para facilitarle la tarea, baja la otra mano hacia mis braguitas. Mis ojos siguen su camino, y entonces:

—¡No, por Dios! —exclamo sujetando su mano e incorporándome de golpe para apearme del *quad*.

La visión de sus dedos limpitos entrando en contacto con el agua maloliente de mi cuerpo se apodera de mí y casi me entran arcadas.

—¡Lo siento, lo siento! Yo... —trata de excusarse.

—¡Dame el mapa! —lo interrumpo.

Me lo pasa, dubitativo. Lo ojeo un poco por encima, miro el sol y el camino. No tengo muy buena orientación, pero si esto no me engaña...

—¡Baja, venga, ven! —le ordeno tirando de su mano.

—¿Te has vuelto loca?

—¿Confías en mí? —le pregunto.

—¡No!

—Da igual. Deja ahí ese maldito casco.

Tiro más de su mano hasta que se baja, se quita el casco a toda prisa y me sigue. Nos damos una caminata de diez minutos mientras atravesamos un páramo lleno de flores del impresionante bosque tropical que nos rodea.

¡Pero por fin lo encuentro!

Justo detrás de dos grandes ficus, llegamos a un estrecho cañón que traspasamos para terminar en el desfiladero donde concluye la inmensa cascada que estaba buscando. Los rayos del sol se filtran entre la vegetación y las rocas de manera única dentro de la extraordinaria cueva donde nos hallamos. Da la impresión de que la cascada esté iluminada por la luz divina, es algo mágico, y lo mejor de todo: ¡no hay nadie!

—«Tukad Cepung Waterfall» —lee Dante en un cartelito.

Yo no lo dudo ni un instante y me lanzo debajo de la gran cortina de agua para limpiar mi cuerpo. Sentir cómo esa máscara sucia va desapareciendo para dejar paso a la suavidad de mi piel es algo sensacional.

Acaricio mi pelo y el resto de mi cuerpo para logar quitarme los últimos vestigios de suciedad, pero de inmediato noto que otras manos me acarician también, esta vez con algo más de determinación que antes. Me sujeta por la cadera para atraerme hacia sí y envuelve mi culo con las manos.

Posa sus labios sobre los míos y me besa con fervor. Sus besos son tan devastadores que me veo obligada a separarme de él un instante. Lo miro a través del agua que cae de manera delicada sobre nuestras cabezas mientras él me devora con los ojos inyectados en lujuria. Ambos estamos sin aliento.

No aguanto más y lo atraigo hacia mí para volver a besarle. Nuestras lenguas se acarician con ansia, saboreándose. Me coge el bajo de la camiseta para sacarla con fuerza por encima de mi cabeza, seguida del sujetador.

—¡Vaya tetas, mujer! —musita devorándome con los ojos.

Después, con un solo brazo rodea mi cintura para elevarme y yo enrosco las piernas alrededor de su cintura. No podemos parar de besarnos, me besa los labios, el cuello, los pechos..., es como una droga.

Me agarro a su brazo, clavando mis uñas cuando muerde uno de mis pezones con más fuerza. Sonríe perverso mordiendo su labio inferior y *continúa* con el castigo, consiguiendo erizarme el vello.

Yo no me quedo quieta, pues tiene un cuerpo tan duro y definido que no soy capaz de reprimir las ganas de acariciarlo por todas partes. Resulta delicioso. Cuando meto mi mano por el elástico del pantalón, se pone rígido, pero no le presto atención y sigo mi camino hasta su más que poderosa bomba atómica.

«¡Santa Madre del Amor Hermoso, esto no puede ser real!»

—¿Estás segura? —me pregunta—. Podrían vernos —trata de vocalizar entre nuestros besos pasionales.

—¡Que nos vean!

Juro que es la lujuria la que habla por mí. De tanto calentar el pastel al final se va a estropear y no se lo va a comer nadie.

Entonces, sin dudarlo, saca un paquetito azul de una especie de cajita que lleva colgada al cuello, junto con el localizador que nos dieron en el hotel los chicos. Lo rasga con la boca y se coloca el condón con una sola mano, sin soltar mi cintura para que no me baje.

—¿En serio? —pregunto flipando—. ¿Llevas un colgante con preservativos?

Ese tipo de cosas me dan una pista para hacerme una ligera idea sobre la cantidad de mujeres que debe de haberse pasado por la piedra el amigo.

—Hay que ser precavido. —Se encoge de hombros—. ¿Preparada?

¡Qué maldita manía de preguntar!

«¿Acaso el hecho de tenerme cogida entre tus brazos, gimiendo, con las piernas rodeando tu cintura y la punta de tu verga rozando mi sexo no te da una pista de si estoy preparada?», pienso.

Lo atraigo hacia mí y lo beso como si no hubiese un mañana, a ver si esto le sirve de respuesta. Estoy tan húmeda que creo que voy a diluirme entre mis fluidos, voy a explotar de ganas.

Pero por fin siento su gran envergadura hacerse hueco entre

mis pliegues y suelto un suspiro de placer por imaginar lo que viene ahora. «¡Oh, Dios!»

—¡Eh! ¡¿Qué cojones estáis haciendo?! —La estruendosa voz de Álvaro hace eco entre las rocas que nos rodean, consiguiendo el efecto de un atronador altavoz y dándome un susto de muerte que provoca que salte de los brazos de Dante hasta el suelo para taparme los pechos con ambas manos, pues no encuentro mi camiseta.

—¿Y a ti qué coño te importa? —replico.

Cuando nuestras miradas se encuentran siento la violencia de dos dragones en plena lucha. Con sus ojos iracundos me reprocha hasta haberme conocido, sin necesidad de palabras, y yo siento que un pedacito de mí se resquebraja por dentro, aunque esto nadie lo sabrá jamás.

Creo que nunca he visto a un hombre más enfadado, da hasta miedo. Serán imaginaciones mías, pero sus ojos reflejan el rojo del fuego que siente en su interior, y viene hacia nosotros como alma que lleva el diablo.

—¡Tú! —ruge apuntando a Dante—. ¡Aléjate de ella, pedazo de mierda!

—¿No crees que tu reacción es algo exagerada? —lo *increpo* enojada, pero pasa de mí, por eso insisto—: ¡Tú y yo no somos nada! ¡Puedo hacer lo que me dé la gana!

—¡Tú sí, pero él no! —brama sin detenerse.

Cuando llega hasta nuestra altura, se abalanza sin titubear sobre Dante, al que asesta un fuerte puñetazo en toda la mandíbula. Yo dejo escapar un grito y corro para tratar de separarlos, pero Dante reacciona y le devuelve el derechazo, así que me detengo, no vaya a ser que me toque a mí algo.

Los dos caen al agua envueltos en puños y patadas.

—¡Parad, idiotas! —les ordeno exasperada.

Nada. Ni caso. Ellos siguen a lo suyo, que si puño va, que si puño viene.

Llama mi atención mi camiseta flotando en el agua. Corro hacia ella y me la pongo. El sujetador lo doy por perdido. También descubro en la orilla mi querido *quad*, que no sé cómo diablos

habrá conseguido meterlo hasta aquí, pero eso ahora me da igual.

Monto, me coloco el casco, acelero y me largo echando leches de la escena del crimen.

# Capítulo 17

Sólo cuando ves a las personas hacer el ridículo te das cuenta de cuánto las quieres.

AGATHA CHRISTIE

Un cartel que reza PENGLIPURAN VILLAGE me informa de que por fin estoy en la entrada de la ciudad, en Bangli, formada por cuatro casas mal puestas, no os vayáis a creer que hay un Corte Inglés. Agradezco al cielo dos cosas: una, que mi *quad* tenga GPS y, dos, que Álvaro metiese la carpeta de la yincana en el mío, precisamente, porque de esta manera he podido saber qué prueba tengo que lograr.

Pero antes de empezar a hacer nada debo conseguir comida, pues desconozco la hora que será, pero tengo un hambre de narices.

Lo primero que hago es dejar mi vehículo junto a una casita hecha de bambú y techo de paja, muy cuca. No funcionan los frenos, así que he tenido que ir reduciendo marchas hasta que al final se ha detenido por completo. No parece que nada peligroso

pueda ocurrirle en este pueblecito. Cuelgo la llave de mi cuello, en el mismo cordón del localizador.

Busco turistas para que puedan ayudarme en la misión, pues seguramente si les digo a los pequeños lugareños, en un balinés perfecto que por supuesto domino, que necesito comida gratis, me miren con cara de pepino agrio, ya que ellos viven, precisamente, del turismo.

Me adentro en el pueblo y me sorprende que no haya ni un alma. Parece el típico pueblo desértico del oeste, pero en verde y con cabañas de bambú mucho más monas.

—¡Hola! —llamo en una de las casas abiertas al público.

De la nada aparece una señora menuda y de edad bastante avanzada, casi me da un infarto porque ha emergido de la oscuridad como un espíritu, pero lo disimulo. Me mira con ojos risueños y cariñosos, casi con ternura.

—Necesito comida —le digo haciendo el gesto de comer con las manos.

Ella sonríe de una manera tan amigable que hasta me hace sentir de la familia, parece tan entrañable que me dan ganas de abrazarla. Desaparece de mi vista para volver enseguida con un cuenco humeante que consigue que mi estómago gruña ansioso.

Bajo la cabeza a modo de agradecimiento absoluto e intento coger el bol, pero es tocar la cerámica con los dedos y ponerse a gritar como una loca. Tanto es así que me veo obligada a salir corriendo, pues parece que, de pronto, la haya poseído el demonio.

—¡Joder, qué carácter! —me quejo mientras me alejo de la casa a toda prisa—. Para que luego digan que esta gente son todo dulzura y amor. Se les olvidó añadir que siempre que les pagues, claro. ¿Aquí, gratis? ¡Ni los buenos días!

Como no parece que tenga demasiado éxito en mi tentativa por comer, paso a la siguiente fase, pues cuanto antes consiga mi objetivo, antes podré volver al hotel, donde comeré lo que me venga en gana hasta reventar, y no esa sopa apestosa..., que estaría tan rica...

«¡No pienses en comer, Ágata, ¡céntrate!», me reprendo.

Y mi cerebro se centra entonces en dónde estarán mis dos

Romeos.

«¡No! ¡Eso es peor todavía que la comida!», vuelvo a regañarme.

Y, riñendo conmigo misma, llego hasta una gran construcción de piedra rodeada por manantiales naturales en un entorno de naturaleza salvaje espectacular. Estoy segura de que si no estuviese hambrienta me parecería aún más bonito. Por aquí está todo muy bien cuidado y limpio, se respira paz.

Mirando el reflejo del agua, veo que por mi derecha salen un par de señoras charlando y haciéndose fotos. Me acerco a toda prisa hacia ellas para explicarles en inglés que estoy participando en un concurso. Ellas se ponen muy contentas y buscan las cámaras del programa de televisión para saludar a sus familiares y amigos, pero les revelo que dichas cámaras están escondidas entre la maleza para no ser descubiertas. No sé si consigo que me crean o no, pero lo importante es que me dan setecientas mil rupias, que vienen a ser unos cinco euros.

—*Thank you so much!* ¡Gracias! —exclamo más feliz que cuando me gradué.

Una vez que se han marchado las dos americanas, me dispongo a adentrarme en el templo, pero no acabo de poner un pie en el suelo cuando un señor gigantesco —supongo que será la excepción que confirma la regla de que los hombres balineses son menuditos— me saca a la calle de un solo golpe.

—¡Eh! —protesto indignada—. ¡¿Qué coño te pasa, King Kong?!

—*Sarong* —ruge molesto.

—¿*Sarong*? —repito—, ¿y qué diablos es *sarong* ahora? —Me encojo de hombros.

«A lo mejor tengo que descalzarme, como en Marruecos», pienso.

El enorme hombre desaparece para volver al cabo de dos segundos con una especie de túnica colorida que me entrega. Lo miro alucinando en balinés.

—¿No lo tienes en negro? —le digo.

Él no me contesta, sólo me mira con cara de pocos amigos

mientras me prohíbe el paso al templo, plantado delante de mí con esos enormes brazos cruzados.

—¿Y qué quieres que haga con esto? —le pregunto, pero me ignora por completo—. No me pongo yo esta mierda ni de coña, que parece que el arcoíris se ha caído sobre este trapo.

Saco el papelito doblado de mi bolsillo donde claramente dice: «En el templo de Penglipuran hallarás el pergamino que te llevará a tu destino».

Pues nada, tendré que parecer un chiringuito playero en plena efervescencia de color si quiero encontrar el maldito papiro.

Trato de envolver mi pelo con el pareo para llevarlo sobre la cabeza, pero el hombre me mira como si fuera idiota, pierde la paciencia, me lo arranca de las manos y lo enrolla en mi cintura de muy mala gana.

Entonces caigo en la cuenta de que él también lleva una especie de falda atada a su cintura, lo que pasa es que la suya no es tan hortera como la mía y, además, se la ha colocado de tal forma que parece un pantalón bombacho, no un tutú cervecero como el mío.

Nos miramos y le digo «gracias» con una enorme sonrisa, él asiente y planta su gran mano delante de mi cara para que le dé algo.

—¿Y ahora qué quieres? —pregunto de mala leche—. ¿No pretenderás cobrarme por haberme envuelto el culo con esta mierda? ¡Ni los peores estilistas neoyorquinos cobrarían por semejante bazofia!

—Diez mil rupias —suelta en un español chapucero—. No por *sarong*. Sí entrada.

—¡¿Cobráis por entrar a un templo?! —me quejo—. ¡Oh, mira que hay que ser rata!

Él me mira con cara de asesino, entonces me apresuro a añadir:

—¡No, no, no! Las ratas son animales muy bonitos y amables... Toma, anda. —Le doy el dinero mientras sonrío de la manera más falsa de la que soy capaz, «y déjame pasar de una

maldita vez, maldito rácano de los infiernos», añado para mis adentros.

El gigante se aparta de la puerta a regañadientes para que pueda pasar por fin, cosa que hago medio corriendo y mirándolo de reojo.

Una vez en el interior del templo, no se oye absolutamente nada. Yo diría que ésta bien podría ser la definición del silencio y el encuentro con tu luz interior. Antes de venir, leí que Bali tiene su propia religión, el hinduismo balinés, que nada tiene que ver con el de la India, pues aquí se mezclan creencias hinduistas con creencias animistas y el culto a ciertos dioses budistas. Un batiburrillo religioso, vamos.

Leo unas cuantas veces la pista que tengo para la prueba: «Unos creen que el templo es un sitio para recordar a los antepasados, mientras que otros opinan que este increíble lugar da tranquilidad e inspiración a todo aquel que lo visita. ¿Qué opinas tú?».

—¿Que qué opino yo? —me pregunto bajito, mirando a mi alrededor pensativa—. ¿Un lugar para adorar a los antepasados o un lugar para adorarte a ti mismo?

Esta prueba está hecha justo a mi medida, cualquier cosa que estimule mis ansias de seguir pistas para encontrar cosas me hace feliz, por algo me hice detective.

Miro por el suelo, hay flores por doquier, pero flores juntas a modo de ramo, como si fuesen ofrendas y, de pronto, aparecen por una de las entradas un grupo de cinco personas, donde una de ellas va hablando al resto.

—... construido sobre un manantial de aguas sagradas que, según la tradición hinduista, tiene propiedades curativas a los que se bañan en su piscina y traen ofrendas. Normalmente, tengo sensaciones encontradas al ver que la mayoría de la gente que pasa por el ritual de las fuentes son turistas que no profesan la religión hinduista, sólo quieren sacarse una foto con el típico postureo sin sentido para subirla a Instagram; no guardan el respeto necesario a los balineses, que se sienten desplazados y tienen que esperar su turno para poder hacer el ritual.

Pasan todos de largo y vuelvo a quedarme sola, contemplando la estructura interior de madera, donde todo es dorado y demasiado recargado para mi gusto. No refleja la austeridad que predica su religión. Pero ¿por qué?

¡Ya lo tengo! ¡Me acaban de dar la respuesta! Aquí los antepasados importan muy poco, si no nada. Esto es un lugar destinado a uno mismo, a la espiritualidad y a encontrarte con tu yo interior; aunque en el presente esté todo demasiado corrompido por el turismo y el dinero que éste les da.

Miro en derredor. «¿Qué hay más espiritual que un altar?», reflexiono mirando hacia el lugar que supongo destinado para tal fin, pues aquí no hay altares como los nuestros, sino que se trata de una especie de cubículo lleno de mantas de color granate y oro, tan sólo un escalón alzado del suelo.

Corro hacia allí y enseguida descubro un pergamino enrollado en un rincón.

«Como me pille el grandullón subiendo al altar y cogiendo algo de aquí, seguro que me estrangula», pienso sin querer comprobar si me está mirando o no, mientras cojo el rulo de papel a toda prisa.

No me da tiempo siquiera a abrirlo porque, efectivamente, un rugido a mi espalda provoca que mis piernas comiencen a correr buscando una salida que no encuentro. «¡Mierda!»

Mis dotes como huidora no son para nada encomiables, por eso mismo me doy por muerta, aunque no deje de correr como una loca. En la carrera, me pregunto cómo serán las cárceles balinesas. Pero justo en el momento en el que siento un asqueroso aliento cerca de mi nuca, o lo que es lo mismo, que mi captor se aproxima a mí, un fuerte tirón de uno de mis brazos me desvía de manera brusca de mi camino, haciéndome desaparecer para entrar en una especie de grieta vertical que hay en la pared.

El hueco es tan estrecho que casi no caben los dos cuerpos que nos hallamos en él, pegados uno frente al otro. Reconozco su olor en cuanto lo tengo delante, aunque ahora sea mucho más tenue que de costumbre, debido al baño que nos hemos dado antes.

—Vuelvo a salvarte la vida una vez más, Satán —susurra la

gran sonrisa de Álvaro, adornada con esos hoyuelos traidores que intuyo en la penumbra y que me cautivan muy a mi pesar cada vez que aparecen ante mis ojos.

—Nunca pensé que me alegraría tanto de verte, capullo —contesto aliviada.

—Ni yo que serías tú quien se lanzaría a mis brazos. —Atrae mi cadera con fuerza para que note su fogosidad en mi entrepierna, ¡y vaya si la noto!

—¡No empieces, pervertido!

—Vaya, has tardado un segundo en insultarme, nuevo récord.

—¡Si es que te lo ganas a pulso, no puedes ser más tonto!

—En lugar de eso, podrías darme las gracias por haberte salvado la vida con un besito. —Saca sus morros de forma exagerada para que lo bese.

—¡Déjate de chorradas, que tenemos que huir de aquí! Ese monstruo no tardará en encontrarnos y nos matará a los dos —murmuro muy bajito.

—No creo que se le ocurra, antes lucharemos a vida o muerte por salvar a mi damisela en apuros —me provoca.

—¡Damisela en apuros, tu madre!

Suelta una carcajada y me apresuro a taparle la boca con todas mis fuerzas para que el gigante no nos oiga..., pero... ya es tarde.

Una mano aparece entre nosotros y suelto un grito de terror por el susto que me da.

—¡Corre! —me increpa Álvaro, tirando de mí para que le siga.

No corremos como si nos persiguiese el diablo, ¡es que nos persigue el diablo!

Álvaro decide meterse en la selva para despistar al grandullón y yo lo sigo sin rechistar, todavía no entiendo el motivo. El corazón se me va a salir del pecho por la carrera. Salto arbustos, atravieso charcos, esquivo troncos...

Una de las veces que miro hacia atrás para comprobar si aún nos persigue, tropiezo y caigo rodando por un terraplén. Siento mil golpes por todo mi cuerpo hasta que me detengo a los pies de una empinada colina.

Una vez tendida sobre mi espalda, respiro con dificultad, dudando si continúo con vida o he muerto; miro el brillante cielo azul, sin poder mover ni un solo músculo de mi cuerpo. Creo que sigo viva, pero me he roto todos los huesos.

De pronto, veo que otro cuerpo cae también por el mismo sitio por el que he caído yo, aunque éste va resbalando de culo y no rodando como yo, por lo que cae con los pies y no con la cabeza.

—¿Estás bien? —Se abalanza sobre mí con el terror reflejado en su rostro.

—No me muevas, por favor —balbuceo entre dientes.

Pero ya es tarde porque me ha cogido en brazos y veo las estrellas, pero no de amor, sino de dolor.

—Debemos volver cuanto antes, si nos quedamos aquí, anochecerá y estaremos perdidos —me dice.

Trata de subir conmigo en brazos colina arriba, pero está demasiado empinada y le resulta imposible.

—¿Es que crees que eres Superman? —me quejo.

—¡Joder! —protesta al comprobar que no es capaz.

—No puedo moverme, debo de haberme roto algo —le indico.

Él me mira preocupado, aunque aun así intenta hacerme reír para desviar mi inquietud.

—No creo que te hayas roto nada porque ahora mismo estarías gritando de dolor. Serán los golpes sufridos, aunque lamento decirte que deberás moverte cuanto antes, pues, si te enfrías, será peor —me aconseja, dejándome en el suelo con suma delicadeza.

—Bonita manera de decirme que peso demasiado —bromeo, y sonríe.

Mis piernas parecen responder a mi peso sin doblarse. Me quedo quieta como un conejo cuando ha visto a un depredador.

—Vamos, nena —me coge de la mano—, apóyate en mí. Eres muy fuerte, no vas a rendirte, ni yo voy a permitir que lo hagas.

Besa mi frente con sutileza y lo miro con dulzura por primera vez desde que nos conocemos. Ninguno añade nada más, pero ambos hemos captado lo íntimo de ese nimio gesto.

Caminamos de una forma muy lenta, tratando de hallar un camino de regreso, pero no lo encontramos, estamos al pie de una pequeña montaña y no hay manera de subir porque está demasiado empinada.

—Deberemos ir en la dirección contraria —propone Álvaro.

—Según el papiro, tenemos que ir a un parque de monos —le informo mostrándole el rulo arrugado que llevo en la mano.

—Iremos en esa dirección —señala hacia el único sitio posible por el que podemos transitar, una pequeña senda arenosa, pues el resto es selva virgen.

Cuando llevamos un buen rato caminando ya no me duele nada, aunque estoy convencida de que mañana será horrible. El cantar de las aves tropicales en las copas de los árboles que nos rodean no consigue hacerme olvidar que la persona que viene a mi lado puede ser la única en el mundo que sabe la verdad sobre la muerte de mi hermana.

Tengo que aprovechar este momento.

—¿Es verdad que sabes quién es Eygon, o incluso que puedes ser tú? —ataco rompiendo el silencio.

—Es cierto.

—Me prometiste que no eras él —insisto.

—Responderé a tus preguntas cuando me cuentes por qué tienes tantas ganas de saber quién es. No encajas en el perfil de sus múltiples fanáticas.

Lo miro con detenimiento y por fin caigo en la cuenta de que tiene varias heridas en el labio y un leve moratón en el ojo izquierdo que no creo que se haya hecho durante la caída por la colina.

—¿Dónde está Dante? ¿No lo habrás...?

—¡Joder! —me interrumpe—. ¿Por quién me tomas? Primero me acusas de ser Eygon Black y, después, de matar a mi propio hermano. Seré un capullo, pero no llego a esos niveles, Satán.

—¡¿Tu hermano?! —repito alucinada.

Me detengo en seco. Él hace lo mismo para mirarme a los ojos y estudiar mi reacción.

Asiente.

—Creí que no os conocíais de nada —señalo.

—Eso es lo que debemos hacer creer a todo el mundo; cuanto menos nos relacionen a uno con el otro, mejor —me cuenta.

—Pero ¿por qué?

—Gajes del oficio. —Comienza a caminar y le sigo.

—Esas cosas no pueden ocultarse.

No sé ni lo que estoy diciendo, pues yo, siendo detective, ni siquiera me había dado cuenta de ello.

—Cuando me cuentes por qué quieres saber quién es Eygon, yo te contaré el resto —insiste.

—Entonces, ambos nos quedaremos con las ganas.

—Pues que así sea.

# Capítulo 18

El mal nunca queda sin castigo, pero a veces el castigo es secreto.

AGATHA CHRISTIE

Ha anochecido. Justo como se temía Álvaro.

—Ya casi no se ve nada, ¿crees que quedará mucho para llegar? —pregunto.

—No tengo ni idea de dónde nos encontramos —anuncia—, lo único que sé es que deberíamos descansar y esperar a que nos encuentren.

—¡Pero perderemos la prueba! —alego.

—¿Tanto te importan ahora las pruebas?

—No. Ya sabes lo que me importa.

Saber de una maldita vez quién es Eygon Black.

—Ahora mismo perder la prueba es el menor de nuestros males —señala hacia la oscuridad—, haré una fogata para espantar a los animales hambrientos que quieran cenarnos.

—¿Qué animales? ¿Estás de broma?

—Cobras, pitones, tarántulas, mosquitos que contagian la malaria y el dengue, dragones de Komodo, cocodrilos, tigres...

—Bueno, las pitones no me dan demasiado miedo, ya sé que

son minúsculas —lo provoco para destensar el ambiente, pero no me hace el menor caso.

—No te muevas de aquí. Voy a buscar algunas ramas secas, aunque estoy seguro de que será inútil, todo está demasiado húmedo en esta puta selva —protesta mientras se marcha y desaparece entre la maleza.

Es la primera vez que lo veo tan serio. Normalmente siempre está de guasa, tomándome el pelo y vacilándome, por lo que yo asumo el rol de la cordura y la valentía. Pero en este preciso momento, siento que nos encontramos en peligro de verdad y que él está tan preocupado, pero preocupado en serio, que me desconcierta.

Aunque yo creo que lo que me tortura en realidad es aceptar que no soy capaz de cuidar ni siquiera de mí misma y menos aún de hacerme responsable de nadie más, como está haciendo él conmigo. Soy una egoísta y acabo de darme cuenta.

Dicen que cuando estás cerca de la muerte ves tu vida con más claridad. Yo no sé si estaré al borde de la muerte, pero acabo de recapacitar y, hasta este momento, nunca había pensado en nadie más que no fuese yo. Siento como si, de pronto, una losa enorme cayese sobre mi conciencia y, con ella, se me quitase la venda que tenía en los ojos.

Y, no sé el motivo, pero pienso en mis padres, dos personas a quienes me juré olvidar por no haber estado a mi lado cuando más los necesitaba, que me repudiaron sin preguntar el motivo para hacer lo que hice..., pero que son las personas a las que más quiero del mundo.

«Ahora lo único que me hacía falta es que el volcán entrase en erupción», me digo con sarcasmo para sacarme de este agujero negro en el que me estoy sumiendo yo misma.

Ya sé que Álvaro me ha dicho que no me mueva, pero hasta que vuelva, decido entretenerme buscando frutos para comer algo porque después no se verá absolutamente nada, porque mi estómago ruge como un león hambriento y porque, de lo contrario, me atormentaré demasiado meditando sobre lo mala persona que he sido siempre.

Intento no alejarme demasiado, dada mi imperiosa necesidad de perderme siempre. Encuentro bastantes frutas raras, de múltiples colores, pesos y tamaños, en arbustos y árboles. Voy a coger todas las que pueda con mi camiseta y ya discutiremos después si son comestibles o no.

Una vez que vuelvo con el aprovisionamiento para una semana, me siento en el suelo mirando las frutas tan raras que tengo delante de mí, pensando en qué podría basarme para determinar si son venenosas o no. Mi vida depende de ello, pues alguna, incluso, sería capaz de provocar la muerte, como las setas. Sin embargo, no encuentro ninguna razón lo suficientemente elocuente como para elegir o descartar ninguna de ellas. Así que, para matar el tiempo, busco una piedra enorme con la que partirlas.

—He conseguido esto —canturrea Álvaro, que aparece de la nada con varios troncos y palos entre los brazos.

—¿Será suficiente? —pregunto incrédula.

Me increpa con una mirada azul llena de reproches.

—¡Muy bien, Álvaro, gracias a ti no moriré congelada ni devorada esta noche! —exhala imitando una voz de mujer chillona —. ¿Tanto te cuesta ser amable con alguien que no tendría por qué cojones estar aquí? ¡Podría haberme largado y dejarte tirada en vez de bajar por esa puta colina! —despotrica furioso.

Me odio. Odio mi forma de ser, y ahora mismo me siento tan miserable que hasta me entran ganas de llorar. Pero es que me sale solo, soy así.

—Lo… siento —admito mirando al suelo—, tienes razón. Gracias.

—No quiero que me des las gracias, ¡pero tampoco que me toques los cojones!

No añade nada más, ni siquiera me mira, simplemente se pone a amontonar lo que ha traído a un lado del camino, para después frotar un palo contra otro con fuerza.

Hasta hace unos minutos me habría burlado de que pretendiese hacer fuego así, pero ahora mismo lo que hago es

admirar su fuerza de voluntad y su amor propio, mordiéndome la lengua porque he aprendido la lección: las bromas para cuando no haya peligro de muerte.

No sé el tiempo que ha transcurrido, pero a mi parecer es mucho, y de esa madera sólo sale un ligero humillo que desaparece enseguida, aunque él sigue y sigue intentándolo. Así que yo, como no puedo estar quietecita, decido partir la fruta que más fea me parece, por eso de que las bonitas y atrayentes siempre son peligrosas, «como las mujeres», añade Álvaro en mi mente.

Escojo una fruta ovalada con forma de riñón, algo irregular, que pesaba al menos ocho kilos. Su piel es reticulada de color verde oscuro con espinas blandas. Al partirla, en su interior hay una primera capa amarilla y granulosa, después la pulpa y muchas semillas gordas. La pulpa es blanca, cremosa y jugosa, desprende un olor parecido al de la piña, y mi estómago me grita que me la coma pase lo que pase. Si muero, que sea con el estómago lleno.

La muerdo con todas mis ansias. El sabor es una mezcla entre piña, mango y plátano, ¡está deliciosa! Me pringo toda la cara al devorarla.

—¡Vaya! Yo encendiendo el fuego y tú cenando sola, cada vez me gustas menos, Satán —me sobresalta su voz a mi espalda.

—¡Lo has conseguido! —exclamo al ver una tímida llama asomando entre los troncos.

Sin dudarlo ni un instante, me levanto y salto sobre sus brazos de un solo movimiento. Él me recibe, extrañado pero de muy buena gana, pues me abraza con fuerza para girar sobre sí mismo conmigo cogida, mientras los dos reímos.

—¿Acaso lo dudabas? —pregunta al mirarme.

—¿Quieres la verdad o la mentira piadosa?

—¡La mentira piadosa siempre! —sonríe.

—¡No tenía la menor duda de que lo conseguirías! —afirmo con cara de corderilla enamorada.

Él suelta una carcajada. Me deja en el suelo, negando con la cabeza, y mira toda la fruta que he traído y partido.

—Vaya, señorita, usted también ha hecho los deberes —gorjea frotándose las manos, negras de ceniza—, ya veo que ha

estudiado las frutas foráneas comestibles. A ver —toma una verde y fucsia muy bonita—, ¡fruta del dragón, qué pasada! Y también hay durián, mangostán y guanábana, ¡vaya festín vamos a darnos!

Yo asiento, fingiendo estar orgullosa de mí misma, aunque en realidad esté flipando. Nunca sabrá que el hecho de que ahora mismo esté vivita y coleando es sólo producto del azar.

Coge todas las frutas y las lleva junto a la hoguera, que ahora es algo más grande que antes. Nos sentamos uno frente al otro y comemos como si no hubiese un mañana.

Una vez que hemos saciado nuestro voraz apetito, nos quedamos en silencio, mirando la fogata, que no es muy grande, pero cumple de sobra con su cometido: calentar y alumbrar.

Apoyo la espalda sobre la gran roca que tengo detrás de mí y contemplo a Álvaro, iluminado por el color escarlata de las llamas en contraposición con la penumbra de la selva, mientras recoge las peladuras de la fruta para lanzarlas al fuego y que así no atraigan a ningún animal. Es un hombre realmente hermoso.

Cuando ha terminado, apoya su ancha espalda contra el tronco del gran árbol que tiene tras él, colocando una de sus manos en la nuca para estar más cómodo y clavando sus ojos en los míos, un gesto que consigue alterar cada célula de mi cuerpo. Sólo nos separa la pequeña hoguera, aunque el fuego ya ardía mucho tiempo antes de que lo encendiese.

—Ay, Satán, Satán, quién iba a decirte que pondrías tu vida en mis manos, ¿eh? ¡Qué irónica es a veces nuestra existencia!

—Lo es. Mucho. Pero he de confesarte, ahora que no nos oye nadie, que no me siento del todo mal estando en tus manos —susurro a modo de secreto.

Él abre mucho sus ojos y no puede evitar esbozar una sonrisa.

—Sé que intentas provocarme para que vuelva a hacerte eso que tanto te gusta, pero me he prometido a mí mismo no volver a tocarte, no quiero discutir con Dante. Por mucho que me gustes, ninguna mujer merece que dos hermanos se peleen.

Parpadeo un par de veces para intentar asimilar todo lo que acaba de soltar por su piquito de oro.

—En primer lugar, déjame aclararte que no trato de

provocarte para que me hagas nada —espeto—. En segundo lugar, siento haber pensado, por un ridículo instante, que eras un hombre que merecía la pena, acabas de demostrarme que eres el mismo gilipollas de siempre. Y, en último lugar, me alegro de que no riñas con nadie por ninguna mujer, y menos por una que no vale la pena. Buenas noches, señor Reyes.

Me tumbo en el suelo, dándole la espalda y con miles de lágrimas a punto de salir de mis ojos, unas lágrimas que no pienso dejar escapar ni aunque me ahorquen.

—¡Eh! —Toca mi hombro y yo pego un grito por el susto, incorporándome de un salto.

—¡Joder! ¡¿Es que te teletransportas?! —chillo poniendo una mano sobre mi pecho y respirando con dificultad.

Él se parte de la risa, no puede evitarlo por más que lo intenta, y al final se deja caer junto a mí para reírse a gusto.

—¡Tenías que haberte visto la cara de terror que has puesto! —balbucea entre sus carcajadas—. ¿Qué pensabas?, ¿que era un tigre?

—¡Pero ¿tú eres tonto?! —No doy crédito a lo que está ocurriendo—. Primero me insultas y luego vienes a asustarme para reírte de mí, ¿en qué mundo vives? ¿De dónde te has escapado?

—No te he insultado, sólo quería explicarte el motivo por el que ya no voy a volver a acercarme a ti, pero me he extendido demasiado porque quería que entendieras mis motivos y, a lo mejor, ha sonado mal. No soy un buen orador, ¿sabes? —admite algo más serio.

—Sí, te has expresado fatal, la verdad —acepto—, aunque el concepto ha quedado claro, tranquilo.

Se revuelve el pelo, parece nervioso.

—No es fácil, Ágata.

—¿El qué?

—Estar enamorado de una persona a la que no puedes tocar.

—Perdona, debo de haberme perdido algo, no te entiendo —musito.

Él toma aire. Cierra los ojos con fuerza, apretando el puente

de su nariz con dos dedos. De repente, me mira.

—¿Prometes no salir corriendo? —espeta.

—¿Qué? ¡No! ¡Ni de coña! ¡Ni aunque confieses que eres un asesino en serie saldría corriendo, antes te lanzaría a esa maldita hoguera! —lo amenazo.

Él sonríe.

—Ojalá sólo fuera eso.

—Álvaro, me estás asustando, y créeme cuando te digo que eso es algo que no resulta nada fácil.

Está frente a mí, sentado en plan indio, rozando mis rodillas con las suyas porque yo me encuentro en la misma postura, observándolo con todos mis sentidos, los de detective y los que no lo son. El ambiente se acaba de cargar de misterio y, ahora mismo, ni todos los tigres indonesios me darían tanto miedo como lo que veo reflejado en sus ojos.

—Hace tiempo que un hombre muy poderoso adoptó a un niño de cinco años —comienza a narrar en un tono muy serio—. Su madre acababa de morir de cáncer y su padre renunció a la custodia porque estaba destrozado, no se veía capaz de cuidar a nadie más. No pasaron ni dos días cuando aquel niño llegaba a su nueva casa, una muy grande y lujosa.

—Son las ventajas que concede el dinero.

—Esa y muchas otras que fue descubriendo con los años, pero eso ahora no viene al caso. En aquella casa ya había otro niño, uno tres años mayor, que se puso muy celoso al comprobar que todo cuanto poseía debía compartirlo con alguien que no llevaba su sangre, alguien a quien él consideraba *basura*, como siempre le llamó.

—Supongo que son cosas de niños —comento para quitarle hierro al asunto y que confiese de una vez que él era ese niño.

—Hasta cierta edad, sí, podría considerarse normal; el problema estriba en que sus celos siguen siendo enfermizos hoy en día. Se encapricha de cada cosa que a mí me llama la atención por el mero placer de arrebatármela. Él cree que yo le robé su infancia y por eso quiere joderme a toda costa.

«¡Eureka!»

—Pero eso es patológico, ¿no ha cambiado su visión de los hechos ni siquiera siendo adulto?

—Ni un ápice, es más, se ha acentuado con los años. Nunca comprendió el infierno que yo viví, no fue capaz de demostrar la más mínima clemencia ni empatía. Él fue mi mayor infierno, incluso peor que el hecho de perder a mis padres —me explica muy serio.

—¿Nunca sintió lástima por tus circunstancias?

Niega con la cabeza.

—Todo lo contrario, se regodeaba de ellas. Recuerdo que me decía lo patético que era porque mi madre se suicidó para no estar conmigo y cosas así.

—¡Qué hijo de puta!

La imagen que tenía de él se acaba de desdibujar por completo, ya no me resulta tan atractivo ni tan caballeroso como hasta ahora.

—¿Y tu padrastro nunca lo regañaba? —quiero saber.

—Siempre estaba demasiado ocupado. Cuando no estaba viajando, estaba metido en su despacho. No tenía tiempo para esas chorradas. Me adquirió para que su hijito del alma estuviese entretenido, y cómo se entretuviese le sudaba la polla. —Su expresión refleja la ira contenida.

Yo tomo su mano entre las mías para consolarlo, no obstante, la retira, de una manera delicada, pero la retira. Me mira a los ojos pidiéndome comprensión.

—Quiero que sepas toda la verdad, Ágata, y después decidas si quieres rozarme o no, ¿de acuerdo?

Asiento y vuelvo a alejarme. No sé por qué, pero tengo una imperiosa necesidad de abrazarlo, y cuanto más me dice que no lo haga, más ganas me entran.

—Mi infancia fue así hasta que fuimos adultos, eso ya nadie puede borrarlo, ni siquiera los miles de psicólogos inútiles a los que he acudido. La única solución fue irme a vivir a la otra punta de Madrid, y así conseguí estar tranquilo sin su mortificante acoso. Hasta que llegamos aquí.

—Supongo que relativizar todo ese maltrato psicológico desde que eras niño no debe de resultar fácil, he estudiado eso en mi carrera y sé que se necesita una mente muy fuerte para superarlo y no creer toda la mierda que los demás te dicen. Sin embargo, aquí estás, un poco idiota, eso sí —nos reímos—, pero un hombre que ha sacrificado todo por ayudarme y eso no lo hace cualquiera, sino un hombre valiente y lleno de valores —le digo con el corazón en la mano, mirándolo a los ojos.

—No quiero darte pena, lo que intento es que entiendas el punto en el que me encuentro ahora mismo, Ágata, porque estoy entre la espada y la pared.

—¡No me das pena! Lo que me da es rabia, ¿nunca le has partido la cara? —me sale del alma.

—Esta mañana —sonríe orgulloso.

—Si llego a conocer esta historia, te habría ayudado a darle lo suyo.

—Deberías haberle visto lloriquear como un cobarde, ¡qué ganas le tenía, Dios!

—¿Y por qué no lo habías hecho antes?

—Supongo que nada me había importado lo suficiente. Cuando me quitaba algo que yo tenía, me iba a por otra cosa y punto —se encoge de hombros—, incluidas las mujeres. Pero cuando te he visto entre sus brazos, no he sido capaz de razonar, me he lanzado a por él sin dudarlo ni un instante.

Sus ojos claman por algo que se me hace demasiado grande y que no estoy segura de poder concederle.

—Álvaro, yo...

—No digas nada, por favor —me interrumpe—, necesito terminar.

—Vale. Adelante.

—No puedo romper con ellos.

—¿Con quiénes?

—Con mi padrastro y mi hermano.

—¿Por qué? Ya no los necesitas —alego—, eres un hombre independiente.

—Tenemos entre manos demasiados temas escabrosos por

resolver y los necesito. Hasta entonces, todo debe seguir igual, o al menos parecerlo.

—¿Cuáles son esos temas escabrosos?

—Ahora no puedo contártelo porque está bajo secreto de sumario, pero te prometo que, en cuanto pueda, lo haré. —Toma mi rostro entre las manos y parece que sufre al hacerlo—. Ágata, me gustaría poder recordar el momento exacto en el que me enamoré de ti, pero tengo tantos en mi memoria que lo dudo.

—¡¡¿Qué?!!

—Escúchame bien, Satán, no pretendo que te lances a mis brazos ni que me jures amor eterno. Sólo te cuento todo esto para pedirte que no vuelvas a besarlo, o al menos no delante de mí, por favor. Él sabe que puede hacerme daño contigo y no va a temblarle el pulso, te está utilizando.

—¿Y cómo sabe él eso?

«De todas las preguntas que se amontonan en mi cerebro sólo ha salido ésa, ¡muy bien, Ágata, vas de mal en peor!», me reprocho.

—Digamos que no soy un hombre que repita con una mujer, a no ser que sea algo... especial.

—¿Me estás diciendo que nunca has estado dos veces con la misma mujer?

—Nunca —sentencia.

No logro cerrar la boca. Estoy flipando con todo esto.

—Todavía hay una última cosa.

—¡¿Más?!

«Pero ¡¿qué más puede haber?!»

—Sospecho que mi hermano, o, mejor dicho, mi hermanastro, es la gallina de los huevos de oro de la editorial, y este gran misterio alimenta a dicha gallina.

—¿Sospechas? ¡Prometiste que me diríais quién de los dos era Black! —le recrimino indignada.

—¡Oh, vamos, nena! Era un mero anzuelo para que vinieses —confiesa el muy traidor.

—Eso es muy rastrero.

—Ya sabes lo que dicen: en el amor y en la guerra...

Ésta me la guardo, lo juro por *Snoopy*.

—Entonces ¿qué pintas tú en todo esto? Porque yo no me trago que seas un simple maquetador. —Trato de desviar el tema hacia otros derroteros porque, si discutimos, se acabará la información.

—¡¿Maquetador?! —Suelta una carcajada—. Yo soy su doble oficial, al que llaman para hacer reportajes fotográficos, promociones y esas cosas. Incluso hago presentaciones y entrevistas, como en París, aunque me jodieses la de Giverny al dejarme ciego.

Ahora sí que me ha dejado perpleja.

—¡¿Su doble?!

—Ya sabes, excentricidades de escritores —se encoge de hombros—, a él no le gusta mezclarse con las multitudes.

—¡Me estás diciendo que Dante es Eygon Black!

No doy crédito.

—Yo no lo firmaría ante notario. Todo apunta hacia él, sin embargo, algo me hace creer que él no es quien quiere hacer creer que es. Entre otras cosas, porque no lo veo yo escribiendo esas poéticas y profundas frases de amor verdadero, pues sólo es capaz de sentir amor por sí mismo.

Permanezco pensativa, mirando al fuego, tratando de digerir toda la información que he recibido, y lo que más me cuadra es que:

—¿No estarás haciendo todo esto para que no vuelva a besarlo? —conjeturo.

Por celos se hacen cosas que jamás creeríamos posibles.

—Te juro por lo más sagrado que jamás se me ocurriría hacer algo tan ruin —afirma de una manera muy rotunda y mirándome fijamente a los ojos.

Le creo. No sé por qué, pero creo cada palabra que me ha dicho. Su mirada no expresa dudas, y su lenguaje corporal es seguro y sin vacilaciones. Estoy entrenada para descubrir mentiras y Álvaro no miente... en nada.

—Álvaro, no tienes que hacerme creer que estás enamorado de mí para que echemos un polvo, somos mayores de edad.

Él me mira desconcertado.

—Si dices eso es porque no has entendido nada.

—Lo que no entiendo es que te hayas enamorado de una persona sin conocerla.

—Te conozco desde antes de que tú me conocieras a mí. Antes de lo que tú te crees, y hago todo esto sólo por protegerte.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Yo era amigo de tu hermana.

# Capítulo 19

Todo resultaba ser pura fantasía, un agradable disparate, pero lo cierto es que así nació en mí aquella ilusión. Me sentía tan ilusionada por poseer algo que nunca iba a tener...

AGATHA CHRISTIE

Un fogonazo de luz consigue dejarme ciega al instante.

—¡Están aquí! —grita una voz masculina.

Sin darme apenas cuenta, me cogen en brazos, me arropan

con una manta y, antes de que me dé tiempo a pestañear, estoy metida en una ambulancia que circula a toda velocidad.

Me llevan a una especie de hospital cutre donde me hacen un escueto reconocimiento médico para después dejarme marchar. Cuando vuelvo al hotel son las tres de la madrugada y una cordobesa rubia se abalanza sobre mí para abrazarme, dejándome casi sin aliento y medio sorda.

—¡Ay, Virgencita, gracias a los cielos! —grita.

—No te vas a librar de mí tan rápido —la animo separándome de ella un poco.

—¡Vaya susto, tía! Casi me da un infarto.

—Tranquila. No ha pasado nada grave.

—¡¿Nada grave?! Cuando dieron las doce de la noche y no os localizaban, creí que me moría. No salí a buscaros yo de milagro. Cada minuto que ha pasado ha sido un infierno —lloriquea.

—Pues no ha sido para tanto, cálmate, estoy bien.

—No dejaba de oír al equipo de seguridad divagar sobre los peligros que encierra la selva de noche y sobre las veces que ha fallado el geolocalizador. Cada vez estábamos todos más nerviosos. ¡Los organizadores de la yincana se han cagado!

Las dos nos reímos.

—Normal. Se les podría haber caído el pelo si nos pasaba algo.

Vuelve a abrazarme con fuerza.

—¡Ágata! —Jorge aparece a la espalda de Zahra, que me suelta y ni siquiera lo mira—. ¡Joder, vaya susto nos habéis dado!

Me abraza también, aunque de una manera menos efusiva.

—Ya, ya me ha contado Zahra lo mucho que habéis sufrido por ganar la prueba, ¿no? Porque supongo que la habréis ganado.

—¡Por supuesto! A las dos de la tarde ya estábamos de vuelta —festeja orgulloso.

—¡¿A las dos?! ¿Y qué teníais que hacer vosotros para tardar tan poco? —pregunto intrigada, pues a esa hora nosotros no estábamos ni en el templo.

—Hallamos las pistas escondidas en uno de nuestros *quads* y

luego encontramos el papiro en un árbol muy cerca del hotel. Si tardamos más fue porque los dos amantes de Teruel no se ponían de acuerdo —me explica Lola, que aparece a la espalda de Zahra —. ¡No te imaginas lo que me alegro de verte!

Me abraza también, momento que Jorge aprovecha para marcharse hacia el interior, dejándome con la mosca tras la oreja. Todo entre estos tres me resulta demasiado extraño, en cuanto tenga la menor oportunidad, le preguntaré a mi amiga qué diablos está ocurriendo.

—Gracias, Lola, pero les estaba explicando a Zahra y a Jorge que no ha sido para tanto. Además, Álvaro se encargó de todo, no tuve miedo en ningún momento, la verdad —le cuento hasta donde quiero—. ¿Por cierto, ha llegado ya? Nos separamos durante el rescate y no vi adónde lo llevaban.

—Sí, llegó hace un rato, estará en su cuarto durmiendo. Me alegra oír que estás bien. Y ahora debemos descansar todos, mañana nos espera otro largo día de batalla. Buenas noches.

—Que descanses —le digo.

—Buenas noches —musita Zahra.

Lola desaparece sin más.

—Zahra, vamos a mi habitación, tenemos que hablar. —La cojo de la mano para que me acompañe.

Antes de llegar a mi suite, decido pasar a comprobar si Álvaro se encuentra bien.

—Pero, Ágata, es tardísimo, déjalo, que seguro que ya se habrá dormido —trata de convencerme Zahra.

—Será sólo un segundo —insisto.

Llamo a su puerta y se oyen unos pasos que se aproximan.

—¡Álvaro, abre, soy yo!

—¿Qué quieres? —pregunta al otro lado de la puerta.

—Sólo quiero saber si estás bien.

Me parece demasiado extraño que no haya esperado a que llegase para comprobar si la que está bien soy yo...

—Estoy muy bien —contesta.

Los pasos se alejan.

Como no me abre, me dirijo hacia mi habitación algo molesta

por su falta de interés hacia mí cuando hace un rato me estaba declarando su amor. ¡Cabrón!

Una vez dentro, echo la llave para que nadie pueda entrar, dada la manía que tienen todos de reunirse aquí.

—Zahra, aquí hay gato encerrado —expongo en voz baja mientras nos sentamos sobre la cama, una frente a la otra.

—¿Qué quieres decir?

—Que nos han tendido una trampa suicida. ¿Quién coño esconde un papiro en medio de un altar de un templo balinés? ¡Por mucho menos han condenado a pena de muerte a gente! —me quejo.

—No te entiendo, Ágata, explícate mejor —me pide.

Yo recapacito y ordeno todo en mi cerebro para poder explicárselo bien.

«Me mandan formar equipo con dos hermanos que se odian. Los frenos de mi *quad* no funcionan, aunque el hecho de que yo fuese montada en aquel vehículo, precisamente, fuese puro azar, a no ser que los dos hermanos sí que lo supieran. Tres personas que se odian, de repente, forman un equipo ganador. A ellos les ponen las pruebas fáciles y a nosotros, imposibles. Colocan el papiro en un altar sagrado al que nadie debe acercarse so pena de muerte. Nos encuentran y Álvaro desaparece para luego aparecer ya en el hotel, donde no me quiere abrir la puerta...»

Pero ahora, de pronto, y sin saber por qué, no quiero explicarle nada a Zahra.

—¿Qué ocurre, Ágata? Me estás asustando —inquiere preocupada.

—¿Qué ha pasado para que esta mañana fueseis los tres como corderitos mansos a realizar las pruebas sin rechistar? —le planteo porque, según su respuesta, así actuaré con ella.

Acabo de percatarme de que nunca me ha dado información valiosa sobre las cosas que le hayan contado Jorge o Lola y en eso fue en lo que quedamos. Si ella ha elegido bando, yo también y, lamentablemente, no es el mismo.

—Luis Moreno, el jefazo, ha llamado a Jorge y le ha amenazado con despedirnos a los tres si no hacíamos lo que nos

pedían los chicos de la organización.

—¿Así, sin más?

—Sí. —Se encoge de hombros.

—Vale.

—¿Y tú? ¿Qué sospechas? ¿Qué pasa? ¡No me asustes, Ágata, que todavía tengo el pánico en el cuerpo!

La pena es que parece sincera, pero sólo lo parece, ya no me fío ni de mi sombra, así que voy a ser precavida y ponerla en cuarentena.

—Pues ahora mismo, nada. Al oír a Álvaro me he quedado mucho más tranquila y se me han quitado esas fantasías tontas de la cabeza. Seguro que se debían a la falta de sueño y al cansancio. Mañana lo veré todo con otros ojos. Perdona por asustarte, cariño, vete a dormir —le digo fingiendo cansancio a la vez que me levanto de la cama para que ella haga lo mismo.

—¿Estás segura? —pregunta confusa.

Yo asiento y bostezo a propósito.

—Segurísima. Hasta mañana, rubia.

En cuanto se marcha, enciendo mi móvil para hacer algunas averiguaciones sobre Álvaro Reyes y Dante, pero... ¡diablos! Ni siquiera sé cómo se apellida Dante. Con babear mientras me miraba con esos ojos verdes embaucadores tenía bastante y no me he centrado en lo que en realidad importaba.

Mando un par de mensajes al único compañero con el que todavía mantengo relación de la comisaría con la que colaboraba y le pido lo que necesito. No creo que haya demasiados Dantes por el mundo, y mucho menos que trabajen en Onyox. Por si acaso, le he dicho que podría apellidarse Reyes, aunque no lo creo. Espero que no tarde demasiado en pasarme lo que le pido.

No tarda en llegar un wasap de un número desconocido a mi móvil.

¿Estás bien, preciosa? 🥰

¿Quién eres? 🤔

Perdona, creí que tendrías mi número, soy Dante. 😲

Ayer me habría puesto nerviosa por hablar con él, pero ahora mismo lo único que siento por Dante es repulsión, aunque tenga que disimular para llegar a conseguir mi objetivo.

Lo que no sé es por qué tienes tú el mío... ☹️

Me lo ha dado mi hermano, estaba preocupado por ti. ¿Puedo ir a verte?

«¡Ajá! El típico truco de "te lo cuento yo antes de que te enteres tú para que confíes en mí"», me digo.

Gracias por el interés, pero ya estaba dormida. Mañana hablamos. 😴

Está bien, descansa. Buenas noches. 😘

Buenas noches.

Me dirijo hasta la gran bañera como una autómata y la lleno de agua con aceites aromáticos. A continuación me sumerjo en ella durante un buen rato, aunque no demasiado, pues me muero de sueño y no querría morir ahogada en perfume. El calor del agua y la sensación de limpieza apaciguan mi karma, que el pobre estaba un tanto alterado, por no decir loco del todo.

Salgo de la bañera sintiéndome una mujer nueva, me seco y me tumbo boca arriba sobre mi cama.

«Esto es mejor que un orgasmo, por Dios», pienso mientras contemplo el cielo estrellado a través del gran ventanal abierto.

No estoy segura de cómo debo sentirme ahora mismo, aunque no puedo evitar sonreír como una idiota todo el tiempo.

Por un lado, estoy convencida de que puedo fiarme de Álvaro, pero algo en mi interior no me permite que lo haga. Me ha dado tanta información que no soy capaz de asimilarla, sobre todo el hecho de que fuese amigo de mi hermana. Bueno, y ¿para qué nos vamos a engañar? Su declaración de amor no me ha pasado desapercibida; sin embargo, no quiero pensar en amor en estos momentos. «Porque siempre tienes algo mejor en lo que pensar,

¿verdad?», aparece la imagen de Carlitos regañándome en mi cabeza y me apresuro a hacerla desaparecer.

Por el otro lado, tenemos a Dante. Álvaro me lo ha dibujado como un demonio, pero yo no lo percibo como tal, pues conmigo siempre se ha portado bien y puede ser bastante probable que todo cuanto haya dicho sea por celos.

De momento, voy a dejarlos en cuarentena a ambos, pues estoy segura de que uno de ellos es Eygon Black, aunque Álvaro asegure no serlo y Dante también. Debo mantener todos mis sentidos alertas porque algo gordo se está cociendo a mi alrededor y no me gusta un pelo no saber de qué se trata.

# Capítulo 20

No debes juzgar a nadie sin haberlo escuchado antes.

AGATHA CHRISTIE

Dante y yo vamos montados en el único *quad* que ayer quedó intacto, el suyo.

—¿Qué te pasa, preciosa? Estás muy callada —pregunta cuando llevamos muy poco rato de camino.

—No veo justo que hayan descalificado a Álvaro del juego, la culpa de todo fue mía —le digo.

—No pasa nada, estoy seguro de que podremos conseguirlo tú y yo juntos.

—¿Tú sabes dónde está? No ha querido verme.

—Cuando le dijeron anoche que estaba fuera del equipo se lo tomó bastante mal y se ha vuelto a Madrid a primera hora.

Un fuerte impacto golpea mi corazón. Me siento terriblemente decepcionada. ¿Se ha ido?

Tengo la misma sensación que cuando te deja tu novio, pero además a mí me ha dejado sin darme explicaciones porque no las merecía. Un vacío enorme se apodera de mi estómago para dar paso a la desolación. Lo único en lo que pienso es en que *se ha ido*. Y ya no está. Cuando era pequeña y no estaban mis padres en casa me sentía igual, desprotegida. ¿Por qué siento esto? ¿Es posible

echar de menos a una persona a la que casi no conoces?

Dante detiene el *quad* en seco para volverse y mirarme de frente a través del visor del casco.

—¡Eh, Miss Violet! —Acaricia mi barbilla con uno de sus dedos—. No irás a venirte abajo por semejante tontería, ¿verdad?

—No es eso...

Me examina con los ojos entornados.

—Ya veo lo que ocurre aquí —dice mientras suelta una risa sardónica y se quita el casco—. Ya te ha soltado el cuento que les va contando a todas, que es un pobre niño adoptado, que yo le maltrataba y que, debido a su gran trauma, se ha visto obligado a buscarse la vida él solito contra dos hombres poderosos. No entiendo por qué los débiles siempre os causan tanta ternura a las mujeres, aunque he de confesar que te creía distinta del resto.

—Pues, por lo visto, no lo soy —musito avergonzada.

—¿También te dijo que nunca repetía con ninguna? —Según va hablando, el puñal se va clavando más hondo en mi corazón—. ¿Cómo era su mítica frase de conquistador infalible? La tengo en la punta de la lengua... —Hace como que piensa—. ¡Ah, sí, ya me acuerdo! «Me gustaría poder recordar el momento exacto en el que me enamoré de ti, pero tengo tantos en mi memoria que lo dudo»...

Recita cada palabra que Álvaro me dijo ante mis incrédulos ojos de una manera demasiado teatral, convirtiendo algo casi sagrado en una bala directa a mi corazón, y en este preciso momento es cuando me doy cuenta de que me he enamorado perdidamente de un:

—¡Maldito hijo de puta! —lo maldigo con rabia mientras me quito el casco porque me falta el oxígeno.

Me bajo del vehículo para caminar, necesito aire, necesito espacio. Me ha engañado. Ha jugado conmigo. Pero ¿para qué ha hecho todo eso? ¿Por qué?

—Cariño, es lo que les dice a todas para engatusarlas. Siento ser yo quien te lo haya contado y siento que tenga que ser así, de una manera tan fría, pero eres una mujer inteligente y te mereces saber la verdad antes de que sea demasiado tarde...

Continúa hablando, pero ya no lo escucho. Sólo una pregunta

sacude mi mente y es lo único que me importa:

—¿Por qué?

No comprendo el motivo.

—Es muy fácil: él es Eygon Black.

—¡No!

—¿También te ha dicho que él sólo es su doble? Ese chico debería ir a un psicólogo, comienzo a pensar que sufre desdoblamientos de personalidad —se queja.

—¡No puede ser! —me niego a creerlo.

—Ágata, mírame —me ordena, y obedezco, sufriendo el impacto que me provoca mirar sus dos lagunas verdes—. ¿Crees que podría inventarme todo esto?

—No —niego con rotundidad, pues sería demasiada casualidad que hubiese averiguado cada cosa que Álvaro me dijo, es imposible.

—Desde que llegó a casa fue un niño problemático, ¿por qué crees que nadie más de su familia quiso su custodia? Veía cosas raras que sólo estaban en su mente; insultaba a todos, niños y adultos; yo fui el único que le protegió siempre y, para que nadie se acercase a su único ser querido, contaba cosas horribles sobre mí, para alejarme de todos.

—Sigue. —No doy crédito, o, más bien, no quiero dar crédito, aunque todas las piezas encajen demasiado bien en este tétrico puzle.

—Cuando me di cuenta de lo que hacía ya era tarde. Y es que cuando quieres a alguien, como yo quería a mi hermano pequeño, no ves sus defectos, no los quieres admitir. Pero ocurrió algo horrible y entonces lo vi todo con claridad, Álvaro estaba enfermo y era peligroso, alguien debía pararle los pies.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

—No puedo contarlo.

Me acerco hasta él para agarrarlo por la pechera de la camiseta y atraerlo hacia mi rostro.

—Cuéntame de una puta vez qué coño fue lo que ocurrió o abandono la prueba ahora mismo —lo amenazo entre dientes.

Él me mira, sopesando la fase en la que se encuentra nuestra

batalla y calculando sus opciones de ganar la guerra: ninguna.

Toma aire para confesarlo todo.

—Sus aires de grandeza aumentaban proporcionalmente al éxito de las novelas, es decir, sin medida. Llegó un momento en el que estaba todo el día borracho o drogado. Mi padre se vio obligado a echarlo de casa para ver si reaccionaba al tener que buscarse la vida, pero fue peor.

—No te enrolles, ¿qué fue lo que ocurrió, Dante?

—Él dice que fue un accidente, pero mi padre y yo creemos que mató a una chica.

La imagen de Marta cayendo del balcón cobra una forma que nunca había tenido tan clara como en este preciso instante.

Lo suelto de golpe para agarrar mi pecho, porque ahora sí que me duele el corazón, pero esta vez de manera literal, me duele tanto que caigo sobre mis rodillas para comenzar a boquear como un pez porque no llega el oxígeno a mis pulmones. Los pinchazos en mi pecho son cada vez más intensos, no hay manera de detenerlos.

—¡¡Ágata!! —El aterrado rostro de Dante es lo último que veo antes de cerrar los ojos.

* * *

La luz que entra a raudales por la ventana me molesta demasiado, por eso cierro los ojos de golpe.

—¿Estoy en una discoteca? —pregunto, tapándome los ojos con ambas manos.

—¡Ágata! —exclama una inconfundible voz femenina a mi lado, la única voz que conseguiría que apartase mis manos de golpe para mirarla, a pesar de quedarme ciega...

—¡¿Mamá?!

—¡Dios santísimo, gracias, gracias! —exclama al cielo entre sollozos.

Se abraza a mí como sólo una madre puede abrazar a su hija. Entonces no puedo evitar derramar todas las lágrimas que me he prohibido derramar en todo este tiempo sin ella. Lloro como una

niña desconsolada sobre su pecho sin poder soltarla, por miedo a que sea un sueño y se esfume, por miedo a volver a quedarme sola, sin su consuelo.

—Concha, cariño, la niña no puede tener emociones fuertes, por favor, podría recaer. —La voz de mi padre a su espalda diciendo «la niña» después de tantos años es para mí un soplo de vida.

—¡Papá! —sollozo mientras abro uno de mis brazos para no soltar a mi madre. Él acude sin dudarlo ni un segundo y nos abraza a ambas como un osito de peluche.

Permanecemos los tres así durante segundos, minutos, u horas, no estoy segura, porque tenemos tanto tiempo que recuperar que todo nos resulta insuficiente.

Cuando ya no nos quedan lágrimas, mis padres se separan ligeramente de mí, pero no sueltan mis manos, las mantienen cogidas, una cada uno.

—Papá, mamá, he sido...

—¡Chisss! —me interrumpe mi padre—. Todo está olvidado, perdonado y enterrado, no hay nada de que hablar, pequeña, no debes disgustarte. Hoy es un día muy feliz.

Los ojos de mi padre siempre han sido ese sacro lugar donde refugiarme cuando tenía algún problema. Sabía que si me miraba, así como sólo él lo hacía, con ese amor incondicional que reflejaba su mirada, nada podría salirme mal. Pero me vi obligada a aprender a vivir sin ellos y la vida sin su mirada de ternura no era vida. Ahora mismo acabo de comprenderlo.

—¿Dónde estamos? —Observo todo a mi alrededor, las paredes y muebles de lo que parece ser una clínica, aunque todo me recuerda más bien a una casita de juguete debido a que hay flores, globos y peluches por doquier, supongo que serán de mis fans y de la editorial.

—Llevamos tres días en Madrid, pero has estado una semana ingresada en la unidad de cuidados intensivos de Yakarta. Te llevaron en helicóptero desde el hotel —me informa mi madre.

«¡Madre mía!»

—¿Qué me ha pasado?

—Cariño, en el informe pone que has sufrido una miocardiopatía por estrés —me comunica ella, acariciándome el pelo con dulzura.

—¿Y qué es eso? ¿Un infarto?

—Sí, es algo parecido —me contesta un señor de unos cincuenta años que lleva una bata blanca y que acaba de entrar en la habitación con una tablet en la mano—. Buenas tardes, joven.

—Hola —le contesto.

—Lo que le ha ocurrido también se conoce como síndrome del corazón roto.

—¿Y eso qué es, doctor?, ¿la enfermedad de Alejandro Sanz, el corazón *partío*? —bromeo para quitarle hierro al asunto.

Él sonríe y asiente.

—En casos de estrés extremo, nuestro cerebro sólo tiene dos opciones: enfrentarse al enemigo o huir —me explica mientras me toma el pulso.

«¡Oh, por supuesto! ¿Y cómo diablos iba a ser la huida una opción válida para mi cerebro?», me recrimino.

—Tú escogiste la primera opción, en la que se produce una descarga descomunal de adrenalina para que el corazón acelere sus latidos y así poder bombear más sangre y oxígeno a los músculos. Si a eso le añadimos un exceso de hormonas del estrés, nos lleva a una constricción difusa de las arterias del corazón y todo ello bloquea el paso de la sangre, provocando que el corazón se detenga.

—¿Y eso ocurre así, de repente?

—Su corazón ya estaba debilitado por disgustos anteriores, esto sólo ha sido la gota que ha colmado el vaso. De ahora en adelante deberá mantener una vida relajada si quiere llegar a ser anciana —me aconseja.

—Has podido morir, hija mía, eres lo único que nos queda... —vuelve a llorar mi madre desconsolada. Me mata darle sólo disgustos.

—Concha, por favor, el doctor nos ha dicho que nada de emociones, sé que te resulta difícil, pero intenta controlarte —le pide mi padre, abrazándola.

—No sé cómo puedes estar tan tranquilo, Óscar.

—No estoy tranquilo, yo también lo paso mal, pero debemos aguantarnos, por su bien. Luego te derrumbas fuera si quieres, pero no aquí —le regaña con dulzura.

Los miro y no parece que hayan pasado ni dos días desde que estuvimos juntos, todo sigue igual, y me siento llena de dicha al verlos de nuevo a mi lado.

—Su marido tiene razón, señora, debe serenarse por el bien de su hija, al menos hasta que salga de peligro.

Las enfermeras entran para examinarme de arriba abajo y para tomar una muestra de sangre.

Cuando nos quedamos las dos solas, mi madre, pasando olímpicamente de todos los consejos que le han dado mi padre y los médicos, me hace la pregunta del millón:

—Ágata, ¿qué ha pasado para que te haya ocurrido algo así?

—Digamos que ha sido una especie de decepción amorosa. —No voy a contarle nada más a mi madre, ya que ni yo misma comprendo el alcance de la importancia que tiene Álvaro en mi vida.

Sólo el hecho de pensar que me haya podido enamorar del asesino de mi hermana consigue que yo también quiera saltar por la ventana.

—Pues no creo que ese chico tan guapo que te trajo hasta aquí haya podido decepcionarte en nada —comenta con la esperanza de alegrarme la vida.

—¿Qué chico?

—Ese de los ojos bonitos. No se ha movido de la sala de espera ni un solo minuto. Además, nos ha traído comida, ropa y de todo, es tan majo...

—¡¿Quién?!

Una ligera esperanza asoma a mi alma.

—Creo que se llama *Gante*. ¿Es de él de quien me hablas? ¿Tu novio?

—No, mamá, no es él —le contesto apenada.

Ella tiene ya una edad en la que no entiende estas cosas de hoy en día en las que mantenemos relaciones sexuales sin ser

novios.

—¿Entonces? No entiendo nada, hija. Si te ha decepcionado un hombre y has sufrido por su amor... —Me mira con cara de pánico en cuanto lo comprende—. ¿Tú no amas a ese chico que está ahí fuera?

—No.

Se santigua, rezando al cielo.

—Llevamos demasiado tiempo separadas, pero para ir recuperando algo de tiempo perdido te diré que los triángulos amorosos nunca salen bien.

—Lo sé, mamá, y lo tengo en cuenta, no te preocupes.

Llaman a la puerta y ésta se abre.

—¡Ágata, por fin! —La voz de Dante consigue que me vuelva para descubrir una gran sonrisa en su rostro cansado en cuanto me ve despierta.

—Hola —le digo mientras él coge mi mano para mirarme con adoración.

Mi madre sale del cuarto para dejarnos solos.

—¡Qué susto nos has dado a todos, Ágata! Creí que te perdía.

—Lo siento, no pude evitarlo.

Él sonríe, aunque la sonrisa no alcanza a sus ojos, que están apagados.

—Me siento muy culpable por haberte dicho todo aquello sobre mi hermano sin ningún tacto, nunca imaginé que te causaría tanto dolor. Perdóname, por favor —se disculpa.

—Tú no tienes la culpa de lo que hacen los demás.

—Sí que la tengo, joder, con las ganas que tenía de destapar a ese cabrón para que no te enamorases de él, casi te mato..., y yo... ¿qué hago sin ti?

—¡Ágata! —La característica voz de Carlitos aparece de pronto junto a mí, arrebatando mi mano de la de Dante y dándome millones de besos por toda la cara—. ¡Ay, por Dios, creí que no iba a volver a verte! —lloriquea abrazado a mí.

—No te caerá esa breva, zanahorio —bromeo, y se ríe.

—Ésta no te la perdono, que sepas que este susto te va a costar muy caro.

—Lo tendré en cuenta. ¿Y Hugo?

Carlitos empieza a contarme su vida, como hace siempre, y con ello me relajo porque su verborrea consigue hacerme sentir en casa y a salvo.

Cuando me vuelvo, me percato de que Dante se ha marchado, supongo que para dejarnos a solas y poder descansar al fin después de casi dos semanas de angustia.

# Capítulo 21

El amor de una madre por un hijo no se puede comparar con ninguna otra cosa en el mundo. No conoce ley ni piedad, se atreve a todo y aplasta cuanto se le opone.

AGATHA CHRISTIE

El día en que me dan el alta y por fin vuelvo a mi casa, casi me da otro infarto al ver lo limpio y ordenado que está todo.

—Carlitos me dio las llaves para que tu padre y yo pudiésemos quedarnos aquí. El hotel era muy caro y no sabíamos el tiempo que ibas a estar ingresada, espero que no te importe —me explica mi madre, algo apurada por haber invadido mi

intimidad.

—No te preocupes, mamá, Carlitos hizo muy bien, pero no tenías por qué limpiarlo todo.

—No estaba tan sucio.

—Mentirosilla.

Yo me río mientras cojo la pila de cartas que me ha dejado mi padre sobre la mesa del salón. Entre publicidad y facturas termino de pasarlas casi todas, aunque sólo una llama mi atención.

Se trata de un sobre de color crema, cerrado con un sello de cera marrón. La mano comienza a temblarme en cuanto lo giro para comprobar que, escrita a mano, aparece la palabra «Satán» justo en medio.

—Mamá, ahora vengo, voy al baño.

—Tranquila, cariño, yo voy a preparar la comida. Si necesitas algo, me avisas.

Me encierro corriendo en el aseo. Mientras echo el pestillo, soy consciente de que lo que haya escrito en esta carta puede provocarme otro corazón *partío* de ésos y, por un breve instante, me siento tentada de hacerla trizas y olvidarme de todo este tema para siempre, pero una parte de mí insiste en que debo leerla, lo necesito.

Rompo el sello con cuidado y saco un folio blanco escrito a mano con la misma letra del sobre. Me tiembla el pulso y el corazón se me acelera, pero me armo de valor para comenzar a leer:

> *Ágata, si estás leyendo esta carta es porque me han impedido verte. Ésta es la última oportunidad que tengo para comunicarme contigo, pues sospecho que mi vida corre peligro.*
>
> *Sé que te habrán llenado la cabeza con mentiras sobre mí y no te culpo por haberlas creído. Conozco de sobra su forma de actuar y sé que pueden llegar a ser muy convincentes, y esto es así porque todo cuanto te rodea son cámaras y micrófonos; aunque te cueste creerlo, sólo te pido que hagas la prueba para demostrar quién dice la verdad.*
>
> *Yo estuve implicado en los acontecimientos al principio,*

*no voy a negarlo, pero no contaba con enamorarme, por eso quise protegerte y por eso me apartaron de ti.*

*Voy a tratar de encontrarme contigo sin ser descubierto, pero, para ello, deberás hacer creer a todo el mundo que estás en casa, eso ya es cosa tuya. Yo te esperaré el día de tu cumpleaños a las once de la noche en el lugar donde nos conocimos.*

*P. D. No lleves ropa interior.*

*El Lobo Feroz*

La carta cae al suelo.

¡La madre que lo parió!

¡¡¡Era él el de aquella cena a oscuras!!!

Miro a mi alrededor llena de esperanzas renovadas con una sonrisa enorme en mi cara, sintiendo lo hermosa que es la vida de nuevo y con ganas de saltar como una tonta... Pero, de pronto, caigo en la cuenta de que, si es cierto lo que dice Álvaro en esta carta, su contenido estará siendo grabado y mi reacción también, por lo que ya no estaré a salvo, pues resultará obvio el bando por el que me he decantado.

«¿Y ahora qué hago?»

Ya no cuento con el factor sorpresa..., ¿o sí? El haber sonreído leyendo la carta no significa que los que estén vigilando puedan leer mis pensamientos, sólo ven lo que hago y oyen lo que digo, así que todavía estoy a tiempo de que confíen en mí. Puedo haber sonreído por haberle pillado, así que, ¡a disimular se ha dicho!

Si no debía tener emociones fuertes, ¡toma dos tazas, Miss Violet!

—¡Será cabrón! —exclamo mientras rompo la carta en mil pedazos con saña.

Abro a toda prisa la puerta del baño y salgo directa a coger mi móvil. No da ni siquiera dos tonos de llamada cuando descuelga.

—Hola, preciosa —su voz suena a resaca total.

—¿Te he despertado?

—Sí, pero no te preocupes, no se me ocurre mejor manera de despertar.

«¡Mentiroso!»

—¡Perdóname, Dante! Después de todo el tiempo que llevas sin dormir por mi culpa, voy yo y te despierto, pero es que tenía una cosa muy importante que contarte, algo que no podía esperar —exagero mi desolación.

—¿Qué pasa, Ágata?, ¿estás bien?

—Sí, sí, estoy bien. Sólo quería contarte que Álvaro me ha mandado una carta donde me pide que nos reunamos mañana. También dice algo sobre micrófonos que me están grabando, y no sé qué hacer.

—Ágata, espera, que voy a tu casa.

Cuelga.

«¡Bien!»

La serpiente ha mordido la manzana.

Me dirijo hacia la cocina, donde mi madre ha hecho una suculenta tortilla de patatas y gazpacho.

—Mataría por tener esa comida a diario —susurro, y ella sonríe.

—La tendrás, al menos unos días. Has perdido mucho peso, cariño, debes recuperarte, y para eso está aquí tu madre.

En lo primero que pienso es en alejar a mis padres de todo este embrollo, pero para ello debería echarlos de mi casa y que volviesen al pueblo cuanto antes, lo que desembocaría en otro distanciamiento. No quiero volver a perderlos, pero sus vidas están por encima de todo.

—Ágata, ¿vas a contarme, ahora que estamos más tranquilas, qué ocurre con esos dos chicos? —Mi madre se sienta a la mesa y yo tomo asiento a su lado.

—Mamá, olvida todo lo que te dije en el hospital, supongo que estaría drogada por tanta medicación. He estado pensándolo mucho y creo que Dante ha sido todo un caballero conmigo, que si ha hecho todo eso por mí es porque siente algo especial; mientras

que el otro ni siquiera se ha dignado ir a verme.

—Claro que sí, mi niña. Ese hombre se ha desvivido por nosotros sin conocernos de nada, sólo porque éramos tus padres. Ha venido aquí casi todos los días para llevarnos las cosas que necesitábamos al hospital y que, así, no nos separásemos de ti por si despertabas. Eso no lo hace cualquiera.

«¡¿Que ha venido aquí?! ¡¿A mi casa?! ¡¡¡Lo mato!!!»

Me obligo a pasar por alto todas las maldiciones que se me están acumulando en la punta de la lengua para que nadie se dé cuenta de que me ha sentado a cuerno quemado.

—Sí, mamá, se nota que me quiere. Creo que podría llegar a enamorarme de él, como siempre me decías tú que te había pasado con papá, ¿no?

—Claro que sí, hija. La pasión y la atracción se pasan con el tiempo y sólo quedan el cariño y el respeto. Debes casarte con un hombre bueno que te quiera porque después aprenderás a quererlo tú también. ¡Aunque no vamos a negar que el chico feo no es!

—¡Todo lo contrario! Está tan bueno que cada vez que le veo me entran ganas de lanzarme a su cuello y hacerle mil cosas, pero sé que debo contenerme para que no piense de mí lo que no soy. Además, mamá, entre tú y yo, a mí lo que me pone es que sea el hombre quien entre a saco, sin cavilaciones ni nada. —«Toma, querido Dante, otra manzanita, a ver si ésta la muerdes también.»

—Sí, hija, sí, pero ya sabes que a los hombres hay que hacerlos esperar para que te respeten. Nada de *a sacos* ni cosas de esas raras, hay que llegar virgen al matrimonio —se escandaliza.

Yo sonrío con ternura.

—Ay, mamá, ¡cuánto te he echado de menos!

Nos abrazamos por encima de la mesa.

—Y yo a ti, hija mía, cada segundo de cada día. —Veo que sus ojos se llenan de lágrimas al separarnos.

—¡¿Ya estás llorando, Concha?! No puedo dejarte sola, ¿eh? —la regaña mi padre, que aparece por la puerta acompañado de un sonriente Dante.

Lleva unos vaqueros y una camiseta violeta con dibujos abstractos, el pelo engominado hacia atrás, todo moreno como está

y con esos ojazos verdes..., sólo le falta desprender destellos mágicos.

—¡Por Dios santísimo! Yo hacía el esfuerzo de estar con él por ti, hija —cuchichea mi madre cuando lo ve, provocando mi risa.

—¡Buenos días, señora Concha! —saluda primero a la mujer que tiene ya metida en el bolsillo—. ¡Buenos días, preciosa! —saluda después a la que se quiere meter... ¡Uy, qué mal ha sonado eso!

—Siéntate, hijo, ¿te quedas a comer con nosotros? —Mi madre se apresura a cogerlo del brazo para que tome asiento a la mesa.

—Mamá, Dante tiene que marcharse, ha venido sólo a recoger unas cosas —le explico, sacándole del apuro y echándole una mirada cómplice para que me siga el rollo.

—Sí, es que ya he quedado para comer, sólo pasaba por aquí para saludarlos y para que Ágata me diera eso que tiene que darme.

—¡Oh, qué pena! Con lo rica que me ha quedado la tortilla...

—Otro día se queda, mamá, si tenemos mucho tiempo... —la animo.

Lo cojo de la mano para indicarle el camino hacia mi habitación, aunque esta sabandija ya lo sepa de sobra. Una vez dentro de mi cuarto, cierro la puerta y nos miramos uno al otro.

No tarda ni un segundo en abalanzarse sobre mí para besarme con tantas ganas que casi me deja sin aliento. Sus manos recorren cada parte de mi cuerpo, pero esta vez no siento nada. Nada de nada.

«Otra manzana mordida y la prueba de que, efectivamente, me están escuchando», pienso para mis adentros, ya que, de no haberle dicho a mi madre que me gusta que se me lancen al cuello, él nunca lo habría hecho así, con tanto ímpetu y sin ceremonias. Por eso deduzco que todo ha sido un papel que tiene muy bien estudiado de las cualidades que me gustan en un hombre, o al menos las que ellos pensaban que me gustaban hasta el momento, pues ha resultado ser que lo que me atrae, precisamente, es todo lo

contrario. Resumiendo: Álvaro.

Trato de pararle los pies sin que se dé cuenta del rechazo que siento por él.

—¡Para! ¡Que nos van a pillar mis padres! —Lo aparto de mí.

—Podemos hacerlo en silencio, Ágata, no aguanto más, me vuelves loco. —No deja de besarme.

—No. Así no lo disfrutaré, quedemos en alguna otra parte —le propongo.

—Está bien, mañana. ¿A qué hora paso a buscarte? —pregunta tratando de mantener el tipo.

Lo miro pensando que es una rata rastrera, pero no puedo rajarme y le sonrío de una manera seductora mientras mi mente trabaja a mil por hora.

—A las once será una hora perfecta y ya voy yo donde sea, no te molestes en venir hasta aquí —le sugiero.

—Está bien, pues mañana a las once te espero en el Casino de Gran Vía y nos tomamos una copa, o dos.

—¡Me encanta el plan!

Me acerco para darle algunos besos por el cuello, no debo estar tan distante. Él me agarra por el culo para atraerme hacia sí y siento su dureza.

—Mañana hablaremos sobre esa carta —susurra en mi oído—, de momento, no comentes nada a nadie para que no te graben.

—Tú tampoco lo hagas, pueden estar grabándote a ti también —me hago la idiota, pero se lo traga totalmente porque me mira con orgullo.

—Yo te protegeré, preciosa. No tengas miedo.

—Contigo cerca me siento segura, Dante.

Vuelve a besarme.

—¡Chicos, que se enfría la comida! —La voz de mi madre consigue que nos separemos.

Nos despedimos y por fin se marcha.

—Me gusta ese chico para ti, niña —comenta mi padre.

Y así pasamos el resto del día. Ellos planeando una boda y viéndose rodeados de nietos y yo tramando una fuga que deje a la

de Alcatraz a la altura del betún.

# Capítulo 22

> Aprendí que no se puede dar marcha atrás, que la esencia de la vida es ir hacia delante. La vida en realidad es una calle de sentido único.
>
> AGATHA CHRISTIE

Mientras me visto para salir a tomar una copa con mi novio en mi cumpleaños, después de haber pasado todo el día con mis padres, de los cuales comienzo a estar un poco saturadita porque no dejan de organizarme la vida, pienso en mi profesión, y no me refiero a la de escritora, no, sino a mi profesión de detective.

Cuando estaba estudiando la licenciatura de Criminología, después de haber obtenido el título de detective privado, nunca

habría creído posible verme inmersa en medio de un caso tan complejo. La dificultad de mi carrera viene dada por su base científica, porque intenta comprender las causas del delito y el comportamiento del delincuente. No podemos resolver un crimen si no sabemos qué llevó al delincuente a cometerlo. Y yo ahora mismo me encuentro perdida porque me falta la información necesaria para saber qué unía a Marta con esos desgraciados.

También me siento frustrada porque me hayan colado cámaras espía en mi propia casa, dispositivos de grabación, e incluso supongo que tendré pinchado el móvil. Vaya detective de pacotilla que estoy hecha. En todo este tiempo que llevo escribiendo me he relajado y, ahora, todos esos complicados crímenes que he resuelto en mis libros no son nada comparados con la realidad.

Cuando estaba en la policía, yo era considerada una oficial de élite, todos me respetaban porque trabajaba para resolver delitos y detener a los malhechores, no me preocupaba tener fans y vender más libros que mis compañeros, eso son chorradas. Entonces, visitaba la escena del crimen, entrevistaba a los testigos y redactaba informes de laboratorio, contrastaba opiniones y perfiles sospechosos, armando una serie desconocida de acontecimientos como si fuese la directora de una película. Era feliz. Hasta que murió mi hermana y ya no fui capaz de volver a mirar un cadáver.

Me juré a mí misma resolver su caso, porque nunca creí que se hubiese suicidado, porque ella era demasiado fuerte para rendirse, porque tenía demasiadas ganas de vivir y porque nunca se habría marchado sin decirme adiós.

Pero pasaron los días, las semanas, los meses, y no encontraba ni una sola pista que incriminase a nadie. Lo único que hallaron en el departamento de informática del CNI en el disco duro del ordenador, que estaba roto en mil pedazos junto al cadáver, fue un aviso de OneDrive en el que ponía: «El vídeo que acaba de grabar se ha guardado correctamente», pero nunca conseguí hallar la clave para poder verlo.

También pude encontrar, por mi cuenta, un mensaje privado de Facebook en el que ella quedaba con Eygon Black unos minutos

antes de su muerte, pero esta red social también se bloqueó al tratar de descubrir más mensajes.

Después de haber mantenido una relación de fan-autor completamente platónica durante meses, por fin habían quedado en persona, aunque tampoco hubo ni una sola prueba que evidenciase que llegaran a verse porque todo apuntaba a que Marta estaba sola. La policía tuvo claro desde el principio que se había suicidado. Y por eso decidí dejar mi adorada profesión, porque no fui capaz de resolver el crimen más importante de mi vida.

Volviendo al presente, y dejando mis divagaciones a un lado, he salido esta mañana a comprar dos conjuntos idénticos en Zara. Después, he charlado amigablemente con la chica que limpia el portal de mi edificio. Luego, he llamado a Carlitos con el móvil de dicha chica y hemos quedado para que me recoja esta noche.

Todo está planeado y bajo control.

Y ahora me encuentro frente al espejo, con unos pantalones de pitillo negros y mis botas militares del mismo color, a pesar del calor que hace, aunque estemos en octubre, y una blusa de gasa de tirantes atada al cuello, por supuesto negra, como mi alma perdida, que viaja sin mi permiso hasta el momento en el que mi vida se marchitó:

*—¿Señorita Castro? —preguntó aquel fatídico día una voz masculina que reconocí al instante al otro lado del teléfono.*

*—Sí, soy yo —contesté mientras me tomaba un mojito en una de las atiborradas terrazas de la plaza de Chueca.*

*—Soy el agente Ramírez, de la comisaría treinta y dos. ¿Podemos hablar?*

*Se presentó como si no lo conociese, aunque después supuse que se trataba de mero protocolo.*

*—¡Por el amor de Dios, Ramírez! Estamos en pleno mes de mayo y son las once de la noche, ¿es que usted no tiene vida? —me quejé.*

*—La verdad es que no la molestaría a estas horas si no fuese importante.*

*«¡Oh, sí! Siempre es muy importante», protesté para mis adentros.*

*—¡Pues yo empiezo a pensar que le pone cachondo oír mi voz, agente! La semana pasada resolvimos el caso de los falsificadores de obras de arte y ayer mismo le di una pista de vital importancia para resolver el tema de los atracadores de Pinto, ¿le parece poco? ¡Déjeme vivir!*

*—No, la verdad es que nos está siendo usted de gran ayuda —admitió en un tono compungido.*

*—¿Y quiere más aún? Si casi paso más tiempo con usted que con mi compañero de piso, a lo mejor debería pedirme matrimonio, Ramírez —bromeé.*

*—No lo descarto. —Me pareció que sonreía al otro lado de la línea, pero su tono no era el de todos los días, jovial y desenfadado, sino más bien algo seco.*

*Siempre creí que lo mío fue cosa del destino, o, más bien, cosa de un capricho de mi padre, que se empeñó en ponerme de nombre al nacer Ágata Cristi, aunque el «Cristi» suelo obviarlo en todas partes, pues gracias a él fui objeto de burlas varias en el colegio durante muchísimos años; no obstante, he de confesar que eso no me traumatizó en absoluto, ya que siempre tuve una personalidad bastante fuerte y estuve muy segura de mí misma y de lo que valía.*

*En definitiva, aprendí que si los demás se metían conmigo por ser distinta es que no merecían la pena. Eso de seguir al rebaño nunca fue conmigo, era demasiado rebelde para ese rollo corderil.*

*Pasaron los años y la oveja negra se convirtió en detective, otra rareza más para añadir a mi currículum. Pero es que mi mente nunca podía estar en calma, desde que era bien pequeña me apasionaba averiguar cosas que sucedían en casa, o en el colegio, siempre era la primera en enterarme de todo; seguía pistas y descubría cosas que más tarde utilizaba para mi beneficio, o canjeaba mi silencio por algo que me interesara.*

*Y así fue como, poco a poco, aprendí que la información es poder.*

*—¿Y bien? ¿Piensa contarme qué ocurre o tengo que averiguarlo? —insistí.*

*—Su hermana se acaba de suicidar.*

*No fui capaz de pronunciar ni una sola palabra, lo único que hice fue quedarme mirando la pantalla de aquel móvil, observando aquel*

*número de teléfono como si mi vida dependiese de ello, grabándolo a fuego en mi memoria para siempre, porque, mientras memorizaba el número, no pensaba en lo demás.*

Miles de lágrimas asoman a mis ojos al recordar aquel fatídico 6 de mayo, parece que últimamente la sombra de mi hermana es más larga que nunca, pues todo me lleva a acordarme de ella. Por eso me obligo a no pensarlo más, porque se me va a correr el maldito rímel que tanto tiempo me ha costado matizar para no parecer una zombi.

Me despido de mis padres y me marcho, dejando mi móvil apagado sobre la mesa. Bajo en el ascensor y dejo dos cazadoras, una negra y la otra marrón, en un banco que hay junto a la puerta.

Carlitos me está esperando abajo, montado en su Vespa rosa, tal y como habíamos acordado. Se ha quedado esta semana en casa de unos amigos para comprobar que me recupero bien, pues ni aun estando mi madre conmigo se fía, y no lo culpo, porque me conoce de sobra.

Me acerco hasta él, que me pasa mi casco y, mientras nos damos dos besos, le digo muy bajito:

—Lleva a la chica que se va a montar en la moto al Casino, como habíamos convenido, pero antes da varias vueltas por la ciudad, cuanto más tardes en llegar, mejor. No preguntes. Te quiero.

»¡Espera, que he olvidado la cazadora! —exclamo a continuación en una voz muy alta—. Ahora vuelvo, tardaré un segundo.

Regreso a toda prisa hasta el portal, donde la chica que limpia el bloque me está esperando vestida exactamente igual que yo, con peluca violeta incluida. Aguardamos unos ocho minutos, haciendo tiempo mientras le paso la cazadora marrón y le doy el casco, lo coge y después sale del portal simulando tener mucha prisa mientras se lo abrocha.

A continuación, sube a la moto de Carlitos como si nada y ambos desaparecen por la calzada. Todo ocurre tan rápido que no creo que nadie se haya percatado de nada. Yo recojo mi pelo en un

moño para ponerme una peluca morena y después agarro la otra cazadora que había dejado junto al ascensor. Espero un rato y salgo en la dirección contraria.

Me apresuro a coger un taxi y, una vez dentro, le indico la dirección de Dans Le Noir.

# Capítulo 23

> El imposible no podría haber ocurrido, por lo tanto, lo imposible debe de ser posible a pesar de las apariencias.
>
> AGATHA CHRISTIE

El taxi se detiene justo enfrente de la puerta del restaurante y el añejo aroma del recuerdo de otra época aflora en mi memoria, transportándome allí, a aquellos días de risas y preocupaciones tontas. Qué bonito resulta siempre el pasado cuando se mira con los ojos del presente, y qué felices habríamos sido si esto lo hubiese sabido antes.

Pago al taxista para bajarme y mirar a mi alrededor. Ya no hay vuelta atrás, si he tomado la decisión equivocada, deberé vivir con ello. Siempre se dice que hay que saber elegir entre lo que dicta la cabeza o el corazón, y yo, por primera vez en mi vida, he seguido lo que me dictaba el corazón, por eso espero no

equivocarme. Creo que nunca en mi vida he estado tan nerviosa como ahora mismo. Las piernas me tiemblan como flanes y el corazón bombea a mil por hora. Sólo espero que no me dé otro parraque.

—La Oveja Negra y el Lobo Feroz, bonita pareja —susurra en mi oído, consiguiendo que cada vello de mi cuerpo se erice y que cada célula de mi cuerpo se altere.

Me vuelvo de manera lenta para mirarlo de frente y ahí está: Álvaro.

En el momento en el que mis ojos y los suyos se encuentran siento miles de cosas inexplicables; una de ellas, las famosas mariposas revoloteando en mi estómago, cosa de la que siempre me he reído por creer absurda, pero aquí están, causando estragos; otra, una sonrisa involuntaria que se apodera de mis labios como si los elevase con dos hilos, y, por último, unas ganas enormes de besarlo que retengo con todas mis fuerzas.

Lleva un vaquero pitillo negro y una camiseta de Metallica del mismo color, con unas deportivas oscuras. Pero lo que más me llama la atención es que lleva una gorra. Pensará que así pasa desapercibido, llevando una gorra en plena noche.

—¡Feliz cumpleaños, Satán!

—Dame una sola razón para que ahora mismo no llame a la policía —le pido.

—Míralo con tus propios ojos —me pasa un papel—: es la factura de los dos actores que hicieron de secuestradores en París para que yo apareciese como un héroe, te salvara y me ganase tu confianza. Además de eso, su misión era encontrar un *pendrive* en el que tu hermana, por lo visto, guardó un vídeo bastante esclarecedor.

—¡¿Qué?! —No dejo de mirar la factura.

—Aunque tú siempre pensaste que no iban en serio —sonríe —, porque eres una kamikaze loca.

Yo no sé nada sobre ningún *pendrive*, lo único que sé es que ella guardó algo en OneDrive a la misma hora de su muerte, bueno, unos segundos antes.

Él me contempla como si fuese la Virgen María, como si de mi cuerpo brotase un resplandor divino que lo dejase petrificado y obnubilado.

—No me puedo creer que hayas venido, Caperucita —musita incrédulo.

—Conoce mi inclinación hacia los malos, señor Feroz.

Sonríe de manera más amplia, deslumbrándome al hacerlo, y por fin comprendo que el cuerpo humano es sabio, porque solamente cuando lo tengo a él delante vibra como nunca lo ha hecho. Mi cuerpo ha sabido lo que siente por él mucho antes que yo. Es cuestión de química, y entre nosotros hay tanta que saltan chispas.

—Te sienta muy bien el moreno —comenta señalando la peluca.

—Me queda fatal, no mientas.

Vuelve a reírse.

—Si hubiese tenido que apostar, lo habría hecho a que no vendrías. —Se acerca hasta mí.

—Todavía no estoy segura de qué leches hago aquí. Sólo tiene una oportunidad, señor Reyes.

—Tendré que aprovecharla entonces.

Me coge de la mano y tira de mí de forma suave para llevarme hacia el interior del restaurante, y yo lo sigo como una corderita mansa.

—Aquí estaremos a salvo, nadie podrá vernos —indica mientras traspasamos la puerta para entrar en la boca del lobo.

—¡Todavía no puedo creer que fueras tú el de aquel día, joder!

Él suelta una carcajada.

—Tu hermana me tenía frito hablándome de ti a todas horas, de lo especial que eras y de que nunca encontrarías un hombre a tu altura. Aquel día comenzó mi descenso hacia el infierno en el que hoy estoy metido, porque nunca pude sacarte de mi cabeza.

El camarero nos interrumpe para acompañarnos hasta nuestra mesa. Esta vez, la oscuridad no me causa tanta impresión como la primera, entre otras cosas, porque él me lleva de la mano.

Tomamos asiento uno frente al otro y el camarero se marcha, dejándonos solos.

—Álvaro, no pienso quedarme aquí sentada, cenando contigo tan tranquila, mientras tenga la más mínima sospecha de que eres el asesino de mi hermana —le suelto de golpe.

—¡Oh, joder! No puedo creer que hayas dado credibilidad a esa mierda, Ágata. Yo adoraba a tu hermana —ruge molesto.

—Que esté aquí sentada demuestra que no le he dado credibilidad, pero quiero saber por qué esa gente me está espiando y por qué te incriminan a ti en la muerte de Marta. No entiendo nada y, hasta que me lo aclares, no me fiaré ni de mi sombra.

—Está bien. Yo también creo que Marta no se suicidó, y estoy seguro de que existe alguna prueba que lo corrobora. Una prueba que ellos creen que tú escondes.

Mi corazón comienza a palpitar con fuerza, debo calmarme. Respiro hondo.

—¿Qué dices? No se ha encontrado ni una sola prueba que contradiga la teoría del suicidio. Y, si yo la tuviese, ¿no crees que ya la habría sacado a la luz?

—Nena, no estamos jugando en la liga infantil, nos enfrentamos a la Champions de la delincuencia y si ellos creen que hay una prueba, es que la hay. De lo contrario, ¿podrían haber llenado la casa de una detective de cámaras, podrían haber pinchado tu móvil, podrían haber metido micros en tu ropa interior, en un maldito loro y vete tú a saber cuántas cosas más habrán hecho?

«¡La madre del cordero!»

—¿En el loro? ¡Joder, menos mal que lo dejé en Bali!

—¿Has traído ropa interior? —pregunta con el doble sentido que conlleva la preguntita. Le conteste sí o le conteste no, estoy perdida.

—Eso es algo que no sabrás, tú también deberás fiarte de mí, Lobo.

Me encantaría que hubiese luz para ver su expresión ahora mismo.

—Cómo me gustas, Satán, me vuelves loco cuando me pones

contra las cuerdas —susurra con una voz más que sugerente.

Ahora me alegro de haberle hecho caso y venir sin ropa interior; no obstante, lo he meditado bastante, no ha sido una decisión fácil, pues era una batalla conmigo misma. La verdad es que me lo había tomado más por el lado sexual y no por los micros, así que en cierta manera mi pobre clítoris está decepcionado.

—Álvaro, no te distraigas, dime quiénes son.

—Vamos a empezar por el principio: Marta.

Sólo el hecho de oír su nombre me pone nerviosa y triste a partes iguales. Se me hace un nudo en el estómago, pero hay que llegar hasta el final, se lo debo.

—Ella tenía predilección por los hombres, a ver cómo lo digo..., famosos.

—¿Qué dices? ¡Eso es mentira!

—Ágata, yo la conocía muy bien. Los hermanos desconocemos los fetiches de la familia, los amigos íntimos los sabemos de sobra.

—¿Y por qué sabías tú qué fetiches tenía mi hermana? —Mi espíritu de detective no me permite dejar de preguntar, e imaginármelos a los dos besándose me mata de celos.

—Yo era quien se encargaba de concertarle las citas. Me pagaba un sueldo al mes por cazarle famosos.

—Eso es imposible.

—Eso es algo que sí puedo demostrar. Cuando salgamos de aquí te enseñaré todos los mensajes.

—No puedo creerlo.

Me niego. Ella era una muñequita rosa y romántica que creía en los cuentos de hadas. ¿En qué momento dejó de serlo para convertirse en una *destroyer* sexual? Lo cual me hace plantearme: ¿hasta qué punto conocemos a nuestros seres queridos?

—No es nada malo, cada uno tenemos nuestras fantasías sexuales —alega.

—¿Y tú conocías a todos los famosos de los que ella se encaprichaba?

—No. Para eso yo contrataba a su vez a otra persona, que era

la que me pasaba los números privados de todos esos hombres y que desconocía para qué los quería yo. Una vez que conseguía los contactos, llamaba y les enviaba fotos bastante sugerentes de Marta que, por supuesto, contaban con su beneplácito.

—¡¿Y los famosos se prestan a eso?!

—A veces decían que sí, pues a nadie le amarga una noche de sexo con una mujer guapa, y otras veces decían que no, como fue el caso de Eygon Black.

—Estoy flipando —exclamo poniendo ambas manos sobre mi cabeza—. ¡Camarero, por favor, traiga algo de beber!

El empleado de la sala que nos atiende aparece de la nada y nos informa de que acaba de llenar nuestras copas.

—No te vayas, no te vayas —le ordeno.

Palpo el mantel hasta encontrar la copa, que me bebo de un solo trago.

—Llénala de nuevo, por favor.

El camarero obedece y vuelvo a bebérmela de un solo trago.

—La última, por favor —le pido con una vocecilla suplicante.

Él obedece de nuevo y se marcha.

—Marta era muy buena persona, una excelente profesional y la mejor hermana e hija del mundo, no entiendo qué motivos tienes para mancillar su imagen —la defiendo.

—Ágata, aquí nadie mancilla a nadie. Las tendencias sexuales de cada uno son una elección propia y nadie tiene derecho a juzgarlos por ellas. Nadie debe criticarnos por lo que hagamos en la cama porque a nadie le importa. Si te estoy contando esto es porque necesitas saberlo para comprender todo lo demás, de lo contrario, este secreto entre tu hermana y yo se iría a la tumba conmigo. —Su voz denota indignación.

—¡Dijiste que eras su amigo, no su mamporrero!

—Nos conocimos así, pero nos hicimos muy buenos amigos con el tiempo.

—Está bien, continúa, por favor —le ruego, no quiero saber más.

—Al negarse el escritor a mantener sexo con ella, tu hermana

comenzó a mandarle mensajes cada vez más frecuentes, cosa que me ocultó porque, obviamente, yo se lo habría prohibido.

—¡La madre que la parió!

Y yo pensando que era una princesita modosita.

—Se convenció a sí misma de que, como él era tan romántico, no querría tener sexo con una desconocida, pero se extralimitó tanto que terminó obsesionándose con él, hasta el punto de acosarlo y amenazarlo con hacer pública su identidad si no se acostaba con ella.

—¡¿Ella sabía quién era?!

—Sí.

—¿Y tú?

—No. El contacto de Eygon Black fue el único que yo no le facilité. No tengo ni idea de cómo lo consiguió.

—Madre mía.

—Ellos buscan de manera desesperada un *pendrive* y, aunque nunca supe qué contenía, sospecho que en esa grabación se ve algo que a ellos los aterra. Creo que ella, de alguna manera, tuvo miedo y quiso hacérnoslo saber, por eso grabó algo.

—¿Y qué se presume que hay grabado en ese *pendrive*? —inquiero haciéndome la tonta.

—Supuestamente se trataría de un vídeo donde se viese lo ocurrido. Pero... ¿dónde lo guardó?

Pienso en que Marta nos habría unido a propósito a Álvaro y a mí a sabiendas de que algo malo iba a ocurrirle, y se me pone el vello de punta.

—Yo no sé nada sobre ningún vídeo —le miento—, de lo contrario, sabría quién es ese malnacido y estaría metido entre rejas hace tiempo.

—Ella lo sabía, estoy seguro. Por eso la mataron.

—Matar a una persona sólo por el hecho de conocer la verdadera identidad de un escritor me parece absurdo, ¡debe de haber algo más!

—Yo opino lo mismo que tú.

Me levanto de mi sitio nerviosa, pensando en un posible

móvil del asesinato, pero él enseguida acude en mi ayuda para que tome asiento de nuevo.

—Por favor, tengo que contarte todo, Ágata, no sabemos cuánto tardarán en averiguar dónde estamos y venir a buscarnos, cada segundo es oro.

—Vale, vale.

Me siento de nuevo a regañadientes.

—Nadie sospechó nada por aquel entonces. Ni siquiera su propia hermana, una detective de renombre, encontró ninguna prueba contra ellos, por eso estaban tranquilos. Pasado el tiempo, el juez dictaminó el suicidio en sentencia firme y todo salió según su plan. Estaban libres de todo pecado.

—Pero...

—Pero esa detective escribió un libro en el que se acercaba demasiado a la realidad y era imposible que se lo hubiera imaginado todo. Las casualidades no existen, detective, lo sabes de sobra. Por eso creen más que evidente la existencia de ese vídeo.

—¡¿Qué?!

—Miss Violet destapó al asesino en su primera novela.

¡Me quedo sin habla mientras mi corazón palpita con fuerza!

En mis novelas, Miss Violet, aparte de ser detective, también escribe, aunque lo haga para sí misma a modo de diario donde describe las pistas, los sospechosos y todo lo necesario para resolver los crímenes; así, juega con el lector al gato y el ratón. Y, precisamente, en la primera novela el asesino era el dueño de una gran editorial, que se hace pasar por amigo de la víctima para asesinarla, fingiendo su suicidio.

Mi mente echa humo.

—¡¿El señor Moreno?! —grito aterrada.

—¡Chis, cállate! —me reprende—. No sabemos quién puede haber por aquí.

—Joder, no puede ser, no puede ser... —He entrado en *shock*.

—Él es mi padrastro, Ágata, y el padre de Dante.

«¡Hostias!»

Tapo mi rostro con ambas manos para no gritar.

—¿Me estás diciendo que Luis Moreno es el asesino de mi

hermana?

—Te estoy diciendo que uno de los dos es Eygon Black y que uno de los dos fue quien tiró por el balcón a Marta. Ahora me tendrás que ayudar a destapar el resto de la trama.

—Pero ¿qué tengo que ver yo en todo esto? Yo no sé nada sobre ningún vídeo.

Me tiemblan hasta los dientes.

—Mi padrastro cree que te has hecho escritora porque sospechas de él y que es sólo una tapadera. Cree que escribiste la novela a modo de salvoconducto, por si te ocurría algo a ti, que lo inculpasen a él. Por eso te contrató, para tenerte cerca y vigilada. Por eso no quería que te fueras a ninguna otra editorial bajo ningún concepto y por eso nos metió a Dante y a mí a trabajar cerca de ti —me explica.

—Entonces ¿todos en la editorial me han mentido?

Zahra, Jorge y Lola estarán también en el ajo, por supuesto.

—No. Nadie sabe quién es Eygon Black en realidad, eso es cierto, ni mucho menos que esté implicado en nada que tenga que ver contigo. Tus ventas también son reales. Todo marcha bien.

—Y si todo marcha bien, ¿por qué ahora esa prisa repentina por eliminarme de la ecuación? —pregunto.

—A quien pretendían eliminar era a mí, tú sólo eres un mal adyacente. Por mi culpa se ha acelerado todo. Yo soy el único que conoce todos sus secretos y el único que podría contarlos.

—¿Y por qué no lo haces?

—Lo estoy haciendo. He cavilado mucho sobre esto, porque, si te contaba todo, te estaría poniendo delante de la diana, pero después me he dado cuenta de que tú eres la diana y que tendríamos más posibilidades de escapar si estábamos juntos. Para mí habría sido mucho más sencillo desaparecer sin más.

—Álvaro, debes testificar, tengo muchos amigos policías que nos protegerán.

—Ay, Satán, eres inteligente, pero demasiado ingenua. Yo estaba metido en el ajo hasta hace unos días: si canto, caigo yo también. Dante y yo éramos los señuelos; del que te enamorases ganaba la partida, te mantendría vigiladita y quietecita, al menos

hasta que consiguiésemos destruir el vídeo.

—¡Sois unos cabrones! —rujo indignada.

—¡Ya te digo! Lo teníamos tramado a la perfección, pero algo salió mal y se jodió todo.

—¿Y qué fue lo que falló?

—Que quien se enamoró de ti fui yo.

Se hace el silencio, momento que el camarero aprovecha para traernos los platos. Después se marcha.

—Creo que te resultará fácil de entender que no te crea —digo finalmente.

—Me estoy jugando la vida por ti. En Bali debería haber dejado que te pillase aquel matón, pero no pude consentirlo. Te salvé y la cagué.

—¿Ibais a dejar que aquel gigante me pegase?

—Le habían pagado para que te matase —me corrige, dejándome helada.

—Esto comienza a darme miedo de verdad, Álvaro, espero que no me estés gastando una puta broma porque no me hace ni pizca de gracia —confieso con voz temblorosa.

—Por salvarte me dieron una paliza mortal de la que pensé que nunca me recuperaría. ¿Crees que eso es estar de broma?

—¡Eso es imposible, estabas en tu habitación del hotel aquella noche!

—No era yo, Ágata. Yo estaría tirado en algún callejón oscuro tratando de sobrevivir.

Al imaginarlo se me revuelve el estómago porque todo esto ha sido por ayudarme a mí.

—¿Y por qué volviste a Madrid en vez de desaparecer? —le pregunto.

—Para protegerte. Estás en peligro.

—Pero es absurdo, Dante podría haberme dejado morir cuando me dio el infarto —reflexiono en voz alta.

—No es tonto. Cuando ibais juntos, él ya sabía que yo no había muerto y que había escapado. Salvándote me incriminaba a mí directamente. Todos pensarían lo mismo que acabas de pensar tú: «¿Para qué salvar su vida si quería matarla?». ¡Era su mejor

coartada! Además, ¿qué mejor forma de que te fiases de él que salvándote la vida? En cuanto tuvo la menor ocasión te dijo que yo era Eygon y, además, el asesino de tu hermana, y tú lo creíste, ¿no te das cuenta? Lo que pretende es que le cuentes dónde tienes el vídeo escondido.

«¡Y tú también!», pienso para mis adentros.

—Dante sabía todo lo que me contaste en Bali cuando estábamos tú y yo a solas, cada palabra que me dijiste. ¡Me repitió al pie de la letra tu frasecita de ligón barato!

—Tenías micros puestos por todas partes, Ágata. Él sólo tuvo que pensar una historia que cuadrase con lo que yo te había contado e inventarse una réplica.

«¡¡¿¿Micros??!!»

—Y tú, aún sabiéndolo, ¿decidiste contarme todo aquello en vez de quitarme los micros? ¡Te delataste solito!

—Creí que tenía un as en la manga.

—¿Qué as? —inquiero.

—Contaba con pasar toda la noche contigo y, al desnudarnos, contarte todo lo demás, sin que ellos descubriesen que sabías lo de los micros, pero me jodieron el plan porque llegaron enseguida y no me dio tiempo a desnudarte.

—¡Eres un maldito cerdo!

—Lo sé, pero eso no es nada nuevo, Satán, ya contabas con ello —admite en un tono sarcástico.

Mi cerebro no consigue conectar todas las neuronas para comprender lo que está ocurriendo.

—Si voy a la policía te condeno a ti, pero si no voy, nos condeno a los dos —conjeturo.

—Debemos encontrar ese maldito vídeo, es la única salida.

—Pero ¿cómo?

He probado con todas las contraseñas que se me han ocurrido, pero el OneDrive no responde, no hay manera. Si no hay una orden judicial, OneDrive no facilita la clave, ni siquiera a los familiares, y esa orden no existe para un suicidio, sólo lo harían para un homicidio, así que no hay salida. ¿Se lo cuento a Álvaro o

mantengo el secreto para que siga pensando que existe un *pendrive*?

—Escapémonos —sugiere.

—¡¿Qué?! ¡Tú estás loco! ¡Ésa es la peor de las opciones! Nadie que es inocente huye.

—Debemos tenderles una trampa para que ellos solitos se delaten, pero para eso necesitamos tiempo.

¡Esto se me complica por momentos! Salí de casa siendo una persona normal y ahora me veo huyendo como cómplice de un asesino en serie buscado por la Interpol.

¡¿Qué más puede suceder?!

—Ágata, no pienso ir a ningún sitio sin ti.

# Capítulo 24

Las mujeres observan de un modo inconsciente mil detalles íntimos, sin saber lo que hacen. Sus subconscientes mezclan esas cositas unas con otras, y a eso lo llaman intuición.

AGATHA CHRISTIE

Pasada la tormenta inicial ha llegado el postre y con él he conseguido serenarme un poco.

—No puedo desaparecer sin más.

—Es la única manera de que no nos descubran. A estas horas ya te estarán buscando.

—¿Y mis padres? ¿Y Carlitos? Ellos también estarán en peligro, sería demasiado cobarde dejarlos tirados para huir.

—Ágata, ellos no están en peligro, créeme. Mi padrastro sólo quiere destruir ese vídeo y a las personas que conozcan su existencia, es decir, a ti y a mí. No van a ser tan tontos de mancharse las manos de sangre inocente para que la policía reabra la investigación —afirma.

—¿Ah, no? Entonces ¿qué pretenden hacer con nosotros? ¡Porque mi sangre es muy inocente, no sé la tuya! ¿Eso no sería mancharse las manos de sangre?

—Lo nuestro sería interpretado como una discusión entre amantes, un desafortunado accidente. Nadie sospecharía de ellos. Tendrían pruebas suficientes y testigos de sobra para acreditar que nos llevábamos fatal.

—No comprendo por qué no hizo esto desde un principio. ¿Por qué ha esperado tanto tiempo, arriesgándose a ser descubierto?

—Él no es un delincuente profesional, lo que sucedió fue algo que se le fue de las manos y terminó en tragedia. Ha tratado de destruir el vídeo por las buenas, pero al ver que no obtenía resultado, y no sólo eso, sino que, además, yo me he unido a tu causa, se ha visto obligado a tomarse el asunto más en serio.

—Él sabe que hay un vídeo por algún motivo —conjeturo.

—Marta le advirtió en un mensaje que lo grabaría todo, pero él se llevó su móvil.

Eso es cierto, la policía nunca encontró su móvil, supusieron que ella lo habría destruido en alguna parte porque no encontraron ni siquiera la placa base. Lo que daba aún más fuerza a la teoría del suicidio premeditado.

Todo esto es demasiado complicado para mí. No me apetece pensar más en asesinatos y problemas, para variar. Mi vida siempre es aburrida y monótona menos cuando Álvaro aparece en ella. Por un lado, quiero hacerle mil preguntas, aunque él no tenga las respuestas, pero, por el otro, quiero dejar todo atrás y ser feliz, aunque sólo sean cinco minutos; además, el vino me está dando

ganas de bailar y cantar.

—No soy capaz de pensar en nada más ahora mismo, mi cerebro ha sufrido un cortocircuito —le informo hastiada del asunto.

—En cuanto salgamos de aquí debes haber tomado la decisión.

Me dispongo a beber la sexta copa de vino, o de lo que sea que me hayan echado, pero justo antes de llevarla a mi boca decido lanzar el líquido hacia delante con fuerza, como hice la primera vez que quedamos.

—Pero ¿qué coño...?

Mis carcajadas interrumpen su queja.

—Para recordar viejos tiempos —exclamo entre risas, a ver si destensamos el ambiente.

De pronto siento que mis pantalones desaparecen, de manera literal, por debajo de la mesa, por lo que dejo escapar un grito. Mi primer acto reflejo es el de juntar las piernas, pero sus manos me las separan sin piedad, agarrando mis muslos para que permanezcan separados.

No tardo en sentir su aliento cálido demasiado cerca de mi sexo y su lengua entrar en contacto con mi vagina. Me pongo rígida porque ningún hombre ha sabido nunca excitarme con el sexo oral y el motivo es muy sencillo: todos ven porno, lo cual ha causado estragos en el arte amatorio, pues suponen que hay que dar cuatro lamentables lametazos de vaca aquí y allá, meter todos los dedos que quepan por donde sea y aporrear como si fuese una pandereta en plena Navidad; además, no considero que tengamos la confianza necesaria para...

—¡Oh! —exhalo sorprendida.

Su lengua, plana, relajada y suave, ha comenzado a acariciar mi vulva lenta y acompasadamente. Parece que empieza bien, por lo que decido darle una oportunidad.

Recorre los labios sin prisa, cada recoveco de manera minuciosa y cada pliegue de forma precisa, por lo que deduzco que conoce de sobra el medio en cuestión, pues estoy empezando a

excitarme.

Se desvía siempre para no llegar al clítoris y yo comienzo a estar ansiosa por que preste atenciones a esa zona, por lo que me resbalo ligeramente en la silla y abro las piernas para facilitarle el acceso, pero él continúa sin llegar a donde quiero. Besa, lame, succiona, juguetea con un dedo sin introducirlo, todo ello sin prisa pero sin pausa, disfrutando lo que hace.

Finalmente pasa la punta de la lengua por encima del clítoris, que está tan excitado que palpita de repente al sentir su tacto. Acto seguido, lo besa y después centra su atención en él. Mi respiración comienza a agitarse porque estoy cada vez más excitada. Me agarro al borde de la silla para mantener el equilibrio y él parece que sabe interpretar mi lenguaje corporal porque lo entiende a la perfección.

Sabe el punto exacto donde tiene que chupar, la intensidad y la velocidad, consiguiendo que me vuelva loca.

Siento que introduce un dedo en mi interior con suavidad, no como si rebañase un bote de mermelada, no, sino con conocimiento de causa, haciendo movimientos suaves hacia arriba, friccionando para estimular el punto G con maestría y logrando el ansiado *squirting* del que tanto había oído hablar pero que nunca había experimentado. Usa la mano que tiene libre para apretar de manera magistral mi bajo vientre y ese gesto consigue que suelte un sonoro gemido, pues intensifica mucho más la presión en la zona. He perdido el control de mi cuerpo hace rato.

No me pregunta si ya he terminado o si me queda mucho, ni me observa desde abajo con cara de conejo degollado, o al menos yo no lo veo, gracias a Dios. Se lo toma con calma y disfruta de ello, haciendo que yo me retuerza de placer, tanto que, sin esperarlo, un gran orgasmo me hace temblar como nunca.

—¡Jesús!

De repente, unas fuertes manos me sujetan por las muñecas para levantarme y ponerme sobre la mesa, notando la piel de mi trasero embadurnarse con lo que haya encima de los platos y provocando que suelte un grito que él no tarda en silenciar con sus labios.

El aroma a Álvaro y el sabor a mí inundan todos mis sentidos, encendiendo las sensaciones que palpitaban en la oscuridad.

Este beso acalla tantas cosas que me entra vértigo, pues sería capaz de lanzarme al infierno si me lo pidiese así. Su lengua atrapa la mía con premura, acariciándola con maestría, encendiendo cada rincón de mi ser. Nadie me había besado de este modo nunca.

Poco a poco, baja por mi cuello, que besa y mordisquea hasta llegar al lado derecho, donde atrapa el lóbulo de mi oreja para succionarlo con delicadeza, cosa que me vuelve loca. Su exploración continúa hasta llegar a uno de mis pechos. Con un suave tirón, lo desprende de la tela y mi pezón queda expuesto.

—Mmmm, sin ropa interior, sabía que podía confiar en ti —susurra en mi oído.

Sin aviso, se lanza a por el pezón que clamaba por sus atenciones y yo arqueo la espalda sobre la mesa al sentir su hambrienta succión, ahogando un gemido para que nadie me oiga, pues Álvaro es un amante ardiente y sabe de sobra lo que debe hacer para encender el deseo de una mujer.

—Tu belleza es perceptible incluso en la oscuridad, Satán.

Vuelve a besarme en los labios. Sujeta la curva de mi espalda con una mano para atraerme hacia sí con fuerza. Todo esto sin poder parar de besarnos, cada vez más profundamente.

—¿Alguna vez has hecho el amor en medio de un restaurante lleno de gente? —murmura muy bajito a la vez que se baja los pantalones.

—No.

—Pues me alegra ser el primero.

Enredo los dedos en su pelo para atraerlo hacia mí con determinación y besarlo. Ha encendido mi pasión y está ardiendo con fuerza.

Desliza su mano hasta mi entrepierna, que todavía está sensible, me da otro beso, esta vez más dulce y sereno. Se separa de mí para ponerse un preservativo y pienso: «¡Por fin ha venido preparado!».

—Nada se interpondrá entre nosotros. Nadie te hará daño nunca porque te protegeré con mi vida. Lo juro —musita entre mis

labios.

Tanto sus dedos como su erección se frotan contra mi sexo y yo muerdo su hombro para intentar mantener mis gemidos a raya, voy a derretirme. Entonces, con mis manos lo agarro con fuerza por su duro trasero y lo acerco hasta mí para que me penetre de una maldita vez, cosa que hace sin poner objeción, de un solo empellón lo tengo dentro, muy dentro, clavado en mi interior.

A pesar de estar tan húmeda, su tamaño es difícil de asimilar, él debe de saberlo, y por eso permanece quieto, para que mi anatomía se acostumbre a la suya. Me agarro a sus hombros con fuerza para poder moverme bien; mientras, él está apoyado en la mesa con una mano y con la otra me sostiene por la espalda para que no salga disparada. Esto promete.

—¿Estás bien? —pregunta sin moverse.

—¡Que comience la fiesta, Lobo Feroz!

Primero sale de mí con cuidado para volver a entrar. Despacio. Yo continúo abrazada a sus hombros, dirigiendo la orquesta. Cuando ha entrado y salido unas cuantas veces lentamente, cojo la batuta para marcarle un ritmo mucho más vivo. Quiero fuegos artificiales y los quiero ya.

Él lo entiende enseguida y me embiste con sus fuertes caderas a un ritmo devastador. Yo, debido a sus impulsos, subo y bajo de su enorme polla desesperada, sin soltarlo, pues necesitaba sentirlo dentro y con fuerza. Precisaba echar un buen polvo salvaje que me hiciera olvidar todo lo demás, y con Álvaro la palabra «polvo» cobra un significado superior, algo sublime, porque conectamos de una manera inexplicable, así que pienso disfrutarlo por si fuese el último.

Cierro los ojos tratando de no gemir, aunque me esté volviendo loca y me gustaría gritar como una posesa, pero tengo que contenerlo entre mis labios o seremos descubiertos.

—Éste es un buen ejercicio de autocontrol —me quejo.

No aguanto mucho más, tengo la adrenalina a niveles impúdicos por el temor a que la gente de nuestro alrededor pueda vernos, o incluso que el camarero aparezca y choque contra nosotros. Así que, finalmente, me dejo ir y toco el cielo con mis

manos.

—¡Oh, joder! —gimo sin poder evitarlo, agarrándome a su pelo con fuerza.

—Señores, ¿desean algo más? —oigo a mi lado la voz del camarero.

Yo doy un grito por el susto y me dispongo a bajar a toda prisa de la mesa, pero Álvaro me retiene sujetando con sus manos mis caderas con fuerza para continuar bombeando.

—No, gracias, todo está perfecto —jadea.

Estoy segura de que el camarero se ha percatado de lo que sucede, pero a Álvaro le importa un pimiento y a mí otro, por lo que me dejo hacer y en muy poco tiempo consigo alcanzar otro orgasmo, acompañado del suyo, que lo hace rugir contra mi hombro como un oso.

—Consigues que pierda los papeles, mujer —musita en mi oído, todavía jadeante.

—Tú naciste sin papeles, no me culpes a mí.

Mientras trato de vestirme, compruebo asqueada que mis piernas, mi trasero y mis pantalones están llenos de algo pringoso.

—No pienso salir rebozada en salsa a la calle —protesto tratando de limpiarme.

—Espera un momento —dice él—, ¡Sam!

—¿Sí, señor? —contesta la voz a mi lado de nuevo, consiguiendo que yo vuelva a gritar.

«Éste seguro que ha estado aquí todo el rato haciéndose una paja a nuestra costa», me temo.

—Tráeme la mochila que te he dejado antes en la entrada, por favor.

—Ahora mismo, señor.

—¡Ah, y toma, cobra la cena con esta tarjeta! —le ordena Álvaro.

El camarero se marcha para volver a aparecer al instante con la mencionada mochila.

—Aquí tiene, caballero. Mientras, voy a cobrarle.

—Muy bien, Sam, gracias.

Cuando creemos que se ha marchado, Álvaro palpa mis brazos

hasta arrancarme el pantalón de las manos.

—¿Qué haces, estás loco? No vuelvo a echar un polvo contigo en un lugar público, seguro que ese tío nos ha estado viendo, ¡por el amor de Dios! ¿En qué coño estaría yo pensando? —me quejo.

—¡Chis, calla, que nos van a pillar! Quítate esa ropa, límpiate con esto y ponte lo que hay en la mochila. Si salimos en alguna cámara de seguridad, buscarán a una cucaracha negra con el pelo violeta.

—Cucaracha lo serás tú, y no cantes victoria, que todavía no he decidido irme contigo.

—No mientas, Satán, te lo has planteado en el primer orgasmo, lo has decidido en el segundo y lo has confirmado con el tercero.

—¡Tú eres tonto!

—Sí, y te pone muy cachonda que lo sea, no puedes negarlo. —Se ríe—. Ahora en serio, escúchame con atención: disponemos de media hora hasta que descubran dónde he usado mi tarjeta de crédito y se presenten aquí. En ese tiempo debemos estar en Méndez Álvaro cogiendo un autobús a Barcelona.

—¿Y en Barcelona no van a encontrarnos? ¡Vaya delincuente de pacotilla que estás hecho! —me lamento.

—De allí iremos a Eslovenia.

—¡¿Qué dices?!

—Era el único destino para el que no necesitaba documentación. —Se encoge de hombros.

—Yo no pienso ir a Eslovenia ni a ningún otro sitio que no sea mi casa.

Me imagino perdida en medio de la nada con este mendrugo y me entran los siete males.

—Ágata, déjate de chorradas de niña y sé consecuente con todo lo que está ocurriendo. Si te quedas aquí, antes o después morirás. Ahora mismo ya saben que has venido a verme y que te lo he contado todo, eso no les da demasiado margen de maniobra. Deberán atar los cabos sueltos, y tú y yo somos esos únicos cabos.

—No quiero poner en peligro a mis padres, si desaparezco no

podrán soportar el dolor, ahora que acabo de recuperarlos, Álvaro. Iré a la policía y me arriesgaré.

—Sabes que la policía no va a creerte, has trabajado con ellos y contar todo esto después de tanto tiempo resultará absurdo si no les das el vídeo. No tenías pruebas entonces y sigues sin tenerlas ahora, ¿no lo entiendes? —insiste—. Si no encontramos ese *pendrive*, estamos perdidos.

Tiene razón.

Por un momento se me pasa por la cabeza que todo esto siga siendo un plan de ellos mismos para que confíe aún más en Álvaro y que, así, le dé el vídeo, por eso me reafirmo en continuar negando la existencia del maldito archivo. Si ellos son la Champions de la delincuencia, ¡yo seré el Mundial!

—No voy a abandonar a mis padres, lo siento —digo al final.

—¿Y si los llamas y hablas con ellos? —me propone.

—Eso lo cambiaría todo.

—¡Sam! —llama al camarero.

—Aquí estoy, señor, tome su tarjeta.

Acaba de comenzar la cuenta atrás.

—Sam, te doy cincuenta euros si me dejas hacer una llamada desde tu móvil.

—No sé, señor, yo no debo...

—Y cien si no se lo cuentas a nadie —agrega.

Una vez que me he limpiado con una especie de toalla, salimos a la calle y por fin veo las pintas que llevo. Un vestido beige a la altura de las rodillas, botines del mismo color y un pañuelo anudado a la cabeza; además, por supuesto, continúo con la peluca morena puesta.

—Vaya cuadro, parece que he viajado a los años cincuenta —reniego.

—Nunca te he visto tan guapa..., bueno, miento, el día que te vi en bolas en París estabas aún mejor.

Le asesto un fuerte puñetazo en el estómago que a él sólo le produce cosquillas mientras se parte de la risa. Se coloca a la espalda la mochila de *sherpa*, que casi es igual de grande que yo, y me mira fijamente para añadir:

—Si alguna cámara de seguridad nos graba, tardarán más en descubrirnos así, pues seguro que buscan a una mujer vestida de negro con el pelo violeta y a un pijo con traje de chaqueta. Iremos cogidos de la mano por la calle, cosa que los despistará más todavía.

—Si lo que pretendías era cogerme de la mano no necesitabas tanta parafernalia.

—Era la única manera de que no te negaras —bromea, y consigue que sonría.

Un hombre que consigue que sonrías como una idiota en uno de los momentos más complicados de tu vida es un hombre que merece la pena mantener a tu lado por siempre.

—¿Preparada? —pregunta, y asiento.

Álvaro me pasa un móvil.

—Tienes menos de un minuto para que no puedan localizar la llamada, y no se te ocurra decirles adónde vamos, sólo que estarás bien y que no abran la boca sobre esta llamada ni sobre ninguna otra cosa. Nadie debe sospechar que tus padres saben algo, diles que actúen de manera natural, como si estuviesen muy preocupados por ti y, si continuasen confiando en Dante, ya sería la hostia.

Pongo los ojos en blanco y lo miro con cara de uva pasa viendo pasar un velero.

—¿Les digo algo más a MIS padres? —replico.

—No. Adelante. —Hace un gesto con la mano como si me permitiese el paso y se aleja para darme intimidad.

Cierro los ojos para armarme de valor, dejando resbalar unas lágrimas que saben de sobra el daño irreparable que voy a causarles a las dos personas que me dieron la vida, esa vida que yo les arrebato un poquito cada día. Marco uno de los pocos números de teléfono que me sé de memoria y mi madre contesta.

# Capítulo 25

Cualquier sensación de atracción entre un hombre y una mujer empieza con la asombrosa ilusión de que ambos coinciden en su forma de pensar.

AGATHA CHRISTIE

Ya no sabía de qué manera sentarme para que no me doliera cada parte de mi cuerpo, y mira que los asientos del autobús eran cómodos, pero llevaba más de treinta y cuatro horas sentada, sólo moviéndome para salir al baño, ya que Álvaro llevaba comida de sobra en su misteriosa mochila como si se tratase del bolso de Mary Poppins para que nadie nos reconociera al salir a la calle; aunque dudo mucho que toda aquella gente que se dirigía junto a nosotros hacia Europa del Este me reconociera de darse el caso.

Primero fuimos hasta Venecia durante veinticinco horas. Cuando nos detuvimos allí, me emocioné pensando que ése sería nuestro romántico destino, pero no, cogimos otro autobús hasta Koper, que sumó otras siete horas más al fatigoso viaje y que me sumó también un cabreo monumental por no habernos quedado en esa romántica ciudad. Sin embargo, nuestro éxodo no terminaba allí tampoco, sino que necesitamos otras dos horas más de autobús hasta Kobarid, donde nos encontramos ahora mismo, según el letrero que tengo frente a mis ojos.

Necesito estirar las piernas sí o sí, de lo contrario, enloqueceré más aún y todo tiene un límite; ahora mismo sería capaz de cometer un asesinato con ninguna premeditación, pero sí con mucha alevosía.

Cuando por fin bajo del autobús, noto cómo me flaquean las fuerzas, a las piernas les cuesta acostumbrarse de nuevo a mi peso y me siento como un vampiro fotosensible al recibir los tibios rayos de sol que traspasan las nubes.

—¿Dónde coño me has traído, Álvaro? —le pregunto al ver alejarse el autobús.

Hemos permanecido en silencio durante todo el viaje porque mi estado emocional era demasiado inestable dadas las circunstancias, y lo mismo me apetecía entrar en un baño para follármelo como una loca que me apetecía asfixiarlo con la mochila y tirar su cadáver en alguna cuneta. Por eso he preferido prevenir a tener que enterrar un cuerpo tan grande.

—¡Bienvenida a Eslovenia! *Dobrodošli v sloveniji!* —tararea.

—¡¿Es que de verdad me has traído a Eslovenia?! ¡Estarás de broma!

Álvaro sonríe.

—¡Estamos en el puto paraíso! —grita con todas sus fuerzas elevando los brazos hacia el cielo.

Y entonces levanto la vista hacia las impresionantes montañas que nos rodean para descubrir que, efectivamente, es el paraíso. El verde de los Alpes es tan intenso que no parece real, y el cielo es tan azul que el contraste de ambos colores resulta prodigioso. Tanta magnificencia natural te hace sentir insignificante.

—Para ti todo es un paraíso —me quejo al recordar que en Bali también dijo que estábamos en el mismo lugar.

Aún estoy contrariada conmigo misma por haber aceptado fugarme y desaparecer del mundo con él. No soy muy dada a hacer locuras, y mucho menos locuras de amor, yo soy más de organizarlo todo y tenerlo bajo control; por eso mismo le echo la culpa a él, que es más cómodo que echármela a mí misma y cargar con ella si esto sale mal.

—Siempre que estés a mi lado, yo estaré en el puto paraíso, ¿todavía no has entendido eso, Satán?

Vale, me ha dejado sin palabras. «Punto para él», le anoto el tanto en mi mente y sonrío al recordar que no hace demasiado tiempo que jugaba a esto mismo con Jorge, aunque nunca me turbaran tanto sus proposiciones como lo hacen las de Álvaro. Tengo la impresión de que fue ayer; sin embargo, han pasado tantas cosas que parece que hace más de mil años.

—Y ahora, ¿qué diablos hacemos aquí? —pregunto mientras hago estiramientos para que la sangre vuelva a recorrer mis venas.

—¡¡¡Álvaro!!! —exclama una voz de mujer a mi espalda.

Me vuelvo para comprobar atónita que una rubia con un vestido rojo que marca sus perfectas curvas y unos taconazos de aguja del mismo color, que ni las mejores modelos de Milán, corre hacia nosotros con una mano en alto, sonriendo como si estuviese viendo un diamante enorme.

La rubia desentona de una manera casi incomprensible con el paisaje rural que nos rodea. ¿De dónde habrá salido? Y ¿por qué conoce a Álvaro? No es posible que en un pueblo perdido de la mano de Dios haya alguien que conozca a mi... «A mi ¿qué?», me planteo a mí misma.

Su carrera termina en un fuerte abrazo entre ellos, de esos que salen en las películas románticas, con ambos rodando pradera abajo y besándose como locos. Sólo que aquí no hay besos, al menos en los labios, porque ella lo besa en las mejillas como si fuese su...

—¡Ágata, te presento a mi cuñada, Ivana! —anuncia un Álvaro embriagado de felicidad mientras se mantienen cogidos por

la cintura.

—Tu excuñada —lo corrige ella, acariciando su pecho de manera traviesa—, te recuerdo que soy una mujer libre —alega en un español con un marcado acento eslavo.

—Hola, Ivana —digo para interrumpir su tonteo.

Ella ni me saluda, sólo me observa de arriba abajo con una repugnancia que no desea ocultar, no obstante, yo a ella no la miro mejor.

—¿Y ésta quién es, Álvaro? Quedamos en que vendrías sólo —le recrimina.

—Ella es la razón por la que estoy aquí y el motivo por el que me levanto cada día con una sonrisa de gilipollas en la cara —declara, dejándome suspirando como una idiota.

Ha marcado un territorio que a mí me daba miedo marcar, consiguiendo que ambos tengamos las cosas un pelín más claras.

—Ya veo —comenta ella, separándose de su lado de una manera demasiado brusca a propósito—. Dos te costará el doble.

—Cuento con ello.

Se miran uno al otro como si se comunicasen en silencio. Los ojos azules de ella no me transmiten confianza.

—Está bien, no perdamos más tiempo, cuanta menos gente os vea por aquí, mejor. Os llevaré al lugar en el que os vais a ocultar —anuncia.

—Gracias, Ivana —añade él en un tono seco.

—Ya.

Ella camina hacia delante y Álvaro me guiña un ojo para tranquilizarme.

—No entiendo por qué se ha enfadado, siempre es muy simpática —musita en mi oído mientras seguimos los pasos de la rubia airada.

—Si no lo entiendes es porque eres tonto. Ésta creía que esta noche iba a dormir caliente —repongo, muerta de celos.

Miro mis pintas: despeinada, sucia y agotada. Miro la clase de esa mujer, que parece una ninfa del paraíso, y me siento tan minúscula que hasta me gustaría desaparecer. Ella es tan femenina y yo tan..., podríamos decir, antifemenina que no entiendo cómo

Álvaro, con lo bueno que está, se ha podido fijar en mí, teniendo a su alcance mujeres como ella.

—¿Celosa, Miss Violet? —me pincha.

—¡Ya te gustaría a ti!

Suelta una carcajada, que provoca que Ivana nos mire de mala gana.

—Ella es como mi hermana —se excusa.

—¡Sí! Ya te ha dejado muy claro que es una mujer libre. No te hagas el ignorante conmigo, no soy tonta. He visto cómo te mira.

—Eso es lo que más me gusta de ti.

—¿El qué?

—Lo inteligente que eres.

Vale. Me ha llamado fea.

Salimos del pueblo para montarnos en un coche muy antiguo que conduce ella. Álvaro va en el asiento del pasajero y yo atrás. La tiparraca no me ha metido en el maletero porque se habrá cortado. Nos lleva por un caminito de tierra muy estrecho a través de algunas montañas. Observo el paisaje por la ventanilla mientras ellos charlan sobre cosas pueriles sin importancia.

Nos encontramos en un paisaje de ensueño, rodeados por los Alpes julianos, que dotan al entorno de un verde tan esplendoroso que parece como si un pintor hubiese querido buscar la tonalidad perfecta. Jamás había visto algo parecido antes, ni siquiera en Bali había este verdor. Las altas cumbres están repletas de árboles inmensos, me recuerda a la película de *El señor de los anillos*, es un cuadro prodigioso.

—¿Qué tal está Alenka? —pregunta ella.

Se hace el silencio en el coche y eso llama mi atención.

—Dante cuida muy bien de la niña —le cuenta Álvaro finalmente—. Prometiste no hablar de ella.

—¡Lo sé, pero es mi hija, *jebemti*! ¿Cómo quieres que no te pregunte por ella? Tú la ves todos los días y a mí no me permiten ni llamarla.

—¡Cree que estás muerta, *koza*! ¿Quieres llamarla y decirle que has resucitado? ¡Pues lo hubieras pensado antes de largarte y abandonarla!

Ella pega un fuerte golpe en el volante.

—*Sviňa!* —le grita con la cara desencajada por la ira, por el tono deduzco que no le está diciendo nada bonito.

—Ivana —trata de serenarse Álvaro para calmarla a ella y que no rodemos montaña abajo los tres—, nadie te juzga, no lo hagas tú.

Ella no replica, pero advierto por el espejo retrovisor cómo algunas lágrimas estropean su perfectísimo maquillaje.

El resto del trayecto nadie añade nada más.

El coche se detiene en medio de la nada. Ella baja y nosotros hacemos lo mismo. Le da a Álvaro unas llaves, un fajo de billetes, una caja negra, y le dice algo en esloveno. Todo parece normal, pero de pronto... ¡¡¡le coge la cara para besarlo en los labios!!!

¡¿Lo está besando en los labios delante de mí?!

¡La mato!

Pero el beso termina enseguida porque él la aparta de manera brusca, no me da tiempo a reaccionar siquiera, no me da tiempo a arrastrarla por el fango. Ambos se miran de una forma muy rara y al final ella se mete de nuevo en su coche para desaparecer, espero que para siempre.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunto con las manos en jarra.

—La entrega de llaves de nuestro nidito de amor —bromea él.

—No te hagas el tonto, si vas a ir besándote con todas las mujeres que nos encontremos por el bosque tengo derecho a saberlo —le reprocho.

La idea era que no se me notase demasiado el enfado, pero no he sido capaz de disimular, se me ha ido de las manos porque no puedo controlar mis sentimientos.

—¿Por qué? ¿Acaso somos algo? —pregunta con una gran sonrisa en los labios, esperando a que yo le diga algo bonito.

—¡No! No somos nada.

—Pues ya está. Entonces no tengo por qué informarte de lo que hago —gruñe decepcionado.

Sale del camino en el que nos encontramos para comenzar a andar a través de la maleza y yo me debato entre seguirlo o quedarme aquí con el cabreo monumental que tengo.

—Si no vienes puede devorarte uno de los millones de osos que hay por aquí —lo oigo a lo lejos.

Seguramente sea mentira, pero, por si acaso, me apresuro a seguir sus pasos y ya discutiremos lo de los besos más tarde.

Después de caminar durante más de media hora por la montaña, llegamos frente a una casa de madera, con el tejado a cuatro aguas de color negro, que se encuentra construida en una encrucijada de caminos, rodeada por un sinfín de grandes castaños, parece un cuadro de Monet.

Me doy cuenta de que Eslovenia es otra cultura. Me sorprende que nadie cerque con vallas sus casas, que siempre tengan una construcción donde colocan minuciosamente la leña cortada y que sus jardines sean los más verdes y cuidados del mundo.

—¡Hemos llegado! —anuncia henchido de orgullo mientras abre la pequeña puerta con las llaves que le ha dado Ivana.

Yo no le contesto, pues me duele hasta el último músculo de mi cuerpo; además, estoy muerta de hambre y enfadada como una mona. Pero eso a él no le importa, porque se acerca hasta mí para cogerme y cruzar conmigo en brazos el umbral de la puerta, como si fuésemos recién casados.

—¡Bienvenida a nuestra humilde morada, Satán! —celebra.

Sé que estoy enfadada, pero un momento como éste no se vive todos los días, así que mando el enfado al carajo para permitir que una repentina sonrisa se instale en mis labios. Me suelta una vez dentro y los dos observamos boquiabiertos el hermoso interior.

Todo es diáfano, por lo que está a la vista cada rincón de la casa, que debe de medir unos cuarenta metros cuadrados. Las paredes de madera están cubiertas con arcilla que le otorga un color amarillento y, además, supongo que esto también servirá para aislarla del frío alpino en el invierno. Las dos ventanas que hay son muy pequeñas, por eso parece todo más acogedor.

Como deduzco que la habrán construido para optimizar el inclinado terreno montañoso, se divide en dos alturas que se comunican por medio de una estrecha escalera de madera. Arriba se encuentra el pequeño dormitorio, que no es más que un gran colchón tirado sobre el suelo de madera. Abajo hay un sofá de piel

negro de tres plazas frente a una gran chimenea y, por último, una cocina con un frigorífico y un fuego. Nada más.

¡Nada más!

—¿Y el baño? —pregunto, temiéndome lo peor.

Él me observa muy serio.

—Eso será lo peor de nuestra luna de miel. —Se encoge de hombros.

—¡¡¿Qué?!!

—¿Qué querías? ¿Un hotel de cinco estrellas? Estamos huyendo, no de vacaciones.

—¡No pienso cagar en ningún agujero en el suelo!

—No pasa nada. No seas dramática.

—¿Cómo que no pasa nada? ¡Estarás de broma! ¡Dime que estás de broma!

—No, esta vez no. Lo siento. Aunque podrías agradecerme que me haya preocupado por salvarte la vida en vez de poner pegas a todas las cosas; cosas que, por otra parte, me han costado una auténtica pasta. O, mejor aún, podrías haberte encargado tú misma de que los dos saliésemos ilesos del país y tuviésemos sustento suficiente en el maldito culo del mundo. ¡Joder! En qué hora tuve que enamorarme de esta niñata irresponsable —ruge colérico.

Yo no tengo ánimo para emprender una guerra en estos momentos porque lo único que quiero es darme una ducha y dormir durante tres días seguidos, pues no he pegado ojo desde que salimos de Madrid y mi cuerpo no aguanta más.

Salgo de la casa y, una vez fuera, respiro hondo para que un intenso olor a pino inunde mis fosas nasales, relajando mi estado de ánimo. Rodeo la casa para ver qué hay al otro lado.

En la parte trasera me encuentro con otra construcción parecida a la nuestra, aunque ésta es un poco más pequeña y no tiene puerta, sólo un hueco por el que entrar. Decido aventurarme y entro.

Las paredes de su interior son de madera y el suelo está cubierto de paja hasta la altura de las rodillas. Varios espacios

están delimitados con cercas de madera, donde hay comederos con pienso, por lo que deduzco que se trata de un granero. Además, aquí huele a animal que tira para atrás, pero ¿qué animales dormirán en este cobertizo?

Un ruido a mi espalda consigue que me vuelva de golpe, asustada por si los animales que aquí habitan fueran toros o algo peor, pero me tranquilizo al descubrir cinco perritos gorditos a mis pies.

No me han atraído nunca los animales, pero estos cinco peluches blancos se apelotonan para que los acaricie, dando saltitos y moviendo sus rabitos convulsivamente, consiguiendo que me arrodille para abrazarlos con todas mis ganas mientras ellos chupetean mi cara. Son una auténtica monada, igualitos que los del anuncio de Scottex, pero con mucho más pelo.

Después de apretujarlos y jugar con ellos durante un buen rato, decido salir de nuevo al exterior, seguida por mis nuevos amigos, que mordisquean mis botines con sus pequeños dientecillos. Me resulta sorprendente cómo cinco bolas de pelo han conseguido cambiar mi humor de un modo tan drástico.

Algo logra que me detenga en seco: el cercano sonido de agua al caer. Ese sonido proviene de algún lugar próximo y por aquí no está el río. El gorjear de los pajarillos en las copas de los castaños impide que oiga de una manera más nítida el sonido del agua para adivinar de qué lado proviene, por eso presto más atención.

Decido dirigirme hacia la derecha porque me parece oírlo más cerca por ese lado y, efectivamente, el sonido es mayor. Persigo el sonido del agua, seguida por los cinco perritos, que a veces caminan y a veces ruedan, hasta que llego a una pequeña cabaña de la misma fachada que la casa y el granero. La casita medirá aproximadamente tres metros cuadrados y la puerta está cerrada, aunque resulta obvio que hay alguien dentro.

Pego la oreja a una de las paredes y oigo a un hombre cantando a voz en grito una canción de amor en castellano.

—¡Me cago en tus muertos! —grito incrédula al descubrir que se trata de un cuarto de baño.

Comienzo a pegar fuertes golpes con manos y pies en la

puerta para que el capullo que me ha traído hasta aquí tenga el valor suficiente de confesar que me ha tomado el pelo en uno de los peores momentos de mi vida por el mero placer de reírse a mi costa.

De pronto, la puerta se abre y me dispongo a estrangularlo con mis propias manos, pero...

—*Máte problém, slečna?!* —pregunta un pequeño hombrecillo moreno, cubierto de jabón y completamente desnudo frente a mí.

—¡¡¡Disculpe!!! —exclamo, tapando mis ojos con una mano como si se tratase de material radiactivo para no ver cómo su minúsculo miembro comienza a despertar ante mi presencia.

—¿Habla español? —pregunta en un tono alegre con un acento parecido al peruano—. ¡Por eso ha venido! ¡Le ha atraído mi canción como a las moscas! —Sonríe con lascivia.

Yo no doy crédito, pero lo malo es que me quedo petrificada delante de este proyecto de hombre en vez de salir corriendo en la dirección contraria.

—¡Perdone, creía que era otra persona!

Los perritos, los cinco, sin dudarlo, se meten en el habitáculo, tan felices de la vida, pero comienzan a gemir asustados en cuanto el agua de la ducha cae sobre ellos y mi instinto maternal me hace saltar al interior para salvarlos. Tal cual.

El hombre, que debe de pensar que me ha dado un arrebato pasional al ver su liliputiense manubrio empalmado y que me he metido de golpe con él para echar un lamentable polvo en una ducha eslovena en medio de los Alpes, me abraza por detrás, haciéndome sentir su ridícula virilidad en mi pierna, lo que consigue hacerme soltar un fuerte alarido de asco y una fuerte patada en todas sus partes blandas.

Los perritos salen despavoridos de la caseta. El hombre se tira al suelo con las manos cubriendo sus machacadas pelotas y yo, empapada de pies a cabeza, no dejo de insultarlo mientras trato de recolocar la peluca sobre mi cabeza.

—Ya veo que en cuanto me doy la vuelta aprovechas para

meterte con otro en la ducha.

Clavo mis ojos en los suyos, con sed de sangre, muerte y destrucción. Su rostro está reteniendo a duras penas una sonrisa que espero por su bien que no deje escapar.

El hombrecillo desnudo sale echando leches de la ducha, corriendo por la montaña con el culo al aire, creyendo que mi marido nos ha pillado in fraganti, para evitar una buena paliza después de, encima, no haber echado ningún polvo.

—No sabía que te gustaban los hombres tan menuditos.

—¡Menuditos mis cojones! —replico a voces—. Eres un capullo integral —lo acuso, señalando la taza del váter que hay junto a mí—. Te has reído a mi costa haciéndome pensar que no había baño, ¿es que nunca te cansas?

—Y tú eres una *bocachancla* que no aprende a mantenerse calladita y eso puede perjudicarnos.

Tiro la peluca al suelo y la pisoteo con rabia, volviendo a mi estado de cabreo del principio.

—¿Y estos cachorros de tchuvatch? —se interesa Álvaro señalando a los causantes del estropicio.

—¡¿Qué *Chiwaka* ni qué leches?! —protesto—. ¿Piensas tomarte algo en serio por una vez en tu vida?

Él me contempla, paseando su oscura mirada por cada parte de mi anatomía y deteniéndose sin ningún reparo en mis pechos, que se transparentan a través del vestido mojado. Acto seguido, levanta sus dos ojos azules para fijarlos en los míos, lo cual consigue estremecerme. Moja sus labios con la lengua de una forma muy lenta y sugerente, tanto es así que mis ojos no logran apartarse de su boca.

—Me tomo todo esto muy en serio, Ágata, por eso desde que te conozco te estoy entrenando para que retengas tus impulsos; pero no hay manera, eres demasiado impetuosa, y espero que eso no nos traiga consecuencias devastadoras. Ya no estamos en Madrid, donde puedes pedir ayuda a cualquiera, estamos en medio de la nada, huyendo de un puto asesino que pretende darnos caza para matarnos. Al menor traspié estaremos en sus garras y entonces será tarde, no habrá opción a recular ni a enmendar

errores. Ese hombre nos ha visto —señala con su dedo en la dirección en la que ha huido el hombre desnudo—, puede que lo olvide o puede que llame a la Interpol en cuanto llegue a su casa. ¿Eres capaz de entender eso?

No hay nada mejor para caer rendida a los pies de un hombre que comprobar que tiene razón y tú no.

El agua continúa resbalando por mi cuerpo, y verlo tan serio, regañándome como a una alumna desobediente, me produce el mismo efecto que mil Viagras. Así que decido desnudarme muy despacio, sin dejar de mirarlo a los ojos. Él no retira su mirada de la mía ni un solo instante, a pesar de que ya estoy completamente desnuda. Comienzo a acariciar mis pechos de modo sugerente para provocarlo, pero sigue sin desviar sus ojos de los míos.

No parece que el masaje a mis pezones cause el efecto deseado, ya que lo único que he conseguido es ponerme a mí misma más caliente todavía. Me dirijo, entonces, a otra zona para comprobar si tiene tanta fuerza de voluntad como pretende hacerme creer. Esto es un pulso en toda regla.

Deslizo los dedos hacia mi entrepierna, abriendo ligeramente los labios para acariciar mi rosado clítoris y que él pueda verlo. Traga saliva pero no baja los ojos. Cierro los míos, dejando resbalar el agua por mi rostro. Ya me da igual quién gane el maldito pulso, sólo quiero que venga hasta aquí para empotrarme contra la pared con fuerza. Jadeo y me contoneo al imaginar la escena.

Nada, que no viene.

Vuelvo a abrir los ojos.

—¿No piensas ayudarme? —le pregunto con una voz sensual.

—Yo no, pero todos esos pastores que están al otro lado de la ducha lo están deseando.

De manera automática, vuelvo la cabeza para comprobar, horrorizada, que al menos siete viejos rodeados de cientos de ovejas me están mirando atónitos a través de una gran ventana que hay en el lateral de la ducha.

—¡Voy a matarte, maldito hijo de puta! —grito mientras corro hacia la casa tapándome lo que buenamente puedo con ambas manos.

Oigo sus fuertes carcajadas a mi espalda.

«Ríete, cabronazo del demonio —lo maldigo para mis adentros a la carrera—, que quien ríe el último ríe mejor.»

# Capítulo 26

Cualquier mujer puede engañar a un hombre si ella quiere y él está enamorado de ella.

AGATHA CHRISTIE

No sé la hora que será ni me importa. Álvaro lleva toda la noche aporreando la puerta y no pienso abrirle. Ya lo ha probado todo:

—¡Ágata, abre, maldita sea, que viene un oso!

—Pues que te coma —le grité desde la cocina mientras me preparaba un bocadillo de salmón ahumado—, aunque no creo que le guste la carne de rata.

—¡Ágata, abre, que estoy muerto de hambre, joder!

—Pues muérete, así no molestarás más —le respondí desde el sofá mientras leía uno de los libros sobre Eslovenia que encontré en una estantería.

—¡Ágata, abre, por Dios, que estoy oyendo el aullido de los lobos!

—Pues a ver si te ven mejor, te oyen mejor y te comen mejor —exclamé desde la cama.

—¡Ágata, abre, por favor, que me estoy congelando!

A eso ya ni le respondí, porque estaba demasiado concentrada buscando en su mochila la camiseta que llevaba en la cena para ponérmela a modo de pijama; por supuesto, seguía sin ropa interior. Un rato después, por fin se hizo el silencio y me quedé dormida abrazada a cinco cuerpecitos calentitos.

Pero algo me despierta de golpe. Me ha parecido oír una conversación en plena noche.

Me levanto como una gata sigilosa, caminando de puntillas para no ser descubierta, oyendo el murmullo de un extraño diálogo. Me acerco hasta una de las ventanas para tratar de entender alguna palabra y distingo la voz de Álvaro, que habla en susurros con una mujer.

¡Es ella!

Me imagino a los dos revolcándose desnudos por la hierba para terminar follando desatados en la ducha y me vuelvo loca. Atravieso la casa corriendo para abrir la puerta y él la sujeta con el pie para que no pueda cerrarla en sus narices, dándome un susto de muerte, pues creí que estaría bajo la ventana que se encuentra al otro lado de la casa.

—Cu-cú —gorjea mirándome como un gato a un ratón.

Mierda. He caído en la trampa.

—¿Cómo has conseguido que tu voz suene por un lado y tú estar en el contrario? —quiero saber.

—Sencillo. He usado tu querido colgante.

Toco mi colgante, ese que siempre llevo encima y, efectivamente, compruebo que le falta el adorno negro en forma circular del centro, es decir, lo que funciona a modo de grabadora. El muy listo debe de habérmelo robado para grabar la conversación mantenida entre ellos dos en el coche y lo ha puesto bajo la ventana para esperarme en la puerta.

—Además de mentiroso, ladrón, eres toda una alhaja —me quejo mientras le arranco de las manos el aparato que muestra con una sonrisa triunfal.

—Así que te da igual que muera, después de haberte salvado la vida... varias veces. Sabía que eras malcriada, consentida, impulsiva, inmadura, incluso que parece que llevas un palo metido

en el culo todo el día, pero, aun así, no imaginaba que fueras tan desagradecida, Satán —argumenta mientras cierra la puerta con llave tras de sí.

—¿Y por qué tendría que estar agradecida exactamente?, ¿por haber permitido que me masturbe delante de un montón de viejos, o quizá por haberme traído hasta la otra punta del mundo para ver cómo te morreas con una rubia en mis narices?

—¡Ja, lo sabía! —festeja de manera irónica—. O sea, que todo esto ha sido por haberme dejado besar por Ivana.

—¡¿Haberte dejado besar?! ¡Yo te vi muy entregado a la causa! En ningún momento te vi forcejeando ni tratando de quitártela de encima.

—No sabía que fuese una mujer celosa, Miss Violet, desconocía dicha cualidad entre sus múltiples encantos —avanza hacia mí con paso firme a la vez que yo retrocedo—, y he de confesar que me pone muy cachondo.

—¡Vete a la mierda! —rujo.

Él tira de mi muñeca con fuerza para atraerme hacia sí y conseguir con ello que choque contra su pecho. Ambos nos miramos a los ojos, tratando de descifrar lo que hace tiempo que él me confesó, pero que yo todavía me niego a admitir.

—No vas a conseguir alejarme de ti, por mucho que te esfuerces —susurra contra mis labios.

—Si pretendo alejarte es por cómo te comportas conmigo.

—¡¿Yo?!

—¡Sí, tú!

—¿Y cómo me comporto?

—Como un gilipollas. Estás todo el día diciendo que me amas y que estás enamorado de mí, pero no dejas de demostrar lo contrario. Déjame que te diga una cosa, Álvaro Reyes: el amor no se adorna con palabrería barata, ¡el amor se demuestra!

—Y se hace —añade antes de besarme.

Sus manos se deslizan por mi cuello para rodearlo y echarme la cabeza hacia atrás, así tiene mejor acceso a mi boca. Siento la calidez de sus labios contra los míos, con tal fuerza que me impide pronunciar lo que estaba a punto de gritarle. Sus manos descienden

hasta mi cintura para atraerme hacia su cuerpo con fuerza, aplastándome contra su pecho para que no huya más de él. Siento miles de escalofríos de ira y de placer, me debato entre matarlo o comérmelo a besos. Tardo un instante en darme cuenta de que le estoy devolviendo el beso con la misma intensidad, con las mismas ansias que él.

Cuando baja las manos hacia mi trasero para aprisionarlo, cae en la cuenta de que continúo sin llevar braguitas, lo que parece terminar de volverlo loco.

—Tienes el poder de acelerar mi corazón con una sola mirada —susurra—, y esa debilidad no me gusta nada.

—Menos hablar y más actuar, señor Feroz.

Me monta a horcajadas sobre sus caderas para poder subir conmigo cogida por la escalera hasta la habitación.

—Me temo que lo que va a ocurrir aquí no es apto para menores —dice señalando a los cinco bellos durmientes que ocupan el colchón.

Yo cojo uno a uno a los cinco cachorritos para bajarlos hasta el sofá tratando de no despertarlos, como si fuesen bebés, y es que en realidad lo son.

Cuando regreso de llevar al quinto, Álvaro me espera sobre el colchón completamente desnudo. Mis ojos reparan en que tiene algunas cicatrices que en Bali no tenía, pero no vamos a complicarnos la vida ahora con dramas.

Me centro en su polla, que es tan grande y está tan hinchada que me entran ganas de salir huyendo. Da unas palmaditas sobre la insólita cama, mirándome con lascivia, para que me acerque hasta él. Obedezco.

Al llegar hasta su altura permanezco en pie, mirándolo desde arriba. Él no lo duda ni un segundo y se incorpora para introducir su cabeza entre mis piernas y su lengua en mi sexo. El contacto de su húmedo músculo con mi piel consigue que suelte un sonoro gemido, lo que provoca que él ahonde aún más en su penetración oral y que devore mi sexo con hambre, haciéndome gritar como nunca lo había hecho con nadie.

¡¡¡Nunca me han comido así!!!

Acompaña su devastadora incursión con un dedo que dibuja remolinos de manera magistral en mi entrada posterior, provocando que lo agarre con fuerza del pelo para tratar de no perder el equilibrio y que muerda mis labios para intentar ahogar algún gemido, pero es inútil, porque se escapan de todos modos al sentir que su lengua ansiosa no se da por vencida: es algo brutal. Ahora entiendo por qué se llaman lenguas de fuego, al menos la de Álvaro sería capaz de encender todos los incendios del mundo.

Me tiemblan tanto las piernas que termino desplomándome sobre él, que se acomoda al instante sobre mi sexo sin dejar de devorarlo. Yo no aguanto más y al final me abandono al éxtasis que estaba tratando de retener en vano. Ha sido imposible controlarlo.

—Sabes de maravilla, joder —gruñe relamiéndose.

No he terminado de correrme y Álvaro me coge como a una muñeca de trapo para ponerme sobre su cuerpo a horcajadas e incrustarme en su gran miembro. Mientras acabo de jadear y de convulsionar insertada en él, me contempla con los ojos negros de lujuria desde abajo.

—Me tienes en tus manos, mujer —jadea mientras me besa.

Una vez que mis gemidos vuelven a dar paso al silencio más absoluto, nos miramos sudorosos y embriagados de pasión. Todo huele a sexo. Comienza a menear sus caderas a un ritmo lento, a un ritmo agónicamente placentero, demasiado para mi cordura, que ansía mambo del bueno.

Apoyo mis manos sobre su pecho para tomar impulso y poder cabalgarlo mejor, pero me lo impide, reteniéndome contra él para que me quede donde estoy, albergándolo por completo, unidos al máximo.

—Quiero que me hagas el amor, no que me folles, Ágata —me pide.

Entonces, cierro los ojos para degustar las delicias de su profunda penetración, moviéndome como en una balada, sin separarnos y muy lentamente. Él acaricia mis pechos de manera dulce, casi sin rozarlos, lo que me hace desear más, pero no me lo

da.

Bajo mis labios en busca de los suyos para tratar de sofocar las enormes ganas de sexo salvaje que me invaden. Él me responde a su ritmo, sin apresurarse, a pesar de mi insistencia.

—Así. Perfecto. Tranquila —ronronea mientras acaricia mi lengua con la suya.

¿Me ha regalado un orgasmo rápido para ahora torturarme con esta lentitud extrema? No lo entiendo.

Deslizo los dedos entre mis piernas para estimular mi clítoris, necesito conseguir algo más de fricción y tanta lentitud no va a dármela.

—No —ordena sujetando mi mano.

Mis muslos se encuentran pegados a sus caderas y mi sexo contra su bajo vientre, ardiente y anhelante de un ritmo que no llega. Esto es una tortura.

—Pues hazlo con tu mano —le exijo.

La coloca en mi clítoris para dirigir la acción. Mi cuerpo se estremece por sus certeros movimientos circulares y esa sensación de querer y no poder es una auténtica locura.

Me contoneo encima de él al ritmo que marca con su dedo, como si bailásemos al son de una melodía que sólo nosotros oímos, compenetrados por completo. Dos cuerpos en un solo latir. Poco a poco aumento el ritmo, no aguanto más.

Siento cómo su polla se contrae, cómo se pone aún más duro entre mis piernas en cuanto comienzo a cabalgarlo con fuerza. Su cuerpo entero se pone en tensión. Estoy demasiado excitada, no voy a aguantar mucho más.

—Me voy —le advierto para que se dé prisa en terminar él también.

Entonces, me abraza para girarse conmigo entre sus brazos, de tal forma que logra situarse sobre mí para lograr mantener el ritmo que él quiere, bajando de golpe el subidón que estaba a punto de hacerme estallar en mil pedazos, lo que me provoca una frustración monumental.

—Disfruta del momento, nena, no hay prisa —jadea en mi

oído.

—Te odio.

Sonríe.

Presiona con su pubis mi todavía sensible clítoris, mientras con las manos aprisiona mi culo contra sí para penetrarme más profundamente, llevándome de nuevo más allá del límite. Ahora él es quien controla la situación, cosa que me descoloca sea cual sea la circunstancia, pero por una vez decido cederle el mando, pues parece que sabe lo que se hace, y me gusta.

Mi calentón vuelve a estar a niveles extremos. Creo que tanta ansiedad por terminar la faena está alimentando en exceso mi libido. Álvaro tiene un movimiento de cadera que ni Elvis en sus años mozos, me está volviendo loca.

—Ahora viene la parte divertida. ¿Lista?

—¡Por favor! —suspiro extasiada.

De pronto, y sin pedir permiso, uno de sus dedos se introduce en mi ano sin dificultad, pues esa zona ya estaba más que estimulada, y permanece ahí sin moverse demasiado. Pasado un momento, comienza a balancearse, alternando dedo y falo, dentro y más adentro, al compás uno del otro, consiguiendo que de nuevo comiencen mis suspiros.

Ahora sí, los dos cogemos ritmo. Él no interrumpe ninguna de las dos penetraciones y yo siento morir de gusto. A juzgar por su respiración, parece que él también está en el limbo. Sus acometidas poco a poco han ido cobrando un ritmo frenético y yo sólo soy capaz de saborearlo, ni siquiera puedo moverme, soy presa del más absoluto goce que he experimentado. Y, sin más, llega para apoderarse de mí un orgasmo tan fuerte que lo siento palpitar hasta en el cerebro.

Esto no es posible.

Él se deja ir en cuanto siente que yo estoy en el quinto cielo y su eyaculación dura una eternidad mientras su cuerpo sudoroso se estremece entre mis brazos.

—Me ha costado controlar tu impulsividad, pero por fin hemos hecho el amor, Satán —gruñe mientras sale de mí para

tenderse sobre su espalda en el colchón.

Yo suelto una carcajada por lo absurdo de la frase, pero tiene razón, me ha enseñado lo que es hacer el amor, y me ha gustado.

Junto a Álvaro estoy descubriendo un montón de cosas nuevas que nunca creí posibles, como, por ejemplo, que el misionero sea mi nueva postura favorita. De repente me viene a la memoria algo con lo que siempre bromeaba Carlitos cuando hablábamos sobre sexo, pues yo siempre necesitaba dominar la situación con posturas excesivas en las que mis amantes no tuviesen ningún acceso a intimar demasiado conmigo: «Dicen que cuando una mujer sólo quiere hacer el misionero con un hombre es que está jodidamente enamorada de él».

# Capítulo 27

Nunca vuelvas a un lugar donde antes has sido feliz, si vuelves lo destruirás.

AGATHA CHRISTIE

Sería bonito poder detener el tiempo tan sólo un instante para recapacitar sobre nuestra propia vida y poder con ello darnos cuenta de que todo lo que nos parecía felicidad y plenitud en el pasado en el presente cobra una intensidad distinta para convertirse en nada, porque lo que tenemos ahora es infinitamente mejor.

En mi caso, creía que lo tenía todo cuando vivía mi hermana, y ahora descubro que lo que entonces llamaba «felicidad» no era más que una sombra oscura de lo que realmente significa esa palabra. Sin embargo, en el presente, sin tener nada material, perdida en medio de la inmensidad, confieso que no necesito más que una sonrisa suya para ser feliz.

Observo, todavía desde la cama, los movimientos felinos de Álvaro, que va únicamente ataviado con su bóxer negro, mientras deambula por la cocina para preparar el desayuno, canturreando

alguna canción ininteligible. Acaba de encender el fuego de la chimenea, esta vez tenía la leña y las cerillas ya preparadas en un mueble, no como en Bali, y el ambiente se ha vuelto mucho más hogareño bajo el fulgor rojizo de las llamas.

Calculo que deben de ser cerca de las cinco de la tarde, aunque bien podrían ser las ocho, pues carecemos de tecnologías y no sabemos ni la hora. Nos hemos pasado toda la noche haciendo el amor, follando y una mezcla de ambas cosas. Después de amanecer, hemos caído exhaustos en los brazos de Morfeo.

—Baja, Miss Violet, que yo preparo la comida pero tú te encargas de lo demás. —Me sonríe desde abajo con una cara soñolienta en la que resplandecen dos zafiros satisfechos y el pelo revuelto de tanto trajín.

Es arrebatador. Me vuelve loca. Nunca me había pasado, pero ahora mismo me volvería a enredar en sus brazos. Parece que no me sacio de sus besos ni de sus embates. Me siento tan vacía de repente...

—¿Y qué es lo demás?

—Baja y lo verás.

Me pongo su camiseta negra de Metallica y bajo.

Él va y viene de la cocina a la chimenea. Según me acerco al fuego, voy descubriendo que ha dispuesto todo un suculento banquete sobre un mantel extendido en el suelo a modo de pícnic. Hay café, zumo, huevos revueltos, quesos, pan y un montón de cosas nuevas que supongo serán propias de este país.

—¡Mmmm! Huele que alimenta —alabo a la vez que cojo un trocito de queso, pero él aparece de la nada para darme un manotazo y que el queso caiga de nuevo al plato.

—¿Qué haces? —me quejo.

—No se come hasta que hayas atendido a esos cinco piojos y te asees un poco. Estás cubierta de restos de amor y así no se come —me regaña—. Yo me he duchado nada más levantarme.

Creo que sólo soy capaz de parpadear, confusa ante sus palabras.

—A ver si ahora resulta que vas a ser uno de esos maniáticos que hacen rituales raros con la comida.

—No soy ningún maniático, pero no me gustaría haber estado una hora en la cocina para estropearlo todo con tu olor nauseabundo.

Lo miro a punto de estallar con un insulto tipo «nauseabunda será tu p...», pero descubro en su expresión que está a punto de partirse de la risa, así que me contengo. ¡Estoy madurando!

No pienso discutir por eso. Además, tiene razón, necesito una ducha urgente, no hacía falta ni que me lo dijera. Decido dirigirme hasta la puerta, donde los cinco enanitos esperan como si fuese un imán. Parece como si hubiesen olisqueado algo y estuviesen deseando salir fuera.

—¿Y estos canijos qué diablos comen? —los señalo.

—Sácalos fuera, la madre lleva toda la noche buscándolos —me informa.

—¿La madre?

—Claro. Los pastores se la llevarán durante el día para cuidar del rebaño.

Hay veces que creo que el detective es él.

Abro la puerta y, efectivamente, la versión gigante de los cachorros, que permanecía echada junto a la puerta donde ha oído a sus crías, se pone en pie para mirarme con recelo, consiguiendo que me quede petrificada para que no me ataque por secuestrar a sus hijos. Estoy muerta de miedo. Pero, gracias a Dios, su expresión se relaja en cuanto las cinco bolitas blancas se abalanzan nerviosas sobre ella para chupetearla. Si los perros pudiesen sonreír, desde luego ella tendría una sonrisa radiante.

«Qué escena tan bella la de una madre reencontrándose con sus hijos», pienso para mis adentros mientras los observo alejarse a los seis.

Creo que el amor me está convirtiendo en alguien demasiado sensible, ahora no hay lugar para pensar en asesinatos y crímenes. Tendré que pasarme a la novela romántica porque todo a mi alrededor se ha vuelto de color rosa.

Me dirijo hacia la ducha y, en cuanto entro, descubro una

nota colgada de la puerta con una chincheta roja.

*¿Quieres que terminemos lo de ayer?*

No pienso volver a caer en sus trampas, seguro que esta vez quiere que las ovejas tengan pesadillas conmigo, me niego. Tampoco estoy segura de que la haya escrito él, así que cierro la ventana a cal y canto para que nadie pueda verme y decido hacer mis necesidades tan tranquila.

He lavado toda la ropa que teníamos en la mochila del día anterior, pues no puedo ir a todas horas con el mismo vestido. Después, trato de ducharme lo más rápido posible para que no aparezcan ni el peruano ni los pastores pervertidos que ayer debieron de hacerse unas cuantas pajas a mi costa..., ¡qué asco!

Una vez limpita, me envuelvo en la toalla que he cogido de casa y abro la puerta para volver corriendo, pero en cuanto planto un pie sobre la hierba me choco de frente contra un hercúleo hombre desnudo cuyos ojos azules me fulminan.

—¿Por qué no me has esperado? —protesta mientras avanza hacia mí con determinación.

No me da tiempo a responderle porque aprisiona mis labios entre los suyos para besarme con más ganas que nunca mientras lanza mi toalla por los aires. Sabe a menta fresca y huele a gloria bendita. Me coge con fuerza por el culo y yo me abrazo a su cuello, rodeando su cintura con las piernas. Cierra la puerta tras de sí con el pie y me empotra, de manera literal, contra la pared donde se encuentra la ducha.

Abre el grifo del agua, que comienza a deslizarse sobre nuestros cuerpos desnudos como si fuese combustible en medio de una hoguera. El vapor que produce el agua caliente y nuestro calentón enseguida suben la temperatura de la fría estancia. Sus besos son devastadores. No sé cómo lo hace, pero su lengua consigue encender cada rincón de mi cuerpo, podría tener un orgasmo besándolo, estoy segura.

Poco a poco desciende con sus apasionados besos hasta llegar a mis pechos, que continúan todavía demasiado sensibles por todas las atenciones que han obtenido a lo largo de la noche, desde caricias a mordiscos. Succiona con tanta ansia que vuelvo a soltar un sonoro gemido.

Aprovecha este momento de éxtasis para marcar un ritmo castigador con todo su cuerpo, seguro, rítmico, sin estridencias, deslizándose en mi interior sin más dilación, llenándome por completo. Nos miramos un solo instante a través del agua, jadeando contra nuestros labios mientras subo y bajo a lo largo de su pecho gracias a sus potentes embestidas.

—Te quiero —susurra dejándome helada—, y quiero despertarme así cada mañana de mi vida.

No detiene sus arremetidas, es más, se tornan mucho más impetuosas, por lo que me veo obligada a cerrar los ojos con fuerza para apoyar la cabeza contra la pared que tengo a mi espalda. Él continúa bombeando sin parar y yo no aguanto más. Exploto y me voy a los mundos de los orgasmos sagrados, seguida muy de cerca por mi nuevo dolor de cabeza.

* * *

Nos encontramos tendidos frente a la chimenea sobre una mullida manta de pelo marrón, que rezo por que sea sintética, después de haber zampado como dos osos antes de hibernar.

Yo estoy tumbada de costado y él a mi espalda haciéndome caricias. Nunca había estado tan a gusto con un hombre. Siempre pensé que todos serían iguales y que ninguno me haría sentir nada especial, pero me equivocaba. Y ahora estoy al filo del precipicio, muerta de miedo, pero enganchada a él hasta los huesos.

—Álvaro.

—Dime, Satán —ronronea, y me hace reír.

—Cuéntame qué pasa con esa mujer.

—¿Qué mujer?

—Vamos, no te hagas el tonto, con la rubia de rojo.

—Eres única jodiendo momentos especiales —se queja—, ¿no podemos dejar las discusiones para más tarde? Déjame disfrutar del día más feliz de mi vida.

Se tumba sobre su espalda y se tapa los ojos con el antebrazo, lloriqueando como un niño pequeño.

—¡Oh, venga ya, no seas exagerado! No quiero discutir, es sólo que tengo intriga.

—Ya me conozco yo cómo terminan tus intrigas. ¿Qué es lo que quiere saber, detective?

—En primer lugar, ¿por qué está haciendo todo esto? Te ha conseguido una casa en medio de la montaña para que nadie nos descubra, repleta de enseres y todas las comodidades posibles, ¿y el motivo es...?

—Y otras muchas cosas que nunca sabrás —me provoca, y le doy un golpe en el costado—. Lo hace por dinero, ¿por qué, si no? Le he mandado varios miles de euros a través de un contacto para que alquile todo esto y, además, ella se lleva una buena comisión, no hay nada más que interés económico.

—Álvaro, te miraba como una zorra a un polluelo, no te hagas el loco, hay algo más que dinero. No me mientas.

—Está bien, joder.

Se incorpora para sentarse. Me mira con dudas, acariciando su nuca.

—Pasó hace mucho tiempo, pero todavía me odio por ello, ¿vale? —me explica.

—¿Qué pasó?

—Ella vivía con Dante en su ático de Madrid, él siempre estaba de viaje y no le prestaba la atención que se merecía. Un día me llamó para pedirme que fuese a verla porque le dolía mucho el estómago. Cuando llegué estaba desnuda y se abalanzó sobre mí como una viuda negra. No tuve otra salida.

—¡¡¿¿Una viuda negra??!! ¿Te acostaste con la novia de tu hermano? ¿Y luego te quejas de que te odie? —le reprocho alucinada.

—Mi hermano me odia desde el momento en que me vio, es un puto sociópata. Además, al principio traté de convencerla de

que esa atracción era debida a que se sentía sola y que se terminaría arrepintiendo si nos acostábamos, pero no hubo manera, me deseaba y lo tenía muy claro. Yo terminé sucumbiendo a sus encantos, era joven e inexperto y ella demasiado guapa, bueno, ya la has visto.

La ira aprisiona mi estómago con fuerza. Los celos me están cegando al imaginarlos juntos, así que trato de serenarme porque sólo veo pelo rubio sudoroso por todas partes.

—¿Fue sólo una vez?

—Con la única que he repetido ha sido contigo, ya lo sabes. Siempre te dije que no era el príncipe azul del cuento, aunque contigo quiero hacerlo bien, Ágata. No sé por qué, pero siento que eres la mujer de mi vida. No estoy contigo para pasar el rato, me vuelve loco el sexo contigo, sí, pero es mucho más que eso, conectamos, es mágico. Cuando estamos juntos puedo bajar la guardia, puedo ser yo mismo porque tú me aceptas tal y como soy, no quieres cambiarme.

No quiero dejarme embaucar por sus palabras, quiero saber toda la verdad.

—¿Se lo contaste a tu hermano?

—Se dio cuenta nueve meses más tarde.

—¡¿Qué?! —inquiero.

—Dante es estéril.

—¡Joder! ¡Vaya puntería!

—Lo mismo pensé yo, quedarse embarazada con un solo polvo ya fue tener mala suerte —se queja.

—¿Sabías que era tuyo?

—Fue una niña.

Ambos nos miramos. Él asiente.

—Le hicimos las pruebas de paternidad —admite.

Me levanto para dar vueltas como una loca por la casa.

—¿Qué ocurrió cuando se enteró Dante? —quiero saber.

—Al principio quiso matarnos a ambos. A mí ya me odiaba a muerte, no era nada nuevo, pero a ella la tenía por una mujer ciegamente enamorada de él, nunca habría creído posible su

infidelidad. Siempre pensó que fui yo quien la sedujo.

—Sí, ya veo lo enamorada que estaba la señorita, en este caso siento hasta pena por tu hermano, fíjate —protesto.

—¿Pena? Él no la amaba. Dante pensaba que ella lo tenía endiosado, se acostaba con Ivana cuando no encontraba nada mejor. Fue el choque contra su triste realidad lo que peor llevó, sólo se trata de una cuestión de ego.

—Y después, ¿qué?

—Más tarde, recapacitó y nos propuso un trato a ambos.

—Sorpréndeme —le pido volviendo a sentarme junto a él.

—Ágata, éste es el motivo por el que debemos mantenernos en silencio, pues la causa todavía está bajo secreto de sumario, si te lo cuento es porque confío plenamente en ti. Ni siquiera mi padre lo sabe, los tres juramos guardar silencio para siempre.

—Sabes que soy de fiar, no abriré la boca.

—Dante nos propuso concederle la custodia del bebé a cambio de perdonar nuestras vidas.

«Pero ¡¿qué se cree ese malnacido?, ¿que puede jugar así con las vidas de las personas?! Si hay algún problema, los mato y punto», me enervo.

—¿Y qué hicisteis? —pregunto indignada.

—Yo era muy joven, tan sólo tenía veinticinco años y no quería ser padre. Ivana fue la que más lo meditó, pero al final aceptó el trato, fingiendo su propia muerte, aunque en realidad volviese a su pueblo natal. Lo hizo con la única condición de que Dante le enseñase a hablar esloveno a la niña y, como él siempre estaba demasiado ocupado, me encargué yo de aquel menester, por eso entiendo el idioma.

—¿Y por qué querría Ivana que su hija hablase esloveno?

—Eres demasiado inteligente para hacer semejante pregunta. Lleva ahorrando once años, ¿qué crees que va a hacer?

—¿Secuestrarla?

—Es una opción. —Se encoge de hombros.

—¿Y a ti no te importa? —Me escandalizo por su frialdad.

—Sé que estará mejor con su madre que con un hombre entre rejas, porque es como va a estar ese desgraciado en cuanto lo pillemos.

Ya veo que la opción de quedarse él con la niña ni siquiera la contempla.

—Pero, entonces ¿qué causa es la que está bajo secreto de sumario? —pregunto.

—La tonta de Ivana llamó a Dante en el décimo cumpleaños de Alenka. Alguien dio la voz de alarma. La policía continúa tras la pista de aquella llamada, yo sólo espero que cierren el caso cuanto antes porque, de lo contrario, me veré inmerso en otro marrón y estaré de mierda hasta el cuello.

Un momento.

—En Bali me contaste que necesitabas a tu padre y a tu hermano porque estabais los tres metidos en una causa judicial y ahora mismo acabas de decir que tu padre no sabe nada sobre el tema de la niña. Me has mentido.

«¡Pillado!»

—No te he mentido. —Su expresión no denota nerviosismo, está demasiado tranquilo—. Aquello lo dije antes de que tratasen de acabar conmigo y a sabiendas de que me estaban grabando, pensando que ellos aún eran mi familia, pero ahora mismo me importa una mierda lo que les ocurra a ambos. Y con respecto a que Luis no sabe nada sobre el tema de la niña, es cierto, pero lo llamaron a él también a declarar porque comparte la custodia con Dante.

—¿Y tú crees que es tan tonto como para no haberse enterado de la verdad?

—Si se ha enterado, a mí nunca me ha dicho nada.

¡Madre mía, esto se lía por momentos!

—Y la niña, ¿cuántos años tiene? —pregunto.

—La niña ya tiene once años y cree que su madre murió en el parto, no la ha conocido nunca, por eso no siente su falta. Ella es muy feliz.

—¿Y tú?

Me mira con los ojos enrojecidos.

—Yo soy su tío.

—¿Y no sientes nada más por ella?

—Jamás he tenido ese sentimiento paterno hacia ella. Dante se encargó de que no la viese nunca cuando era bebé para que nuestros lazos no fuesen demasiado fuertes. Podrá ser un maldito hijo de puta, pero ha sido un buen padre.

No sé qué decir. Por una parte me da pena que no haya podido disfrutar de algo tan grande como es una hija, pero a la vez siento rabia de que le una algo tan fuerte a esa rubia. He visto cómo lo mira esa mujer y no me equivoco al afirmar que no se va a dar por vencida en su obsesión por reunir a su familia. Y yo soy un estorbo.

—Todo esto es demasiado extraño. Que alguien como Dante quisiera hacerse cargo de un bebé que no era suyo me resulta, cuando menos, asombroso, ¿no crees?

—Puede ser.

—¿Y ella decidió, así porque sí, seguir adelante con un embarazo que podría destrozarle la vida, arriesgándose a que su novio millonario la abandonase? ¡Vosotros os conocíais de algo más, admítelo! —lo acuso.

—En aquella época no nos conocíamos de nada, Ágata, te doy mi palabra. Después sí que mantuvimos más relación. Ella era la persona que, muchos años después, me facilitaba los contactos de los famosos para tu hermana.

«¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡¿¿¿¿¿¿¿Cómo???????!!!!!!!!!!!!!!!»

Ya no corre sangre por mis venas después de esta información. Me he quedado muda porque mi cerebro ha decidido largarse de vacaciones.

«Si Luis Moreno y Dante saben que Ivana y Álvaro han seguido manteniendo contacto, éste será el primer lugar donde busquen y estaremos perdidos», pienso para mis adentros, sintiéndome desprotegida de repente.

Pasa un buen rato y ambos permanecemos en silencio, sentados uno junto al otro, contemplando las llamas.

—Satán —musita.

Levanto la vista para encontrarme con la suya, que me mira fijamente. Al reflejarse el rojo de las llamas en sus ojos parece un ser maligno, de esos que tanto me gustan a mí.

—Dime.

—¿Qué piensas ahora de mí? —Noto cierta congoja en su voz y eso me saca de mi ensimismamiento.

—Lo mismo que antes.

Él respira aliviado y me sonríe.

—¿Y qué es exactamente? —insiste.

—¿Qué pretendes?, ¿que me ponga romántica? Yo no soy de hablar, Álvaro, no me salen todas esas cosas bonitas que me dices tú a mí.

—Pero ¿las sientes?

Parece un niño pequeño inseguro y eso me produce mucha ternura.

—¡Claro!

—Entonces, cuando antes te he dicho..., bueno, ya sabes.

«Oh, joder, no estoy preparada todavía para esta conversación.»

—¿Qué quieres? ¿Que te mienta? —lo interrumpo.

—No, no. Es sólo que yo nunca le había dicho a nadie que le amaba y pensaba que, cuando lo dijese por primera vez, la otra persona me respondería algo parecido, pero no pretendo obligarte a nada.

Lo cojo de la mano y lo miro a sus ojos cristalinos, que me suplican que no le haga daño. Con todo lo grande que es, ahora mismo se ha convertido en algo muy pequeño, y no me gusta que se sienta así porque se ha expuesto, se ha abierto en canal, y ahora mismo debe de estar cagado de miedo por lo que yo le pueda decir, por el miedo al rechazo.

—Yo no siento eso todavía, Álvaro, no estoy en ese punto. Si te dijese que te quiero, te estaría engañando...

—Tranquila, lo entiendo —me interrumpe.

—No, déjame hablar —le pido—. Quiero que sepas que eres el hombre con el que más a gusto he estado nunca y al único que le

he permitido acercarse tanto. Yo creo que eso significa que vamos por buen camino, ¿no crees?

Asiente satisfecho.

—Poco a poco, lobito.

—Ven aquí, que voy a hacerle mimitos a Satán.

Abre los brazos para acogerme en su pecho y los dos nos tumbamos frente al fuego, donde nos quedamos plácidamente dormidos.

# Capítulo 28

> No se reconocen los momentos realmente importantes en la vida hasta que es demasiado tarde.
>
> AGATHA CHRISTIE

Los gallos en Eslovenia cantan antes de que salga el sol, yo diría que cantan desde que se pone, porque la luna está en la mitad del oscuro cielo alpino y el maldito animal lleva cantando un buen rato, cuando deben de ser las cuatro de la mañana.

—Recuérdame que mañana despelleje al gallo para hacer una sopa —le digo con mi voz soñolienta a Álvaro, que yace completamente dormido a mi lado.

Alguien llama a la puerta, dándome un susto de muerte.

¿Quién llama en plena madrugada a una cabaña perdida en medio de los Alpes?

—¡Álvaro! —Lo zarandeo y abre los ojos de golpe, asustado.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces? Déjame respirar, ninfómana —gruñe dormido.

Pongo los ojos en blanco y me río.

—¡Han llamado a la puerta!

Y, efectivamente, unos fuertes golpes en la puerta vuelven a sonar, poniéndome el vello de punta.

Álvaro se levanta como un zombi chocando contra todo, que si no se mata es porque Dios no quiere, y corre hasta uno de los cajones de la cocina; lo abre y saca una pistola de la caja negra que le dio Ivana el día que llegamos. Mira hacia las ventanas con detenimiento.

—Escóndete tras el sofá —me ordena en voz baja.

Él pega la espalda contra la pared que está junto a la puerta con el arma en alto.

—¿Quién es? —pregunta.

Nadie responde al otro lado, pero vuelven a dar golpes en la puerta.

—¡Si no me dices quién cojones eres, disparo! —amenaza en un tono violento.

—Soy yo, Álvaro, ábreme, por favor.

Nuestras miradas se cruzan y yo niego con la cabeza para que no le abra la maldita puerta a la mujer que podría haber destrozado su vida, pero no me hace el menor caso.

Ella aparece bajo la luz de la luna con una larga capa de terciopelo azul marino tapando su cabeza. Parece la diosa del bosque, o una Caperucita sexy.

—Perdonad que haya venido a estas horas de la noche, pero tenéis que huir —anuncia.

—¡¿Qué dices, Ivana?! —inquiere Álvaro preocupado.

—Os han delatado.

Entra en la cabaña y él cierra la puerta con llave mientras descarga la pistola para volver a dejarla en el mismo cajón del que la cogió.

Ivana y yo nos miramos una a la otra con toda la repulsión que nos producimos.

—Cuéntame, ¿qué has oído? —le pide él.

—En el bar de la plaza del pueblo uno de los pastores estaba contando que había visto a dos tipos muy raros en esta cabaña. Os describió a la perfección, sobre todo a ella, que tenía el pelo violeta

y se masturbaba en la ducha con las puertas abiertas. —Deja un tinte para el pelo de color negro sobre la mesa dedicándome una mirada recriminatoria—. Ya veo que la peluca duró poco. Os pedí que fueseis discretos para que nadie os descubriese.

Esa versión podría ser cierta, porque, si no, ¿cómo iba a saber ella lo de la masturbación en la ducha?

—Bueno, de todas formas, han visto a una mujer con el pelo violeta, no entiendo cuál es el problema —alego.

—¿Cuántas mujeres de pelo violeta hay en el mundo, bonita?

Ella saca una tablet de su bolso para mostrarme una noticia que ya traía preparada de casa.

> Ágata Castro, más conocida como Miss Violet, escritora de éxito en Onyox, huye del país junto a Álvaro Reyes, empleado de la misma editorial. Ambos se encuentran en busca y captura por la Interpol. Se los acusa del asesinato de Marta Castro hace cinco años. El caso ha sido reabierto al hallar nuevas pruebas y se ha llegado a la conclusión de que ambos tuvieron algo que ver, aunque hicieron creer a la propia policía que la joven se había suicidado. De momento, no se pueden desvelar las fuentes, ya que el caso está bajo secreto de sumario. Si los ven, llamen al teléfono xxx, son muy peligrosos y podrían ir armados.

El artículo, por supuesto, va acompañado de una foto de cada uno.

Un reguero de lágrimas recorre mis mejillas. Lo último que deseaba era llorar delante de esta zorra con tacones, pero es que esto ya era lo que me faltaba para colmar el vaso.

—¿No hay más noticias? ¿Sólo ésta? —digo pasando las páginas de la tablet como una loca.

—Es que aquí no hay wifi, por eso no puedes verlas —me explica.

Álvaro se apresura a envolverme entre sus brazos para tratar de consolarme, bajo la atenta mirada añil cargada de rabia de la rubia. No puedo derrumbarme ahora, debo armarme de valor y coger las riendas de mi vida. Al menos han reabierto el caso antes de que prescribiera, y ésa es una muy buena noticia.

—Cálmate, nena, todo se va a solucionar, lo juro, nadie creerá que has matado a tu hermana, yo me encargaré de eso aunque sea

lo último que haga en esta puta vida.

—¡¿Marta era tu hermana?! —pregunta ella con cara de sorpresa máxima, como si hubiese visto un fantasma.

Ellos dos se dedican una mirada muy extraña y Álvaro me suelta para terminar dando un fuerte puñetazo en la pared.

—¡Malditos hijos de puta! A saber qué pruebas falsas habrán aportado.

—Álvaro, cálmate, yo también estoy en peligro —le acaricia ella el brazo con dulzura—, debemos huir hacia el norte los tres, y cuanto antes mejor. Tengo el coche preparado donde os dejé el otro día.

«¡¡¿¿Los tres??!! Yo con esta bruja no voy ni a la vuelta de la esquina.»

—Gracias, Ivana, danos unos minutos, por favor, y saldremos enseguida —le pide él.

Ella sale, a regañadientes, pero sale de la casa.

Subo a la habitación para ponerme mis pantalones y mis botas militares, además de un forro polar verde musgo que me ha prestado Álvaro. No soy tan glamurosa como el hada de los bosques con su capa de terciopelo, pero tengo un toque satánico muy sexy que ella jamás tendrá, pues le va más el estilo Puticienta.

—Vamos, coge lo más importante que encuentres —me ordena desde abajo mientras no deja de meter cosas en la mochila, sobre todo ropa de abrigo y comida.

Él se ha vestido como para hacer el ascenso al Himalaya, con botas de *trekking*, pantalones impermeables y un abrigo de plumas tipo parka, todo azul marino. Me muerdo la lengua al verle porque no es momento, pero parece que acaba de salir de un catálogo para montañistas pijos buenorros.

—Álvaro, un momento. —Me planto delante de él para interceptar su paso—. No me fío de ella.

—¡¿Qué?! —Alucina, vecina—. Ágata, ahora mismo no podemos perder ni un segundo, nuestras vidas corren peligro, pero peligro de verdad. No hay lugar para celos tontos en este momento, en serio.

—No son celos, Álvaro; por favor, mi intuición nunca me ha

fallado —le suplico.

—Tu intuición te falló conmigo.

—¡No! Siempre me fie de ti, desde el primer momento. De lo contrario, ¿qué narices haría yo aquí?

Él me mira nervioso, para coger mi rostro entre sus manos. La situación está pudiendo con él, sé que quiere protegerme por encima de todo y, además, yo no remo en la misma dirección, así que le entra el pánico.

—Cariño, debemos huir, no tenemos otra opción que no sea confiar en ella. Es nuestra única escapatoria. Si nos quedamos, dentro de dos días habrán mandado a alguien para que nos aniquile. ¿Eres capaz de comprender eso?

—Yo no pienso ir con esa mujer a ninguna parte, ve tú.

—No hay otra opción, Ágata —sentencia enojado.

—¡Sí que hay otra opción! —le contradigo—. Dile que saldremos mañana por la mañana, eso nos dará algunas horas de margen. ¿Quién narices huye en plena noche por esas maltrechas carreteras?

—¿Y le digo también que se vaya a su casa a dormir plácidamente mientras se ha jugado la vida por venir hasta aquí a avisarnos? Lo único que pretende es ayudarnos, ¿y así se lo quieres pagar? ¿No crees que estás siendo un poco injusta?

«Joder.»

Clavo mis ojos en los suyos y por primera vez percibo que somos capaces de transmitirnos mil cosas con la mirada, aunque, en este caso, he de añadir algunas palabras.

—Álvaro, tú me pediste que confiara en ti, lo hice, y ahora me acusan del asesinato de mi propia hermana. Yo te estoy pidiendo que confíes en mí. Si tanto me quieres, demuéstramelo de una vez.

Él no sabe qué hacer. Acaba de darse cuenta de que hablo en serio. Mi corazón palpita desbocado.

—¿Y qué propones que hagamos?

De la emoción, le planto un beso en los labios que consigue que él sonría un breve instante.

—Debemos hacerle creer que la seguimos por el sendero oscuro que lleva hasta el coche, pero a la menor ocasión, nos

desviaremos.

—Vas a enviarnos directos al cementerio.

—Y si nos fiamos de ella será donde acabaremos de igual forma, no me da buena espina todo esto. ¿Sabes por qué se cometen casi todos los asesinatos de noche? Porque hay menos riesgo de tener testigos.

Él niega con la cabeza, incrédulo.

—Estoy en tus manos, Satán, tú diriges la operación.

Le sonrío agradecida, orgullosa de que tenga el valor de confiarme su vida y segura por fin de que no es el enemigo, sino mi cómplice. Hasta ahora, me encontraba perdida porque sentía que era una simple marioneta dirigida por alguien; una mujer desvalida que se dejaba salvar por el hombre, pero ahora mismo acabo de pisar el freno y comienzo a dirigir yo el cotarro. Y eso me da una seguridad en mí misma y unas ganas de vivir increíbles. Justo lo que necesitaba. La adrenalina vuelve a correr por mis venas.

—Gracias —le digo desde lo más profundo de mi corazón.

—¡Y con una simple sonrisa, me desarma, señores! —exclama hacia un público ficticio a su alrededor.

Me obligo a ahogar las ganas de gritarle «¡TE QUIERO!», aunque, desde luego, lo habría hecho sin dudarlo.

Cuando hemos recogido lo que hemos considerado oportuno, cierra la mochila, la carga a su espalda y partimos.

—Estamos listos, Ivana —anuncia Álvaro una vez en la calle.

Ella comienza a andar sin pronunciar una sola palabra y nosotros la seguimos.

Nos adentramos en la maleza enseguida, los árboles están tan juntos unos de otros que cuesta seguir una línea recta, cosa que me alivia porque no será difícil esconderse. Mi corazón está al borde del ataque de nervios con cada paso que doy, no sé cómo se sentirá Álvaro, pero yo estoy sobrepasada.

Ivana no habla ni nada, sólo camina hacia delante sin mirarnos siquiera. Sin embargo, cuando más o menos vamos por la mitad del camino, dice:

—Debemos de estar por la mitad, dentro de un cuarto de hora habremos llegado.

Pero lo hace sin mirarnos siquiera, como si...

Agarro a Álvaro del brazo y lo aprieto.

—Acaba de informar a alguien del tiempo que nos falta para llegar —susurro en su oído.

Y justo en este preciso momento se oye un leve zumbido que proviene de ella. ¡Auriculares! Por eso lleva una capa con capucha, para que no le veamos las orejas. ¡Será pájara!

Él me mira con suspicacia cuando le hago la señal que indica que lleva algo en las orejas. Le cuesta creerlo, porque debe de ser duro que alguien en quien confías a ciegas te traicione, pero cuanto antes lo asuma, mejor para todos. Él lo ha oído tan bien como yo.

—La traición nos va a dar ventaja, porque no se atreve a mirarme a la cara —me responde en voz baja.

Entonces, como si algo le hubiese impulsado de repente, me tapa la boca con fuerza con una mano para cogerme por la cintura con el brazo que le queda libre y elevarme así por los aires. Ahora sí que me va a dar algo, ¡no puede ser posible que él esté en el mismo bando que la rubia!

Por un instante, siento mi vida pasar ante mis ojos y me odio por haber confiado en este desgraciado. No es posible que haya sido tan tonta.

Álvaro se lanza al suelo conmigo cogida, sin destapar mi boca. Los dos rodamos tipo croqueta entre los diversos troncos y arbustos montaña abajo. Me voy clavando todo tipo de cosas por el cuerpo, pero ni siquiera puedo gritar para quejarme del dolor. Con la velocidad de rodamiento que hemos alcanzado, voy rezando para no chocar contra ningún tronco y partirme la columna, con eso tendremos bastante.

Cuando termina la agonía y cesamos de rodar, por fin destapa mi boca. Lo miro, aterrada y dolorida a partes iguales.

¿Me ha traicionado o no?

—Pero ¿qué coj...?!!

—¡¡¡Corre!!! —ruge tirando de mi mano para ayudarme a levantarme.

Los dos salimos echando leches a través del frondoso bosque

en plena noche. Ya no hay vuelta atrás, está hecho. Cuando Ivana se dé cuenta de que no la seguimos montará en cólera; ella y quienquiera que nos esté esperando al otro lado. Sabía que no era trigo limpio, ésa por dinero vende hasta a su madre. Hago el gesto de la victoria en mi mente por haber acertado.

Y lo mejor de todo: ¡Álvaro no me ha vendido!

# Capítulo 29

El
secreto
de seguir
adelante
es
comenzar.

AGATHA CHRISTIE

No sé el tiempo que llevamos andando, pero necesito descansar.

—Podríamos parar un ratito, ¿no crees? —le propongo.

—Pueden estar buscándonos, no estamos seguros todavía.

—Álvaro, vamos a estar igual de seguros aunque nos sentemos cinco minutos, me duele todo el cuerpo, por favor. —Junto las dos manos, poniéndole cara de gatito de *Shrek*, y sonríe.

—Cinco minutos, que te conozco.

—¡Gracias, señor! —Hago con la mano el saludo militar a los superiores.

Y, sin dudarlo, me dejo caer al suelo, tendiéndome sobre la hierba boca arriba con los brazos y las piernas extendidos.

Él se quita la mochila y se echa junto a mí.

—¿Te duelen las heridas?

—Son sólo rasguños.

Sí que me duelen, tengo sangre por todas partes y mañana estoy segura de que tendré el cuerpo amoratado, pero no adelanto nada con hacérselo saber, así estará más centrado en nuestra fuga, pues es quien se supone que ha mirado los mapas antes de venir y deberá saber hacia dónde ir.

Los dos contemplamos el cielo estrellado en absoluto silencio, casi con veneración, cada uno pensando en algo distinto, o quizá en lo mismo, eso ahora no importa; únicamente importa lo extraordinario de algo tan cotidiano como es levantar los ojos para mirar al cielo, pero mirarlo con atención, y sólo así, en medio del estrés y las prisas del día a día, tendremos el honor de poder admirar un auténtico prodigio de la naturaleza.

—Me has salvado la vida, Satán —susurra sin dejar de mirar hacia las estrellas.

—Los hombres no veis más allá de dos tetas —bromeo.

—Una vez más, Ivana traiciona a quien más ama —musita pensativo.

—Ése es el problema precisamente, que todos os creéis que os ama, pero esa mujer no tiene capacidad de amar a nadie más que no sea ella misma, lo supe desde que la vi. Las mujeres tenemos un sexto sentido para esas cosas, del que vosotros carecéis. Se hace la desvalida para haceros pensar que os necesita y luego asestaros la estocada final. A saber a cuántos pobres habrá vendido la misma moto.

—Por eso mismo siempre me ha gustado estar solo, porque así no necesito a nadie más que a mí mismo. Nadie tiene la opción de fallarme y hacerme daño.

—Sé cómo te sientes porque no hace demasiado que lo he vivido. ¿Te cuento un secreto? —Se gira para mirarme a los ojos con sorpresa y yo hago lo mismo, quedando tumbados de costado uno frente al otro—. Cuando me has tapado la boca, por un momento he pensado que me estabas entregando.

—¡No!

—Sí. Me has roto el corazón sin quererlo.

—Pero ¿todavía no confías en mí, Ágata? Te he demostrado una y mil veces que voy a muerte por ti. Te he tapado la boca para que no gritases en el descenso porque sabía que nos íbamos a hacer daño, y porque sabía que no puedes estarte calladita. El silencio era fundamental para una huida limpia. Además, al ir rodando los dos juntos pesábamos más y yo podía esquivar los troncos que se

nos ponían por delante.

O sea, que no ha sido fruto de una de las casualidades de la vida que no hayamos chocado contra los mil millones de troncos con los que nos hemos cruzado al bajar.

—Lo sé. Después lo he comprendido y ahora confío en ti más que nunca —admito.

Coge mi cara entre las manos y me besa con dulzura.

—Oír eso me hace muy feliz, pero debemos seguir adelante. Hasta que bajemos al río, no estaremos seguros. Ya debe de quedar poco.

—Pero, Álvaro, estoy muy cansada. Llevamos un par de días sin dormir y encima todo esto, ¿no podemos dormir un rato?

—Sabía que no te iba a valer con cinco minutos, siempre haces lo mismo —se lamenta—. No podemos dormir en pleno bosque, Ágata, porque los peligros que hemos corrido hasta ahora no serían nada comparados con los que nos aguardarían. En estas montañas hay lobos, además de osos de dos metros y trescientos kilos que hace meses que no comen.

—Por ahí atrás me ha parecido ver una choza abandonada, podríamos resguardarnos en ella —propongo.

—¿Una choza? ¿Y abandonada?

—Sí.

Se coloca la mochila y me deja pasar primero para que le muestre el camino. No tardamos en llegar y se la señalo de manera triunfal, como si hubiésemos llegado a la mansión Rockefeller.

—Aquí la tienes.

—¡Joder! Eso no es una choza, ¡es un puto búnker de la primera guerra mundial! Ahí podría haber hasta granadas y bombas, ¿te apetece jugar a la ruleta rusa? ¡Porque a mí no!

—Tú siempre cortándome el rollo, colega —me quejo.

Y justo en ese preciso momento comienza a diluviar. Sí, así, de repente, sin un goteo previo como sucede en España; aquí, de pronto cae el diluvio universal sobre ti, a traición, sin avisos. Lo que ocurre es que los árboles, al ser tan altos y frondosos, interrumpen el camino de la lluvia y por eso nosotros no nos estamos empapando... todavía.

—Pues no sé tú, pero yo decido arriesgarme —le informo mientras corro para meterme en el búnker, o la choza, o lo que sea este pequeño círculo construido con piedras y cemento en medio de la nada.

—¡No, espera! —grita horrorizado—. ¡¡Está tapado con ramas!!

Trata de agarrarme para impedirme que entre, pero ya es tarde, estoy dentro.

No es que me guste tocarle los huevos ni nada de eso, es que yo me muevo por impulsos y sensaciones, y si esta choza me decía que me cobijase en ella, es porque debía hacerlo.

—¿Por qué todas las locas me tocarán a mí? —protesta cuando entra muy lentamente y se sitúa a mi lado, contrariado.

—¿Qué decías de las ramas? No me digas que esta casita no es una monería —bromeo señalando el escaso espacio que nos rodea.

Mira el suelo con temor, buscando cualquier cosa que pueda estallar, pero no encuentra nada, la choza parece estar libre de muerte.

—Los refugios tapados con ramas son los peligrosos. Los pastores los identifican de esta manera para que no entre el ganado —me informa.

—Pues el pastor que tapó esto estaría borracho.

Él niega con la cabeza.

—Eres lo peor, ¿sabes? Desde que te conozco, no he estado tranquilo ni un solo minuto; eres como un chute de adrenalina continuo y no sé cuánto tiempo más aguantará mi pobre corazón tu ritmo desenfrenado.

Yo suelto una carcajada.

—Tu pobre corazón es más duro que una piedra. Y me alegra que me veas así, si me dijeses que te aburro tendríamos un gran problema.

Saca una manta de su Poppins-mochila y la extiende en el suelo. Nos quitamos los zapatos y nos echamos sobre ella; él detrás de mí para abrazarme.

Mi idea era la de meter el culo contra su estómago para que tuviésemos un fin de fiesta al nivel que se merece nuestra fuga perfecta, pero me quedo dormida antes siquiera de pensarlo, así que me conformo con mis sueños húmedos.

Un ruido cercano me sobresalta. Abro los ojos de golpe y durante unas milésimas de segundo no recuerdo dónde estoy, pero enseguida me centro. Era un cervatillo, que había entrado a cotillear un poco, pero le he asustado al levantarme como la niña de *El exorcista* y ha salido corriendo como si le persiguiese el mismísimo diablo.

Me levanto desorientada y dolorida. Hoy tendremos que pagar los golpes de ayer. Miro a mi alrededor para descubrir que estoy únicamente acompañada por la mochila infinita. Salgo para averiguar adónde ha ido Álvaro. Todavía no ha amanecido, las primeras luces del alba despuntan entre los picos rocosos de las inmensas montañas que nos rodean, un momento y un enclave perfectos para hacer mis estiramientos de pilates.

Pasado un rato, lo descubro viniendo hacia mí cargado con un inmenso ramo de flores, bañado por la tímida luz del amanecer. Al verme, estirando hasta el último músculo de mi cuerpo, su sonrisa ilumina el paisaje, yo diría que el mundo entero.

—¡Buenos días, Satán! —exclama al llegar a mi altura, dándome el ramo y un beso en los labios.

—¿Y esto?

—En agradecimiento por todo lo que has hecho por mí en las últimas horas. Me declaro tu siervo para siempre. —Hace una reverencia.

Yo me parto de la risa porque cuando quiere es un exagerado.

Huelo las flores y me elevo a los cielos. Es un olor indescriptible, es un olor tan intenso que...

Álvaro me quita el ramo de las manos para esparcir las flores por el suelo del búnker sin miramientos.

—¡Oye! ¡¿Estás loco?! ¡Ese ramo era mío! —me quejo.

—Ese ramo tiene un cometido —suelta, cogiéndome en brazos para meterme dentro de nuevo.

—¿Un cometido?

No contesta. Se limita a colocarme boca arriba sobre las flores como si fuese la Bella Durmiente, pero cuando está dormida, claro, y a desnudarse mientras me besa con devoción. Yo no quiero perder el tiempo y hago lo mismo a la vez que respondo a sus besos. Él se detiene para contemplar mi desnudez con sus ojos bañados en puro deseo.

—Eres una diosa.

—Pues ya sabes lo que les gusta a las diosas, Lobo —lo provoco.

Se abalanza sobre mí, apoyando su peso sobre los brazos para no aplastarme. Como ya vamos conociendo lo que nos gusta a cada uno, me penetra de manera suave para después tomar el ritmo que a mí me vuelve loca, el maquinero.

El amor y el sexo son así, pura magia entre dos personas completamente distintas que se unen para formar una sola. Compenetración. Respeto. Pasión... Pero hasta que se llega a eso, hay que ir practicando el ensayo error. Tenemos tantas ganas los dos de celebrar que seguimos vivos y, sobre todo, que seguimos siendo libres que no tardamos en llegar al clímax. Ha sido bestial.

Cuando tratamos de recobrar las fuerzas de nuevo, lo miro a través de todas las flores que descansan bajo mi cuerpo. Es una imagen llena de contrastes, el gris del hormigón con el colorido floral y nuestros cuerpos saciados y sudorosos.

—¿Han cumplido con su cometido las flores? —le pregunto.

Tiene la mirada perdida en el techo.

—Anoche, cuando ya estabas dormida, pensé sobre la historia que tendría este búnker, en todo lo que habrá sucedido bajo este pequeño techo, en la sangre que derramaron cientos de miles de inocentes por las ideas incendiarias de unos y el afán de revanchismo de los otros.

—¿Por qué sabías que era de la primera guerra y no de la segunda?

—La primera fue el primer gran conflicto global del mundo y en esa época fue cuando se edificaron estas construcciones. En esa guerra todo el sistema armamentístico y las estrategias bélicas cambiaron: del caballo al tanque; de las balas a las armas químicas;

de los globos a los aviones de combate... Fueron años de horror y, por desgracia, esta parte de Eslovenia fue un actor principal en el conflicto, pues el Imperio austrohúngaro e Italia libraron atroces batallas aquí, dejando miles de muertos en ambos bandos.

Lo escucho ensimismada porque me fascina que sepa todo esto, ya que yo ni me acuerdo de cuando lo estudiaba en el colegio, y mucho más me fascina que me lo cuente con esa pasión, como si fuese él quien hubiera estado allí.

—Siempre mueren inocentes —declaro.

Él me mira con una expresión de rabia.

—Yo sólo quería aportar mi granito de arena, un recuerdo para la desmemoria, un toque de color a la oscuridad; no es gran cosa, pero me parecía una bonita manera de honrar a los caídos en aquella masacre gratuita.

Jamás habría imaginado nadie que este lugar estaría alguna vez lleno de flores y de amor, por eso lo ha hecho, jugando con los derroteros del destino, y por eso me acabo de enamorar un poquito más de él.

Lo beso con todas mis ganas.

—No sabía que fueras tan romántico.

—Me alegra saber que yo también puedo sorprenderte, miss Adrenalina.

Nos reímos.

—Esperemos que los errores del pasado nos enseñen a no llevar al mundo a repetirlos en el futuro —comento.

—No somos más que una premeditada nube de recuerdos. A los que están en el poder sólo les interesa mantenernos idiotizados, ocupados con chorradas y que así no recordemos ciertas cosas; pero en cuanto surja el más mínimo conflicto, todo estallará por los aires. Parece que el ser humano vive con las ascuas del resentimiento siempre encendidas, si no, mira mi padre y mi hermano, no son capaces de pasar página.

—No se puede pasar página cuando hay algo sin resolver, pero de eso nos encargaremos nosotros. Tenemos que encontrar un sitio que tenga conexión a internet —le propongo.

No sé por qué, pero creo que juntos podemos dar con la

contraseña de OneDrive. Todas esas cosas que ha dicho también han conseguido encender las ascuas de mi resentimiento y por eso vamos a ir a por todas, tenemos que conseguir ese maldito vídeo. Ahora que sé que Álvaro es de los míos, vamos a luchar a sangre y fuego contra esos dos malnacidos.

—¿Y eso? —pregunta.

—Vamos a tratar de adivinar una clave.

—¿Una clave de qué? Recuerda que nos buscan por asesinato en todos los países, Ágata, no podemos ir por las ciudades buscando una señal wifi —apunta.

—Tampoco podemos huir eternamente, ¿no? Porque, a no ser que hayas guardado en tu mochila todo el queso del universo, algún día deberemos volver a la civilización.

—Tienes razón —admite.

—¿Ya has organizado el viaje? Ella dijo que deberíamos ir hacia el norte, por lo tanto, supongo que iremos al sur.

—Así es, primero iremos hasta Tolmin, que está a unas cuatro horas de aquí siguiendo el río Soca y, una vez allí, ya veremos qué hacemos —me informa.

—Hay que cruzar la frontera con Italia; allí me siento mucho más segura que aquí, no sé por qué, pero me hace sentir como en casa.

—Trieste está en Italia y está a hora y media en coche de Tolmin.

—¡Pues iremos a Trieste!

—He dicho en coche —me contradice.

—Y yo he dicho que iremos a Trieste. Tienes un fajo de billetes, ¡por el amor de Dios! No creo que nos resulte difícil encontrar un coche que nos lleve y guarde silencio.

—Si nos han delatado cuatro pastores viejos...

—Álvaro, céntrate, ahora vamos a Tolmin; después, ya pensaremos de dónde sacamos un coche.

—¡Que así sea, mi guerrera! —exclama.

Emprendemos la marcha sendero abajo para hallar el río Soca, ese que nos indicará el camino que debemos seguir hasta Tolmin.

# Capítulo 30

El tiempo es el mejor asesino.

AGATHA CHRISTIE

Me cuesta respirar, mi corazón va a explotar. Siento cómo la sangre corre por mis venas a toda prisa.

Oímos un disparo demasiado cercano, así que nos dirigimos hacia la otra dirección, pero justo al doblar la esquina descubrimos que nos hemos metido en un callejón sin salida.

—¡Mierda! —ruge Álvaro.

La gente desde las ventanas nos advierte que los malos se acercan, que huyamos, pero no tenemos escapatoria. Nos han pillado.

Él toma mi rostro entre las manos y me mira fijamente. Aunque esté muerto de miedo, trata de hacerse el valiente para que yo no flaquee.

—Ágata, ¡sálvate tú! Yo saldré para entretenerlos —me ordena mirándome con el terror reflejado en los ojos—. Debes llevar el vídeo a la policía, si no, jamás se sabrá la verdad y ellos habrán ganado.

—¡No pienso irme sin ti! —grito con todas mis fuerzas, derramando gran cantidad de lágrimas por el presagio de nuestra inevitable separación.

—¡Si no te vas, nos matarán a los dos, joder!

—¡No! ¡No voy a renunciar a ti, si tenemos que morir,

moriremos juntos!

Ahora mismo nos encontramos en un callejón donde un montón de matones nos están disparando a plena luz del día, mientras los viandantes se esconden horrorizados por donde pueden, gritando como locos.

Pero creo que para entender cómo hemos llegado hasta aquí es necesario contar primero lo que ocurrió al salir de aquel búnker. Así que demos marcha atrás y volvamos a aquel momento.

* * *

No tardamos demasiado en llegar al famoso río Soca, y la verdad es que no me extraña que sea tan popular, pues apuesto todo lo que tengo a que la frase «si no lo veo, no lo creo» es la más repetida al llegar a sus orillas. Permanezco un buen rato con la boca abierta mirando el impresionante color turquesa de sus aguas.

—Esto no puede ser real —le digo a Álvaro, tocando el agua con mis manos para cerciorarme de que no es pintura.

—Es una pasada, me moría por verlo en la realidad.

—Eslovenia tiene una foto a cada paso, es un privilegio poder estar aquí —musito embobada.

—El privilegio es haberte conocido, Satán —añade con ojos enamorados, provocando en mí una sonrisa tonta.

Andamos otro rato por los caminos que perfilan el río. Se encuentran bastante señalizados y asegurados porque hay mucho turismo. Cada dos por tres nos cruzamos con alguien y, aunque bajamos el rostro para que no nos reconozcan, este hecho nos empieza a poner cada vez más nerviosos.

—Dame el tinte —le pido a Álvaro de repente.

—¿Qué tinte?

—El tinte que he metido en la mochila, el que me trajo ayer tu amiguita, la harpía rubia.

Lo busca pensando que no está, pero... ¡está!

—¿Vas a teñirte el pelo de verdad? —me pregunta al dármelo.

—El pelo violeta es demasiado cantoso, por mucho pañuelo

que lleve puesto, y no me perdonaría que nos reconocieran por mi culpa. Volveré a teñírmelo cuando estemos en Madrid sanos y salvos. Dame las tijeras también.

—¡No! ¡Las tijeras sí que no!

—Es para abrir los envases, no seas cabezota. Anda, ve a buscar mientras un poco de agua, que tengo sed, por favor —le miento.

Él me pasa las tijeras y se marcha con la cantimplora entre sus manos de mala gana.

Pongo la cabeza boca abajo, cojo las tijeras y me corto el pelo todo lo recto que puedo. Sin piedad. Vuelvo a levantar la cabeza para comprobar que me queda por debajo de las orejas. Después, mezclo el contenido de los botes y me lo doy por todas partes, rezando para que la hija puta de Ivana no haya metido un tinte verde, o lo que sería aún peor, uno rubio platino como el suyo.

Espero el tiempo que estimo oportuno para que actúe el mejunje, que es una media hora calculada a ojo de buen cubero y, a continuación, meto la cabeza en un charco de agua estancada para aclararlo. Y ya está hecho el estropicio.

Me sorprende la facultad que tiene el ser humano de relativizar las cosas y adaptarse a las nuevas circunstancias, porque lo que acabo de hacer dos semanas antes habría sido mi peor pesadilla; sin embargo, ahora mismo, ni siquiera lo he dudado, no me ha temblado el pulso. No he sentido la menor congoja.

El aspecto físico cuando te juegas la vida es lo que menos importa. Y yo no es que fuese una *fashion victim*, siempre preocupada por si se lleva más el *tie-dye*, el *animal print* o los lunares, pero en cierta manera sí que me preocupaba mi imagen.

«Sí, claro, por eso tu armario es más negro que el culo de un murciélago», aparece Carlitos en medio de mi mente para recriminarme.

Carlitos..., ¿qué estará haciendo ahora mismo? ¿Qué pensará de mí?

Como Álvaro no viene, voy yo a buscarlo y lo encuentro sentado junto a la orilla del río, pensativo.

—¡Eh, grandullón! —lo llamo, pero no me mira—. ¿No

tendrás por ahí un espejo y un secador? —bromeo.

Llego hasta su altura y me siento a su lado.

—¿Qué pasa?, ¿que vas a ser de esos hombres que ni se enteran cuando sus chicas van a la peluquería? —insisto.

—No es eso —continúa sin mirarme—, es que has renunciado a tu seña de identidad por mi culpa y me odio por ello.

Entonces, tomo su rostro entre las manos para que me mire a los ojos y compruebe que voy a hablarle desde lo más profundo de mi corazón.

—A ver si te enteras de una maldita vez por todas, chavalín —sus ojos miran mi pelo corto y moreno con dulzura—, puede que esté aquí por tu culpa, sí, o puede que sea por mi maldita manía de meterme en líos. Pero, gracias a eso, estoy siendo la mujer que hacía cinco años que no era. Me has devuelto la vida. Me estoy riendo como nunca; estoy alerta, buscando pistas para resolver acertijos, que es lo que a mí me pone; me he cortado el pelo como siempre había querido pero no me atrevía porque debía mantener la imagen que vende; estamos haciendo senderismo y viendo paisajes que ni en mis mejores sueños habría imaginado, y, por último, estoy follando como nunca creí que se pudiese follar, y además, con el tío más bueno del planeta. ¡¿Qué más quieres?! ¡¡¡Si soy la mujer más feliz del mundo!!!

Él está sonriendo como un tonto, aunque trate de no hacerlo.

—¡Qué bonito! Ya sería perfecto si no te buscasen por asesinato —añade apenado.

—Oye, no seas aguafiestas, ¿dónde está el hombre aventurero que conocí a oscuras en aquel restaurante?

—Desapareció el día que empezaste a importarme para dar paso al hombre preocupado por tu bienestar.

—Pues yo me sé cuidar solita, así que deja de ser un preocupado mustio porque ése no es el hombre del que me enam…

Clava sus ojos en mí.

—Termina la frase —me ordena.

Yo me separo de él como si quemase e intento seguir el camino que traíamos, pero me sujeta con fuerza por la cintura para girarme y que lo mire a los ojos.

—¿Estás enamorada de mí? ¿Eso ibas a decir?

—Iba a decir que no seas cortarrollos y que vuelva el Lobo que a mí me gusta.

—No has dicho que te guste, has dicho que estabas enamorada.

—Bueno, sí, supongo que sería por la emoción del momento, yo...

—Ágata —me interrumpe—, no pasa nada por expresar tus sentimientos. No voy a hacerte daño. Yo ya te he confesado que te amo, ¿qué más necesitas para decirlo tú?

—No estoy preparada. Me estás agobiando. Déjame, por favor —le pido.

Me suelta de mala gana y continúa su camino sin añadir ni una sola palabra, convirtiendo así lo que podría haber sido un trayecto de ensueño en un infierno lleno de tensión y mal rollo. No nos detenemos en ninguna de las maravillosas cascadas que dejamos atrás para follar bajo el agua como salvajes enamorados, ni retozamos a la sombra de los árboles que comienzan a engalanarse con los colores ocres del otoño, ni cantamos junto a los pajarillos, ni nada por el estilo.

Sé que yo me lo he buscado, pero ahora no voy a dar mi brazo a torcer, el momento pasó; mejor dicho, yo hice que pasara. Pero es que no comprendo la necesidad que tiene de que exprese en voz alta mis sentimientos. Me siento incómoda haciéndolo, sería muy artificial, algo forzado. Además, si se lo demuestro, ¿por qué hay que decirlo también? Yo no voy diciendo a la gente que me cae mal: «te odio»; se lo demuestro y ya está.

Se nota que vamos llegando a otra comarca porque el camino deja de ser por senderos verdes para pasar a ser por acantilados rocosos. Oír el ruido que hace el agua del río al romper entre las piedras es algo fascinante. Si se nos hubieran presentado unas ninfas ahora mismo, no nos habríamos extrañado en absoluto, ya que el paraje se presta a ello. Todo el entorno que nos rodea es de ensueño.

Cuando llegamos a Tolmin, tenemos que cruzar un puente de madera de estilo tibetano que está cerca del pueblo. Se encuentra

situado a mucha altura encima del río. Álvaro va primero y yo detrás. Lo cruzo admirando las aguas turquesas bajo mis pies, entre los tablones que forman el suelo del puente, ya que se encuentran bastante separados unos de otros.

—Alguien con vértigo no pasaría por aquí, ¿eh? —bromeo, pero no obtengo respuesta, como ha ocurrido con todo cuanto he dicho a lo largo del camino.

Entonces, llega el gran momento estelar de toda mi vida.

Hay instantes en los que sabes que vas a cagarla, lo ves, está clarísimo, pero aun así te lanzas de cabeza aunque no haya agua, porque sí, porque eres así de idiota.

Sólo a mí se me ocurre botar con todas mis fuerzas para asustarlo, moviendo las cuerdas a las que estamos sujetos con las manos con todas mis fuerzas. ¡Ah! Y, por supuesto, como todo eso me parecía poco, acompaño esta ida de olla con gritos de loca que resuenan por todo el bosque.

El puente no se desprende de un lado para que caigamos al agua, como ocurre en las películas, no. Lo que sucede es que él no estaba bien sujeto a las cuerdas y, como no le he advertido que se avecinaba el armagedón, pues se ha caído de culo y, para evitar precipitarse al vacío, por puro instinto ha metido una pierna entre los tablones.

En mi defensa alegaré que no pensaba que el maldito puente fuese a moverse tanto, pues parecía mucho más consistente.

Su grito desgarrador consigue que me detenga en seco, quedándome helada de repente.

Cuando logro reaccionar, él ya ha sacado la pierna de los maderos, pero sangra de una manera muy fea.

—¡Oh, Dios mío! —grito horrorizada.

Me apresuro a socorrerle, tratando de ayudarlo a levantarse.

—¡¡Pero ¿¿tú eres tonta??!! —ruge colérico—. ¡Acabas de firmar nuestra sentencia de muerte!

Miro su pierna y veo que tiene una gran estaca atravesando su muslo, aparte de miles de astillas repartidas por el resto de la pierna.

Quiero gritar, flagelarme, incluso lanzarme hacia abajo y así

no tener que enfrentarme a la realidad, que no es otra que aceptar que, si no me espabilo, Álvaro se desangrará ante mis ojos.

«¡Piensa, Ágata, piensa!», me exijo.

Corro hacia el otro lado del puente, por donde hemos entrado, gritando «¡Ayuda! *Help!*» a voz en grito, con todas mis fuerzas.

Enseguida aparecen dos chicos jóvenes a lo lejos, parecen asustados, y levanto los brazos para que sepan que soy yo la que pide ayuda. Vienen corriendo hacia mí y les muestro con la mano el lugar donde se encuentra Álvaro, porque parece que no hablan inglés.

Ellos se apresuran a cogerlo entre los dos mientras yo saco los billetes de la mochila y los guardo en un bolsillo de mi pantalón. Se llevan a Álvaro en volandas, no sé hacia dónde, porque sólo corren como locos y yo los sigo.

—*Nočem iti k zdravniku!!!* —repite Álvaro sin parar.

—*Zdravstveni* —me dicen los chicos.

—¡Ágata, no dejes que me lleven al médico! ¡Me están llevando al médico! ¡Te descubrirán! —musita casi sin fuerzas.

Y entonces pierde la conciencia.

# Capítulo 31

> Su fuerza reside en la voluntad, no en su brazo.
>
> AGATHA CHRISTIE

La operación ha salido bien y Álvaro se encuentra estable o, al menos, eso es lo que pone en el informe que me han dado sobre «el hombre X», ya que todavía no me permiten verlo. El médico no habla demasiado bien el inglés, pero entre los dos nos hacemos entender, aunque me mira con una cara muy rara.

Como no hemos contratado ningún seguro de viaje privado ni tenemos la tarjeta sanitaria europea, el médico me pasa la factura de la operación, que asciende, nada más y nada menos, que a diez mil benditos euros. Mi cara cuando veo la cifra debe de ser todo un poema. Me pide que me dirija al departamento de administración para facilitarles mis datos personales y que puedan rellenar el documento, también me explica que no me preocupe porque mi país me devolverá el importe después.

Me da igual que luego el gobierno español me lo devuelva o no, el caso es que ¿de dónde diablos lo saco ahora? Me encierro en el baño para contar lo que suman los billetes que llevo y ¡no llega a cinco mil euros!

—¡Mierda! —Pego un golpe en el lavabo y me hago mucho

daño, lo que consigue que se me ocurra una solución.

Salgo tan tranquila, con una gran sonrisa, como si nada me preocupase en la vida, porque más me vale que eso sea lo que piense el personal que anda por aquí, por mi bien. Vuelvo a sentarme en la sala de espera.

Una de las enfermeras se acerca para preguntarme en un inglés chapucero si voy a abonar la factura con tarjeta o en efectivo. Yo la miro altanera, echándole un par de ovarios al asunto, pues supongo que si viniese a mi negocio una mujer con el pelo enmarañado chorreando tinte negro, con la ropa agujereada y la piel llena de sangre reseca, no le preguntaría con qué me va a pagar, sino con qué me va a matar.

—No pienso pagar hasta que compruebe que mi marido está en perfectas condiciones —la amenazo en inglés.

Ella se marcha y vuelve con la que se supone que es su jefa, que me informa muy amablemente de que, si no pago ahora mismo, llamarán a la policía.

Recuerdo que Álvaro me dijo que en Eslovenia debías inscribirte en la policía si ibas a estar más de tres días en el país, o sea que otra cosa más para añadir a la interminable lista de delitos cometidos.

—Llamad a la policía, me da igual —las reto a ambas—. Tengo derecho a saber dónde tenéis a mi marido, ¿y si lo habéis matado y, encima, queréis cobrarme?

Me pongo en pie para sacar el fajo de billetes y enseñárselo a ambas, que se quedan patidifusas. Lo guardo enseguida y les vuelvo a repetir que no pagaré hasta que vea a mi marido. Esta vez me tratan con más amabilidad que antes y me informan de cuál es su habitación, la 116. Me levanto para buscarla, al principio relajada y después con desesperación, pero por fin la encuentro.

Abro la puerta sin llamar. Entro despacio, por si está dormido, no quiero despertarlo. Según avanzo, advierto que hay dos camillas, pero la primera está vacía, aunque deshecha, o sea que deduzco que el paciente debe de haber salido.

En cuanto veo tumbado sobre la otra camilla a Álvaro, que como es tan grande se le salen los pies por abajo, comienzo a llorar

con desconsuelo, sin poder parar, parece que las lágrimas salgan solas a borbotones sin remedio.

Se encuentra plácidamente dormido, con un pijama verde del hospital, limpio, aseado, afeitado y oliendo bien. Me acerco con cautela para cogerle la mano y darle un beso en la frente. Está conectado a mil máquinas que pitan y tiene al lado un portasueros del que cuelgan tres goteros que le administran por medio de una vía en el brazo.

No aguanto más y lo abrazo con cuidado de no hacerle daño.

—Perdóname, por favor, lo siento tanto... —sollozo contra su pecho, que sube y baja de una manera muy pausada.

—Al menos te reirías un rato a mi costa —musita en una voz muy baja.

—¡¡¡Álvaro!!! —exclamo nerviosa.

Levanto la cabeza para chocar de frente con sus ojos, que me miran llenos de dulzura cuando creí que lo harían con reproche.

—¡Estás bien! —grito emocionada, besándolo por todas partes.

—¡Chisss! No hagas ruido, debemos escapar, si descubren que he despertado estamos perdidos, seguro que ya han llamado a la policía —señala mientras se levanta, arrancando todas las ventosas y sacando la aguja de su brazo.

—¡¿Estás loco?! ¡No puedes moverte, tienes que guardar reposo! —trato de detenerlo, pero pasa de mí olímpicamente.

—Date una ducha rápida. Con esas pintas de terrorista que tienes no nos llevará ningún coche a ninguna parte —protesta señalando la puerta del baño.

Él comienza a vestirse con una ropa que no es suya. Se ha puesto un jersey de lana de color verde botella que lleva unos ciervos blancos trenzados y unos vaqueros que le quedan grandes, por eso le entra bien la pierna vendada. ¡Todo un cuadro!

—¿De dónde has sacado eso? —pregunto intrigada—. Voy a tener pesadillas el resto de mi vida con esos ciervos.

—Es del chico que está ingresado ahí al lado —me informa tan pancho señalando la camilla vacía—, tiene más o menos mi talla. ¡Dúchate de una vez, coño!

Corro al baño para darme dos jabonadas exprés al pelo y al cuerpo, porque el primero no hacía ni espuma. Lo que ha salido de ahí no tiene nombre, estoy segura que habrá animales salvajes más limpios que yo.

Por fin me peino..., ¡qué placer, por favor, sólo me falta gemir! Además, descubro que en una cesta hay braguitas de un solo uso metidas en bolsitas sin estrenar, cosa que me embarga de felicidad, pues no me sentía demasiado cómoda yendo por el mundo en plan comando.

Me detengo de manera fugaz frente al espejo para descubrir que el color de mi pelo es un castaño muy parecido al mío natural y que me sienta de lujo, por no hablar del corte, vamos, ¡que ni en las mejores peluquerías! Salgo envuelta en la toalla con el pequeño peine en la mano: «éste se viene conmigo».

—¡Ponte esto, corre! —dice a la vez que me lanza un pelotón de ropa.

Me pongo un vestido azul de licra con unas deportivas blancas y unas medias de color marrón. Eso me pasa por reírme de sus pintas, que el karma ha actuado al instante. Saco los billetes de mi pantalón para meterlos en las medias a la altura de mi ombligo, junto al peine. No volveré a ser nunca más un *pelocho despelucao*.

Cuando vuelvo a mirar, Álvaro ya no está en la habitación.

«Pero ¿dónde demonios se habrá metido este hombre ahora?», me pregunto.

—¡Vamos, date prisa! —Su voz proviene de la ventana abierta.

Me apresuro hasta allí y lo veo que va corriendo a la pata coja a través del parking del hospital, pero es que el condenado corre a una velocidad que bien podría considerarse deporte olímpico. Retengo las ganas de gritar «¡Paciente a la fuga!», pero decido guardar silencio y dejar las chorradas para la siguiente vida, así que la acompañante del paciente se da a la fuga también. ¡Gracias al cielo que la habitación estaba en la planta baja!

He hecho todo sin pensar en las consecuencias, sólo me limito a seguir al loco de la venda y punto. De todas formas, mi plan de hacerme pasar por una enfermera, dejando a la de verdad

inconsciente en un baño, tampoco es que fuera demasiado brillante. Aunque he de alegar en defensa de mi cutre-plan, que yo suponía que Álvaro estaría en coma y no saltando como un canguro cojo.

En cuanto llego a la esquina del edificio, alguien tira de mi brazo para meterme tras unos espesos matorrales que rodean un árbol. No grito porque enseguida me doy cuenta de que ha sido él, que pone el dedo índice sobre sus labios para pedirme que me mantenga en silencio. Miramos a través de los arbustos y vemos que dos coches de la policía aparecen a toda velocidad con las sirenas puestas.

—Cada vez la liamos más —me lamento.

—A mí no me metas esta vez, te puedes atribuir todo el mérito tú solita. —Me mira reteniendo la risa y niega con la cabeza —. Joder, es que todavía no me lo creo.

Yo estallo en una carcajada insonora, tapando mi boca con ambas manos para que no me oiga nadie. Nunca antes me había pasado, pero cuanto menos ruido quiero hacer, más ganas me entran de reír a todo pulmón, y él, al verme, se contagia también.

—Cualquiera que nos viera a los dos descojonados de la risa mientras huimos de la policía eslovena metidos entre unos arbustos diría que estamos locos —comento entre las risotadas de ambos.

—¿Y es que acaso crees que no lo estamos?

Nos reímos más. Yo creo que puede ser una risa nerviosa por la alegría de volver a estar juntos y haber salido de otra; o tal vez por los nervios de que nos pillen. Pero la risa se nos corta de golpe al reparar en que un policía acaba de salir con un par de perros a los que suelta por el parking.

—¡No puede ser! —me quejo a punto de llorar—. ¡Qué mala suerte!

—Los perros buscarán el rastro que hayan olfateado en la habitación, ahora estamos limpios y olemos a otras personas, es imposible que nos encuentren —me tranquiliza.

Cierro los ojos para no ver si se acercan o no, esperando que tenga razón. Siento cómo unos pasitos se acercan y el corazón se me acelera como nunca, aunque no sé si será fruto de mi

imaginación o será realidad, por eso me obligo con todas mis fuerzas a mantener los ojos cerrados, pero me va a dar algo.

—Ya puedes abrir los ojos, se han ido —anuncia con tranquilidad pasado un rato.

Al abrir los ojos de nuevo, descubro que por fin ha anochecido y que el cielo se ha cubierto de un manto negro y estrellado. Los coches de la policía aún permanecen en el hospital. Supongo que nos estarán buscando en el interior del edificio, pues ¿qué mentecato podría haber huido recién operado de una pierna? Estoy segura de que piensan que no llegaría ni a la vuelta de la esquina, pero ellos no saben con quién se juegan los cuartos.

—Sígueme —me ordena el convaleciente—, y no mires atrás.

Se levanta y me coge de la mano para tirar de mí mientras salimos corriendo a toda prisa hacia la oscuridad por las calles de la ciudad.

Recuerdo que, cuando era pequeña y jugaba al pillapilla con los niños del cole, me ponía tan nerviosa, sintiendo un fuerte cosquilleo en los pies y un qué sé yo en el estómago, que ni siquiera era consciente de que corría tan lejos, que era imposible pillarme, lo que traducido al idioma de persona adulta se denomina «pánico». Pues ahora siento lo mismo, pero aquel pavor del ayer hoy se eleva a la enésima potencia.

Llegamos hasta una esquina que está a oscuras porque la farola que la alumbra se ha fundido. No hay demasiada gente por la calle, sólo alguno que pasa sin prestarnos demasiada atención.

A nuestra espalda hay una escalera de madera que termina en una ventana en el segundo piso de una casa de dos plantas. Nos miramos uno al otro y, acto seguido, miramos la oscura ventana.

—Parece que no hay nadie dentro —deduzco.

—No hay tiempo para comprobaciones, pueden descubrirnos —se impacienta, agarrándose a la escalera.

—Álvaro, si hay alguien dentro estaremos perdidos, déjame que suba yo primero a echar un vistazo rápido; mientras, agáchate y no hagas ruido —decreto.

Trepo a toda velocidad por la escalera y él me mira desde

abajo. Silba.

—Puedes quedarte ahí todo el tiempo que quieras, me encantan las vistas.

—¡Cerdo!

Se ríe.

Termino de subir la escalera con mucho cuidado para no ser vista, me asomo un poco y descubro que...

—¡Es un granero! —exclamo para que me oiga desde abajo—. ¡Sube!

En menos de dos segundos está arriba y de un fuerte tirón coge la escalera y la mete dentro para que nadie más pueda subir por ella.

Miro a mi alrededor, tratando de adaptarme a la penumbra que nos rodea, aunque entre algo de luz del exterior por la única ventana que hay, que es por la que hemos entrado, todo está a oscuras. El granero está construido en su totalidad de madera: suelo, paredes y techo; incluso una especie de mesa antigua con agarraderas de cuero que tengo junto a mí está hecha del mismo material.

—Resulta muy extraño que en pleno siglo XXI todavía queden graneros encima de las casas, tal como sucedía en la Edad Media —comenta Álvaro—, hoy en día no son nada prácticos.

Respiro tranquila por unos segundos, sin dar crédito a la suerte que hemos tenido. Estamos saliendo ilesos de demasiadas calamidades.

—¿Qué te ocurre, Satán? Llevas un rato pensativa y eso me aterra porque tu cerebro no es capaz de pensar nada bueno.

Lo miro con preocupación.

—Mucho me temo que cuando juegas con fuego te acabas quemando.

—Pues eso es mejor que morir de frío.

Le sonrío y se acerca con lentitud hasta ponerse a mi espalda y darme un beso en el cuello.

—¡Un momento! ¿Qué es eso? —pregunto al descubrir unos bultos en un rincón.

La estancia está vacía, salvo en uno de los rincones, en el que

acabo de ver varias cajas viejas amontonadas. Me acerco para comprobar si por un milagro es comida porque me muero de hambre, pero cuando abro una de ellas, no doy crédito a lo que ven mis ojos.

Se trata de platos y vasos de plástico, disfraces, manteles, globos de colores, instrumentos musicales, velas...

—Esto no es un granero —me informa Álvaro al sacar uno de los rótulos de las cajas.

—¿Qué pone ahí? —le pregunto como si yo tuviese que entender el escrito que me muestra en el letrero que sostiene.

—«Vive tu mejor despedida de soltera con nuestras Conejitas Ardientes» —me traduce.

—¡Ay, la leche! —exclamo incrédula.

Estamos en una buhardilla clandestina de fiestas eróticas, ¡esto ya era lo único que me faltaba!

Suelta la pancarta en el suelo para abrir más cajas.

—¡Joder, ahora sí que vas a alucinar! —Se parte de la risa y me apresuro a indagar por qué.

¡Son juguetes sexuales!

Abro una bolsita tras otra de todas las que contiene una de las cajas y en todas hay múltiples artículos fetichistas sin estrenar, en su envase y precintados. Pero yo lo que tengo es hambre, y me da a mí que el látex no alimenta demasiado. Caigo en la cuenta de que aún nos queda una última caja por abrir y rezo para que contenga algo que llevarse a la boca, lo que sea, «crucemos los dedos».

La abro con las manos temblorosas por la emoción y, efectivamente, ¡¡¡contiene comida!!! Me dejo caer al suelo para sentarme con la espalda contra la pared por el alivio que me invade.

—¡Vamos, Álvaro, ven, que tenemos cena!

Él se acerca con cara de felicidad y cuando le paso una bolsa de patatas fritas se le tuerce el gesto, aunque a mí me saben a gloria. Álvaro se sienta a mi lado mientras se las mete en la boca con mucho menos entusiasmo que yo.

—No protestes, al menos no moriremos de hambre —le aconsejo antes de que se queje.

—¡Están de la hostia! —las elogia con la boca llena, cerrando los ojos de placer, exagerando.

—¡Desde hoy será mi comida favorita! —Y es que no hay nada mejor en la vida que comer con hambre.

Nos hemos comido tres bolsas de patatas, así que ahora mismo estamos saciados y felices.

—¡Creo que me acaba de subir el colesterol a trescientos! —comenta risueño.

—Pues todavía queda una última cosa de postre —le digo con una enorme sonrisa pícara.

—¿Estás loca? ¡No puedo comer nada más! —exclama.

—Esto sí que lo vas a querer, Lobo —le aseguro pasándole una de las bolsitas.

Álvaro suelta una carcajada al ver lo que hay en su interior.

—¿De qué te ríes?

—De que esto ya es demasiado, la suerte me sonríe sin parar. Siempre he querido hacer el amor en un granero, ha sido una de mis fantasías sexuales más recurrentes durante toda mi adolescencia, podrías hacerte pasar por la hija del granjero —ronronea en mi oído poniéndome el vello de punta.

—Pues yo siempre he querido echar un buen polvo salvaje en un pajar.

—¡Me quedo con tu idea!

Podría cortarle el rollo y recordarle que esto no es ningún pajar, pero prefiero seguirle el juego, a ver cómo termina.

—Estás recién operado, me niego a mantener relaciones sexuales con un convaleciente, estropearás mi fantasía sexual —murmuro de manera provocativa.

Se pone en pie de un salto para atraerme hacia sí con sus enormes brazos, cogiéndome como a una muñequita para demostrarme lo convaleciente que está, y yo sonrío.

—¿Cómo quieres que lo hagamos? Tu fantasía, tus reglas —susurra contra mis labios casi sin rozarlos.

—Pues, de momento, vamos a quitarte estos pantalones, que parece que te aprietan demasiado el vendaje —musito en un tono

seductor mientras le desabrocho los botones del vaquero.

Para bajárselo me arrodillo delante de él, mirándolo desde abajo para que contemple lo que le voy a hacer a su amiguita. Él se quita el jersey y lo lanza por los aires con fuerza.

—¡Por fin te has deshecho de esos malditos ciervos!

Me observa con las pupilas dilatadas por el deseo. Expectante.

En cuanto su gran miembro hace acto de presencia, lo sujeto y lo introduzco en mi boca sin preámbulos, por lo que deja escapar un bufido. Nunca he hecho gala de ser una garganta profunda, pero no me hace falta esa habilidad porque sé muchas otras.

Lo succiono, acariciándolo con la lengua al mismo tiempo, además, mis manos hacen su trabajo en la zona del perineo y en sus testículos. Jadea. No deja de mirarme ni yo a él, cosa que nos enciende aún más a ambos.

Cuando noto en mi boca que las pulsaciones comienzan a ser más intensas, me detengo, para retardar el orgasmo.

—¡No pares, por Dios, estaba siendo la mejor mamada de la historia! —me suplica.

Me incorporo pasando de él y busco algo que he visto antes en una de las bolsas.

—Creo que tienes demasiada ropa —asegura mientras me saca el vestido por encima de la cabeza.

Yo termino de quitarme las zapatillas y las medias, colocando los billetes con sumo cuidado dentro de las deportivas sin que él se dé cuenta.

Mira mis bragas verdes de papel con cara de chiste y se parte de la risa.

—Nunca creí que me resultaran tan sexys unas bragas tan horrorosas, joder, debo de estar muy desesperado.

—¡Oye! —me quejo.

—O muy enamorado —añade.

Me las quito también y me devora con su mirada hambrienta. Cuando se acerca hasta mí para besarme, lo detengo con una señal de *stop* de mi mano.

—Mis reglas dicen que te subas a esa mesa —le ordeno.

Él me observa divertido y se dirige hasta el mueble para

tenderse boca arriba con el mástil izado en todo lo alto, exigiendo guerra.

Miro en el interior de otra caja y decido coger algo muy típico pero que me vendrá de miedo como broche final: esposas y lubricante.

La mesa tiene dos agarraderas en la parte de los pies, por eso le pido que se ponga boca abajo, porque le quiero dar un masaje.

—No quiero masajes, nena, quiero mandanga de la buena.

—¡¿Mandanga de la buena?! No seas idiota y date la vuelta.

Me obedece a regañadientes, descubriendo al hacerlo que la mesa tiene un agujero justamente en la zona 0, por donde mete su enorme falo inhiesto.

«¡Qué mesa tan divertida! —pienso—. El dueño de este local se tiene que montar aquí unas buenas bacanales.»

En cuanto veo que está boca abajo, ato sus tobillos con el cuero de la mesa y sus muñecas con las esposas que he conseguido.

—¿Qué coño haces? No me gusta nada que me aten —gruñe.

—Chisss, estás cumpliendo las fantasías de Satán, no protestes o me veré obligada a mandarte a los infiernos —susurro con una voz muy sexy.

Vierto aceite sobre su espalda, esparciéndolo con un masaje que, a juzgar por sus gruñidos de placer, le encanta. Después hago lo mismo sobre la pierna que no tiene vendada, masajeando su muslo con más detenimiento, a lo que reacciona de la misma manera. Al estar abierto de piernas, tengo acceso a sus testículos, pero ni los rozo a propósito. Expectativas.

Llega la parte más divertida, su marmóreo trasero; marmóreo no por blanco, porque lo tiene morenito, sino por duro. Derramo otro montón de aceite en esta parte y siento que se pone tenso pero se deja hacer. Comienzo a friccionar las dos nalgas, cada vez acercándome más a su zona prohibida, hasta que la rozo de pasada una vez y da un ligero saltito. Continúo mi camino como si nada, acariciando sus testículos y masajeando el perineo, cosa que le vuelve loco.

Al rato, como quien no quiere la cosa, vuelvo a acariciar su ano, esta vez de una manera más concienzuda, por lo que aprieta

las nalgas para que no vuelva a hacerlo. Yo sigo a lo mío hasta que se relaja, y entonces dejo uno de mis dedos puesto sobre su agujero mientras acaricio sus bolas. Como tendrá sentimientos encontrados porque una cosa le gusta y la otra no, pues se mantiene quieto, aunque rígido.

Poco a poco, voy moviendo el dedo olvidado en círculos muy lentos y él gruñe para que pare, pero no me dice que lo haga, así que deduzco que es algo que no le parece bien, pero le pica la curiosidad y quiere probar, como yo.

Mientras con una mano acaricio su espalda embadurnada de aceite, con la otra masajeo su ano, cada vez más palpitante y dilatado. Pero en cuanto trato de introducir la puntita se colapsa.

—¡Ni de coña! —grita—. ¡Ahí no vas a meter nada!

—Has dicho que serían mis reglas y te estaba gustando, tienes las pelotas más duras que dos canicas.

—No quiero hacerlo.

—¿Por qué? Si no te gusta, no lo haremos más. Por probar no pasa nada.

—No soy homosexual, Ágata, sé que me gustan las mujeres —insiste.

Yo dejo escapar una risotada ante su absurdo comentario.

—Creí que eras un hombre moderno, no un troglodita retrógrado, ¡vaya decepción! —Suelto las correas de mala gana y sus piernas quedan libres, aunque no se mueve.

—¡Claro que soy moderno! —se defiende.

—¿Moderno para qué? ¿Para los demás? ¿Para el misionero? Todos los estudios demuestran que el punto G masculino está ahí, junto a la próstata. Hacer esto nunca me ha interesado lo más mínimo, pero contigo es distinto, me vuelvo mucho más atrevida y desinhibida, ¿qué hay de malo en probarlo? ¿Y si resulta que te gusta?

Aguarda en silencio. Me gustaría saber lo que se le está pasando por esa mente privilegiada.

—Ése es el miedo que tengo, que me guste —termina admitiendo.

Entonces rompo a reír como una loca.

—Y ya te ves en Chueca buscando novio, ¿no? —bromeo—. Mira, querido, nuestro cuerpo es sólo nuestro y lo que haces con él no le interesa a nadie. Si quieres probar, probamos; si no quieres, no; pero no hay nada de malo en que te guste y tampoco habría nada de malo en que gracias a mí descubrieras que te gustan los hombres, que te gustan las dos cosas o ninguna de ellas. Estamos en una época moderna en un mundo moderno en el que nadie cierra las puertas a nada. Gracias a Dios, la Inquisición ya la abolieron.

No dice nada, pero sigue en la misma posición, no se ha movido, por eso aprovecho para volver a atacarle.

Unto mi dedo con más aceite y vierto otro poco sobre su trasero de nuevo.

—Relájate —susurro.

Lo masajeo de nuevo con círculos lentos, él se agarra con las manos al borde de la mesa con fuerza y yo, poco a poco, aumento el ritmo de las órbitas anales, hasta que, sin querer..., está dentro. Mantengo el dedo quieto para que se adapte a su nueva situación, tanto física como psíquica, y luego retomo los círculos. Suelta un fuerte bufido al sentir mi dedo masajeando su próstata y yo me excito al pensar que estoy en su interior, que ha confiado tanto en mí que me lo ha permitido. No hay culpas, no hay prejuicios, sólo sexo, y el sexo consentido nunca es sucio ni está mal.

De pronto, me detengo y saco el dedo de golpe para pedirle que se dé media vuelta, consiguiendo esa sensación de vacío que tanto nos fastidia cuando estamos a punto de llegar al orgasmo y salen de nuestro interior. Le cuesta asumirlo porque estaba disfrutando como nunca, pero me obedece.

Yo, mientras, me dirijo hacia las cajas para ponerme una cosa que reza «*4-strap*». Se trata, básicamente, de un arnés similar a un tanga pero que también tiene una correa alrededor de la cintura y otras dos más, una en cada muslo, que se unen con la principal al frente. La principal tiene un consolador muy finito que apunta hacia delante, pero yo lo desenrosco para colocarlo más abajo,

entre mis piernas, con una finalidad clara.

Álvaro, en cuanto me ve, se incorpora de la mesa, quedando sentado sobre ella con el terror reflejado en su rostro.

—¿Qué piensas hacer con eso? —pregunta con una voz demasiado aguda.

—Ahora lo verás.

Le desato las esposas. Me subo a la mesa y me pongo a cuatro patas sobre él, que se va tumbando sobre su espalda mientras yo succiono su miembro erecto con todas mis ansias, consiguiendo que brame como un toro. Después lo beso en los labios con todas las ganas que se puede besar a alguien. Él tarda en responderme, pero lo hace incluso con más energía que yo.

Cuando se olvida del arnés, o yo creo que lo ha hecho, o más bien está tan excitado que no le importa. Echo aceite sobre el consolador y lo coloco en su entrada a la vez que sitúo su polla en la mía, de tal manera que si quiere entrar, tiene que dejarme entrar también.

Me mira intrigado.

—Tú decides —jadeo excitada, contoneándome sobre sus caderas.

Sus ojos reflejan una lujuria extrema. Le está gustando, pero se niega a admitirlo.

Me penetra de una manera muy lenta, a la misma vez que el consolador se introduce en su carne. Ambos nos miramos con la excitación reflejada en nuestros ojos, estamos haciendo algo nuevo, algo supuestamente prohibido, y lo estamos gozando juntos, sin censuras.

Se introduce más y más en mí, hasta que está dentro por completo. Entonces comienzo a mover mis caderas con un vaivén muy sensual. Él cierra los ojos con fuerza porque siente el placer en su interior y, además, lo siente dentro de mí. Es una manera similar a la doble penetración que él me hace sentir a mí.

Bufa de éxtasis, no va a aguantar mucho más, nunca había visto a nadie a este nivel de enajenación y me gusta ser yo quien lo provoque. Sobre todo en alguien como Álvaro, que ya está de vuelta de todo en temas sexuales.

Poco a poco, comienzo a entrar y a salir de él, despacio, muy despacio. Él suspira cada vez que entro del todo, empujando sus caderas hacia mí con ganas, reclamando más, lo que a su vez consigue una profundísima penetración suya en mí. Masajea mi clítoris con uno de sus dedos, como si adivinase mis deseos. Me vuelve loca su entrega.

El ritmo de entrada y salida va *in crescendo* hasta terminar a una velocidad casi frenética. Me da miedo que se le vayan a saltar los puntos. Los dos jadeamos y gritamos como locos, esto es algo excesivo, parece que me voy a romper de tanto placer. Me agarra con fuerza por los muslos para que no me detenga, para que le dé más fuerte, y yo obedezco, fuera de mí, poseída por completo.

Al final, no logra retenerlo más y estalla en mil pedazos, gruñendo como nunca, soltando blasfemias entre sus jadeos. Y yo, al verlo, me dejo ir también, estremeciéndome por las fuertes contracciones que se apoderan de mi cuerpo, tan potentes como jamás las había experimentado. Ha sido algo superior.

En cuanto terminamos de convulsionar y recobramos el ritmo cardiaco normal, se levanta para arrancar el arnés de mi cuerpo, rompiéndolo con rabia, y termina lanzándolo por la ventana hacia la calle, justo cuando pasa un coche, que lo atropella y lo parte en mil pedazos.

Al volverse hacia mí, me apunta con el dedo:

—¡No se te ocurra volver a hacerme tal cosa en tu vida! —ruge con ira.

Se apresura a vestirse y se tumba en el suelo, en un rincón, sin mirarme.

Yo me visto también, reteniendo la risa, mientras coloco los billetes de nuevo entre las medias y mi estómago, pero dejo uno de cien euros sobre la mesa para que vuelvan a comprar lo que hayamos gastado nosotros, a ver si por nuestra culpa, el o la que sea, se queda sin echar el polvo de su vida con el arnés mágico.

He de admitir que me siento algo abochornada por haberme dejado llevar por la excitación, pero encontrar a alguien que te haga saltar todos los muros de prejuicios que nosotros mismos construimos no es fácil, por eso Álvaro me vuelve loca, porque

puede hacerme el amor como una bestia y después amarme como un poeta. Justo lo que yo necesito, nuestra dualidad perfecta.

Éste ha sido el mejor sexo de mi vida y, aunque él nunca lo reconozca, sé que para él también lo ha sido.

Me acerco a su lado para tumbarme, colocando mi espalda contra su pecho, y él enseguida me abraza para darme calor.

Pienso en él mientras me duermo. Álvaro. Es dulce, pervertido y perverso a la vez; cómplice y amigo en el momento preciso porque me sabe escuchar; está seguro de sí mismo, tanto como para hacerme desear cosas que nunca creí que desearía. Sabe lo que quiere y lo que está dispuesto a dar por mí. Depende del momento, me hace sentir niña o mujer. Con su sola presencia estoy a salvo de todo. Me hace reír como nadie y sé que él es feliz tan sólo con mi sonrisa. Además, es inteligente, ocurrente y sagaz, cualidades básicas en alguien que quiera estar a mi lado... Lo tiene todo.

Además, esta atracción insaciable que sentimos uno por el otro todo el tiempo, cada vez que nos miramos, cada vez que nos rozamos o cada vez que sopla el viento, no se puede comparar con nada. Yo saltaría sobre él en cualquier momento, sin motivos que lo justifiquen, porque me atrae como un imán y no me sacio de sus besos, de su mirada lujuriosa, de su forma de acariciarme, de su manera de hacerme el amor y de conseguir que grite como nunca había hecho nadie.

Todo funciona entre nosotros y a eso le tengo mucho más miedo que a que me persigan todos los policías del mundo.

# Capítulo 32

La vida se nos antoja más llena de interés cuando estamos a punto de perderla.

AGATHA CHRISTIE

—¡Ágata, despierta!

Siento que me zarandean y me quejo para que me dejen dormir más, estoy muy cansada.

—¡Vamos, nena, tenemos que salir de aquí! —me exhorta.

Abro los ojos y lo veo colocando la escalera para bajar.

—¿Qué pasa?

—Debemos escapar de noche, de lo contrario, nos resultará más difícil.

Está bajando por la escalera cuando yo lo sigo soñolienta. Caminamos por la calle a un paso rápido, tampoco corriendo por si pasa algún coche patrulla. Al doblar una esquina, vemos que hay una furgoneta descargando dulces y bebida en un bar. En uno de sus laterales hay un rótulo que reza LIPICA – HOTEL MAESTOSO, GOLF. Nos miramos uno al otro.

—Lipica está a unos cien kilómetros de aquí, que serán dos

horas de viaje, y a diez kilómetros de Trieste —susurra mientras nos acercamos paseando tan tranquilos para disimular.

No nos hace falta nada más, nos dirigimos hacia el vehículo para meternos dentro, aprovechando que el repartidor ha entrado en el bar con la mercancía. Nos colocamos al fondo, escondidos entre las cajas.

Enseguida oímos que se cierran las puertas y que la furgoneta se pone en marcha de nuevo.

—Recemos para que vaya hacia Lipica y que no se trate de una simple publicidad —musita.

—Tú siempre tan positivo... —me quejo, y me sonríe.

Me peino un poco y él me observa atónito.

—¿De dónde diablos has sacado un peine?

—¡Soy una caja de sorpresas! —Me encojo de hombros.

—¡No te haces una idea!

La imagen de anoche acude de repente a mi memoria por su comentario y me enciendo al momento. Para apagar mis llamas, abro una caja de dulces que tengo junto a mí y me como uno, o más bien lo devoro, ¡qué rico! Álvaro me contempla sonriente y, acto seguido, coge él también un dulce. Ya tenemos el desayuno.

Estoy tan cansada que me quedo profundamente dormida con la cabeza apoyada sobre su hombro. Como somos ángeles de la guarda uno del otro, supongo que si hay algún problema me despertará, a no ser que él también se quede dormido...

Unas fuertes voces masculinas me despiertan de golpe. Abro los ojos y compruebo que Álvaro no está a mi lado, ni Álvaro ni ninguna caja.

Salgo de la furgoneta y me encuentro al repartidor gritando como para darle algo y a Álvaro en una postura completamente sumisa aun sacándole dos cuerpos al hombrecillo, supongo que estará pidiéndole perdón en esloveno.

Cojo quinientos euros de mi refajo y me acerco con el dinero hacia el repartidor. Se lo ofrezco y los dos clavan los ojos en los billetes, mirándome como si fuese una aparición mariana, les falta ponerse de rodillas y alabarme con ramas de palmera.

El pequeño hombre arranca el dinero de mis manos y sale

echando leches hacia la furgoneta y, una vez dentro, acelera a fondo para desaparecer de nuestra vista, no vaya a ser que me arrepienta y se lo quite.

Una vez que los curiosos que se habían arremolinado a nuestro alrededor se dispersan, nos quedamos los dos solos en medio de una hermosa plaza. Álvaro me coge de la mano para llevarme a toda prisa hasta el parque que tenemos enfrente. Al entrar en el recinto, que se encuentra lleno de unos impresionantes árboles y coloridas flores, me empotra, literalmente, contra un gran tronco para besarme con ardor.

Retengo a duras penas las ganas que me entran de levantarme el vestido para que me penetre de manera salvaje aquí mismo, ¡por Dios!

—Me has vuelto a salvar, Satán —ruge contra mis labios.

—Pues no empieces a acostumbrarte, la doncella en apuros se supone que soy yo.

Él suelta una carcajada.

—¡Doncella en apuros, los cojones! El que está en apuros es el que se cruza contigo. Ese hombre iba a pegarme una buena paliza. Le estaba contando que estabas embarazada y que necesitaba traerte al hospital, pero no me estaba creyendo. Estaba a punto de llamar a la policía justo cuando has aparecido.

—¿Y cómo se suponía que iba a darte una paliza ese hombre diminuto? —pregunto con ironía.

—Muy fácil. Si le dejaba pegarme, saldaría su deuda y se largaría. Si le devolvía los golpes, se cabrearía más y la liaríamos, atrayendo a decenas de curiosos. ¿Y qué nos interesa más?

—Entiendo.

—Lo que acabamos de hacer en Eslovenia está castigado con años de cárcel, pero, gracias al cielo, en Italia no.

—¿Cómo dices? —pregunto excitada.

—¡Que estamos en Trieste, nena! —festeja con la alegría reflejada en su rostro al señalarme un cartel que indica que estamos junto al teatro romano de esa ciudad italiana.

Me abrazo a él, que me coge en volandas para dar vueltas

sobre nuestros propios cuerpos, riendo sin parar, henchidos de alegría.

Nos sentamos en uno de los bancos del parque della Rimembranza para trazar meticulosamente nuestros siguientes pasos.

—Saber que tenemos dinero le da otra perspectiva al juego —alega.

—Lo cogí de tu Poppins-mochila cuando te caíste.

Él me mira con incredulidad, recordando la dantesca escena del puente, y niega con la cabeza riendo.

—Será una historia que no me cansaré de contar a nuestros nietos.

Yo me pongo rígida al oír las palabras «nuestros nietos», pero lo disimulo como puedo.

—Tenemos que encontrar un cibercafé o un locutorio donde poder conectarnos a OneDrive.

—Cariño, no te lo tomes a mal, pero no creo que sea el momento de enseñarme fotos de tu infancia —salta.

—¡No seas idiota! Lo que pretendo es hallar nuestro billete de vuelta a casa y para eso necesitamos ir de compras, con estas pintas no pasaremos desapercibidos.

Él señala los ciervos del jersey con mofa.

—Pues a mí me gustan.

—¡Pues a mí no!

Llegamos a la vía San Nicolò, 32, donde nos han informado un par de chicas que se encuentra Zara. En cuanto entramos por la puerta, siento que vuelvo a nacer al reconocer el olor, la luz y el ambiente en general; es como volver a casa. La naturaleza está muy bien para tomarse un respiro cuando vives estresada en la ciudad, pero cuando llevas un tiempo sin tus comodidades y, además, vas vestida como Agatha Ruiz de la Prada en un manicomio de color, se agradece volver al mundanal ruido.

Le pido a una dependienta que me aconseje qué comprar porque no sé qué se lleva en esta ciudad. Me mira de arriba abajo con cara de asco y llama a otra compañera, una jovencita que se ve

a la legua que acaba de llegar.

Le explico en inglés que mi novio me va a regalar un nuevo *look* de cumpleaños y que quiero sorprenderlo. Ella me pregunta qué me gusta y le contesto que todo siempre y cuando sea negro.

—Lo siento, señorita, pero mucho me temo que el negro lo vamos a tener que dejar para las fiestas nocturnas, un *look* casual nunca lleva nada negro.

Las dos nos miramos.

—¿Por qué me hablas en español?

—Porque soy fan de Miss Violet —cuchichea a modo de secreto.

Me entra el pánico y me dispongo a largarme a toda prisa por si alguien ha dado la voz de alarma.

—Tranquila, aquí nadie lee —bromea señalando a las estiradas de sus compañeras—. Sé que te buscan y sé que eres inocente, así que voy a aportar mi granito de arena a la causa. Sígueme, por favor.

Por un segundo, dudo si salir corriendo o seguirla, pero veo que está escogiendo ropa con tanto interés como si fuera para la mismísima emperatriz de Roma, así que decido ir tras ella.

Vamos a un cambiador con no demasiada ropa, pues ella tiene muy claro lo que tengo que llevarme.

Vaqueros oscuros desgastados de pitillo, una blusa blanca bordada y un abrigo de paño azul cielo con doble botonadura tipo años cincuenta, además de unos botines de piel color marrón a juego con la enorme *pashmina* de punto que complementa mi *look*.

El espejo que tengo frente a mí es muy raro y, cuando ve mi expresión al reparar en mi extraño reflejo, ella se parte de la risa.

—Es que son espejos equipados con tecnología RFID, que es un lector que identifica, sin contacto y a distancia, un objeto. El espejo detecta la prenda y visualiza al cliente, así puede comprobar cómo le sienta sin necesidad de probársela. —Se encoge de hombros—. Vamos siempre con prisas.

—Es muy buena idea, la verdad —balbuceo alucinada.

—Espera, que te falta sólo una cosa para que tu novio se caiga de culo al verte —me pide con una enorme sonrisa.

Desaparece y vuelve con unos cuantos lápices, maquillaje y cosas para el pelo que me pasa como si fuese droga.

—A esto invita la casa. —Me guiña un ojo.

Al ver el desastre que soy tratando de colocarme el pelo y maquillándome, decide echarme una mano. Cuando ha terminado, me coge de la muñeca con dulzura y me lleva al probador de al lado.

—Este espejo es de los de verdad —susurra, y me río.

Ambas admiramos el resultado final en el reflejo que tengo frente a mí. ¡Madre mía! Me entran ganas de morrearme conmigo misma. Con el espray de lavado en seco le ha dado brillo y volumen al pelo, luego me ha puesto una banda beige a modo de diadema que me da un estilo *grunge* que me encanta, es una pasada lo guapa que me ha dejado.

—¡Qué buena estoy, joder! —musito con alegría, poniendo mil posturas diferentes.

—Y, sobre todo, con clase.

—Gracias, de corazón —le digo mientras nos dirigimos hacia la caja.

—No tienes que dármelas, lo que tienes que hacer es volver a España, todos te están buscando. —Sus palabras me alivian muchísimo.

Llegamos a la caja para pagar y le dedico una mirada cómplice de gratitud absoluta. Ella se despide porque su otra compañera, la estirada, coge mi ropa para pasarla por la caja.

—¡Suerte!

—¡Gracias!

Una vez que he pagado, espero a que metan la ropa en las bolsas, pensando dónde podré cambiarme para que Álvaro me vea ya divina, quiero ver su cara de sorpresa y sentirme guapa ante sus ojos. Pero, de repente, parece que se hace el silencio en la tienda y que un rayo de luz lo enfoca como si fuese una estrella caminando por la alfombra roja.

Un pedazo de hombre aparece quitándose las gafas de sol con una mano, mientras la otra la lleva medio metida en el bolsillo delantero de su pantalón vaquero roto ajustado. Avanza con paso

firme, buscando a alguien con esos ojazos azules que resplandecen de una manera impresionante. Todas las mujeres aquí presentes, tanto dependientas como clientas, babean rezando que sea a ellas a quienes busca.

Lleva una camiseta de un gris muy clarito de Calvin Klein y una americana azul marino que le sienta mejor que al modelo de la tienda que la lleva puesta en la foto de la entrada, y, para rematar el atuendo, calza unas deportivas del mismo azul que la americana. A él también le han peinado, pues lleva gomina en esos pelos locos a los que tanto me gusta agarrarme en mis momentos de delirio.

¡¡¡Por Dios, si me he puesto hasta nerviosa!!!

En cuanto nuestros ojos se encuentran, su espectacular sonrisa, toda hoyuelos, acompañada de esa sexy barbita que asoma después de haberse afeitado hace un día en el hospital, consigue que mi sexo se termine de colapsar.

Cuando llega a mi altura, su olor a hombre salvaje consigue obnubilarme, me coge por la cintura y me besa, consiguiendo que todas me odien todavía más, en especial la que cobra, a la que se le caen las bolsas de las manos al tenerlo tan cerca.

—¿Quién eres y que has hecho con mi novio? —«¡Mierda, lo he dicho!», pienso después de haberlo soltado.

Sus ojos se clavan en los míos, colmados de felicidad, y, esta vez, su sonrisa es más amplia que nunca. Como ha aprendido que no tiene que agobiarme con palabrería, vuelve a besarme orgulloso, esta vez con lengua incluida, pero detengo ese beso porque él sabe a menta fresca y a eucaliptos frescos del Ártico, y yo debo de saber a cubo de basura del pueblo de mi abuela.

—No hay tiempo para arrumacos —le miento avergonzada.

Le pido las bolsas a la atontada que no deja de babear por Álvaro y nos salimos los dos de la tienda, agarrados por la cintura.

Caminamos por las hermosas callejuelas, atravesando mágicas plazas con adoquines que van emergiendo a nuestro paso. Por primera vez en mucho tiempo me siento libre y henchida de felicidad. Álvaro me coge de la mano y paseamos sin miedos y llenos de ilusiones. Cuando me mira me hace sentir la mujer más especial del universo y no dejo de reírme por sus ocurrencias.

Trieste parece una ciudad de bolsillo que para nada es el patio trasero de Italia ni una copia de Venecia, como dicen muchos, sino una ciudad con todo el derecho a considerarse importante, tanto por su historia como por sus impresionantes monumentos. Y para monumento, el que llevo a mi lado, que todas las mujeres vuelven la cabeza para mirarlo al pasar.

Llegamos al Caffè San Marco, donde nos han indicado que sirven el mejor café de la ciudad, y mira que eso debe de ser difícil, porque si algo hay en este lugar son cafeterías, pero no cafeterías normales, no, cafeterías de esas a las que no puedes escapar porque el olor a café recién hecho te atrapa para transportarte a otra dimensión.

Cuando una adicta al café como yo lleva varios días sin su dosis, entrar aquí es volverse loca, ¡salivo más que los perros de Pavlov! Y, encima, esta cafetería en concreto es el *top one*, porque no es una cafetería, es el santuario del café.

Mientras Álvaro toma asiento en uno de los cómodos sillones de cuero negro que hay junto al gran ventanal que da a la calle, yo me dirijo al baño para obrar el milagro, observando de paso las vitrinas que lucen exquisitos manjares dulces a los que les hincaría el diente sin dudar. Dejo mi ropa vieja dentro de las bolsas de Zara, que a su vez meto en la papelera del baño, menos la bolsa del abrigo, que la he dejado fuera junto a mi acompañante. Cuando salgo, Álvaro no me reconoce hasta que me planto a su lado, tiene que mirarme dos veces para creerlo.

En cuanto cae en la cuenta de que soy yo, abre los ojos de forma descomunal y se atraganta con el café, que escupe sobre la mesa sin poder evitarlo al entrarle un ataque de tos. Me parto de la risa mientras tomo asiento frente a él y observo cómo limpia todo con mil servilletas.

—¡Joder, Satán, estás impresionante cuando te vistes de mujer! —babea una vez recuperado del impacto.

—Tenía que estar a tu nivel, ¿no? Todas te miraban al pasar pensando en lo poca cosa que soy para ti. Ahora me mirarán con envidia.

—Pero yo sólo tengo ojos para una.

—Ya..., eso decís todos —le provoco.

—El tiempo me dará la razón.

El camarero trae mi café, uno de esos que tienen dibujos en la espuma, junto a un plato lleno de dulces variados. El hecho de que Álvaro haya observado que miraba las vitrinas me fascina, porque eso quiere decir que me presta atención, algo que no tienen demasiados hombres por costumbre. Mi estómago comienza a rugir como un león. Degustar este café es algo similar a tener un orgasmo, pero los dulces ya le confieren otro nivel, esto al menos es comparable con un multiorgasmo. Cierro los ojos para saborear ambas cosas, podría ponerme a gemir ahora mismo.

—Me encantas —musita con una voz ronca.

Abro los ojos y me encuentro con sus voraces ojos azules clavados en mí.

—Podría pasar el resto de mi vida mirándote y no me cansaría.

—Eso es ahora, luego se romperá la magia en cuanto me veas en el baño —añado para estropear el momento a propósito, para no variar.

Él sonríe porque sabe que me incomodan las escenas románticas.

—Aunque te parezca increíble, me acabo de enterar de que este sitio tiene su propia forma de llamar a los diferentes tipos de café.

—¿Cómo?

—Al café exprés lo llaman *nero*; al capuchino, *caffè latte*, y si quieres un *macchiato* hay que pedir un *capo*. Y si, además, lo quieres en vaso debes indicar que deseas «*un b*».

—¿En serio? ¡Vaya manera de complicarse la vida!

—Es una manera de diferenciarse del resto.

Acabo de ver un cartel que reza: *WIFI FREE* y me quedo con la mirada perdida en él.

Pasado un buen rato, vuelvo a tomar conciencia sobre mí y sobre el motivo por el que estamos aquí. Le hago una seña con los ojos a Álvaro para que descubra que la señora que estaba sentada a su lado se dirige hacia el baño y ha dejado su móvil sobre la mesa.

—¿Sabes? —digo contemplando ensimismada el impresionante interior del Caffè San Marco—, en este sitio se respira historia por los cuatro costados y, además, me fascina que también sea librería, es un bonito guiño a todos esos escritores que pasaron por aquí. ¡Me encanta esta ciudad! —exclamo en voz alta, comprobando que la gente que se encuentra a nuestro alrededor ha mirado hacia donde yo he señalado, es decir, a la librería.

—¿Y por qué te gusta tanto? —pregunta Álvaro en un tono muy alto para que le presten atención.

—Porque aquí tienes los dos extremos opuestos: si miras a la derecha, el mar, y si miras a la izquierda, la montaña. No es necesario elegir.

—El mar Adriático siempre fue el sustento de esta ciudad, con las riquezas que obtuvieron mientras fue la capital del Imperio pudieron costear los bellos edificios del puerto, los palacios y demás obras. Siempre fue un deslumbrante crisol de culturas por su situación geográfica, ni siquiera las guerras pudieron con su espíritu cosmopolita —me explica Álvaro mientras señala una pintura del techo que hay justo encima de donde nos hallamos.

Coge el móvil con la mano que tiene libre sin que nadie se dé cuenta porque todos están mirando hacia arriba. Es lo bueno de los sitios turísticos, que todos estamos ávidos de alguna curiosidad interesante que cuente algún lugareño en un momento inesperado y que no salga en Google.

—¿Te estudias la historia de cada ciudad del mundo?

—No —sonríe algo aturdido—, es que me encantan las guías de viaje y las leo por curiosidad, de algunas cosas me acuerdo y de otras no.

—Eres un bicho raro —bromeo, y ambos nos reímos.

—Lo sé, si no, ¿cómo diablos iba a haberme enamorado de ti?

Una risilla tonta asoma a mis labios y niego con la cabeza, pero justo cuando voy a hablar, un camarero me interrumpe para decirnos en un inglés italianizado:

—Disculpen, señores, no he podido evitar escuchar su conversación y he de añadir a su exquisita explicación sobre mi bella ciudad, caballero, que aquí se sentaba el mismísimo Ernest

Hemingway a inspirarse para escribir, especialmente cuando soplaba el viento de la Bora, que cuenta la leyenda le embriagaba. —Extiende su mano para pedirle a Álvaro que le devuelva el móvil de la señora y él obedece a regañadientes, observando cómo lo deposita de nuevo donde la clienta lo dejó—. A lo largo de la historia, los escritores siempre terminan viniendo aquí para inspirarse, esta ciudad los atrae como la miel a las moscas... —susurra en un tono misterioso antes de desaparecer.

—¡Nos ha reconocido! —exclamamos los dos a la vez.

# Capítulo 33

La juventud es un defecto del que nos curamos demasiado pronto.

AGATHA CHRISTIE

Nos hemos visto obligados a abandonar el *caffè* a toda prisa, no nos daba tiempo a robar y conectar ningún otro dispositivo a internet antes de que alguien viniese a buscarnos. En cuanto salimos a la calle, ambos nos ponemos los abrigos porque hace frío. Un par de agentes pasan de largo y se dirigen a toda prisa hacia el interior de la cafetería, por lo que deduzco que nos habrán descrito con otra ropa.

Gracias al camarero que nos ha dado el chivatazo de una manera muy sutil hemos podido escapar, lo malo es que ahora ya no estamos a salvo en ninguna parte.

—Tenemos que encontrar un locutorio, Álvaro, es nuestra única salida.

Él pregunta en inglés a varias personas que no tienen ni idea, pero el último chico al que se dirige le indica que hay uno muy cerca. Salimos casi corriendo hacia el lugar que nos ha señalado y ¡ahí está!

Los latidos de mi corazón comienzan a ser cada vez más

fuertes debido a los nervios de poder descubrir por fin la verdad y me detengo un momento, apoyando mi espalda sobre una pared para tratar de relajarme. Cierro los ojos para inspirar profundamente por la nariz y espirar después por la boca, acordándome de mi querido Joaquín, mi *albondimonitor* de pilates.

—Ágata, ¿estás bien? —se preocupa Álvaro—. ¿Por qué quieres que vengamos aquí? ¿Qué es tan importante?

—El vídeo existe —le suelto así, sin más.

Él clava sus ojos en los míos. No sabría explicar muy bien lo que siento porque su mirada está cargada de decepción y eso me rompe el corazón. Me agarra por los hombros y me zarandea no demasiado fuerte mientras sus ojos se enrojecen sin quererlo.

—¡Dime que no es verdad! —ruge—. ¡Dime que no me has mentido todo este tiempo! ¡Joder!

—¡No te he mentido, Álvaro! —Mis lágrimas también hacen acto de presencia al verle en este estado de desesperación.

—¡¿Y me sigues mintiendo?! ¡En mi cara!

—¡No te he mentido, tú preguntaste por un *pendrive* y yo no tengo ninguno!

—¡¿Me ves cara de gilipollas? ¿Encima te burlas de mí?! —vocifera.

—Álvaro, por favor, no sabía lo que iba a ocurrir.

—¿Por qué no me lo contaste desde el principio? Podríamos habernos ahorrado todo esto y que esos malnacidos estuviesen ya en la cárcel.

—Pero también nos habríamos ahorrado los buenos momentos.

—Dime por qué —insiste algo más calmado, aunque mirándome con tanto resentimiento que no lo soporto.

—No confiaba en ti —le confieso.

Pega un fuerte puñetazo en la pared que tengo a mi espalda soltando un alarido, pero no de dolor, sino de rabia.

—¡¿Y qué coño hago para que te fíes de mí, maldita sea?! ¿Qué más necesitas? ¿Me abro el pecho en canal? ¿Me lanzo al mar con las manos atadas?

—Te lo acabo de contar, ¿no?

—Me lo has dicho porque tenías que venir hasta aquí y no te quedaba más remedio, no porque confíes en mí, que es lo que me hace sentir fracasado —sigue protestando.

—Álvaro, no tenemos tiempo para discusiones, te he dicho la verdad, y la única verdad es que existe un vídeo del que no tengo la clave, así que yo tampoco sé si ése es el famoso vídeo que todos están buscando o no.

—¿No lo has visto? —Me observa con la esperanza resurgiendo entre las cenizas de su decepción.

—¡No! Mi hermana lo grabó en OneDrive y no he podido dar con la contraseña, por muchas veces que lo haya intentado. Es imposible.

Él se queda pensativo.

—Marta quiso que tú y yo nos conociésemos por algún motivo justo unos días antes de su muerte.

—Sí.

—Grabó un vídeo en el que supuestamente se ve al asesino, por eso deduzco que sabía que algo tramaba, si no, ¿por qué iba a grabarlo?

—A no ser que grabase todas sus quedadas con famosos para luego chantajearlos —conjeturo desengañada con la inocencia de mi hermana.

—No lo creo, ella no era así. Si deseaba que tú y yo estuviésemos juntos es porque quería que nos necesitásemos uno al otro para resolver el caso —medita.

—Entonces la clave debe de ser algo que sólo sepamos tú y yo...

Nos miramos uno al otro con los ojos muy abiertos.

—¿Le dijiste algo sobre mí después de haber quedado aquella noche? —le pregunto.

—¡Claro!

—¿Qué le dijiste? ¡Dime las palabras exactas!

—Pero no te cabrees —me pide.

—Vamos.

—Le dije que eras la peor cita que había tenido en mi vida, que eras una mujer frustrada que necesitabas unos cuantos azotes, que se notaba que no te habían follado desde hacía años, que eras nociva, que todo el tiempo estuviste tratando de joder la cita y que, más que Caperucita, eras Satán. Ella se partió de la risa cuando te comparé con el diablo —sonríe al recordarlo.

—¡¡¡Eso es!!!

—¡¿Qué?!

—¡«Satán»! ¡«Satán» tiene que ser la clave!

Entramos corriendo al locutorio y nos sentamos en uno de los cubículos después de pagar al señor de origen indio que regenta el local. Nos ponemos los cascos en los oídos y entramos en OneDrive.

Me tiemblan los dedos y casi no puedo escribir la contraseña, así que lo hace Álvaro por mí. Primero prueba a ponerlo en minúsculas y nada. Después todo en mayúsculas y nada. Luego, la primera letra en mayúsculas y nada. Lo contrario y tampoco.

Me entran ganas de gritar. ¿Y si no es ésta la contraseña? Comienzo a desesperarme.

—Espera. Marta jugaba mucho a hablar con números en vez de con letras.

—¿Qué?

—La A es el 1, la B el 2..., y así.

—¡Pues prueba!

Escribe «21-1-22-1-15» y después pulsa *«Enter»*.

De repente, la pantalla se queda en negro y aparecen todos los archivos delante de nuestros ojos.

Los miro con la boca abierta y él sonríe orgulloso. Me he quedado congelada mirando la pantalla como una lerda. Mis ojos poco a poco se dirigen hacia él, que me observa intrigado.

—¡¡¡Te quiero!!! —le suelto.

Antes de que le dé tiempo a reaccionar, le agarro por la solapa de la americana y lo atraigo hacia mí para besarlo con más necesidad que nunca, más enamorada que nunca y más orgullosa de él que nunca. Él responde a ese beso como lo hace siempre, con pasión y vehemencia.

—Te perdono —susurra feliz contra mis labios.

Tengo ganas de ponerme a bailar la conga, pero es menester conocer lo que hay en ese maldito vídeo. Buscamos entre los archivos y nos vamos hasta el último, el vídeo del día 6 de mayo de hace cinco años.

—No sé si voy a poder ver esto —sollozo nerviosa, y él me coge la mano con fuerza.

—Todo esto lo estamos haciendo por ella. Tienes que ser fuerte.

Asiento y pulsa «*Play*».

Marta aparece frente a la cámara, volver a verla en vivo y en directo consigue que miles de escalofríos recorran mi cuerpo, lo siento como si me estuviese mandando un mensaje desde el más allá. Se está pintando los labios mientras tararea una canción.

Se dirige a la cámara canturreando:

—Aquí estoy, esperando a mi escritor favorito, mi Eygon; por fin voy a conocerlo gracias a Ivana. La pobre ha movido cielo y tierra para conseguir su número y voy a ser la primera que sepa por fin quién es en realidad, aunque yo le he hecho creer que ya sabía quién era y me he visto obligada a amenazarlo con eso, porque, como es tan tímido, no quería venir. Pero estoy segura de que al final se dará cuenta de que ha merecido la pena y querrá repetir, como todos. —Sonríe con lascivia y no la reconozco en ese papel.

Suena el timbre y se levanta a toda prisa para recibir al escritor. No se ve nada, pero se oye una conversación en un tono nada amigable:

—¿Qué haces tú aquí?

—Me han dado esta dirección para que viniese. —Es una voz de hombre que me resulta demasiado familiar, pero todavía no me atrevería a apostar a quién pertenece.

—Yo estaba esperando a otra persona.

—¿Tal vez a Eygon Black?

—¡¿Por qué lo sabes?!

—¡Porque yo soy Eygon Black! ¿Quién crees que ha estado contestándote a todos esos mensajes guarros que me mandabas de

madrugada?

Se hace el silencio y, de repente, se ven las piernas de ambos al lado del ordenador, permanecen uno frente al otro, creo que se están besando porque están muy cerca y no se mueven.

—Eygon, pero yo... no sabía que tú... —balbucea ella.

—Tranquila, sé que puedo confiar en ti y que jamás revelarás mi identidad.

—¿Y Álvaro sabe quién eres? No he querido decirle nada sobre esta cita porque creo que no le hizo mucha gracia cuando le pedí conocerte.

—Ese desgraciado lo único que quiere es quedarse contigo, pero no lo va a conseguir porque eres mía.

Vuelven a besarse y se ve cómo él se dirige hacia la terraza, que está muy cerca del portátil. Es un hombre alto y moreno, atlético. Lleva unos pantalones tipo chinos de color beige y una camiseta fina de manga larga verde.

Ella aparece de nuevo y le da una de las dos cervezas que trae en la mano. Él se vuelve y brindan.

—¡Dante! —grito mirando a Álvaro horrorizada con la boca tapada con ambas manos.

—Sabía que era él desde que entró por la puerta —argumenta.

Siguen hablando de chorradas, como por ejemplo lo guapa que es, que la ama más que a nada en el mundo y esas gilipolleces que sólo mi hermana sería capaz de creerse. Ella le habla de cada uno de sus libros, de un montón de frases y de todos sus finales, recitando hasta párrafos enteros.

«Pobrecilla, ¡qué ciega estaba!», pienso para mí.

—¡¡¡Tú no eres Eygon!!! ¡Eres un farsante! ¿Por qué estás aquí? ¿Quién te ha mandado? —exclama exacerbada de pronto.

«¡Ah, pues mira, no era tan tonta!», rectifico.

—¿Por qué dices eso, mi amor? —Se intenta acercar a ella, pero lo empuja para que se aparte.

—¡No has acertado ni una sola de las cosas que te he dicho sobre tus propios libros, ni siquiera los nombres de los protagonistas!

—No me acuerdo de todos, son demasiados —se excusa.

—¿Por qué has venido a mi casa, Dante? ¿Qué quieres? —insiste ella.

—Ivana me dijo que si quería echar un polvo contigo y le dije que sí.

—¡¡¿¿Ivana??!! Se supone que le pago para que no diga quién soy.

—Mira, Marta, la verdad es que Ivana no me ha dicho nada, sólo que venga aquí y diga que soy Eygon porque eso te haría mucha ilusión. Nada más.

Ella lo observa incrédula.

—¿Y tú por qué sigues hablando con Ivana si se supone que está muerta?

Esa pregunta consigue que a Dante se le cambie el semblante, oscureciéndosele como nunca antes lo había visto.

—¿Y tú qué coño sabes sobre eso?

Ella mira hacia la cámara para comprobar que sigue grabando y entonces añade:

—Que tienes la custodia de la hija de Álvaro a cambio de dinero, extorsiones y amenazas. Pero no puedes comprar el cariño de nadie: cuando la niña sea mayor y descubra lo que has hecho, te odiará; eso, si no pierdes la custodia antes porque mi conciencia no me permite que se cometa tal injusticia. ¡Álvaro es el padre y tiene derecho a vivir con su hija!

Dante no habla, pero se le ve rígido.

—¡El bastardo de mi hermano nunca ha querido a esa niña! ¡Sólo se quiere a sí mismo! Se tiró a mi novia hasta dejarla embarazada. Él me arrebató a mi mujer y yo le arrebaté a su hija. Estamos en tablas.

—Entonces ¿por qué no se lo has contado a tu querido papaíto?

—¡Mi padre no tiene nada que ver en esto!

—Claro, porque nunca habría permitido que cometieses tal crueldad, es un hombre corrupto, pero no inmoral.

—¡¿Ah, no?! ¿No es inmoral pagar a un hombre para que mate a su mujer con cáncer y, así, él poder quedarse con el hijo?

Yo necesitaba un juguetito y él me lo compró, eso es lo que me ha enseñado siempre: si lo quieres, cómpralo. Al igual que con la niña, la compré y ahora es mi nuevo juguetito, no me la pueden quitar.

La cara de mi hermana es indescriptible, pero nada comparado con la de Álvaro, que ahora mismo es el reflejo del dolor más intenso que puede existir. Paso mi brazo por sus hombros para apoyarlo, pero él continúa viendo el vídeo.

—Te equivocas —agrega Marta—, Álvaro quiere a su hija más que a nada en el mundo, aunque lo disfrace de indiferencia para no sufrir más. Yo haré cuanto esté en mi mano para ayudarle a recuperarla. Ivana ya está en ello también. Vas a pasar unos cuantos años a la sombra, ¡por hijo de puta!

—¡Ja! ¡No tenéis pruebas de nada! —se carcajea—. En cuanto esa desgraciada dé señales de vida, la meterán en la cárcel por fingir su muerte y abandonar a su hija. Y con respecto al patético de mi hermanito, si abre la boca mi padre le cortará el grifo y yo le prohibiré ver a la niña, así que no creo que le convenga pasarse de listo.

—¡Eres mucho más idiota de lo que pensaba, Dante! Acabo de grabar tu confesión, estás acabado —canturrea ella—. ¡Ivana, el gallito ha cantado, pronto estarás con tu hija! —se dirige Marta hacia la cámara.

Los ojos de él se inyectan en sangre, están rojos de ira y se fijan en el ordenador. Entonces se puede advertir cómo el pánico se refleja en su mirada.

—¡Eres una maldita zorra! —ruge mientras se lanza como un loco a por el portátil.

Pero Marta llega antes que él, aunque no consigue cerrar OneDrive, y por eso coge el portátil para huir con él en sus manos.

Lo que se ve y se oye en la pantalla son muebles, techo, suelo, golpes e insultos de Dante muy cercanos, aunque no había nada descolocado en su casa, ni huellas de nadie. Ella trata de huir, pero él la arrincona en la terraza. Se ven sólo los pies de ella porque debe de tener el ordenador cogido del revés.

Entonces se percibe cómo unas manos agarran sus tobillos mientras ella suplica, por favor, que no lo haga.

No aguanto ver ni un solo segundo más y me salgo del cubículo en el que nos encontramos, tapando mis ojos y mis oídos con fuerza, no puedo soportarlo. Álvaro sale tras unos segundos para abrazarme con ímpetu, yo lloro sin consuelo sobre su pecho mientras me acuna y besa mi cabello, estoy destrozada. Haber vivido el momento de su muerte ha sido mucho más duro que imaginarlo.

—Ese maldito hijo de perra fue quien la asesinó —ruge entre dientes, acariciando mi pelo con dulzura.

Pasa un buen rato hasta que logro serenarme.

Por un lado me he liberado de una gran carga por saber que su muerte no fue en vano, que ella tuvo un motivo, una razón justa que ahora ayudará a muchas personas y, por supuesto, me da la razón en que no se suicidó. Pero, por el otro, siento que la rabia y la impotencia me corroen.

—Ella murió por tener una prueba para que recuperases a tu hija —musito entre lágrimas sobre su pecho.

—¡Murió por mi culpa! ¡Al igual que mi madre! —Pega un golpe y se larga del locutorio.

Yo aprovecho para grabar el vídeo en un *pendrive* que me vende el dueño del locutorio, después cierro la cuenta de OneDrive. Pero cuando me dirijo hacia la calle, mis ojos se detienen en una cabina de teléfono que tengo a mi izquierda y una secuencia de números aparecen en mi mente como por arte de magia.

De manera autómata, descuelgo y marco esos números.

—Agente Ramírez al habla.

Me mantengo en silencio. Estoy en *shock* todavía.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —pregunta él.

—Pedro, soy yo —balbuceo.

—¿Ágata? ¡¿Eres tú?! ¿Estás bien? ¡Oh, Dios mío!

—Estamos en peligro, tienes que venir cuanto antes, estamos en Trieste y nos buscan para matarnos. Por fin tengo el vídeo, Pedro, tengo la prueba de que Marta no se suicidó, y sus asesinos nos están buscando para que no os la entregue —le cuento todo demasiado rápido.

—Ágata, ahora mismo voy a llamar a los *carabinieri*, id a la comisaría más cercana, allí estaréis seguros. Nosotros trataremos de llegar cuanto antes. Tranquila, que todo va a salir bien, ¿de acuerdo? Ya sabes lo que tienes que hacer.

Cuelgo y salgo a buscar a Álvaro.

Está de espaldas a mí, mirando hacia el infinito. Yo lo abrazo desde atrás y me pongo de puntillas para posar mi barbilla sobre su hombro. Él abraza mis manos, que están sobre su abdomen, y así permanecemos un rato.

—Ella no murió por tu culpa, Dante la asesinó. Nadie tiene culpa de nada y menos tú, ¿me oyes? —susurro en su oído con determinación.

—No debería habérselo contado —llora.

—Álvaro, tu hermano es un asesino y tu padrastro otro, incluso tu padre natural. Pero tú no tienes nada que ver en ninguna de esas muertes. Marta se fue de la lengua y no imaginó nunca que por algo así fueran capaces de matarla, subestimó al enemigo.

No dice nada.

—Y ahora vamos a luchar por meter a toda esa escoria entre rejas y a conseguir que tengas a tu hija a tu lado, ¡como que me llamo Ágata!

Él se vuelve para mirarme con sus ojos anegados en lágrimas.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Marta tenía razón, por fuera eres Satán, pero por dentro eres el ángel más puro que existe, sólo hay que atreverse a traspasar esas murallas que tanto te has esmerado en construir. Te quiero.

Nos besamos entre lágrimas, abatidos por la intensidad de todo lo vivido, pero esperanzados porque por fin parece que esta locura llega a su término.

—Tenemos que ir a la policía —le muestro el pincho.

Él asiente.

—Estarán encantados de recibirnos.

# Capítulo 34

Un buen consejo siempre será ignorado, pero eso no es motivo para no darlo.

AGATHA CHRISTIE

Antes de ir a la comisaría hemos decidido caminar apaciblemente hasta llegar al Gran Canal para charlar y aclarar nuestras ideas sobre lo ocurrido, pues tenemos que saber qué vamos a declarar para no contradecirnos.

Álvaro ha cogido un globo rojo en forma de corazón y me lo ha dado, dejándome sin palabras, pues sabe que este tipo de cursiladas me ponen de los nervios.

—Para que sepas que tienes mi corazón en tus manos.

—¿Y si lo exploto?

—Es tuyo. —Se encoge de hombros.

Le doy un beso y se me queda mirando con cara de tonto, por Dios, lo he convertido en un osito de peluche, uno de esos que tanto detesto. ¡Yo lo que quiero es que vuelva mi lobo!

Llevamos por aquí todo el día, hemos almorzado en una terraza, después hemos tomado un helado en otra y ahora mismo

nos encontramos apoyados sobre la barandilla del puente Rosso, uno junto al otro, agarrados de la mano, pensando en nuestras cosas, como si fuese un día de lo más normal. Como si fuésemos una pareja normal.

El hecho de haber descubierto la verdad de lo ocurrido con mi hermana me ha dejado tan tocada que necesito recobrar fuerzas y mentalizarme. Es como si por fin tuviese paz en mi interior, como si por fin pudiese respirar tranquila. Me siento como en la calma después de la tempestad y necesito descansar de emociones fuertes, aunque sólo sea unas horas.

—No tengo ganas de marcharme, me gustaría atesorar este recuerdo en mi memoria para siempre —susurra Álvaro en mi oído, sacándome una gran sonrisa.

Y es que no hay nada más bonito que ver atardecer sobre el puente Rosso, contemplando el gran canal que tenemos ante nuestros ojos con las pequeñas barquitas balanceándose sobre sus apacibles y rosadas aguas mientras el sol se pone en el horizonte; parece Venecia en una versión diminuta, y si a eso le añadimos la compañía del hombre más maravilloso del mundo, todo es demasiado perfecto.

—¿Por qué crees que Ivana mandó a Dante a casa de Marta? —Es lo que más me intriga.

—No lo sé. Yo ni siquiera sabía que ellas se conocían. Siempre le hablé a Ivana de mi cliente, nunca le di su nombre, pero ella es agente doble, está infiltrada en los servicios secretos eslovenos, supongo que no le resultaría demasiado difícil conseguir su número, como lo hacía con todos los demás.

—Y en cuanto pudo le contó a Marta su versión lacrimógena de la hija robada para que ella quisiera ayudarla. A cambio de eso, mandó a un falso Eygon Black para hacer realidad los deseos sexuales de mi hermana. No sé por qué, pero no me convence nada esa teoría. Demasiadas casualidades. Marta, sabiendo lo que había hecho Dante, no se iba a callar, ni aunque fuese el mismísimo Eygon Black, e Ivana contaba con esa grabación, Marta sólo fue un peón.

—Yo lo que creo es que entre las dos quisieron tenderle una

trampa a Dante para que cantara.

—¿Cómo?

—Lo único que les interesaba era el vídeo, por eso tu hermana no le dio pie a que hubiese sexo en ningún momento. Le dio un par de besos para que se confiase, pero no se le insinuó de verdad, ni siquiera fingió creer que era el escritor. Fue directa a buscar la confesión.

—Si no le hubiese avisado de que le estaba grabando, no habría ocurrido nada, pero fue una bocazas —me quejo molesta.

—Ése fue su gran error, quiso ver la reacción de Dante y la cagó.

—Álvaro, eres consciente de que Ivana es quien lo ha orquestado todo porque te quiere a su lado, ¿verdad? No va a parar hasta que consiga reunir a su familia. Hasta ahora, lo más difícil era recuperar a su hija, pero conmigo en el juego se le ha complicado la cosa.

—Eso ya lo veremos.

De pronto, un disparo impacta contra la figura que tenemos a nuestro lado y a mí se me escapa un grito a la vez que me cubro la cabeza con ambas manos. El corazón comienza a latirme de manera desbocada, tanto, que temo que me falle. Álvaro se sitúa a mi espalda para cubrirme y tira de mí para salir corriendo hacia la parte opuesta a los tiros.

Miro hacia atrás en plena carrera para descubrir que se trata de tres hombres vestidos de negro, con pasamontañas, y que no dejan de dispararnos, a pesar de que todo esté lleno de gente en las terrazas que nos rodean. Los turistas comienzan a correr y a gritar despavoridos, momento de confusión que aprovechamos para huir, mezclándonos entre la muchedumbre y así poder conseguir entrar en alguna de las callejuelas que tenemos enfrente para no permanecer en campo abierto, mientras los disparos indiscriminados suenan demasiado cerca de nosotros.

La gente grita aterrorizada, corriendo desquiciados aquí y allá, y yo les ordeno «¡Tiraos al suelo!» al pasar corriendo junto a ellos.

Por fin llegamos a una de las calles. La atravesamos a toda prisa y tomamos la primera a la izquierda y después la segunda a la derecha. Es como jugar al ratón y al gato en un laberinto enorme, no sabes por dónde van a aparecer los malos. Mis pulsaciones van a mil y el miedo me bloquea.

—¿Dónde estaba la comisaría? —pregunta Álvaro a la carrera.

—Cerca del Caffè San Marco.

—Pues vamos hacia allá, no debe de estar muy lejos.

Me coge de la mano y corremos hacia donde nos parece, ya que no conocemos las calles e incluso podríamos estar yendo en dirección contraria.

Oímos un disparo demasiado cercano, así que nos dirigimos hacia el otro sentido, pero justo al doblar la esquina descubrimos que ¡¡¡nos hemos metido en un callejón sin salida!!!

—¡Mierda! —ruge Álvaro.

La gente desde las ventanas nos advierte que los malos se acercan, que huyamos, pero no tenemos escapatoria. Nos han pillado.

Él toma mi rostro entre las manos y me mira fijamente. Aunque esté muerto de miedo, trata de hacerse el valiente para que yo no flaquee.

—Ágata, ¡sálvate tú! Yo saldré para entretenerlos —me ordena mirándome con el terror reflejado en sus ojos—. Debes llevar el vídeo a la policía, si no, jamás se sabrá la verdad y ellos habrán ganado.

—¡No pienso irme sin ti! —grito con todas mis fuerzas, derramando un torrente de lágrimas ante el presagio de nuestra inevitable separación.

—¡Si no te vas, nos matarán a los dos, joder!

—¡No! ¡No voy a renunciar a ti, si tenemos que morir, moriremos juntos!

—¿Y qué sentido tendría eso?

—Tú eres el único que me ha devuelto la vida, el único que ha conseguido que mi corazón vuelva a latir, no quiero vivir sin eso nunca más, prefiero morir a tu lado que vivir mil vidas sin ti —

sollozo entre sus manos.

—¡Y luego dices que no eres romántica! —bromea sacándome una leve sonrisa.

—¡Te quiero, maldito seas por hacerme quererte! —lloro sin consuelo.

Él me besa con todas sus ganas. Nos damos un beso salado por las lágrimas de ambos, un último beso agridulce de despedida.

—Nunca he querido a nadie como te he querido a ti, Satán, me has salvado de mí mismo y siempre te amaré por ello. Allá donde vaya siempre te estaré esperando. ¡Recuérdalo!

—¡No! ¡Álvaro! ¡No! ¡No me dejes sola! —Sale de mi garganta un grito desgarrador cuando se separa de mí para preparar su salida del callejón, pegando la espalda a la pared y asomando la cabeza.

Otro tiro pasa cerca.

—En cuanto yo salga, dirígete hacia la derecha a toda leche, y, pase lo que pase, no mires atrás. Sólo tendrás una única oportunidad, corre con todas tus fuerzas, sé que lo conseguirás.

—¡No lo hagas, por favor! —le suplico entre lágrimas desesperadas, pero él se obliga a no mirarme.

—¡Eh, Satán! —Se vuelve antes de salir.

Lo miro.

—Si salimos de ésta, te casas conmigo. —Su sonrisa es más sincera que nunca.

Yo suelto una risa que me hace llorar con más ganas todavía.

—Cuando me lo pidas en condiciones —balbuceo entre las lágrimas.

—¡Eso es un sí! —grita victorioso mientras sale hacia la izquierda del callejón sonriendo como si fuese el hombre más feliz del mundo.

Yo salgo hacia la derecha a toda prisa, sin mirar atrás, como le he prometido, corriendo con todas mis fuerzas, sin parar y sin prestar atención a los miles de disparos que suenan a mi espalda. Sin oír cuándo se detienen y sin ver por dónde corro porque mis ojos están anegados en lágrimas y mi corazón desangrándose de dolor.

Justo antes de tomar la calle que tengo a mi derecha siento un fuerte impacto en la parte trasera del muslo: me han dado. Aúllo de dolor, pero aprieto los dientes y me obligo a no detenerme, a pesar del fuego que abrasa mi carne.

Llevo un rato corriendo sin aliento, de manera autómata, como si no fuese yo quien ocupase mi cuerpo, debo de haber perdido mucha sangre porque me siento débil y percibo el ruido de sirenas ir y venir hacia todas partes, demasiado lejos aunque pasen por mi lado. Nadie me ayuda, todos se apartan de mí.

Por fin llego a la comisaría de la *polizia locale* en la vía Giulia. Al entrar en el edificio me dejo caer al suelo, no puedo más. Dos agentes se apresuran a recogerme para ponerme en pie y sólo soy capaz de repetir: «*Miss Violet, io sono Miss Violet, aiuto, per favore*». Les ofrezco el *pendrive,* que cogen con sumo cuidado para meterlo en una pequeña bolsa transparente. Se miran uno al otro y comienzan a hablar muy rápido por sus TETRA, dando unas órdenes que no logro entender.

Me llevan en volandas hasta la ambulancia que se encuentra en la puerta. En todo momento estoy acompañada de uno de los agentes, o bien para que no me escape, o bien para que no me maten, me es indiferente porque ya nada me importa. Un par de médicos parece que me están practicando un torniquete y que me inyectan algo en el brazo, pero al final pierdo la conciencia.

# Capítulo 35

Si no puedes aceptar el estilo de vida de tu futuro marido, no emprendas esta tarea, es decir, no te cases con él.

AGATHA CHRISTIE

La cara del agente Ramírez no es lo primero que me habría gustado ver al despertar en un hospital, pero al menos sonríe al verme.

—¡Ágata!

Trato de levantarme, pero me lo impide.

—No te muevas, debes guardar reposo, estás muy débil. Has perdido mucha sangre y tu corazón está al límite, tienes que estar tranquila —me aconseja con dulzura.

—¡¿Y Álvaro?! —casi no oigo mi propia voz.

Él me mira con cara de pena.

—¡¿Dónde coño está Álvaro?! —grito con todas mis ganas.

—El señor Reyes se encuentra en estado crítico, ha recibido

varios impactos de bala que han alcanzado órganos vitales, todavía se teme por su vida.

Como siempre, soltando el informe de una manera fría y sin sentimientos, a pesar de que seamos amigos.

—¿Dónde está?

Me incorporo como un resorte, arrancando todas las ventosas de mi cuerpo y tirando del portasueros para que lleguen los cables, pero en cuanto pongo la pierna derecha en el suelo, me caigo de golpe.

—Ágata, joder, todavía estás anestesiada, te acaban de operar, vas a romperte la pierna.

—¡Quiero verle!

—No me dejas otra elección. —Pulsa el timbre para que vengan las enfermeras y me inyecten morfina—. Lo siento.

—¡Noooo!

* * *

Abro los ojos y ahora veo una cara mucho más efusiva, la de Carlitos.

—¡Ay, por favor, por todos los santos, que se ha despertado! —chilla como un loco mientras me abraza y me besa de manera convulsiva.

—¿Qué haces tú aquí? —susurro medio dormida.

—Tus padres han ido a descansar, llevan cuatro días sin salir de aquí, y yo he venido para que puedan irse a dormir un rato. Tu madre me odiará por haber sido conmigo con quien te despiertes, luego cuando ella vuelva lo finges de nuevo —bromea, y sonrío.

Me duele todo.

—¿Y Álvaro?

Carlitos me mira con ojos llorosos.

—Estás muy delicada, cariño, no creo que...

—¡Carlos, dime dónde coño está Álvaro! —lo interrumpo.

Pero de nuevo entran las enfermeras para sedarme.

* * *

Todo a mi alrededor es blanco. No hay nada. El techo es de escayola de color blanco. Las paredes están acolchadas y son de color blanco. El suelo es de mármol blanco. La cama sobre la que estoy tumbada es blanca y mi camisa de fuerza también lo es. Todo blanco.

—¡Eh! —grito con todas mis fuerzas.

No puedo moverme. Creo que me han atado a la cama.

—¡¿Hay alguien?! ¿Dónde estoy?

«En mi peor pesadilla», me contesto a mí misma.

Una pequeña rendija se abre en medio de una de las paredes, se asemeja a una especie de mirilla.

Acto seguido, aparece una puerta en medio de la nada de donde sale un señor con bata blanca.

—¡Hola, señorita Castro! Me alegro de que se haya despertado al fin.

—¿Quién es usted? —inquiero asustada.

—Soy un viejo amigo de Ivana, ¿la conoce?

Oír ese nombre me produce terror.

—Sí, claro que la conozco, utilizó a mi hermana como señuelo para recuperar a su hija y a mí después para recuperar a su amor, la pena es que en eso último le salió el tiro por la culata.

—De eso nada, todo ha salido a la perfección —añade ella, que aparece a su espalda también con una bata blanca—. Has entregado el *pendrive* y por fin podremos meter entre rejas a la rata de las ratas y a su papaíto, que era quien financiaba todos sus caprichos psicópatas. Y, así, yo me quedo con mi hija, que es con quien debo estar.

—¡¿Dónde está Álvaro?! —le pregunto, sacudiéndome en vano.

—Álvaro está en buenas manos, tranquila, ya está en casa.

—¡¡¿Qué has hecho con él, bruja?!!

Ella suelta una carcajada.

—«Bruja» es una de las cosas más bonitas que me han llamado nunca, gracias.

—¡¿Por qué me tienes aquí encerrada?! ¡¿Qué pretendes?!

—Pues quiero que me contestes a unas cuantas preguntas antes de dejarte saber nada sobre tu querido Álvaro.

—Al menos dime si está vivo —le suplico.

—Primero, las preguntas. Alexei, el suero —ordena al hombre que está a su lado.

El tal Alexei procede y me inyecta algo en el brazo, a través de la tela de la camisa de fuerza. Siento cómo se relajan todos mis músculos, como si estuviese entrando en trance, a saber qué diablos me han metido en el cuerpo.

—Comenzamos. ¿Cómo te llamas?

—Ágata Cristi Castro Martínez —contesto de manera autómata.

—¡¡¿¿Ágata Cristi??!! —Se parte de la risa—. ¡No me jodas! ¿Y a quién se le ocurrió ese estúpido nombre?

—A mi padre, y como te rías te arrancaré ese pelo rubio teñido que tienes. —Reúno todas mis fuerzas para ser capaz de decir eso.

—No es teñido, es natural —se defiende.

—¡Da igual, te lo arrancaré de todos modos!

—Está bien, leona. ¿Sabías que Marta tenía algo que ver con Dante, con Álvaro o conmigo?

—Sé que tú le pasabas a Álvaro los números de los hombres con los que se acostaba. Sé que la engañaste para que pensara que Dante era su gran amor platónico: Eygon Black, y que le contaste la historia de tu hija para que ella te ayudase a recabar las pruebas necesarias para recuperarla, y que por tu culpa murió.

La hija de su madre cierra los ojos con fuerza, parece que eso le ha afectado. Al volver a abrirlos se tornan mucho más fríos, pero reflejan una gran tristeza, me atrevería a jurar que incluso contiene las lágrimas.

—Tu hermana era un agente infiltrado. Álvaro es un agente infiltrado y yo lo soy también. Ella se acostaba con gente a la que investigábamos, la verdad es que no se le daba nada mal hacer su

papel. Lo de Dante fue una tremenda estupidez que se nos ocurrió a ambas, nadie lo sabía, y esa única vez que nos salimos del guion a ella le costó la vida y a mí perder a mi mejor amiga y después a mi amor. Nada volvió a ser lo mismo —suelta todo esto como si me estuviese informando del tiempo, de una manera fría y distante, como ella.

—¿Qué? —Es imposible.

—Nos echaron de los servicios secretos, aunque Álvaro y yo seguimos buscando por nuestra cuenta la prueba definitiva que confirmase que Dante la había asesinado y que no fue un suicidio. Era la única manera de vengar su muerte. Yo sabía que ella debía de haberlo grabado en alguna parte porque ése era el plan, pero desconocía el lugar. Tú jugaste siempre con ventaja porque la conocías mejor que nadie.

—Él me dijo que tú todavía trabajas para los servicios secretos.

—Digamos que nos estamos reconciliando, sí.

—¿Álvaro también es un agente? —pregunto.

—Álvaro lo era antes que nosotras dos. Ese capullo nos tenía locas a ambas, pero llegaste tú y lo jodiste todo. Cayó rendido a tus pies en cuanto te conoció en aquella maldita cita a ciegas que tu hermana os preparó, a pesar de que le supliqué que no lo hiciera. Ella quería que os conocieseis y, desde entonces, él se obsesionó con protegerte y todo nuestro plan se fue a la mierda. Teníamos todas las coartadas bien atadas, todo lo que debía contarte y lo que no...

—¡¿Todo ha sido producto de un plan para obtener el vídeo?!

—Eso ya lo hablas tú con él, a mí no me concierne.

—¡No te concierne, pero me lo estás dejando entrever!

Se encoge de hombros y sonríe, la muy asquerosa. Maldigo la camisa de fuerza, porque ahora mismo le daría un buen bofetón en esos pómulos perfectos.

—Aquella noche, yo lo tenía todo preparado para sacaros del país, pero os dio por perderos en las montañas ¡¿qué mierda fue ésa?! ¡¿Por qué huisteis?!

—No me fío de ti, Ivana.

—Haces bien. Ojalá Marta hubiera sido tan inteligente como tú. Pero Álvaro sabía lo que podría ocurrir y, sin embargo, escapó —musita para sí en voz alta.

—No comprendo nada.

Mi cerebro echa humo y me está entrando muchísimo sueño, debe de ser por la inyección.

—Te estoy diciendo que te has metido en la boca del lobo, en medio de un maldito fuego cruzado entre dos grandes poderes, y que has salido indemne gracias a que ese capullo se ha enamorado como un idiota y lo ha sacrificado todo por ti, incluso su vida. Así que ya puedes agradecérselo con un buen polvo.

—Entonces... ¿está vivo?

—Bueno, si quieres llamarlo así, sí, técnicamente está vivo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Muy fácil. Álvaro se empeñó en afirmar que sólo te amaba a ti, aunque yo traté de convencerle de que eso no era cierto, que esa ridícula idea debía de ser producto del trauma que había sufrido, pero nada, seguía empeñado. Además, le hice ver que tú no lo amabas a él, ya que huiste de su lado, dejándolo a merced del destino, para salvar tu propio pellejo. ¿Qué tipo de amor es ése? El amor es sacrificio por la persona amada, no sacrificar a la persona amada en beneficio propio. Creo que no has comprendido demasiado bien el concepto, Ágata. Así que me vi obligada a darle una pequeña lección para comprobar si cambiaba de idea.

—¡Estás loca! ¿Qué le has hecho?

—Vamos a hacer un trato si quieres salir ilesa de aquí. Cuando vayas a visitar a tu querido Álvaro, le dices que te has dado cuenta de que no lo amas, de lo contrario, una bala atravesará su bonita cabeza y morirá en tus brazos. ¿Qué te parece la idea? Es muy romántica, ¿no crees? Una versión moderna de *Romeo y Julieta*.

—¡No pienso hacer tal cosa, maldita perra!

—Tienes unos minutos para pensarlo. Yo ya tengo a mi hija a mi lado, lo demás me da igual.

—Y, si te da igual, ¿por qué no nos dejas en paz?

—No has entendido nada, idiota. Una mujer del Este nunca abandona al amor de su vida para que se vaya felizmente con otra. Si no es mío, no será de nadie —profiere con rabia.

—¡¡¡Eso no es amor!!! ¡El amor es querer la felicidad de esa persona, aunque eso implique tu tristeza!

—¡Qué patética eres! ¿Por qué renunciar a algo, pudiendo tenerlo todo? En cuanto tú le dejes, vendrá a mí.

—¡Yo no voy a renunciar a él!

—Pues que así sea. —Se encoge de hombros.

Se abre una de las paredes y todo desaparece a mi alrededor.

De pronto veo a Álvaro, que se encuentra tras una gran cristalera, sentado en un sofá, bajo un porche de madera a orillas de un lago. Lleva el jersey verde de los renos que tanto detestaba. Yo me hallo de pie a su espalda, ahora sin la camisa de fuerza, sólo llevo un pijama de hospital, y voy descalza. Esto es muy raro, deben de estar jugando conmigo.

«¿Dónde coño estoy?», me pregunto.

Corro hacia él y me arrodillo para abrazarlo, pero me mira como si no me conociera y vuelve a observar el lago.

—¡Álvaro! —exclamo a la vez que lo rodeo con mis brazos y le beso en los labios—. ¡Mi amor! ¿Qué te han hecho?

Nada, no reacciona, tiene la mirada perdida en el agua.

—¿Es así como quieres tenerlo? ¿Como un triste vegetal? —se carcajea la rubia.

—¡¡¿Qué le has hecho, maldita zorra?!!

—Mis hombres no entendieron demasiado bien la palabra «suave» cuando le dieron las descargas eléctricas, pero no sufras, ya han tenido su merecido por haber dejado en estas condiciones a mi hombre. ¿Y bien?, ¿qué decides? ¿Te marchas a vivir tu vida o te quedas para siempre con él, viendo cómo se consume?

—¡Te he dicho que no me voy a ningún sitio sin él!

Ya lo abandoné una vez para salvarme y fue el momento en el que peor me he sentido de toda mi existencia, no pienso volver a hacerlo. Esta vez voy a luchar por él con uñas y dientes, aunque sea sólo para cuidarlo.

—Está bien, tú lo has querido. —Chasquea los dedos mirando a su espalda.

Alexei se acerca a mí y me clava una aguja en el cuello.

Me caigo al suelo inconsciente.

* * *

—Ágata, Ágata —suena una voz en mi oído.

Abro los ojos aturdida, pero no hay nadie a mi alrededor.

Es de noche.

Vuelvo a estar en una sala de hospital, normal y corriente. Supongo que habré soñado la escena del psiquiátrico donde Ivana me torturaba, aunque me ha dado una información que es imposible que haya soñado.

Me incorporo de la camilla con cuidado porque me mareo. Estoy aturdida. Una vez que consigo mantener el equilibrio, cojo las dos muletas que hay apoyadas sobre la cama, como si alguien las hubiese dejado ahí a propósito, y me ayudo de ellas para salir de la habitación, dejando atrás todo a lo que estaba sujeta.

Una vez en el pasillo, dudo hacia dónde dirigirme, observo que mi habitación es la 26 y, por un extraño presentimiento, me dirijo hacia los números mayores. El 116 está grabado en mi memoria y no creo que sea posible, pero es el único número que tiene sentido para mí en estos momentos.

—*Scusi, signora!* —me regaña una enfermera a mi espalda.

No le hago caso y continúo avanzando a toda prisa hasta que llego a la habitación 116, entrando en ella como si fuese la única salida del infierno, pero enseguida compruebo, desesperanzada, que la habitación está desocupada, no hay nadie.

—¡Mierda! —Mis lágrimas salen a borbotones.

La enfermera por fin me alcanza, la pobre mujer está al borde del infarto, me agarra como puede para llevarme de vuelta a mi habitación entre gritos y rezos en los que seguramente se esté acordando de todos mis antepasados.

Una vez que me ha dejado acostadita en mi cama y me ha

colocado todos los aparatos habidos y por haber de nuevo, se marcha, no sin antes echarme un mal de ojo.

Entonces, comienzo otra vez a llorar desconsolada. No sé si he muerto y estoy en algún sitio extraño del que no puedo salir. No sé si me he vuelto loca y estoy ingresada en algún manicomio. No sé dónde está mi gente, qué ha ocurrido con el vídeo y, sobre todo, no sé dónde está Álvaro.

Mientras estoy llorando, gritando y pataleando contra la almohada, siento que alguien me toca la espalda.

—¡Qué carácter, Satán, ni siquiera convaleciente estás tranquilita! ¡Vaya nochecita le estás dando a esa pobre enfermera!

Me vuelvo de golpe y ahí está él, sonriéndome como siempre, mirándome con esos ojos llenos de amor incondicional. Lleva su ropa normal, unos pantalones chinos claros y un jersey de punto gris, no lleva pijama de hospital, como yo suponía.

—¡Álvaro!

Me lanzo a su cuello, soltando todos los cables que tengo sobre mi cuerpo, y nos caemos los dos al suelo, riendo como dos niños. Nos besamos como si fuese la primera vez, sedientos uno del otro.

—¡Estás vivo! ¡Estás vivo!

—No creerías que ibas a librarte tan pronto de mí, ¿verdad?

Lo beso como si no hubiese un mañana, con desesperación.

—¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quieroooooo! —exclamo entre sus labios.

—Por eso es por lo único que merece la pena vivir.

Continuamos besándonos en el suelo de la habitación, tan felices.

—¿No tendremos que huir de nuevo? —me detengo.

Mi cerebro ya tiene el chip de la persecución insertado y está siempre dispuesto a salir por ventanas y atravesar mares.

—Nunca más, mi amor, todo está solucionado.

Lo miro de arriba abajo y no tiene ni un rasguño.

—¿Qué ha pasado? —pregunto mosqueada, después de la emoción del primer momento.

—¡Ah, no! Tendrás que aguantar tus intrigas de detective para otro día, ahora debes descansar y besar a tu futuro marido.

—¡¿Cómo?!

Se pone en pie y me da la mano para que me levante. Después postra una rodilla en el suelo y saca una cajita negra de su bolsillo trasero para abrirla frente a mí. ¡¡¡Se trata de un pedazo de anillo de brillantes!!!

—Ágata..., perdón, Satán, me enamoré de ti desde el momento en que me tiraste el vino a la cara en aquel restaurante madrileño. Desde que me dijiste lo idiota que era, no he podido dejar de soñar contigo y, si aceptas ser mi esposa, juro que dedicaré cada día de mi maldita vida a hacerte reír como una niña y jadear como una...

—¡¿Eres idiota?! —le interrumpo, dándole una colleja para que no termine la frase.

—¿Eso es un sí?

Cojo la caja del anillo y lo lanzo por la ventana con todas mis fuerzas bajo su consternada mirada, pues no sabe si asesinarme o salir corriendo a recuperarlo.

—Saliste en medio de un tiroteo a cuerpo descubierto y no tienes ni un solo rasguño. He tenido un sueño demasiado real en el que tu amiguita Ivana me contaba que eres un agente secreto, que mi hermana también lo era y que su muerte se debió a una gilipollez que cometieron las dos y que tú permitiste. También me ha contado que todo ha sido un mero teatro para ganarte mi confianza, conseguir el vídeo y que os volviesen a admitir en el cuerpo, por no mencionar el hecho de reunirte con tu hija y la tiparraca rubia.

Él se queda blanco.

—¿Ivana? Eso es imposible —balbucea pensativo.

—¡Sí, tu querida Ivana, la madre de tu hija, esa mujer con la que tienes planeado irte a vivir para poder estar los tres juntitos y felices después de que todo esto acabe! —le recrimino llena de rabia.

Él se levanta para mirarme de frente.

—Ágata, es cierto que era un agente secreto y es cierto que

Ivana y Marta también lo eran. No sé cómo tienes esa información porque es confidencial. Ivana no ha estado aquí, es absurdo.

—¡Eso no importa! ¡Lo que importa es que me has mentido todo este tiempo para conseguir ese maldito vídeo! ¡Lo único que pretendías era que te readmitiesen para recuperar a tu mujer y a tu hija! ¡Yo no te he importado nunca! —le echo en cara llorando como una Magdalena penitente mientras le doy con mis puños en su pecho.

Él me agarra por las muñecas para detenerme.

—¡No seas tonta! Si eso fuese cierto, ¡¿por qué diablos iba a pedirte matrimonio una vez que ha pasado todo?! Habría desaparecido sin más, joder. Te he mentido en algunas cosas, lo admito, pero en muy pocas, porque no podía desvelarte toda la verdad. Pero te juro que nunca te he mentido en cuanto a lo que siento, Ágata, estoy enamorado de ti hasta los huesos. Yo no quiero a Ivana, nunca la he querido; ni quiero recuperar a una hija que nunca ha tenido sentimientos paternales por mí; ni siquiera deseo volver al trabajo, porque ahora soy mucho más feliz con lo que hago que cuando era agente, he descubierto mi verdadera vocación, lo que de verdad me apasiona.

—¿Y a qué se supone que te dedicas?

Me mira fijamente y toma aire para armarse de valor.

—A escribir.

—¿Qué? —Mi corazón se acaba de detener.

—Yo soy Eygon Black.

# Capítulo 36

El pasado es el padre del presente.

AGATHA CHRISTIE

—No puedo entender por qué los hombres son así de gilipollas —se queja Zahra mientras merendamos un chocolate caliente, sentados en el café El Espejo, nuestro sitio preferido de Madrid.

—Pues yo soy gay porque pienso eso precisamente de las mujeres —añade Carlitos.

—¡Oye! —protesta la rubia.

—Todos somos complicados, no creo que dependa del sexo —concluyo.

—Pero es cierto que los hombres lo son más que nosotras —remata ella, y los tres nos reímos, bueno, ellos se ríen y yo elevo la comisura de mis labios de manera casi imperceptible.

Ellos me miran con disimulo.

—¿Todavía no has sabido nada de él? —pregunta Carlitos, cogiéndome la mano con cariño por encima de la mesa.

Niego con la cabeza.

—Os pedí no tocar el tema, chicos, por favor —les ruego, dejando mi mirada perdida en el paseo de Recoletos.

—Pero, nena, debes entender que nos preocupemos por ti al verte como una lechuga mustia, ¿no? —argumenta Zahra.

—Estoy bien, es sólo cuestión de tiempo.

Tiempo.

Han pasado tres meses desde que Álvaro y yo nos vimos por última vez. Le bloqueé en todos los sitios que podía bloquearle y le grité una y mil veces que lo odiaba con todas mis fuerzas y que no quería volver a verle. Al final, como bien auguró Ivana, cuando yo lo rechazara, él volvería a ella y así habría conseguido reunir a su familia; como en una partida de ajedrez, ella supo esperar y contrarrestar cada uno de mis movimientos, poniendo en jaque al rey y derribando a la única reina que consiguió ponerla contra las cuerdas, a mí.

El juicio se celebró muy rápido al tener las autoridades la prueba irrefutable en la que vieron claramente quién asesinó a mi hermana y el móvil para hacerlo. Dante y Luis se pasarán el resto de su vida entre rejas.

Ivana intercedió por mí y por Álvaro en todo momento para que no nos inculpasen en ninguno de los múltiples delitos que nos atribuían en varios países, dejándonos libres de cargos y antecedentes. Ella reclamó la custodia de su hija y se la concedieron, como era de esperar.

Zahra y yo acompañamos a Carlitos hasta Atocha, pues debe volver a Valencia con Hugo antes de que salga de trabajar para que no se entere de que se escapa para vernos, aunque yo creo que debe de saberlo y se hace el tonto.

—Ágata, por favor, vuelve a escribir, retoma tu vida —me pide antes de marcharse.

—Todavía no estoy preparada, pero te prometo que lo haré.

Y es que para escribir debes tener la mente despejada, o al menos el corazón, para poder plasmar alguna de las dos cosas sobre el papel; de lo contrario, no merece la pena ni intentarlo.

Cuando se ha marchado mi zanahorio preferido, Zahra y yo nos encaminamos por el paseo del Prado hacia Cibeles, que es donde mi amiga ha quedado con Jorge para volver juntos a su casa.

Estamos en febrero y hoy es uno de esos días fríos pero soleados en los que te apetece pasear sin rumbo, sólo por degustar el olor a lluvia y admirar los brotes que comienzan a asomar en las ramas de los árboles.

—¿Qué tal llevas los preparativos de la boda? —le pregunto.

—¡Estoy hasta los huevos de la maldita boda! —suelta.

—Ya me imagino, ¿cuántos invitados tendrás?, ¿trescientos mil? —bromeo.

—¡Yo qué sé! Ese hombre conoce a todo Madrid, a toda España y al mundo entero, ¡viene gente hasta de Tokio, tía! ¡Del puto Tokio!

Al verla así de enervada, se me escapa una risa y ella me mira con cara de asesina.

—O sea, que llevo tres meses haciendo el payaso para que te rías ¡¿y sólo lo haces cuando me ves desesperada?! ¡Qué buena amiga eres!

—¡No seas idiota! Es que Jorge y tú sois el día y la noche, no entiendo cómo diablos habéis terminado juntos. Él es un señoritingo pijo de ciudad, y encima, ahora que dirige la editorial, no le puede soplar nadie...

—Y yo, una pueblerina, ¿no? —me interrumpe, haciéndose la ofendida.

—¡No! Tú eres la mujer más increíble que conozco, eres demasiado buena para él, no te merece.

—Eso dice mi madre, no se soportan, ¿sabes? Dice que me va a engañar cada día con una mujer distinta, que estoy ciega y que voy a ser una desgraciada —gruñe.

Me vuelvo a reír.

—¡No creo que se le ocurra!

—¡Le corto los huevos como se le pase por la cabeza siquiera!

—Zahra, todo va a salir bien, estoy segura de que ese capullo te quiere. No he visto nunca a ningún hombre mirar a una mujer como él te mira a ti.

—Sabes que eso es mentira. Álvaro babeaba por ti.

Ambas nos miramos y se me encharcan los ojos de lágrimas. Le doy un beso en la mejilla y me despido de ella, a pesar de no haber llegado a nuestro destino.

—Voy a atajar por aquí, mañana hablamos —le digo.

—Ágata, por favor, habla conmigo, necesitas desahogarte.

—¡*Ciao*, preciosa! —me despido, haciéndole caso omiso.

Cruzo corriendo por el paso de cebra antes de que el semáforo se ponga en verde.

Camino durante horas por las ajetreadas calles de Madrid, mirando escaparates, observando a la gente e intentando mantener mi mente ocupada con cualquier cosa para no preocuparme por mi futuro, para no recordar, para no pensar en que mi historia de amor fue un engaño.

Al llegar a casa, estoy tan cansada que lo único que hago es ponerme mi pijama negro de calaveras blancas para tirarme en el sofá a leer un libro, uno de esos con mucha sangre y cadáveres por doquier. Pero, antes, compruebo el correo que dejé hace un par de días sobre la mesa, porque debo de tener alguna factura atrasada. Enseguida, uno de los sobres llama mi atención.

El corazón me da un vuelco y el pulso se me acelera como cuando estaba viva. Me tiemblan las manos mientras sostengo entre mis dedos el sobre de color crema, cerrado con un sello de cera marrón. Sé de sobra lo que pone al otro lado, y al girarlo lo confirmo: «Satán».

Dudo por un instante si romperlo en mil pedazos. En todas estas semanas, días, minutos y segundos eternos, he sido un alma en pena, pero ahora comienzo a ver la luz, al menos ya no lloro a todas horas. Y sé que, si abro este sobre, volveré al punto de partida y todo ese sufrimiento no me habrá servido para nada.

Pero quiero conocer su contenido. En el fondo necesito saber por qué lo hizo, por qué me utilizó y por qué me mintió. Así que lo abro y dentro hay varios folios del mismo color crema que el sobre, escritos a mano.

Lo leo.

*Hola, Satán:*

*Si al final has decidido abrir el sobre y leer esta carta es porque todavía tengo algo a lo que aferrarme, y sólo el hecho de pensar en ello me devuelve las ganas de vivir. Sólo te suplico que leas estas líneas hasta el final, aunque te entren ganas de romper la carta a mitad de camino, por favor. Te voy a contar toda la verdad y sé que algunas cosas no van a gustarte, pero necesito que*

*lo sepas todo, ahora que ya se han desatado los nudos.*

*Todo comenzó hace algo más de veinte años, cuando descubrí entre los papeles de Luis Moreno un contrato en el que mi padre biológico renunciaba a mí a cambio de muchos ceros. Sospeché entonces que la repentina muerte de mi madre, cuando se estaba recuperando de su enfermedad, no había sido por causas naturales, razón por la cual decidí ingresar en los servicios secretos a espaldas de todo el mundo, para descubrir la horrible verdad que ese maldito hijo de puta me ocultó siempre: que mi padre ayudó a morir a mi madre para que a mí el día de mañana no me faltase dinero, pues éramos de una clase bastante humilde.*

*Cuando descubrí aquello, ya habían pasado demasiados años y el delito había prescrito, ya no podía hacer nada al respecto, pero nunca renuncié a vengarme de aquel ser despreciable que truncó mi destino a su antojo. Yo estaba bastante involucrado en los servicios secretos, era muy bueno y me gané el respeto de mis superiores y compañeros.*

*Después, aparecieron Marta e Ivana en mi unidad. Las dos eran muy buenas amigas y trataron de conquistarme varias veces, pero a mí nunca me gustó mezclar el placer con el trabajo, hasta que Ivana se prometió con mi hermanastro y me sedujo para fastidiarlo, como ya sabes.*

*El verdadero motivo por el que Ivana se prometió con Dante fue porque quiso estar más cerca de mí. De hecho, mi hija nunca fue mía, sería de alguno de mis compañeros, eso ahora no importa; ella manipuló las pruebas de paternidad para que saliera positivo, esto me lo confesó la semana pasada, cuando quedamos para aclarar algunos asuntos antes de escribirte y despedirnos para siempre. Lo único relevante es que jugó la baza de una hija, aunque nunca me atrapase por esos medios.*

*Marta, mientras tanto, se infiltraba como señorita de compañía con algunas celebridades que estábamos investigando, había veces que mantenían relaciones y otras que no, eso ya es secreto de sumario. Todo marchaba bien, no había problemas.*

*Pero Ivana y Marta cometieron un grave error. Utilizaron el trabajo para beneficio personal, algo que está terminantemente*

*prohibido y que hicieron a espaldas de su superior: yo, por supuesto. Ellas querían obtener una prueba en la que Dante confesara que sólo quería la custodia de la niña para fastidiarme y, así, que le concediesen dicha custodia a Ivana, pero todo salió mal.*

*Cuando Marta murió, nos echaron a Ivana y a mí del cuerpo, por lo que no pudimos averiguar nada más sobre su muerte, aunque sabíamos que había sido Dante porque Ivana le mandó a su casa. Con lo que nunca contamos es con que sería capaz de matarla. No se hallaron pruebas de que él estuvo allí, el móvil de Marta se desintegró, e Ivana nunca pudo demostrar que Dante llegó a entrar en aquel piso. El suicidio ganó la batalla.*

*En aquel momento de la historia apareciste tú, una intrépida detective, hermana de Marta, para más inri, que tenía mil motivos para destapar la trama, y a nosotros nos viniste de perlas para ayudarnos a encontrar el vídeo.*

*Pero entonces escribiste la novela en la que contabas una versión muy parecida a la realidad y, además, inculpabas directamente al dueño de la editorial como asesino, por lo que él quiso tenerte cerca y controlada ante posibles sospechas. Su mejor coartada sería que la novela era pura ficción, ya que, de ser él el verdadero culpable, nunca querría que ese libro viese la luz, cosa demasiado lógica.*

*Luis estaba al tanto de las investigaciones policiales, ya que su hijo le había confesado lo ocurrido, y tenía amigos por todas partes. Por eso nos mandó a Dante y a mí a hacer todo lo posible por seducirte y que nos confesases dónde estaba el vídeo. Mientras tanto, yo seguía fingiendo mi papel de buen hijo y hermano, aguardando el momento oportuno para pillarlos en un renuncio y poder detenerlos, pero nunca había pruebas suficientes que los inculpasen en nada, ellos nunca hablaban delante de mí y, cuando lo hacían, parecía que era en clave.*

*El punto de inflexión fue Bali.*

*Se inventaron que Eygon y tú habíais empatado en ventas para poder hacer aquella farsa donde tú morirías de manera accidental. Pero yo ya estaba enamorado de ti y tuve que*

*impedírselo. Traté de que no se diesen cuenta, de que creyesen que seguía estando en su bando, aunque no son tontos y por eso trataron de eliminarme a mí también. Además, Dante, al salvarte la vida, descartaba todo tipo de sospecha sobre su persona. Sólo quedaba un cabo suelto: yo.*

*Pero tú, para sorpresa de todos, confiaste en mí en vez de confiar en los que era obvio que serían los buenos y, desde entonces, tú y yo fuimos el enemigo que batir. Ellos pensaban que teníamos el vídeo y que íbamos a llevarlo a la policía, pero tú me engañaste en la cena, alegando que no sabías nada sobre ningún vídeo, por eso me vi obligado a utilizar el plan B: sacarte del país con la ayuda de Ivana, que había conseguido volver a los servicios secretos gracias a un par de antiguos contactos y con la condición de conseguir que el gran Luis Moreno cayese, cosa para la que te necesitábamos.*

*Del resto, poco tengo que contarte, aparte de que fueron los días más felices de mi vida y que me gustaría vivir así para siempre, a tu lado en medio de la nada, aunque tú ya no lo quieras.*

*Tuve que mentirte en ciertas cosas para que las coartadas cuadrasen porque eres una mujer demasiado inteligente y hacías preguntas con las que no contaba, así que tenía que improvisar demasiado a menudo, pues me pusiste varias veces contra las cuerdas.*

*Ágata, tú, mejor que nadie, sabes que en los thrillers no se puede desvelar toda la verdad hasta que se pilla al asesino, y por eso no podía serte sincero por completo. Pero mis sentimientos siempre lo fueron, de eso puedes estar segura, porque tú misma dijiste que eras un polígrafo con patas, así que sabes de sobra que no miento.*

*De hecho, me escapé contigo en medio de los malditos Alpes sólo porque me lo pediste, aun sabiendo que Ivana iba a salvarnos, porque la noticia que te mostró en su tablet era un montaje falso para asustarte y que huyeses con nosotros. Aun así, creí en ti y lo arriesgué todo una vez más.*

*Yo también sé que tus sentimientos son sinceros porque*

*Ivana te sometió a una prueba de la verdad de realidad virtual... Tranquila, no empieces a romper todas las cosas que tengas a mano; yo tampoco sabía que lo iba a hacer, se coló en la habitación del hospital para comprobar si en realidad me querías y, hasta que lo vio con sus propios ojos, no nos dio su bendición. Te pide disculpas por ello.*

*Me preguntaste por qué salí ileso de un tiroteo a cuerpo descubierto y la respuesta es que los hombres de la Interpol estaban en el balcón que teníamos sobre nosotros para cubrirme. Yo sabía hacia dónde debíamos ir en todo momento y que ellos estarían allí, cuando fuimos a comprar la ropa contacté con ellos y me dieron las instrucciones.*

*Lo que importa es que ya todo está resuelto. Has conseguido vengar a tu hermana.*

*Tú eres la auténtica heroína de esta historia, sin ti no habríamos encontrado el vídeo, que fue la prueba determinante, ni podrían haber metido en prisión a esos dos asesinos y a toda su banda de delincuentes, que se dedicaban a extorsionar y a amenazar a un montón de gente, como, por ejemplo, a mi padre biológico.*

*En cuanto a que soy Eygon Black..., ¿qué puedo decirte? En un principio no podía contártelo por una cuestión de marketing, y más tarde descubrí que era la persona que más odiabas en el mundo, con lo cual, no quería ser yo. Estuve tentado de confesártelo varias veces, pero nunca me atreví por miedo a tu reacción, y ahora me arrepiento tanto...*

*Creo que ha llegado el terrible momento de la despedida. Ya sabes toda la verdad y ahora está en tus manos perdonarme o no. Desde la última vez que nos vimos no he vuelto a ser yo, te echo de menos a cada momento y todo me recuerda a ti.*

*Tú me has mostrado tu forma de vivir la vida, una novela llena de adrenalina, de pruebas y enigmas por resolver, me he enamorado de cada aventura que hemos corrido juntos, y ahora te pido que tú me dejes a mí demostrarte que las novelas románticas también pueden hacerse realidad.*

*Las heridas sanan, los huesos sueldan, pero un corazón*

*roto no se cura jamás. Tómate tu tiempo de duelo, pero no permitas que esto nos destruya. Si escondes lo bueno que hay en ti debajo de una coraza, la muerte de tu hermana no habrá servido para nada y ellos se habrán salido con la suya. Ahora que me has permitido entrar, no vuelvas a echarme, lucha por nosotros, aunque nuestros mundos sean opuestos, porque en el fondo sabes que nuestras almas se complementan.*

*Déjame hacerte feliz el resto de mi vida, por favor.*

*Te quiero,*

*Tu lobo*

Cuando termino de leer la carta siento como si una losa enorme se me hubiese quitado de encima. Saber toda la verdad me ha liberado en cierta manera porque he encajado piezas que no lograba encajar y ahora me encuentro mucho mejor, en paz.

Algo queda todavía en el interior del sobre, porque pesa. Lo vuelco y sobre mi mano cae el anillo con el que me pidió matrimonio en aquel hospital de Trieste; si no es el mismo, es bastante parecido. Lo contemplo con nostalgia entre mis dedos. Sin saber distinguir todavía lo que fue real de lo que estaba previamente preparado. Lamentando que la aventura más valiosa de mi vida haya sido producto de un simple guion, como la serie de mi novela que va a estrenarse.

Estoy hecha un lío.

No sé si puedo perdonar que me haya ocultado su identidad.

No sé si puedo perdonar que me utilizase.

No sé si quiero empezar una relación sobre una base de mentiras.

No sé si quiero intentarlo porque es la única persona que puede destrozarme.

Lo único que sé es que le amo con todas mis fuerzas.

# Capítulo 37

Las coincidencias son un señuelo puesto por alguien.

AGATHA CHRISTIE

Hoy es el gran estreno de la esperada serie de Miss Violet, y Zahra, Jorge y yo tenemos pases vips para ver la *premier* en el cine Capitol de la Gran Vía.

Al detener a Luis Moreno, Jorge adquirió todas las acciones de la editorial, con lo que ahora es el dueño absoluto, y los beneficios de la serie también lo serán. Como él sabía que Lola era la amante de Luis, la mandó a freír monas y le dio a Zahra su puesto de editora jefe. Si esto no es karma, es que no existe.

La limusina nos deja lo más cerca posible de la puerta, pero hay tanta gente a ambos lados de las vallas de seguridad que nos vemos obligados a atravesar la alfombra roja.

—Mira, nena, un inmenso baño de fama, justo como a ti te gusta —me provoca él mientras sujeta la puerta del coche para que salgamos Zahra y yo.

En cuando poso un pie sobre la alfombra roja, todo el mundo nos vitorea, sobre todo a mí, como si fuese Marilyn Monroe. Yo saludo a la multitud con una gran sonrisa falsa, sin perder de vista en ningún momento a mis acompañantes, que lo disfrutan como si

llevasen toda la vida haciéndolo.

Los tres vamos vestidos de gala, él con un riguroso traje de chaqueta negro que le sienta como un guante y que consigue que las mujeres se vayan desmayando a su paso. Yo con un vestido violeta de brillantes que me ha cedido Dior para esta noche, con el que no dejo de pensar que como pierda alguna piedrecita me dará un infarto, y Zahra con un Armani negro muy ajustado que le sienta de muerte.

La gente me pide fotos y autógrafos sin parar, pues, en el tiempo que estuvimos ausentes del país, se especuló tanto sobre Álvaro y sobre mí que nos hicimos superfamosos. Es más, la gente nos trata como a héroes, cosa que le ha venido de lujo a la serie y, más concretamente, a Jorge, que no da puntada sin hilo.

El personal de la organización nos ha acomodado en el palco presidencial de la primera planta, justo al lado de los actores y directores de la serie, que nos saludan con mucho afecto. Esto es muy emocionante. De pronto, todo se queda en silencio y se apagan todas las luces. La primera escena comienza con un tórrido beso entre los dos protagonistas y a mí se me tuerce el gesto de inmediato.

—¡Lo sabía! Sabía que iba a ser un culebrón de tres al cuarto lleno de sexo sin venir a cuento y sin trama policiaca —me quejo revolviéndome en mi asiento mientras Zahra, que está sentada a mi lado, se parte de la risa.

—¡No empieces, ya sabías que iba a ser así, y seguro que los polvos son lo mejor de la serie! —me pincha.

—En mis libros el amor es inconcebible, lo más importante es resolver el crimen, no hay lugar para chorradas —me quejo indignada.

—Pues, en los míos, el amor es el *alma mater* —responde una voz masculina a nuestra espalda que distingo al instante y que consigue que todo mi cuerpo se ponga rígido.

Para que los demás espectadores no se quejen por el ruido que voy a hacer al asesinarlo, decido mantenerme calladita y sin moverme, pero algo cosquillea en mi estómago y no son mariposas, sino algo más parecido a un *alien* hambriento.

—¿Todavía no has aprendido que la vida sin amor no es vida, Satán? —ronronea en mi oído, provocando que millones de escalofríos recorran cada parte de mi cuerpo como una intensa explosión de fuegos artificiales.

Me levanto de mi sitio como si me hubiesen clavado una chincheta en el culo, me vuelvo y ahí está, justo delante de mí, engalanado como un auténtico actor de Hollywood, más guapo que nunca con ese traje de chaqueta azul marino y esos pelos estratégicamente revueltos que me vuelven loca. Huele a su perfume habitual, a hombre salvaje y peligroso. Todos mis sentidos me incitan a lanzarme a sus brazos. Él también me contempla con admiración, aunque no lo diga en voz alta.

Lo miro a los ojos, que parecen más azules y brillantes que de costumbre; siento que, después de tanto tiempo, volver a mirarlos me provoca el mismo impacto que la primera vez, cuando nos imaginé besándonos contra las palmeras de una isla desierta. Parece que han pasado miles de años desde aquel momento.

—¡Ágata, Álvaro, sentaos, por favor! —susurra Jorge, que se teme lo peor.

Pero ninguno le prestamos la menor atención.

—Me ocultaste la verdad desde el principio —le recrimino.

—Y tú a mí.

—¡No compares, lo mío fue una cosa insignificante!

—Pues, si me hubieses hablado de esa cosa tan insignificante, nos habríamos ahorrado todo lo demás. —Se mantiene sereno, con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón.

—¡Me pediste matrimonio sabiendo que iba a decirte que sí! —le reprocho.

—¿Y por qué se supone que iba a saber yo tal cosa? Es más, sácame de dudas, ¿por qué me dijiste que sí?

—¡Porque creí que ibas directo a la muerte!

—¡¿Me dijiste que sí sólo porque pensabas que iba a morir?! —pregunta indignado.

—¡Claro que sí!

—¡Oh! ¡Eso es lo más cruel que he oído jamás! ¡Es demasiado cruel incluso para ti, la reina del mal! —se queja, pronunciando

«reina del mal» en un tono siniestro de burla.

La gente a nuestro alrededor ha dejado de mirar la pantalla para prestarnos atención a nosotros.

—¡No fui cruel, simplemente no quise que te fueras triste a la otra vida!

—¡¿En serio?!

—¡Sí!

—Pues ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Que a mí no me engañas, Miss Violet, porque sé que estás loca por mí y sé que, en cuanto tuviste la menor oportunidad de casarte conmigo, te apresuraste a decir que sí, aunque fuese con un cadáver, no fuese a ser que me arrepintiese y lo pensase mejor después, porque ¿qué otro idiota, aparte de mí, iba a querer casarse con una loca como tú?

Lo primero que me entran ganas de hacer es cogerle por la pechera con fuerza y lanzarlo por el palco hacia abajo, pero gracias a este ser rastrero he aprendido a controlar mis impulsos y a pensar antes de hablar y/o actuar. Sé que me está provocando deliberadamente, así que no pienso caer en su trampa.

—Me parecen muy poco apropiadas tus palabras hacia una señorita. Luego nos las damos de caballeros románticos que abren las puertas a las damas y escriben bellas palabras sobre el amor. Pero, en realidad, todas esas bellas palabras que escribes son meras quimeras que nadie se cree porque alguien que de verdad ama no utiliza al ser amado para su propio beneficio, ni oculta su identidad, ni lo humilla delante de tanta gente... ¿Quieres que siga, Eygon Black? —vocifero para que todos me oigan.

«¡Jaque mate, capullo!»

Toda la sala se pone en pie al oír el nombre del escritor y un fuerte murmullo resuena en mis oídos como el zumbido de las abejas en medio de una colmena, sobre todo el femenino. Los *flashes* de las cámaras de los móviles no tardan en deslumbrarnos.

Él no aparta sus ojos de los míos, a pesar de que Jorge se esté cagando en toda mi familia y nos pida que nos sentemos, ninguno le obedece.

—No pienso dejarte escapar, por mucho que te empeñes —sentencia al final.

—Eso ya lo veremos.

Cojo el bajo de mi vestido y salgo corriendo a toda prisa, esquivando las butacas como puedo y tomándole ventaja ante su sorpresa, pues no esperaba que me escapase de una forma tan literal.

Mientras bajo la escalera, me quito los tacones para poder huir más rápido, pero él salta las butacas de un plumazo y antes de dos segundos lo tengo pisándome los talones. Sin embargo, gracias a que varias mujeres enloquecidas suben para poder ver al escritor con sus propios ojos, lo interceptan y me da tiempo a huir.

Al llegar abajo, compruebo nerviosa que no tengo escapatoria si continúo recto, por eso giro a la derecha y, de pronto, me encuentro en medio del escenario, delante de la gran pantalla. Me quedo petrificada sin saber qué hacer.

—¡Joder!

Álvaro aparece justo detrás de mí.

—¿Hasta cuándo vas a huir, Ágata?

—No huyo, ¡tú me persigues!

—¡No mientas, llevas toda tu vida huyendo! ¿No eres tú la que promulga el peligro y el riesgo en sus novelas? ¡Pues atrévete a vivir tu propia vida de una maldita vez por todas y no sólo la de tu personaje!

Los espectadores se ponen en pie para escucharnos, incluso piden a la sala de proyecciones que detengan la película para poder enterarse mejor de lo que nos decimos. Algún fotógrafo de prensa aparece al fondo de la sala, las voces han corrido como la pólvora.

—¡Te repito que no estoy huyendo!

—Has salido corriendo desde ahí arriba —señala el palco— hasta aquí abajo —nos señala a nosotros—. ¿Vosotros creéis que ha huido o que no? —se dirige al público.

—¡¡¡Síiiiii!!! —resuena en la sala.

—¡Oh! ¡Esto es ridículo! —Me llevo las manos a la cabeza, incrédula.

—Ágata, olvida todo lo que ha pasado. Olvida esas pequeñas cosas que han ocurrido y quédate con lo bueno, con el amor que sentimos uno por el otro. ¿Crees que un amor así se siente todos los días?

—¡¿Quieres que olvide que fingiste amarme para que te diera lo que buscabas?!

El público lo abuchea y eso me insufla fuerza.

—¡Sí! Claro que quiero que lo olvides, porque después me enamoré de ti.

—¡No siempre el fin justifica los medios, Álvaro!

—Me he enamorado como un tonto. He puesto mi vida y la tuya en peligro por un simple capricho tuyo. Me lo he jugado todo por ti, incluso mi salud mental, porque me despierto pensando cada día en lo maravillosa que eres y cada noche me falta el oxígeno porque no estás a mi lado... ¡Te quiero, maldita sea, te quiero como nunca pensé que se podría querer a alguien!

—¡Ya, seguro que todas esas frases salen en alguno de tus libros! Déjame adivinar..., ¿en *Un corazón para Oz*?

—El amor que siento por ti es mil veces más intenso que el de mis novelas, Ágata, ¡porque es real! —Se da fuertes palmadas en el pecho y me mira con ojos suplicantes y llenos de pasión.

Permanecemos un instante en silencio, mirándonos. Sus ojos no mienten, lo sé. El público tiene el corazón encogido en un puño.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Nos besamos y todos nos aplauden? —suelto.

Entonces, la gente comienza a aplaudir y a vitorear como loca para que nos besemos.

—¡No! ¡Esto no funciona así! —grito mientras me doy media vuelta para marcharme—. No puedo olvidarlo todo, no es tan fácil.

La sala se queda en silencio mientras bajo un par de escaleras del escenario.

Entonces oigo que empieza a tararear una canción con el ritmo de *Another Day of Sun*, de la película *La La Land*, pero con su propia letra:

*Algún día verás mi cara entre la gente*

*y recordarás que me conociste.*
*Tras esas colinas siempre estaré,*
*persiguiendo tus luces brillantes.*
*Cuando te decepcionan, debes levantarte del suelo*
*porque la mañana llegará y será otro día soleado.*
*Y algún día, mientras cante esta canción,*
*volveré a pensar en ti,*
*y eso será lo que me empuje a seguir adelante.*
*No dejes de soñar porque algún día pasará*
*y lograrás ser feliz, aunque sea sin mí.*

Después, silba la melodía y la multitud le sigue, incluso algunos encienden las linternas de sus móviles, como si estuviésemos en un concierto. Yo observo, alucinada, la entrega de la gente al silbar; están sintiendo lo mismo que nosotros, están tratando de ayudar, de ayudarme a creer en el amor.

—¡Perdónale, mujer, que no es para tanto! —exclama una señora entre el enfebrecido público.

—¡No le perdones, que yo me lo quedo! —contesta otra.

—¡Hay muchas sirenas en el mar, guapo!

—¡Ojalá alguien hiciese algo así por mí! —gritan otras, sí, todo mujeres.

—¡Ágata, déjate ya de gilipolleces y bésalo, coño! —reconozco la voz de Zahra desde lo alto y pongo los ojos en blanco. Ya es lo que me faltaba.

El ritmillo pegadizo de la canción ha conseguido atraer mi atención y, después, sus palabras me han hecho reflexionar sobre el futuro.

Un futuro separados.

Hasta ahora sólo había pensado en el pasado y en el rencor que sentía, pero al mirar hacia un futuro en el que él no está, me he sentido... vacía.

—¿Intentas que nuestra vida se convierta en una novela romántica, con cancioncita al final incluida? —manifiesto volviéndome para mirarlo de frente—. Si ni siquiera cantas bien, en esas películas el tío bueno canta como los ángeles.

—Me has pillado —confiesa exagerando el gesto de sorprendido.

¡No doy crédito!

—Y además podrías haber elegido una canción menos cutre.

—No llegaba al tono de los cantantes satánicos que tanto te gustan, lo siento.

Al imaginarle cantando alguno de los temas de Marduk casi me parto de la risa y se me escapa un bufido.

Él me sonríe, acercándose hasta mí lentamente pero con paso firme y sin apartar la mirada de mis ojos. Baja los escalones y, cuando llega frente a mí, vuelve a postrar su rodilla en el suelo.

—¡Cásate conmigo de una maldita vez, Satán!

Saca otra cajita negra con el mismo anillo y no puedo evitar soltar una carcajada, por mucho que me estuviese aguantando para hacerme la dura.

—¡¿Es que regalaban los anillos en la feria?!

—Compré tres iguales. No sé por qué, pero suponía que con uno no iba a ser suficiente —me guiña un ojo.

—Ésta es la declaración menos romántica que he oído nunca y, encima, viniendo del *rey del amor* —imito su tono de burla de antes.

—Para que veas lo que consigues que haga —se queja—, tenía cada palabra ensayada, cada detalle preparado, todo iba a ser precioso, con flores, vino y velas, pero al final siempre me sacas de mis casillas para llevarme al límite.

—¿Flores, vino y velas? ¡Eso está pasado de mod...!

—¡¿Vas a decidirte de una puta vez o no?! —me interrumpe.

Miro a la gente durante un segundo. No hay nadie que no nos esté grabando, conteniendo la respiración, suplicando que le diga que...

—¡Sí! ¡Me casaré contigo, aunque no vayas a morirte, maldito cabezota! —exclamo.

Toda la sala irrumpe en un fuerte aplauso, lleno de silbidos, vítores y miles de suspiros. Incluso hay algunos que se abrazan entre ellos para celebrarlo.

Álvaro me pone el anillo por fin y se levanta para abrazarme

y besarme con todas sus ganas. Regueros de lágrimas recorren mis mejillas y algunas las suyas, convirtiendo nuestros besos en salados.

Mientras los suaves labios del hombre que amo acarician los míos con ternura, pienso en cuánto lo he echado de menos y en cuántas veces nos dejamos llevar por el orgullo o el resentimiento, cuando lo que realmente ansiamos es dejarnos llevar y, simplemente, ser felices, tan felices como lo soy yo ahora mismo, olvidando todo lo malo con un simple beso y llenándome de nuevas ilusiones con cada caricia.

—Va a salir del armario por la puerta grande, señor Black —susurro una vez que nos separamos, al ser consciente de los numerosos *flashes* que nos rodean y al imaginar los titulares de las portadas que protagonizarán mañana la prensa.

—Ya tenía ganas de salir de entre las sombras, que toda la gloria te la llevabas tú.

—Siempre supe que lo tuyo era falsa modestia.

—Ahora, en casa, te daré toda la falsa modestia que he estado reteniendo en este tiempo sin ti.

Me coge para sacarme en brazos por el amplio pasillo de la gran sala, mientras todos aplauden a nuestro paso.

—No puedo creer que todo esto esté sucediendo de verdad —declaro entre risas.

—Pues ve acostumbrándote, Satán, porque éste es el primer día del resto de nuestra hermosa aventura.

Mientras salimos del cine, yo cogida en brazos como una princesa Disney, nos fundimos en un tórrido beso que aviva de golpe las llamas que creía apagadas, pero que resurgen de las cenizas con más fuerza todavía que antes, unas llamas que estoy deseando que aplaque en cuanto lleguemos a casa, varias veces y durante el resto de nuestras vidas.

# Epílogo

«L*a vida, muchas veces, es maravillosa; otras, en cambio, es cruel y da la impresión de querer ponerte a prueba para comprobar cuáles son tus límites en cuanto a sufrimiento se refiere.»*

*Eso mismo pensaba yo mientras observaba el ataúd de madera perfectamente tallado de mi amado esposo, el hombre que tan feliz me había hecho durante años y al que echaría tanto de menos de ahora en adelante.*

*El pobre había muerto de un extraño disparo en la espalda…*

—¡¿Qué?! ¿Un disparo en la espalda?, ¿ni siquiera fue de frente?

—Cállate de una maldita vez y termina.

*… había muerto de un extraño disparo en la espalda mientras regaba las plantas de nuestra preciosa casita de campo.*

—¡¿Regando flores?! ¡Ni de coña, me niego!

—¿Por qué no? El personaje ha envejecido y riega las flores de la maldita casa de campo donde tú me obligaste a llevarlos a vivir, ¿no querrás que le maten mientras practica *puenting* a los setenta años? Es una muerte muy lógica —defiendo mi teoría.

—¿Lógica? Yo no he creado una historia de amor tan compleja entre ellos para que ahora llegues tú y te lo cargues con un tiro de mierda en la espalda y, por si esto fuera poco, sin tener la oportunidad de despedirse de ella —alega él, indignadísimo.

—Bueno, pues si ése es el problema, puedes añadir una despedida. No comprendo por qué te fascina tanto el drama lacrimógeno —me quejo.

—¡No es drama, es que no es justo que muera después de todo

lo que han pasado juntos en la vida! ¡Se merecen su final feliz! —los defiende.

—¡Quedamos en que debía morir! —le recuerdo.

—¡No quedamos en eso! Tú me obligaste a que muriese y yo te propuse que muriese de viejo, ¡no que le asesinasen cuando fuese viejo, y mucho menos por la espalda! ¡A traición! ¿Es que no tienes sentimientos?

—Te has pasado toda la novela metiendo cursilerías, globos, corazones y flores, es mi final y al final siempre tiene que haber un muerto —insisto.

—¿Y por qué no una canción?

—¡¡¡¿¿Una canción??!!! Estarás de broma...

—Nuestra historia terminó con una canción, ¿por qué no?

—¡Oh! ¿Es que acaso nuestra historia ha terminado? —pregunto perpleja.

—La de solteros, sí, ahora eres la señora Reyes y eres toda mía. —Se regocija en el hecho de que odio que diga que soy «suya», porque yo soy mía y de nadie más; pero paso de sus comentarios porque no va a conseguir desviarme del tema que nos ocupa.

—Terminar este libro con una canción sería como echar azúcar sobre un mus de chocolate, o sea, repugnantemente empalagoso.

—A la gente le gusta las historias que terminan bien, no las que terminan con un pobre anciano masacrado —reniega.

—¡Eso son bobadas! A mis lectores no les gustará que no muera nadie.

—¡¿Cómo que nadie?! ¡Han muerto dos pobres policías que sólo trataban de ayudar! ¡Ah, y a aquel secretario desdichado que pasaba por allí te lo has cargado también! —alega.

—Eso no son muertes.

—¡¿Y qué son entonces?! —pregunta ojiplático.

—Una muerte debe ocupar por lo menos cuatro páginas, hay que describir bien cada detalle para que el lector pueda recrear la escena al milímetro y tejer sus propias hipótesis sobre quién es el

asesino —defiendo mi género de manera enérgica.

—Pues si metes cuatro páginas de sangre, yo añadiré diez de sexo.

—¡¡¡¿¿¿Sexo???!!! ¡Tú flipas! ¡Por encima de mi cadáver!

—Entonces tampoco habrá sangre —sentencia cruzándose de brazos.

—¿Ves? —le digo a Jorge, que nos observa atónito, desviando su mirada de uno a otro como si estuviese asistiendo a un partido de tenis, sentado tras la mesa de su despacho, reteniendo una carcajada—. Te empeñas en que escribamos juntos, pero esto es insufrible, ¡así no hay quien trabaje!

—¡Lo tuyo no es trabajar, tú te dedicas a hacer desgraciados a mis personajes! —vocifera Álvaro.

—Es que nadie se traga que todo les salga tan bien. Perdona que te lo diga, pero la vida no es de color de rosa ni flotamos entre nubes de azúcar, ¡madura de una maldita vez!

—¡¿Y alguien se traga que encuentren la muerte a cada paso?! ¡Por Dios, qué estrés! Me estreso sólo de pensarlo —contraataca.

—Pues ponte una de esas canciones cursis tuyas y así te relajas.

Él me mira horrorizado.

—¡Canciones! ¡Se me habían olvidado! —profiere señalando a Jorge con un dedo acusador—. Pregúntale por la banda sonora que pretende poner en la novela, eso es lo mejor de todo, ¡con diferencia!

Jorge me observa intrigado.

—¡El rock satánico tiene melodías muy profundas!

—¡Profundas son las ganas que me entran de clavarme un cuchillo cada vez que las escucho!

—¡Es que, si fuese por ti, pondríamos a los CantaJuegos! —grito exacerbada.

—A ver, chicos —Jorge trata de no descojonarse de risa delante de nosotros porque, por lo visto, le fascina nuestra bronca —, habéis creado un puto género literario, así que digo yo que algo estaréis haciendo bien. Además, después de haber estado en vuestra boda, creo que cualquier cosa será posible. —Se ríe al

recordarlo.

Álvaro y yo nos miramos.

—El coro satánico fue idea suya —se defiende él, apuntándome—, ¡y el vestido de novia cadáver también!

—Ya, y, para contrarrestarlo, me obligaste a casarme por la Iglesia, ¡el cura casi muere de un infarto por tu culpa!

—Y tus pobres abuelos —añade.

—Nunca creyeron que vivirían para ser testigos de tal aberración —sonrío al recordar a mi abuela venga a santiguarse al ver un coro de cuervos negros maquillados de cadáver entrar en tan sacrosanto lugar.

—No sé por qué te empeñas en negar tus creencias religiosas, en el fondo crees en Dios, porque tú misma has admitido que le rezas en tus peores momentos —me ataca mi amado maridito, destapando intimidades maritales.

—¡Claro que creo en Dios! En lo que no creo es en todo ese chiringuito que se han montado los hombres para dominar al pueblo y enriquecerse —me defiendo—. La prueba la tienes en que el párroco se negó en rotundo a aceptar que cantase el coro hasta que sacaste los billetes, y si le hubieses dado más dinero, ¡habría cantado junto a ellos!

—Bueno, dejemos estos interesantísimos debates teológicos para otro momento, ¿os parece? —nos interrumpe Jorge, a punto de partirse de la risa—. Ahora mismo estamos debatiendo sobre el final de la novela, y más os vale poneros de acuerdo pronto, porque vamos muy justos de tiempo —nos aconseja.

—Vale. Pues yo creo que lo mejor será que Álvaro te lea lo que se le ha ocurrido para el apoteósico final y así decides tú —le propongo a nuestro jefe con una gran sonrisa cómplice en el rostro, a sabiendas de que el género romántico no es que sea de sus preferidos.

—Me parece bien —admite el actual dueño de la editorial para dejarme con la boca abierta, pues habría jurado que, como siempre, diría que no tenía tiempo y que confiaba en nosotros.

Álvaro, orgulloso, saca de su bolsillo unos folios de color

crema doblados de manera escrupulosa. Sí, él es de la antigua escuela, todavía escribe con pluma y papel, mientras yo lo llevo todo anotado en mi *notebook*.

*En aquella tarde soleada del mes de septiembre, el intenso olor a jazmín inundaba el ambiente. María y Juan…*

—¡¿María y Juan?! —le interrumpo histérica—. ¡Se llaman Claire y Jacob! ¿Por qué cambias los nombres?

—¡Yo paso! ¡Dimito! ¡Rompe el puto contrato, Jorge, yo así no trabajo más! —brama Álvaro enervado, dirigiéndose a nuestro editor mientras arruga los folios con saña entre sus manos.

—¡Ágata, déjale terminar, joder! —me ordena mi jefe desesperado, tratando de tranquilizar a mi marido.

—Está bien, lo siento.

Pongo los ojos en blanco y me callo, haciéndole un gesto para que prosiga, y él lo hace a regañadientes.

*María y Juan permanecían cogidos de la mano, contemplando el horizonte que atesoraba un espectacular ocaso, sentados en el añejo balancín del porche trasero, aquel balancín que había sido testigo de una vida entera y en el que ahora miraban hacia su nuevo futuro esperanzados.*

*El destino les había regalado todo cuanto habían soñado, una vida juntos, aunque también una vida llena de dificultades a las que hicieron frente con tesón y cariño, por eso superaron siempre cada problema que se les interpuso en el camino, porque el amor lo puede todo.*

*Ahora les tocaba el turno a sus hijos de formar su propia familia. Por fin podían descansar tranquilos y orgullosos por sus logros para con ellos. Eran buenos chicos después de todo.*

*Se dieron un beso en los labios, iluminados por la cálida luz del crepúsculo…*

—¡No sé para qué tanta palabrería barata —lo interrumpo sin poder evitarlo, partiéndome de la risa—, si al final se pondrán a

follar hasta romper el puto balancín añejo! ¡Ah! Y da igual que el pobre hombre tenga setenta años, el tío podrá empalmarse una vez tras otra durante toda la noche, haciendo que ella tenga dos mil orgasmos, a cuál mejor...

Álvaro tiene sus ojos inyectados en sangre clavados en los míos. De pronto, rompe las hojas que sostiene en las manos con rabia sin dejar de mirarme a los ojos, lleno de odio, para, acto seguido, largarse del despacho pegando un fuerte portazo.

Jorge y yo nos miramos una vez que estamos solos.

—¿Qué? ¡Eso es una basura, no lo niegues! —me defiendo.

—Él tiene su público, no tienes derecho a meterte con su trabajo, Ágata, es muy bueno —me contradice ofuscado.

—Entonces, ¿por qué nos obligas a hacerlo juntos? ¡Está claro que esto no funciona! ¿Pretendes que nos divorciemos?

—Quiero que trabajéis juntos porque por separado sois unos genios, pero juntos ¡sois la hostia! Las ventas de la primera novela de Miss Violet y Mr. Black han batido todos los récords de ventas del mundo, y estoy seguro de que ésta los duplicará.

Yo sólo oigo «blablablá» mientras en sus ojos se refleja el símbolo del dólar.

—Déjate de rollos, Jorge, y dime con qué final te quedas. —Paso de debates trascendentales, él sólo entiende de números.

—Me voy a mantener al margen de esto, nena, decididlo vosotros, pero te advierto que sólo tenéis dos días.

—¡Te odio!

—Yo más. —Me guiña un ojo de forma seductora.

—Eso puede considerarse una insinuación, se lo contaré a tu adorable mujercita y te arrancará tus partes más amadas —lo amenazo con el dedo índice.

—Ahora está demasiado liada con las gemelas, le da igual lo que haga —se tira un farol.

—¡¿Ah, sí?! Ya lo veremos —replico mientras salgo por la puerta, haciendo como que marco un número en mi móvil.

—¡¡¡Ni se te ocurra!!! —grita.

Yo me río y levanto el dedo corazón a modo de despedida.

No me dirijo a casa porque sé de sobra que Álvaro no estará

allí, pues cuando está triste o enfadado se va a meditar a un lugar muy especial para él, así que decido ir a buscarlo allí.

Durante el trayecto recuerdo que, en los cursos prematrimoniales que nos obligó a hacer el cura por sus santos bemoles, nos insistían en que el secreto de un matrimonio feliz era no irse nunca enfadado a la cama; pero eso es una mentira como un templo, porque cuando te metes en la cama con un cuerpo cabreado a tu lado, ya que en nuestras broncas hay más odio que amor, lo mínimo que puede pasar es que él me arranque la manta o que yo le dé una patada en las espinillas «sin querer». Está comprobado, hay más probabilidades de una matanza que de una reconciliación.

Yo le contesté a aquel sacerdote tan gracioso que lo mejor que se podía hacer en esos casos era dormir y, ya al día siguiente, cuando te despertases con otro humor, si acaso hacer las paces. Pero el clérigo se enfadó mucho conmigo y no quiso que volviera a asistir a sus cursos porque creía que malmetía al grupo... Claro que esto lo dijo sin imaginarse siquiera que, a los pocos días, iba a llevar al coro del anticristo a su iglesia. Si es que por algo me dice Álvaro que soy peor que Némesis, la diosa de la venganza.

El taxi me deja cerca del lugar, aunque he de caminar el resto del trayecto porque se trata de una zona escarpada y rocosa, menos mal que voy en vaqueros y deportivas. Avanzo hasta que lo vislumbro, sentado en el suelo y descalzo, al borde del abismo, tal y como se siente su alma.

Cuando llego a su lado, me siento junto a él sin decir ni una sola palabra, pues sabe de sobra que sólo yo conozco su escondite en medio del valle del Lozoya, en Rascafría.

—Ha dicho Carlitos que acepta ser el padrino de los mellizos —le informo acariciando mi abultado vientre con dulzura—, casi le da un infarto de felicidad.

No dice nada al respecto, ni siquiera me mira.

Observamos en silencio el impresionante verdor del paisaje que se expande ante nuestros ojos, bañado por las luces del atardecer.

—Sólo nos falta el añejo balancín para parecernos a María y Juan contemplando el ocaso, ¿eh? —suelto al cabo de un rato.

—A ti te falta mucho para parecerte a María, entre otras cosas, un tornillo —gruñe molesto.

—Sí, y unos treinta años.

—Y el amor que siente por su marido —reniega.

—¡Oh, venga ya! —me quejo—. Una cosa es que seas exageradamente dramático escribiendo y otra es que también uses el chantaje emocional en la vida real. Quedamos en que esto no nos afectaría.

Por fin se digna mirarme, clavando sus acusadores ojos en mí.

—Ágata, te has reído de mi trabajo, claro que me afecta.

—Tienes razón, lo siento —admito muy a mi pesar con una voz mimosa—, pero es que no me acostumbro a que cambies tanto a la hora de escribir, no te reconozco y, además, yo quiero escribir libremente lo que me apetece y no lo que a ti te da la gana. Tenía pensado un final perfecto, a mi parecer, y ya sabes que cuando me llevan la contraria me cuesta un poco asumirlo. Pero no pasa nada, pondremos el final del balancín añejo, si es lo que a ti te hace feliz...

Él entorna los ojos para estudiarme con detenimiento. Me conoce de sobra y sabe que aquí hay gato encerrado. Y, sí, el gato encerrado está tratando de comprobar si le funciona la psicología inversa.

—Me estás tocando los cojones con el puto balancín —ruge.

Yo suelto una carcajada.

—¡Y tú a mí con María y Juan! ¡Se llamaban Claire y Jacob! —le reprocho.

—¿Y se puede saber en qué momento decidiste que se llamaban así?

—No me acuerdo —admito pensativa.

—¿Puedes llegar a entender que resulta imposible trabajar con alguien que va a su bola siempre? ¿Acaso crees que a mí me gusta escribir junto a una psicópata sarcástica? Pero se supone que somos un equipo y debemos compenetrarnos.

—Álvaro, en serio, somos el día y la noche, ¿por qué crees

que Jorge quiere que escribamos juntos?

—No lo sé. No comprendo por qué la primera novela tuvo tanto éxito, a mis lectores no les gusta la sangre y a los tuyos no les gusta el amor...

—No, perdona —lo interrumpo—, a mí me gusta el amor, pero lo tuyo es un caramelo relleno de mermelada y bañado en chocolate.

—¡Y lo tuyo es un asesinato, un descuartizamiento y todo engalanado con sangre sin censura!

—Supongo que todo tiene su justa medida, y creo que a ese punto es al que debemos llegar. —Me encojo de hombros.

—¿Y cuál se supone que es esa justa medida para ti?, ¿que hable de sentimientos en la última línea del epílogo? —se mofa.

—Es que a mí me resultan absurdas todas esas historias en las que las chicas salen de un supermercado con sus bolsas de papel, ¡¡sin asas!!, cogidas entre sus brazos. Las pobrecillas se las apañan como pueden para abrir el maletero del coche, pero al final se les cae toda la compra rodando por el suelo, como era de esperar, por supuesto. Entonces, de repente, aparece de la nada el hombre más guapo y musculoso que hayan visto jamás, corriendo como si le fuera la vida en ello para recoger la compra esparcida; sus miradas se cruzan y... al final se casan y tienen hijos. ¡Qué sorpresa, nadie esperaba que salvasen a la pobre dama en apuros! —exclamo fingiendo un entusiasmo desmedido.

—Por lo visto, las bolsas de plástico con asas están frustrando la vida amorosa de muchas mujeres —comenta armándose de paciencia.

—¡Y mi favorito! —añado—: «Paso a buscarte sobre las siete». Se acaban de conocer, pero él sabe perfectamente dónde vive ella y los horarios de la muchacha.

—Eres cruel, yo no hago esas cosas.

Yo asiento y él por fin sonríe.

—¿Ves? ¡Hasta tú me das la razón! —festejo.

—Eso son clichés y puedes jugar con ellos, incluso darles la vuelta. Pero tú tampoco tienes mucho de que presumir, ¿o qué me

dices de ese pobre hombre que cuando corre delante del coche que le persigue lo hace ¡siempre! en línea recta? ¡¡¡Nunca se le ocurre girar a la derecha o a la izquierda, siempre huye en línea recta como un cretino, joder!!! ¡¿Cómo no van a pillarlo y a asesinarlo?! ¡Por Dios, si están haciendo un favor a la humanidad para que no tenga descendencia!

Suelto una sonora carcajada.

—¡Eso no ocurre en mis novelas! —Le doy un suave golpe en el estómago.

—¡Ah! Y también están los coches que no arrancan cuando huyes; vallas metálicas que los vehículos de alta gama derriban cuando van a toda hostia, sin hacerse ni un solo rasguño y, lo mejor, sin que se le reviente el cráneo al conductor contra el cristal —agrega.

—Bueno, veo que te estás emocionando, así que asumo que me has perdonado.

—Aunque te perdone, seguimos teniendo el mismo problema.

—¿Y cómo lo resolvemos? ¿Muerte o balancín? ¿Tienes una moneda? —pregunto.

—Sólo accederé a que te cargues al pobre anciano a cambio de una cosa —propone.

—¿Cuál?

* * *

—Señor Black, ¿a qué se debe un final tan trágico cuando esta novela prometía ser una fusión perfecta entre la romántica y el *thriller*, como lo fue su primer trabajo conjunto? —plantea una de las múltiples periodistas, que se encuentra sentada en primera fila frente a nosotros.

—Exacto, todos esperaban que Juan y María terminasen juntos —apunta otra.

Álvaro me dedica una mirada cómplice y se dispone a hablar.

—Creo que esa pregunta es mejor que la conteste Miss Violet, ya que ella fue la artífice de tan escandaloso final. Yo sólo me dediqué a complacer a mi amada esposa —explica con una voz

seductora.

Tenemos a cientos de personas delante de nosotros, expectantes. Respiro hondo para armarme de valor ante la gran presión que se cierne sobre mí y contesto:

—Todas las novelas terminan con un «fueron felices y comieron perdices», pero yo quería reivindicar que la vida no siempre acaba en felicidad, o, al menos, no en una felicidad como todos suponemos, es decir, casados y con hijos. La felicidad en la novela se respira durante cada una de sus páginas y no necesariamente al final; además, quiero destacar el trascendental papel de la mujer moderna en la literatura romántica de hoy en día, pues ya no es una pobre desvalida que necesita que el héroe la salve, sino que María puede valerse por sí misma, a pesar de la muerte de su marido. Ella puede superarlo y seguir adelante sola. Esta literatura es inteligente, para personas inteligentes que no necesitan un final lacrimógeno ni excesivamente edulcorado, sino un final coherente...

—Perdone, Miss Violet, ¿dice que a las personas a las que nos gustan los finales edulcorados no somos inteligentes? —pregunta alguien.

—No. Todo lo contrario. Sois lo suficientemente inteligentes como para que no sólo os guste eso —respondo—, pues las mujeres hemos evolucionado a lo largo de la historia y la literatura debe hacerlo también, adaptándose a los tiempos. Hoy en día se fusionan varios géneros, y eso es algo maravilloso.

—Creo que se está desviando del tema —me interrumpe una de las lectoras de mi amante esposo—, no nos ha explicado por qué muere Juan. Yo, personalmente, ¡quise tirar el libro a la basura!

Miro hacia la multitud que colapsa la sala en la que nos encontramos.

—Juan muere por amor —los repentinos murmullos consiguen que me detenga un instante—, como Jesucristo: su muerte es un acto de amor verdadero, un sacrificio.

Creo que el silencio sepulcral que se crea me anima. Miro a Álvaro, que no sabe si soltar una carcajada por mi respuesta o apretar el mando a distancia que esconde en su mano derecha. Le

guiño un ojo y decido continuar:

—Cuando la editorial nos pidió trabajar juntos, a ninguno de los dos nos pareció una buena idea, pero nuestro editor vio en nosotros algo que ni siquiera nosotros mismos fuimos capaces de ver y que yo por fin he comprendido. El señor Black se mantuvo escondido entre las sombras durante muchos años porque no es fácil ser un escritor de romántica, pues se supone que es un mundo de mujeres, donde los hombres no encajan por no entender de sentimientos. Yo, a mi vez, también me he mantenido entre las sombras, de alguna manera, pues me negaba a aceptar que podía ser capaz de amar a alguien, además, como todos sabéis, mi género literario también se presupone más de hombres que de mujeres; por lo tanto, ambos nos movemos en campo enemigo. Pero, gracias a este hombre, he entendido una cosa: que ni el amor ni la literatura tienen género, color ni sexo, al igual que ocurre con la vida en sí misma. Juntos somos capaces de dotar a una novela de amor e intriga, de humor y asesinatos..., cosa que hasta ahora era simplemente impensable. No hay que poner barreras al amor, ni al sexo, ni al humor, ni a la imaginación, en la literatura todo es posible y no hay por qué negarse a inventar ni a experimentar. Estamos en una era moderna en la que la gente cada vez es más cosmopolita, más universal, ya no somos de un pueblo, somos del mundo, por eso no debemos pertenecer tampoco a un género literario ni etiquetarnos por ello. El «dime qué lees y te diré cómo eres» ha pasado a la historia porque uno puede leer a Mr. Black y a Miss Violet y no por ello ser más o menos culto ni más o menos romántico. La cultura no tiene nada que ver con los sentimientos. No debemos avergonzarnos por leer romántica, sino estar orgullosos de ello. —Ahora miro a mi marido con ternura—. He aprendido a amar gracias a ti, cariño, porque día a día me demuestras la grandeza de dicha palabra y así se lo haces ver también a los demás a través de tus letras, haciéndolos un poquito más felices, consiguiendo que olviden sus problemas, aunque sea sólo por un corto espacio de tiempo. Tú has sacrificado a tu personaje por amor hacia mí, porque yo lo quise así, arriesgando tu reputación al hacerlo —le dedico una mirada llena de amor que él

recibe de buen grado en medio de su considerable asombro ante mis palabras—, no te avergüences nunca de quién eres ni de lo que eres: el mejor escritor del mundo.

Un fuerte aplauso se apodera del momento y Álvaro se quita los micrófonos de golpe para cogerme y abandonar la sala conmigo en brazos. Todos piensan que es una puesta en escena de este loco matrimonio porque nos vitorean de manera efusiva al desaparecer tras el telón, pero en realidad no lo es.

En cuanto no nos ve nadie, me besa con todas las ganas que estaba conteniendo durante la presentación.

—Si yo te he enseñado a ti a amar, tú me has enseñado a mí a vivir —murmura contra mis labios.

Avanza por el pasillo hasta llegar a nuestro camerino, que abre de una fuerte patada, pues me lleva cogida en brazos y no hay otra manera menos brusca, la necesidad le puede.

—¿Eso significa que me he librado del castigo? —pregunto con picardía.

Él sonríe de manera maquiavélica, pues he llevado puesto todo el tiempo en mi interior un maldito vibrador sujeto a un arnés, como aquel que descubrimos en el granero esloveno; la diferencia radica en que éste vibra si pulsas el dichoso botoncito rojo del mando a distancia que Álvaro ha sostenido en su mano constantemente por si me daba por soltar cualquier comentario que le desagradase. Ése fue el trato.

Me deja en el suelo una vez que estamos dentro, cierra el pestillo sin dejar de mirarme a los ojos y pulsa el botón. Las intensas vibraciones que se apoderan de mi sexo consiguen que las piernas me tiemblen como flanes hasta que mis rodillas terminan por doblarse y es entonces cuando él suelta el botón.

Ahora mismo doy gracias al cielo porque no lo haya pulsado ahí fuera, pues no creía que fuese tan intenso y por eso estaba tan tranquila. Creo que, a juzgar por su mirada, está adivinando mis pensamientos. Ha sido generoso conmigo hasta para eso.

Se acerca hasta mí para besarme con frenesí, logrando que se encienda cada célula de mi cuerpo.

—¡Jamás pensé que la muerte de Juan me daría tantas

alegrías! —exclamo risueña.

—Me han puesto tan cachondo tus palabras que casi salto sobre ti en mitad del discurso —ruge contra mi cuello mientras lo devora.

—Eso no es propio de los príncipes azules —lo provoco para no perder el hábito.

—¡A la mierda el príncipe azul! Yo soy el Lobo Feroz.

Sube la falda de mi vestido y arranca el arnés de mi interior de un solo movimiento.

—¡Pues entonces me quedo con el Lobo, que me come mejor!

Y, efectivamente, el Lobo me devora hambriento, consiguiendo que grite como una loca enfebrecida, logrando que nada importe a nuestro alrededor, sólo el amor que nos embarcó en esta hermosa aventura, una aventura que no sabemos dónde nos llevará, pero que estoy segura de que, si es junto a él, será hermosa y digna de ser vivida.

* * *

Y, así, fuimos felices y comimos perdices, con muchos corazones en la vida real y muchos asesinatos en las novelas.

# Nota de la autora

Muchas veces, el verdadero monstruo no tiene la apariencia de un lobo, sino la de un ser humano dominado por el odio, el miedo o la venganza. El mal puede hallarse escondido en cualquiera, y cuando menos lo esperas, despierta la bestia.

En esta historia hay una moraleja, como la hay en la vida misma, donde la frontera entre el fallo y el acierto, entre el bien y el mal, entre el deseo y el amor, entre la verdad y la mentira no está siempre bien definida, por eso nuestra moraleja es esclarecedora: mucho cuidado con el lobo que habita en vuestro interior.

ANABEL GARCÍA

# Agradecimientos

Mi agradecimiento principal siempre es para mis hijos, porque ellos son la chispa que me impulsa a ver la vida desde una perspectiva única, la de sus risas y sus locuras. Gracias a ellos sé lo que significa el amor verdadero, ese amor tan grande e incondicional, sin miedos ni ataduras que me demuestran a diario. Os quiero con toda mi alma, niños, sois la razón por la que respiro, y espero seguir siendo vuestra princesa por siempre jamás, vosotros seréis siempre los reyes de mi corazón.

Gracias también a mi compañero de vida, el hombre que me ha apoyado en cada loco proyecto que se me ha pasado por la cabeza, el que me da alas, el que aguarda paciente a que salga de mi recinto sagrado donde me encierro a escribir durante tantas horas, cuidando a los niños cuando viajo y sin reprocharme nada nunca; al contrario, me recibe con una sonrisa, un beso y palabras de aliento. Te amo, mi vida, y sabes que tú siempre serás el amor de mi vida y mi único muso.

A mi madre, porque gracias a ella he aprendido a ser una madre ejemplar, o al menos lo intento, aunque nunca llegaré a su nivel, de eso estoy segura. Gracias por enseñarme todos los valores que tengo y, sobre todo, por luchar junto a mí por conseguir mis sueños y alentarme para que nunca me rinda. Gracias por ser la mejor comercial que nadie puede imaginar, ¡eres mi todo! En definitiva, que eres la mejor madre del mundo y te quiero.

Gracias a mi padre, porque es mi osito de peluche, ese hombro sobre el que llorar cuando me siento triste, esas palabras sosegadas cuando me enfado y esa calma en medio de la tempestad, porque nunca me ha fallado y porque sólo tengo que decirle: «Ven» para que lo deje todo y aparezca a mi lado. Te adoro, Carri, eres el mejor padre que nadie pudiera imaginar y

espero que nunca me faltes.

Gracias a mi hermanito, que es el mejor del mundo.

Gracias, Noe, mi amiga del alma, por este pedazo de cubierta que me has diseñado, para mí siempre será la mejor y más especial de todas, eres una artistaza con un talento incomparable, pero, sobre todo, gracias por no dejarme ir nunca, por estar siempre a mi lado y por todas las vivencias que llevamos a nuestras espaldas, que no son pocas y que atesoraré siempre con sumo cariño en mi corazón. Te quiero.

Gracias a Lorena y a Ana, mis lectoras 0, por aguantarme, por escucharme, por sus horas y por sus consejos, sois una cracks y lo sabéis, formamos un equipo de la leche, así que seguro que repetiremos. Mil besos, cariños.

A mi Anita, mi consuegra, gracias por tantas cosas que tú y yo sabemos. No cambies nunca porque eres oro puro, una de esas personas que ya no quedan. Te adoro, mi cordobesa.

A mi sandía murciana por estar en las buenas y en las malas, por hacerme sentir en su casa como en la mía, por apoyarme siempre y por decirme las cosas de frente y no a la espalda. Te quiero, Carmen.

Y, sobre todo, quiero agradecer a mis lector@s que nunca me fallan y que siempre están al pie del cañón con cada novela que publico y con cada loco proyecto que se me pasa por la cabeza. No os imagináis lo que significa cada vez que alguna de vosotras me comenta cosas sobre la historia, la ilusión que me hace. Cada palabra que me dedicáis es el aliento que necesito para seguir adelante. Sin vosotr@s nada tendría sentido y lo significáis todo para mí, porque pongo en mis letras toda mi alma esperando que lo disfrutéis, para que podáis entrar en mi mundo de sueños e ilusiones, para que podáis sentir el amor del que tanto me gusta hablar en mis libros, ese amor capaz de derribar los muros más altos que se puedan imaginar, y en definitiva, ese amor que recibo de vosotras siempre. Nunca podré expresar con palabras el cariño que me dais, porque ya no sois lectoras, sino familia... ¡¡¡Sois l@s mejores y os quiero con todo mi corazón!!! GRACIAS.

Y ya por último, aunque no por eso es menos importante,

gracias a mi editora, Esther Escoriza, una mujer muy especial a la que admiro, respeto y quiero. Gracias por cada palabra, por cada risa y por toda la ayuda y los consejos que me brindas. Sin ti, nada sería lo mismo.

# Referencias a las canciones

*Nemesis*, The All Blacks B. V., interpretada por Cradle of Filth.
*Another Day of Sun*, Interscope Records, interpretada por Angela Parrish.

# Biografía

Anabel García es una escritora española que ha logrado convertirse en muy poco tiempo en una de las autoras más populares dentro del género romántico-erótico.

Anabel nació en 1981 en Cáceres, aunque desde muy pequeña vivió en Navalmoral de la Mata, pero a los dieciocho años se trasladó a Madrid, donde estudió la carrera de Turismo y después la de Administración de Empresas.

Tras varios años trabajando en la cadena hotelera Paradores Nacionales de Turismo, montó su propio restaurante en el centro de Madrid, hasta que decidió dejarlo todo para embarcarse en esta loca aventura literaria, pues desde pequeñita la escritura había sido su gran pasión.

Su carácter activo e intrépido la llevó a conseguirlo, y ya ha publicado varias novelas eróticas de indiscutible éxito, que han llegado a ser bestsellers y que todavía se mantienen en los primeros puestos de ventas. Es muy conocida su trilogía *Sólo tuya* (2015), también su bilogía *Rambhá* (2016), la bilogía *Catarsis* (2017 y 2018), *La mirada de Cleopatra* (2017) y su último trabajo publicado con Esencia, *Esta princesa ya no quiere tanto cuento* (2018), que vendió dos ediciones impresas, y *El día que me calle me salen subtítulos* (2019), que lleva cuatro ediciones vendidas.

Actualmente continúa residiendo en Madrid, junto con su marido y sus dos hijos, mientras escribe novelas para deleitar a sus lectoras. Si por algo se caracteriza la autora es por dotar de

grandes dosis de humor sus historias y por reivindicar en todas ellas protagonistas femeninas muy fuertes y con mucho carácter.

Encontrarás más información de la autora y su obra en: <https://solotuyanabel.wixsite.com/anabelgarcia>.

*¡A la mierda el príncipe azul! Yo quiero un lobo que me coma mejor*
Anabel García

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Imagen de la cubierta: Noemí Hurtado (www.noemihurtado.com)
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Anabel García, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2020

ISBN: 978-84-08-22612-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

# ¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

## ¡Síguenos en redes sociales!